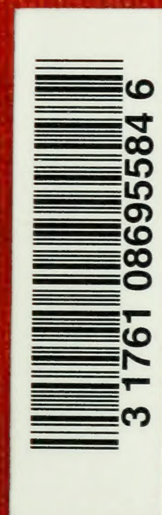

3 1761 08695584 6

TRADICIONES SEVILLANAS

Esta obra se publica bajo la protección del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

Sevilla 1895.—Tip. de El Universal, O'Donnell, 34.

CANO Y CUETO

TRADICIONES SEVILLANAS

II.

LA LEYENDA DE ORÍAS

(Conquista de Sevilla.)

TOMO PRIMERO

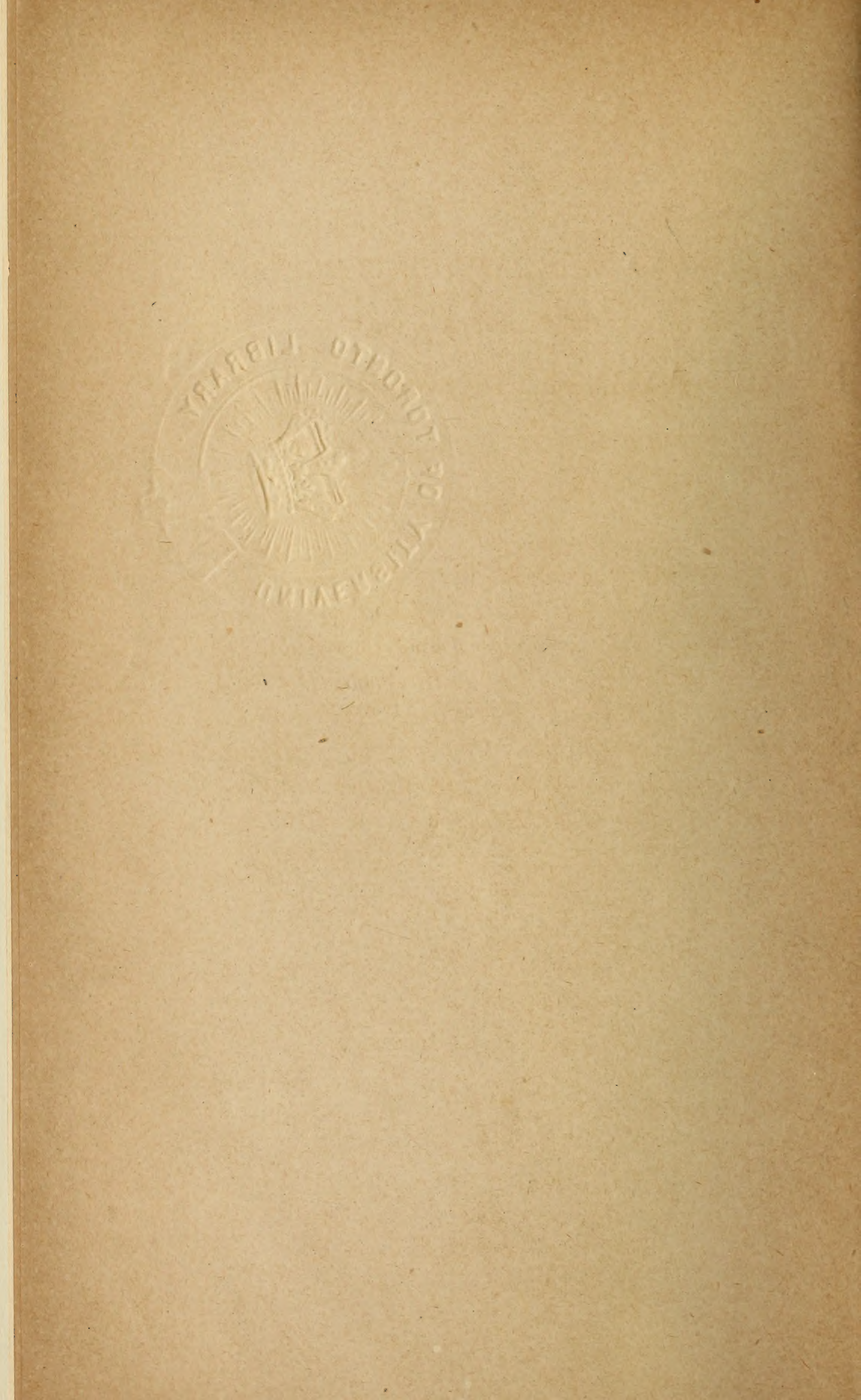
DIBUJOS DE LUIS CÁCERES

ADMINISTRACIÓN

FERNANDO FÉ
Carrera de S. Jerónimo, 2

VICTORIANO SUAREZ
Preciados, 48

MADRID



AL SR. D. JOSÉ BERMUDEZ REINA,

ALCALDE PRESIDENTE DEL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE SEVILLA

Y Á LOS SRES. TENIENTES DE ALCALDE Y CONCEJALES

D. José de Vargas Machuca, D. Miguel Corona, don Joaquin Campos Palacios, D. Manuel Hector Abreu, D. José Luis Arredondo, D. Rafael Fernández-Grilo, D. Emilio Jimeno de Ramón, D. José Enrique Roncales †, D. José María Ternero, D. José López de Rueda, D. Trinidad del Rey, D. Javier Lasso de la Vega, D. Pedro de Celis Moreno, D. Manuel Valenzuela, D. Francisco Ambrosio del Campo, D. Manuel Hoyuela, D. Agripino Poredano, D. José Morales Roldán, D. Miguel Merino y don Rafael Herrera Robles, en testimonio de gratitud,

EL AUTOR.

LA LEYENDA DE ORÍAS

(CONQUISTA DE SEVILLA)

DOS PALABRAS

Sólo mi más cruel enemigo pudiera sospechar que he abrigado la pretensión ridícula de hacer en *La leyenda de Orías* algo que se pareciese á un intento de poema épico.

Si olvidando lo que alcanzan mis débiles fuerzas me hubiese atrevido á entretener mis vanidades con orgullosas ilusiones, pronto hubiérame llamado á la realidad el ejemplo triste de cuantos poetas han querido hacer un poema épico del asedio y rendición de Sevilla.

Y si todos los poetas y poetastros que han escrito sobre *La Conquista de Sevilla* han sufrido el fracaso más tremendo, ¿podría yo, ni por un instante, acariciar la idea de acometer empresa tan difícil?

Pero en una colección de *Tradiciones sevillanas* ¿habían de faltar los excelsos nombres de Fernando III *el Santo,* Pelay Correa, Ramón Bonifaz, Garci Perez de Vargas?

¿Cómo no dedicar un recuerdo á los santos, á los sabios, á los heroes, conquistadores de la ciudad, cuyas glorias han sido siempre el culto de mi pobre musa?

Si yo no dedicase un recuerdo á la *Conquista*, mi humilde obra resultaría acéfala.

Ya me indicó lo conveniente sobre este particular, hace muchos años, mi bondadoso amigo el insigne literato Excmo. señor D. José María Asensio y Toledo.

Él verá que no he olvidado sus advertencias.

Emprendí, pues, en *La leyenda de Orías* la pavorosa *Conquista de Sevilla*, pero evitando, á todo trance, cuanto pudiera dar á mi obra las apariencias ostentosas de poema épico.

Hasta en la versificación he cuidado de no emplear ni una sola octava real, majestuosa combinación métrica comunmente usada por los Homeros y Virgilios españoles.

Y ahora tengo que justificarme de un atrevimiento. No soy sevillano. Pero aquí, en esta ciudad, he pasado toda mi vida.

Sevillana es la mujer cuya hermosura hechiza mis ojos y cuya virtud enamora mi alma.

Sevillano es mi hijo, consuelo de todos mis dolores.

Sevillana es la tierra que guarda las cenizas de mis padres.

No soy sevillano, pero merezco serlo; siquiera porque he dedicado toda mi actividad y toda mi inteligencia, en trabajo tan rudo como estéril, á ensalzar, en desapacibles, pero entusiastas himnos, todo cuanto en Sevilla fué, todo lo que yace en el olvido, todo su pasado.

Más generoso que amar á los vivos es amar á los muertos. Y á los muertos sevillanos he consagrado amor invencible.

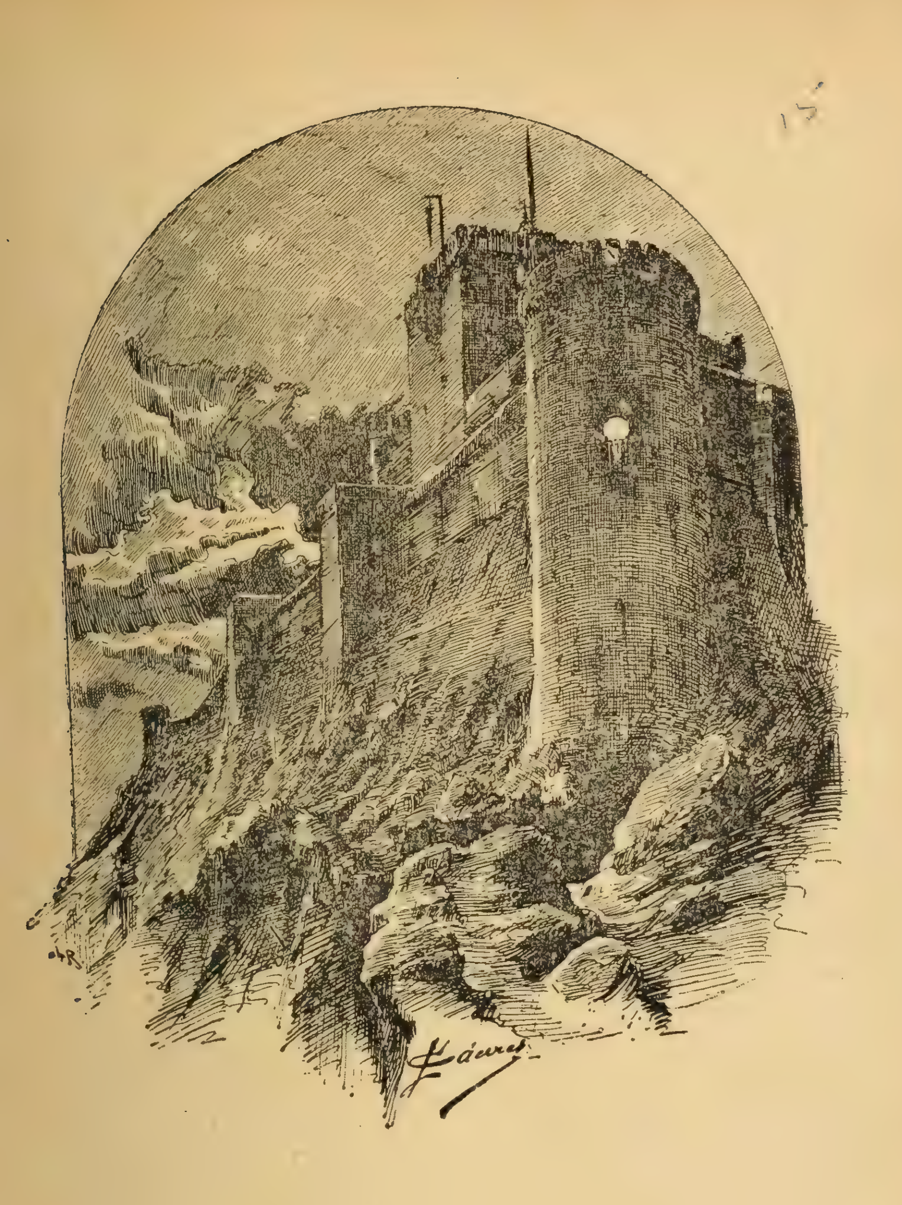
Por este amor constante y desinteresado puede permitírseme que al frente de esta narración escriba la siguiente dedicatoria:

A la Ciudad de Sevilla

3

PRÓLOGO

ALVÁR SANCHEZ, EL FRONTERO



I.

Del Pinar Negro en la sierra,
y en su más enhiesto monte,

límite del horizonte
de la castellana tierra,
se alza un castillo que á guerra
al almohade provoca:
mole que las nubes toca;
mansión pavorosa y fuerte,
en donde vive la Muerte
vestida de hierro y roca.

Desde lejos ¡qué espantoso!
¡qué formidable aparece!
¡Y cómo la noche acrece
la estatura del coloso!
Si el caminante, dudoso,
á quien el miedo acompaña,
ve un balcón que en luz se baña
y entre las nieblas rutila,
cree que es la roja pupila
del diablo de la montaña.

. . . .

. . . .

Allí todo es tosco y rudo:
que todo está preparado
para el asedio esperado,
para el ataque sañudo.
Es la barbacana escudo,
destrucción la saetera,
nido de aspid la lancera,
la ancha cava ingente abismo,
y blasón del heroismo
la gironada bandera.

El lábaro sin mancilla,
que la gran torre corona,
es el jalón que pregona
que allí comienza Castilla.
Noble pendón que al sol brilla,
del sol venciendo el fulgor,
pues juntos van, en honor
de Alvár Sanchez, el frontero,
los blasones del guerrero
y la Cruz del Redentor.

Una noche, á los potentes
gritos de *¡España y Santiago!*
fué el castillo horror y estrago;
y dió de sangre torrentes.
Con sus guerreros valientes
Alvár Sanchez lo asaltó,
y en el adarve clavó
su enseña, con furia tal,
que de la almena al riscal
el rudo golpe llegó.

Teñido de sangre mora,
aquel pendón desgarrado,
al alzarse del collado,
vió con asombro la aurora.
Y la extensión que el sol dora
Alvár contempló con saña,
y con voz que el odio empaña
gritó á la lejana sierra:
—¡Aun me hace falta más tierra
para mi Dios y mi España!—

Desde aquella noche horrible,
la gigante fortaleza
fué para la audaz braveza
del moro valla invencible.
Como amenaza terrible
se alza sobre el pedregal,
semejando el colosal
cinto de sus murallones,
espelunca de leones,
de Castilla en el umbral.

De aquel formidable encierro
vive, entre los altos muros,
Alvár, con hombres tan duros
que á su piel se soldó el hierro.
Al valle, al bosque y al cerro
están siempre avizorando,
siempre el ariete esperando,
siempre atentos al rastrillo,
siempre afilando el cuchillo
pues han de morir matando.

Cuero es su piel: sus cabellos
como los de hirsutas fieras.
De inextinguibles hogueras
lanzan sus ojos destellos.
Las Furias viven en ellos.
La Muerte su patrimonio.
Dan perenne testimonio
de su fiereza y valor.
Solo sienten el temor
á la lepra y al demonio.

De rústicos ademanes,
de atroces musculaturas,
opresas en armaduras
que forjaron los Titanes,
no tuvieron más afanes
que los de herir y talar;
pero pudimos lograr
por tales hombres tener
cielo y Dios en que créer
y una patria á quien amar.

Aquel castillo roquero
tanto del mundo está aislado,
que se juzgara olvidado
de los hombres, el frontero.
Nunca al rastrillo un romero
llegó en noche de turbión;
nunca un monje la oración
pudo en el yantar decir,
ni una reja logró oir
de un trovero la canción.

No da albergue la muralla,
ni bendice el que está ayuno,
ni el laud suena importuno
al crujir la ferrea malla.
Allí sólo la batalla
tiene voz; sólo allí alienta
clamor de rabia cruenta,
ó el golpear del acero,
ó el ronco grito guerrero
ó el rujir de la tormenta.

En aquel horrendo hogar,
sepulcro de la alegría,
los años pasar veía
Mari-Sol, hija de Alvár.
Espanto caûsa pensar,
y angustia y miedo decir
cómo entre el mudo sufrir
del odio y rencor acerbos,
en aquel nido de cuervos,
pudo una alondra vivir.

¡Y vivió! ¡Sin verter llanto!
¡Sin quejarse de su estrella!
Y fué, por lo dulce y bella,
del castillo luz y encanto.
Con su melodioso canto
causó inefables arrobos,
y al són de los blandos trovos
con que alegró la velada,
la cordera se halló amada
por un enjambre de lobos.

¡Castellana más gentil
nunca tuvo la frontera!
¡No dió flor tan hechicera
el más espléndido Abril!
La tersura del marfil,
del nácar el tornasol,
el carmín del arrebol
su belleza poseía.
Era, por virgen, María;
si por hermosa, era Sol.

De aquel hogar mudo y fuerte
ella es el ángel custodio,
que los recelos y el odio
en paz y en dicha convierte.
En la mansión de la Muerte
se abrasa en llamas de amor.
Ama; sí. Tambien la flor
nacida sobre una fosa
da á la brisa vagarosa
su perfume embriagador.

La prisión no ha de poder
su hermosura marchitar,
ni el aroma evaporar
de aquel alma de mujer.
Amor llenará su sér,
mientras su existencia dure,
y haya arroyo que murmure,
y planta que al sol germine,
y pajarillo que trine,
y lucero que fulgure.

¡Ama! Y el castillo rudo
está siempre preparado,
para el resistir osado,
para el ofender sañudo.
¡Ama! Y la almena es escudo,
y el adarve destrucción,
y la lancera traición,
y la cava ingente abismo,
y heraldo del heroismo
el victorioso pendón.

II.

Desde la erguida torre el centinela
inmenso panorama descubría.
Tenaz avizorando, y siempre en vela,
mirada ansiosa donde quier hundía,
con el inquieto afán del que recela
en la paz el peligro y la falsía.
Los espaciosos, sólidos terrados
de la albarrana y la muralla fuerte,
bajo el tremendo peso fatigados
de troncos embreados,
de balistas y recios pedrejones,
de catapultas y hórridos abrojos,
terribles instrumentos de la muerte,
él contemplaba con serenos ojos,
recordando las bélicas funciones.
Iba después su vista paseando

por las grecadas lineas del castillo;
y, unas veces, con júbilo, mirando
los hondos patios, la poterna obscura,
la cenagosa cava y el rastrillo;
y con miedo, otras veces, reparando
en la siniestra torre en que se eleva
la horca, do el moro prisionero ceba
de ávidos cuervos al espeso bando,
pasar las horas perezosas vía,
la soledad y el tedio aminorando
con monotona y larga canturía.
Ya alegre, por huir de aquel encierro,
la vista resbalaba
por el riscoso cerro
que de sus peñas al Titan brotaba;
ya, en la llanura que se extiende abajo,
observaba la fuente y el regajo,
que, sin rumor, se esconde y se desliza
en el verde juncal y en la pedriza.
Vía desde su excelso miradero

la robleda talada,
el alnedo quemado
para evitar la rápida algarada
del atrevido herbero,
que, más que el lobo fiero,
llena de sangre el prado
y asusta el sesteadero;
el hondo valle, en que resuena el río,
el calvo pedriscal, en que hace raya
el encinar sombrío;
y la gigante cordillera inmensa,
donde cada picacho es atalaya
del moro receloso,
apercibido siempre á la defensa,
y del castro, antes suyo, codicioso.
Y si en su atalayar ve desprendida
nube de humo, que en el aire ondea,
taciturno recuerda y abatido
su abandonado hogar, su pobre aldea,
y el santo templo y el alegre egido.

¡Ni los verá ya más, ni los olvida!
¡Ya no los ha de ver! La dura lanza
en que se apoya, ó la insensible almena
que le aparta del mundo, son cadena
con que ligó el destino á la esperanza.
Á ajena voluntad vive amarrado.
Máquina es de matar. ¡Pobre soldado!
El mendrugo de pan, el vino acedo,
que embriaguez sanguinaria le produce,
se los dan por sostén de su denuedo,
y de su vida en paga se traduce.
Temiendo siempre la asechanza, el dolo
del bárbaro africano, no vió un dia
levantarse el rastrillo
para gozoso holgar. ¡Nunca! Allí, sólo
la hija de su señor causa alegría.
Y ¡ella tambien se irá! ¡Cómo el castillo
va ha quedarse de hueco sin María!
Ella es la paz, la dicha y el consuelo
que dió al soldado el cielo.

Ella sabe de yerbas prodigiosas
que las llagas y heridas cicatrizan;
ella dice oraciones milagrosas;
ella entona cantigas amorosas
que las penas del alma cauterizan;
ella del tedio alivia los enojos
con los callados besos de sus ojos.
Y ¡presto va á partir! Iván de Roa,
señor de Valsequillo,
de lucido cortejo acompañado
estará ya muy cerca del castillo.
Él es el desposado.
Vendrán con él juglares, trovadores,
damas, pajes, señores;
y un claustrero negrado (1)
que, ante un altar con juncias adornado,
bendecirá la unión. Luego, unos días,
habrá danzas y músicas y orgías,
pero después... después... ¡oh, qué vacío
quedará aquel hogar y qué sombrío!



Ni una estrella en el cielo rutilaba.
Bronco el viento zumbaba
en las almenas rotas
del alto torreón, y en gruesas gotas

la lluvia, á ramalazos, golpeaba.
Á las rachas del viento se mecía
un muerto que colgaba
de la horca infame. Entre la niebla fría,
el aire aquel despojo rechazaba,
y al chocar contra el muro resurtía.
En la torre, Garcés el escudero,
estaba con Francín, bravo guerrero.
Y así hablaban:
—Ceñuda se presenta
la noche.
—Buen Garcés, siempre me toca
hacer guardía con lluvia ó con tormenta.
Ya tengo la pelleja de una foca.
—Francín, oye... ¿no escuchas...?
—¿Qué...?
—Ese ruido...
ahora... otra vez...
—¡Por Cristo! es el chasquido
de los huesos del moro.

—¿Del ahorcado...?
—Sí: de ese perro. Pero ¿qué te altera?
Deja que se haga trizas contra el muro.
—Bien quisiera no ver al condenado.
—¿El muerto así te asusta?
—Te lo juro.
—Tienes la cholla huera.
—Barragán le matara, si él viviera.
—Ya lo probaste.
—Sí. Fué brava caza.
—De venación estaba en el lindero
del carrascal.
—Le ví: corrí ligero...
—Le asiste.
—Me mordió.
—Dura tenaza
hiciste de tu mano en su garguero...
—Y á poco no le mato con mis uñas.
—Le trajimos aquí.
—Fué sentenciado

por el señor.

—De la horca fué racimo.

Bailaron en el aire sus pezuñas,

y, luego, por los buitres acabado.

¡Y en paz!

—Yo bien quisiera

que el miedo que reprimo,

como culpa mortal, no me venciera;

pero... ¡me vence!

—¡Bah!

—Sí: sus canillas

siento que ya me tunden las costillas.

—El cordel cortaré con mi cuchillo,

y que vaya á dormir bajo el rastrillo.

¡Hazlo, Francín!

—Aguarda.

—Ten cuidado,

no te coja en sus garras el ahorcado.

—¿A mí? ¡Ni Satanás!

—Oye el consejo,

que es sage el hombre cuando llega á viejo.
—No tengas aprensión.
—Cuídate, digo.
—El marranazo, libre de la torga,
ha salido volando cual pandorga.
Descansa ya, Garcés.
—¿Se fué el demonio?
—Roto en pedazos mil.
—Escucha, amigo.
Hombre eres de prestar (2) y testimonio
pudieras dar de si me hallaste esquivo
para la lid.
—Jamás.
—Pues tén por cierto
que si combato rudo al moro vivo,
él me acobarda al encontrarle muerto.
—Raro es el caso.
—Pero muy sencillo.
Yendo con Don Alvár á Valsequillo
á concertar de Sol el matrimonio

con Don Iván, topeme en su castillo,
con un pobre palmero (3), cuya planta
penitente, cruzó la Tierra Santa.
Era muy viejo y sabidor. Mil cosas
relataba, en verdad maravillosas.
Contar le oí que un santo cenobita,
que en Josafat pasó la vida entera
de la oquedad de un cedro haciendo ermita,
en su piadoso, ascético ejercicio,
no tuvo más compañía que un cilicio,
una cruz y una monda calavera.
Cuando sus flacas carnes fustigaba,
ofreciendo el dolor en sacrificio,
ó cuando, fiel á la verdad, besaba
la cabeza de muerto árida y fría,
el cráneo, por Luzbel, vida cobraba,
y á cada beso, mofador reía.
Y, si al soltarlo, con la Cruz topaba,
todo el podrido hueso recrujía.
Al ver el monje santo

tan singular portento,
pensó, con turbación, mas sin espanto,
que obra de Satanás el caso fuera,
y con terrible acento
exorcizó á la monda calavera.
Y de las secas fauces, con rujiente
y aterradora voz, voz sin aliento,
escuchó el ya asustado penitente
hablar al cráneo así: besas mi frente
y me escuchas reir ¡monje menguado!
del impuro Mahoma fuí creyente:
tu besas, pues, la faz de un condenado
que arderá en el infierno eternamente.
Ve ya, Francín, por qué temí al ahorcado.
—¡Pardiez! que más valiera
que el peregrino á Don Iván contara
algo del matrimonio, que le hiciera
el noviazgo romper.

—¡Dios lo inspirara!

—Tú temes lo que yo.

—¡Por vida mía,
que buena nos espera sin María.
—¡Es verdad! ¡es verdad!
—Mas ¿cómo quieres
que permanezca aquí?
—Si: ya lo veo.
—Fuera castigo suyo este deseo.
—¡Vivir entre nosotros, gente huraña!
—Y tener solamente las mujeres
de rústicos soldados por compaña.
—Mereciendo de reyes ser señora...
—Y de almocafres es la servidora.
Ella, al rayar el día
ya trabajando está. Su planta breve
húndese en el estiercol del establo.
—Con sus manos de nieve
las ovejas ordeña, el puerco sala,
condimenta el yantar.
—Que ¡voto al diablo!
por ella nutre.

—Y hace el gengibrate (4).
—Y el diacitron (5) y el dulce codonate (6).
—Remienda nuestra ropa, siempre rala.
—Y en nuestras mallas mánchanse sus dedos
con la incrustada sangre del combate.
—Esta vivienda es mala
para un ángel cual ella.
—Y ha vivido
aquí, alegre y en paz.
—Sin vanos miedos.
—Ella, blanca paloma,
arrullaba del águila en el nido.
—¡Y se vá!
—¡Y para siempre!
—¡Bien quedamos...!
—¡Matar moros! á ver si la olvidamos.
—Mañana mismo irá de confesorio
al lejano ermitorio
que del Alana está cabe la fuente.
—¿Quién la acompañará?

—Muy buena gente.

—Tú irás también.

—También.

—Pues como loco

procedes esta noche estando en vela.

—Y ¿qué he de hacer, Francín?

—Dormir un poco.

—¿Y tú...?

—Yo seguiré de centinela.

III.

Pasó ya el turbión áspero.
La luna, desde el cielo,
derrama su luz cándida
sobre el dormido suelo,
bañándolo, de súbito,
en nívea claridad.
Ya en los etereos ámbitos

fulguran las estrellas,
ya va la Noche tácita
dejando trás sus huellas
polvo de oro lumínico
en la alta inmensidad.

Frescor, como el del céfiro
que anuncia la marea,
las cumbres gana rápido
y el hondo valle orea.
¡La vida va, entre ópalos,
á alzarse con el Sol!
Es el frescor suavísimo
que vivifica y calma,
el puro aliento plácido,
el vahear del alma,
el dulce y virgen ósculo
que da Natura á Amor.

En la infinita bóveda

los astros palidecen,
y ya oscilando trémulos
su brillo hundir parecen
detrás de nubes cárdenas
que azuleando van.
Por el Oriente, en ráfagas
de rosa y de topacio,
la lumbre va infiltrándose,
y el nacarino espacio
semeja, trás las cúspides,
el cráter de un volcán.

La luz explende vívida.
Como en crisol divino
las llamas brotan fúlgidas.
En cáliz diamantino
el Sol, cual hostia múrice,
en manos va de Dios.
Y el Orbe ya, con júbilo,
entona, enardecido,

de vida triunfal cántico.
La tierra es toda un nido.
Estalla toda en férvidos
besos de paz y amor.

IV.

Cansado ya Francín de estar en vela,
y de ver á Garcés muy bien dormido,
brusco le sacudió por el pescuezo.
Abrió el viejo los ojos torpemente,
y saludó al mohino centinela:
y, luego, descaido,
se santiguó al compás de un gran bostezo;
y anhelando bañar su mustia frente
en el frescor y luz de la mañana,
asomóse al adarve. De repente,
cual si asaltado fuera
por invencible impulso,

quiso buscar, con ávida mirada,
la hojosa enredadera
al balcón de María entrelazada.
Lanzó Garcés un eco lamentoso;
y aterrado, y convulso
llamó á Francín, y señalando al hueco
del balcón, de verdura revestido,
—mira—exclamó—con grito breve y seco.
¡Espectáculo extraño y pavoroso!
La cabeza del moro maldecido,
horrible y putrefacta calavera,
separada del tronco, en la caida,
como exótica flor pende del fleco
de la verde, lozana enredadera,
y es por el blando céfiro mecida.



V.

En el patio del castillo,
antes de rayar el día,
con gran tráfago y gran bulla
toda la gente se agita.

Un soldado carga á cuestas
un gran cesto de cecina,
mientras otro á un buey enorme
con la dextral (7) descuartiza.
Estos, de palos y tablas,
largas mesas improvisan,
y aquellos, gordos pellejos
de vino posan encima.
Todos, entre carcajadas
y pullas y vocería,
van de la panera al patio
y del patio á la cocina.
Allí, en torno de la hoguera,
que ancha campana cobija,
haciendo junta á un caldero,
de Polifemo olla digna,
cien pucheros barrigudos
sobre las brasas se apilan.
No rinden á las mujeres
las culinarias fatigas,

y están los viejos soldados
afanosos por servirlas.
Y mientras ellas enlardan
piezas de volatería,
y sabrosos letuarios (8)
y confituras fabrican,
ellos en los tajadores (9)
las viandas depositan,
ó con gran prosopopeya
de los espetales cuidan.
Va á convertirse el castillo
en alegre hospedería
del señor Iván de Roa
y de su mesnada altiva.
Vienen de bodas, y es justo
que Don Alvár los reciba
si nó con lujoso porte,
con despensa bien provista.
Habrá expléndido banquete;
en él se yantará á chirla (10);

y reinará la algazara
de soldadesca bravía.
Allí, el relatar las guerras,
enseñando las heridas,
y el beber dando puñadas
que arranquen del pino astillas.
Todos los que al patio salen,
y vuelven á la cocina,
no celebran el motivo
de su charla y de sus risas.
Sienten que se haga la boda,
y que se ausente María,
pero ven mucho condumio (11)
y al alma alegran las tripas.
Sólo el buen Garcés, muy triste,
sin decir palabra, ensilla
dos mulas y un potro negro
que pïafando relincha.
En redor del noble bruto
un gran lebrel salta y brinca,

y en los hocicos le ladra,
y la estribera mordisca.
Bajó Don Alvár al patio,
y tras de él llegó su hija,
y de ambos en pós dos mozas
muy esbeltas y garridas.
En los sesenta frisaba
Don Alvár. Su tez curtida
estaba por los rigores
de la guerra. En sus pupilas
flameaban los relámpagos
de las belicosas iras.
Era su nariz muy corva,
como de ave de rapiña,
la barba luenga y muy blanca
y por la mitad partida.
Alto y erguido y membrudo.
Su voz de trueno tenía
el timbre de los rujidos
del león cuando se irrita.

Nacido para la guerra,
no hubo dolor ni fatiga
que impávido no sufriese
con desdeñosa sonrisa.
Avezado á los peligros,
nunca al entrar en la liza
pensó en la muerte. ¡Y él era
tenáz segador de vidas!
Fiestas, placeres, holgorio,
no conoció. Lloró un día
la pérdida de su esposa,
rica-fembra de Galicia,
y puso su amor entero
en la encantadora niña,
dulce fruto de los lazos
que cortó la Parca impía.
En Mari-Sol adoraba.
Cuando le hablaba latían
en su acento las dulzuras
de süaves melodías.

Siempre la llevó á su lado.
Muchas veces sus caricias
fueron por los lelilíes
salvajes interrumpidas.
Comprendió el viejo soldado
que alguna vez de una herida
se cura mal ó se muere,
y pensó en dar á la niña
más que un amante, un refugio,
más que un esposo, una egida.
Y fué Don Iván de Roa
el que, ardiendo en llamas vívas
de amor, le pidió la mano
de su adorada María.
Llegó al patio la doncella
de amplio cicatrón (12) vestida,
y cofia de cendal dadria (13)
y barjoleta con cintas (14).
Todos al verla, con júbilo,
la aplauden y felicitan,

todos, por favor, le piden
ir en su guarda á la ermita.
Solo Garcés, silencioso,
tiene al corcel de las bridas,
y él solo, con gran tristeza,
al contemplarla, suspira.
—Vamos—dijo á las dos mozas
que se afanan en servirla.—
Vamos, que el monje está lejos
y el sol apriesa camina.
—¡Adios! murmuró besándola
Don Alvár.—No tardes, hija.
Y dirigiéndose á un grupo
de hombres armados de picas,
de ballestas y de mazas,
bracamartes y cuchillas.
—Id—les gritó—muy alerta,
y ved que á vosotros fía
Alvár Sanchez un tesoro
que vale más que Castilla.

--Va ese tesoro á mi cuenta—
dijo Garcés.
—¡Que os bendiga
el cielo!
—¡Adios, padre mio!
—¡Adios, Sol del alma mía!
Se oyó ruido de cadenas:
sobre la profunda sima
del foso cayó el rastrillo,
y sus tablas carcomidas
rechinaron bajo el peso
de la marcial comitiva.
Salió el lebrel muy delante,
dando saltos de alegría,
y ladrando al potro amigo,
que al mirarle el cuello estira.
De Sol al estribo, el viejo
Garcés callado camina,
y, en pós y ufanas, las mozas
en sendas mulas subidas.

Y, como de escolta, marchan
armados de largas picas,
dargadantes y ballestas,
—que á tanto el recelo obliga—
veinte soldados que han sido
guadañas de la morisma.
Y, al par que despacio bajan
la senda resbaladiza
que, dando vueltas al monte,
al tremedal encamina,
y el lebrel corre, olfatea,
se para, se tiende, trisca,
y torna hacia el potro amigo,
y á su alrededor se agita,
Garcés mudo y cabizbajo,
sin cesar vuelve á hurtadillas
la cabeza, y del castillo
en sólo un balcón se fija.
¡Aun está allí! Del ahorcado
la calavera veía

sobre crespón de verdura
y entre azules campanillas,
mecerse, balancearse,
emponzoñando la brisa.
—Corneja siniestra, dice (15),
me temo una malfetría (16).
Y al par que llegan al valle
Mari-Sol y su milicia,
las torres de su castillo
desde alto monte divisa
Don Iván, á quien precede
la más gentil comitiva.

VI.

¿Qué culpas puedes tener,
ángel de paz y candor,
que antes de unirte á tu amor
te arrastren así á caer

á los piés de un confesor?

¿Qué flor se atrevió á mancharte?
¿qué céfiro osó vencerte?
¿qué estrella pudo nublarte,
ni qué arroyo mancillarte,
ni qué perfume ofenderte?

¿Qué inquietud á tu alma asoma?
¿Qué el corazón te acobarda?
¿Tú pecar, blanca paloma?
¡Tú pecar, Sol, si tu aroma
bebe el ángel de tu guarda?

¿Tú pecar, si por fortuna,
tal vez, te sirvió de cuna
el cáliz de una azucena?
¡Si es tu sér fulgor de luna
en una noche serena!

No vas al monje á decir
pecados que has de ignorar;
quieres, curiosa, inquirir
si es contra Dios delinquir

sólo en el amor soñar.

Lo que el ermitaño austero
nunca explicarte podría,
van á decirlo, María,
el sol, el ave, el otero,
la flor, la fuente, la umbría.

Toda la hermosa Natura,
de amor perenne inflamada,
va á entonar á tu alma pura
el himno de su ventura,
como nupcial alborada.

El susurro misterioso
del follaje, el trisar leve
de la alondra, el vagaroso
bullir del insecto breve,
el murmurio rumoroso

del arroyo, el són suave
de la fuente, el piar del nido,
de las ranas el charlido,
del torrente el eco grave

y de la abeja el zumbido;
todo en ritmo embriagador,
forma oración bendecida;
y eco, y arpejio, y rumor
te dicen, niña, que Amor
es el alma de la vida.

Juntos el cielo y la tierra
sólo al Amor cantarán,
imaginando tu afán
que todo el amor se encierra
sólo en el nombre de Iván.

Y ya piensas, inocente,
que son de su boca ardiente
los besos que te está dando
la brisa, que, dulcemente,
pasa tus labios rozando.—

. . . .

¡Qué alegres sueños de amores
van su mente entreteniendo!
¡Qué explosiones de fulgores!

¡qué gozos embriagadores
dentro del alma sintiendo!

¡Qué dichas tan bien soñadas!
ardientes como sentidas,
puras como imaginadas,
hermosas como fingidas,
tenaces como esperadas.

En su afán, tierno y sencillo,
se mira junto á su amado,
y de flores ve adornado
su pavoroso castillo,
siempre triste y siempre helado.

Y tan absorta marchaba
en su despierto soñar,
que ni á Garcés escuchaba,
ni al ágil lebrel miraba
receloso olfatear.

Ni al bosque ni al arroyuelo
ni á los pájaros atiende.
Sus ojos el sol enciende,

pero es el sol de aquel cielo
que en su corazón se extiende.
De improviso despertó.
¡Oh, terrible despertar!
Latir el perro escuchó.
Oyó un venablo silbar,
y muerto al lebrel miró.

VII.

—¡Hola! Enfielt, Ortega, Núñez,
¡presto! bajad el rastrillo.
El señor de Valsequillo
viene por el gamonal.
Que formen en la explanada
mis valientes ballesteros,
que salgan mis escuderos
con el pendón señorial.
Que ponga un paje al caballo

más veloz silla cosera (17).
y vaya, á rienda soltera (18),
en busca de Mari-Sol.
Que crujan los atambores
y las trompetas resuenen,
y que los montes se llenen
de ecos de alegre rumor.

Que reine aquí el alborozo,
respondiendo á mi alegría.
Hoy, amigos, es el día
más dichoso para mí.
Que corran fuentes de vino;
que á dos carrillos se yante;
que se huelgue y que se cante
como en la edad juvenil.

Que al que llega á ser mi hijo
todos honren á porfía,
y que todos pleitesía
le dén como á su señor,
y que á su fuerte mesnada

cual á hermanos se agasaje,
celebrando el hospedaje
que jubiloso les doy.—

Esto Don Alvár decía,
cuando á escape y anheloso,
jadeante y tembloroso,
en el patio entró Garcés.
Mudo, indefinible espanto,
del viejo causó la entrada.
Infundió horror su mirada
y susto su palidez.

Sin casco está su cabeza,
y destrozada la cota,
y la fuerte espada rota,
y más roto el corazón.
Vió á Don Alvár, y á sus plantas
cayó, cual por rayo herido,
y en agónico gemido,
clamó:—¡Matadme, señor!—

Al frontero duda horrible

echó en la garganta un nudo.
Quiso hablar, y sólo pudo
balbucear,—¿Mi hija? ¡Dí!—
Garcés lanzó un alarido,
y, loco y desesperado,
gritó:—¡el moro la ha robado!
¡y yo la muerte os pedí!—
Soldados, pajes, doncellas
prorrumpieron en aullidos,
en sollozos, en rujidos.
Todo fué gemir, llorar.
Y del rostro del frontero
la humana expresión huía...
¡Aquel padre parecía
hombre y tigre y diablo al par!
—¡Ribaldo! (19) ¿qué es lo que dices?—
exclamó con voz de trueno,
golpeando, de ira lleno,
la boca al viejo Garcés.
Ó como marfuz (20) mentiste,

ó mal tu voz he escuchado,
ó estás loco, ó yo entregado
estoy por tí á Lucifer.

Mas... ¡tú solo! ¡solo! acudes.
¡Habla, heraldo de la muerte!
¡Habla! ¿Por qué sólo al verte
ha entrado el terror en mí?
—¡Matadme! ¡Si yo lo imploro!
—¡Morir...?
—Muerte he merecido.
—Luego... ¡infame...!
—¡No he mentido!
—Luego... ¿mi hija...! ¿Esclava!
—Sí.

—¡Ella! ¡mi Sol! ¡la hija mía!
Tú por mitad de la barba
mientes, maldecida larva
del infierno, ¡vil traidor!
¡Salgamos! Ya por el monte
vendrá... Mas... ¡si andar no puedo...!

¡Si de salir tengo miedo
por si acaso no mintió!—

Doncellas, pajes, soldados
con honda pena escuchaban
á Don Alvár, y lloraban
su infortunio al comprender.
—Todo, gritó, ante mis ojos
húndese y desaparece.
Y, ahora, todo se enrojece,
¡mar de sangre el mundo es!

¡Ella esclava! ¡La hija mía
del moro sufriendo el yugo!
¡Hola! ¡Un hombre!
—Nó. ¡Un verdugo!
—¡Lo será!
—¡Gracias, señor!
—Nuñez, trae unas tenazas,
y una cuchilla. Y tú, cuenta
como se labró mi afrenta,
su infamia y tu perdición.

Y Garcés, entre sollozos,
y ante Don Alvár postrado,
murmuró:—Pues ha llegado
con mi verdugo mi bien,
á decir entre lamentos
voy la mayor desventura,
y que la honda sepultura
trague mi acento postrer.

. . . .

Mi crimen es que el morir
me haya el cielo retardado.
La vida me hace sufrir
los tormentos que finjir
ni soñar pudo un soldado.

Ya la muerte perezosa
viene á mí; pero á Dios plugo
que me arrojara á la fosa
con cuchilla de verdugo
y no con espada honrosa.

Pero cuchilla ó cordel

no han de aumentar mi querella.
¡Señor, mi pena crüel
es veros, sin ver á ella,
pues ya es botín del infiel!
¿Quién lo pudo sospechar?
¿De qué sirvió el pelear?
¿Qué logré yo con herir,
si yo la he visto robar,
y yo no pude morir?
Del bosque por la ladera,
y el breñal duro evitando,
marchábamos en hilera,
é iba del sendero fuera
el lebrel olfateando.
Paróse el perro: un aullido
lanzó agudo: sordamente
ladró: se escuchó un silbido,
y, por un venablo herido,
cayó muerto de repente.
Miré á Sol. Sentí pavura

al verme en paraje tal,
con ella, con su hermosura,
siendo allí abismo el breñal,
y allí noche la espesura.

¡Amigos! grité anhelante.
¡Por Jesucristo os lo imploro!
Recordad en este instante
que el señor nos dió un tesoro...
¡Por Mari-Sol! ¡Adelante!

Más no pude hablar. Gritó
el infierno á la par mía,
y la maleza se abrió,
y todo el bosque se armó
en algarada bravía.

Aquello fué un hervidero
de morisma. Se mataba
y crecía el tropel fiero.
La carne allí se apretaba
para embotar el acero.

Yo desde el principio ví,

con desfallecida fé,
lo que entre espantos sentí.
¡Sólo porque la llamé
la muerte no acudió á mí!

Ante mis ojos cayeron
mis amigos, mis hermanos.
Cual leones combatieron.
¡Felices los que murieron
como nobles castellanos!

Yo de ella no me apartaba.
Su rostro hermoso veía
como sol que se ocultaba.
¡Ay! el Sol en que adoraba
en mar de sangre se hundía.

Ya ciego, en mi frenesí,
por la angustia y el dolor
rajé, acuchillé, tundí.
Quise mirarla, y ¡qué horror!
ya estaba lejos de mí.

Un negro, por el breñal

trepando, á saltos corría.
De Dios dudé en trance tal.
Aquel fantasma infernal
era el raptor de María.
 A las breñas me lancé
como herido jabalí;
paso entre espinos me abrí,
y vine al suelo, y me alcé,
y miré ansioso... y no ví.
 Y aullé con rabia ¡María!
Y á mi angustia, á mi agonía,
ni aun el eco contestaba.
¡Ay! ¡cual trueno retumbaba
su nombre en el alma mía!

. . . .

 Faltó á Garcés el aliento;
rompió en gemidos ahogados.
Las mujeres, los soldados
sintieron por él piedad.
Pero Alvár ordenó á Nuñez:

—¡Arráncale, para mengua,
con las tenazas la lengua,
los ojos con el puñal! (21)

Que exista como por siempre
yo he de vivir; ¡sin consuelo!
Que mirar no pueda al cielo,
pues mi cielo no he de ver.
Que ya no logren sus labios
repetir la horrible historia,
veneno de su memoria,
condenación de mi sér.—

Al escuchar la sentencia
nada respondió el anciano.
Se alzó del suelo, y la mano
besar quiso á su señor.
Después marchó hacia el verdugo.
Se oyó un siniestro chirrido...
Y resonó un alarido,
y á todos heló el terror.

Con sacudida terrible

se irguió el viejo. Hacia adelante
las manos tendió, anhelante
de topar con la pared.
—¡Fuera del castillo! ¡Fuera!
—gritó Alvár.—¡Que tu destino,
infeliz, te abra camino,
y sea Cristo mi juez!

Y cuando allí todo era
dolor, angustias, quebrantos,
ayes, gemidos y llantos,
con rabia atroz oyó Alvár,
como maldición del cielo,
los clangores atronantes
de las trompas resonantes
de los heraldos de Iván.

VIII.

El señor de Valsequillo,
con sus claustreros negrados,
pajes, damas y soldados,
está ya junto al rastrillo.
Los heraldos resonar
hácen sus trompas guerreras,
y pendones y señeras
se ven al viento flotar.
Mucho extraña la mesnada
que esté el muro desguarnido,
y el ferreó puente tendido,
y desierta la explanada.
Nadie pudo refrenar
un grito de espanto, viendo
al triste Garcés, y oyendo
la voz furiosa de Alvár.

Y aumentaron los enojos
al mirar al viejo y ver
chorros de sangre caer
de su boca y de sus ojos.

Agrio, y sin descabalgar,
Don Iván dijo al frontero:
—Mal, señor, á un caballero
recibís en vuestro hogar.

Por lo que veo colijo
que pensais que boda es muerte,
cuando salís de tal suerte
á dar los brazos á un hijo.

—Don Iván, esto á Dios plugo.
—Llego con un monje al lado,
y á mi encuentro ¡desdichado!
acudís...

—Con un verdugo.

—Yo vengo ansioso de amar...
—Y yo ansío maldecir...
—¡Don Alvár!

—Quiero vivir
para sin tregua matar.
—Señor, notad que es mancilla
con calma oir tal lenguaje.
—No os quisiera hacer ultraje,
pero volved á Castilla.
—¿Sin duda olvidasteis yá
que llego...?
—A ver mi amargura.
—Pero... ¿Sol...?
—Ya es noche obscura.
¿Ha muerto Sol?
—¡Ojalá!
—No os entiendo. ¡Hablad! ¡Decid!
—¿Me veis y no adivinais...?
—Pero... ¡vive Dios! ¿no hablais?
—Esto solo: ¡Iván, huid!
—¡Huir! ¿De quién?
—De mí.
—¿De vos?

—¡Tornad, presto, á Valsequillo!
—¡Señor!
—Huid de este castillo
que está maldito de Dios!
—¡Oh, perdonad, noble anciano,
mas... decidme... la que amaba...?
—¿Mi hija...?
—¡Mi Sol!
—Yace esclava
en un harem africano.



PRIMERA PARTE

EL ASNO CIEGO



I.

Cuando de Agmat en la prisión obscura,
el Rey-poeta Almotamid (1) decía,

«al llamar á Yussuf cavé mi fosa»
¿triste pensaba en su Itimad (2) querida?
¿Soñaba en los palacios y jardines
hechizo de su hermosa favorita?
¿en su leal amigo Ibn-al-labbana? (3)
¿en los dulces raviés de Sevilla? (4)
¿Era el Rey andaluz bardo y profeta?
Al contemplar en su sin par desdicha
á las prendas del alma idolatradas
que, de andrajos cubiertas, y roidas
de hambre, llegaban á sus yertos brazos,
su penar ocultando y sus fatigas,
y sus sangrientos piés, que sobre almizcle
otras veces marcharon (5), ¿no veía
en ellas el emblema de sus pueblos?
¿No presagiaba su cercana ruina?
¡Cuánto la presagió! Pero ¡qué tarde!
Al lado de Yussuf, en Algeciras,
en Zalaca, en Aledo, vió á la Muerte,
y oyó su voz desgarradora y fría.

Él quiso libertarse de los lobos,
y á un tigre fué á buscar en su guarida.
¡Mísero Motamid! Los andaluces
vieron las hordas de Yussuf bravías,
talar campos y pueblos y ciudades,
con sed, más que de sangre, de rapiña.
Magnates, mercaderes, ricos, pobres,
en palacios, en zocos, en mezquitas,
clamaban, sin cesar, contra la horrible
gangrena de la hermosa Andalucía.
El hosco almoravide era langosta
en fértil prado de alforjón caida.
El andaluz cultísimo, educado
para el lujo y las artes, no podía
soportar de las huestes africanas
la tosquedad y la ignorancia altivas.
«Con el Rey de León firmemos pactos»
«paguémosle en tributos lo que exija,»
se gritaba do quier (6). Y, «todo es bueno
si del almoravide se nos libra.»

pregonaba el furor. Ya era imposible
tolerar por más tiempo al Lamtunita.
Y, como siempre que en España el odio
quiso vengar afrentas ó injusticias
al Africa mandó por un verdugo
—que por sicario un opresor le envía—
Aben Cosai á Abdelmumén demanda
lo que á Yussuf pidiera el Rey de Isvilia.
Tras del almoravide, el almohade;
tras del tigre, el león. Sobre las cintas
del pendón negro, la bandera blanca;
en pós de la langosta, la sequía.
La Cruz brilló en las Navas de Tolosa,
y á su fulgor se despertó Castilla.
Aquella gran batalla, ó gran prodigio,
fué el comienzo de la áspera agonía
del imperio almohade. Por do quiera
armóse la ambición; minó la intriga;
aulló el rencor; se desató la rabia.
Infieles contra infieles combatían.

Era cada ciudad un emirato,
y un Emir de otro Emir sombra enemiga.
Y entre los gritos de incurable insania,
entre el seco jadeo de la envidia,
entre el horrible estrépito de tronos
que volcaban en sangre y en cenizas,
de súbito clamó voz formidable.
Todo lo ensordeció. La imperativa
voz estentorea el exterminio pide
de los hijos de Agar. Y aquella impía
voz de tormenta, en Covadonga zumba,
y por sepulcros mil es repetida.
Pelayo, el Cid, Alfonso, á los acentos
del Rey Fernan la eternidad olvidan,
y al castellano rey las armas ciñen
y en su alma infunden belicosas iras.
Andujar, Martos, Priego, Loja, Alhama,
y Alcaudete y Baeza son rendidas,
y de Quesada en los sangrientos muros
se alza la Cruz, y en Ubeda y Capilla.

Y avanza el mar de enrojecidas olas,
y al adarve de Córdoba salpica.
Muere ahogado Aben-Hud, por el aleve
alcaide Abderraham, en Almería;
y, sin caudillo ya, cunde el estrago
y la mortal zozobra en la morisma.
¡Córdoba fué! La Caaba de Occidente
es ya de Cristo, y templo la mezquita.
Cien pueblos sarracenos se apresuran
á jurar á Fernando pleitesía,
y se dan, á la fuerza de sus armas,
Zafra, Osuna, Montoro, Moratilla,
Marchena y Aguilar, Porcuna y Corte.
Nada á la tromba resistir podía.
Ante su empuje asolador ¿qué hicieron
los que, en nombre de Allah, se aborrecían?
Acrecer sus recelos, sus rencores,
y con el odio acibarar la envidia.
En vez de unirse, desmembrarse. En todos
ardió el furioso vértigo suicida.

Mahomed Alhamar tiembla en Granada;
los oximeles á acudir le obligan
á impetrar el auxilio de Fernando.
Le regala á Jaen: y el Nazarita,
por odio al almohade, ó por instinto
de propia salvación, franca y cumplida
amistad jura al héroe castellano,
y es de los hijos del Mahadi cuchilla.
Y entonces fué cuando Azariel (7) sus negras
alas tendió sobre la gran Isvilia.
Dominaban allí los almohades.
El no seguro trono poseía,
en feudo, un noble y valeroso anciano,
el insigne Axataf. (8) Y al ver la invicta
enseña del cristiano que flotaba
sobre el alto alminar de la mezquita
de la orgullosa Córdoba, el muslime,
en la torre de Gheber (9), sus pupilas
fijó inquieto. Y turbado, y entre lágrimas,
sollozó veces mil, ¡ay, de mi Isvilia!

De su pueblo, en socorro, con premura
quiso acudir. Con dádivas magníficas
mandó embajadas al Algarbe, á Niebla,
á Málaga, á Marruecos, á Almería,
á los regulos mil, que aceptan dones,
y, siempre, en cambio, su socorro esquivan.
El Rey de Niebla Ebn-Amafon, (10) su auxilio
prometió. Y nadie más. Y pasan días,
y embajadas retornan, y el Monarca
entre llanto repite ¡ay, de mi Isvilia!
El Rey del Almogreb, el Soberano
de quien es feudatario el que suplica
«no puedo socorrerte con mis tropas,
ir no puedo en tu amparo»—le escribía—
pero ¡espera en Allah! que ha de salvarte,
por el sér que á tu pueblo se encamina.
De la Meca ha llegado. Al peregrino
acompañan guerreros de la India;
fantásticos tesoros, por lo inmensos;
naves, cual los alciones, rapidísimas.

Es alfaquí. Su veste de soldado,
de tigre su furor. Su nombre Orías (11).
El vuela á tu socorro. ¡Alláh le guíe!
¡Bendice á Alláh que de salvarte cuida!»
Y, por secreto impulso, misterioso,
el alma de Axataf se tranquiliza.
Nace en él la esperanza, y ya sus labios
no dicen entre lloro ¡ay, de mi Isvilia!

II.

¿Quién era el hombre aquél? Nadie lo supo.
Y, no obstante, aquel sér extraordinario
en todos los senderos de la tierra
dejó indelebles huellas de sus pasos.
Gentes distintas, diferentes razas,
tribus dispersas, hombres ignorados,
le vieron en sus pueblos y aduares,
subir sus montes y sulcar sus lagos.

Cazó el león en la abrasada Libia:
cortó el vuelo á las águilas del Cáucaso:
sorprendió al tigre bengalés, y al oso
hijo del Obi sofocó en sus brazos.
Fué en el Catay envidia de magnates,
en Benarés admiración de sabios;
le adoró, como á un dios, el garamanta,
y en las estepas asombró al eslavo.
Hablaba cinco idiomas. Conocía
del Ramayana los sublimes cantos,
el Kandár javanés (12), las epopeyas
de Homero y de Virgilio, los sagrados
libros de los hebreos, los mohallakas
que el renombre de Antar (13) eternizaron.
Estudiador de toda teogonía
ningún Empíreo le cerró sus ámbitos.
Tambien Naturaleza sus secretos
dócil le reveló. Nuevo Esculapio,
en el hogar do se sentó, la Muerte,
si pugnó por herir, combatió en vano.

Fué astrólogo feliz y hábil nauclero.
Audaz surcó los mares no explorados,
y como el Preste Juan—de los paises,
que nadie vió (11)—con elocuentes labios
narraba los prodigios y riquezas
de las que supo aprovecharse acaso.
¿Quién era el hombre aquél? En su mirada
iba la niebla y se forjaba el rayo.
Era su voz sonora, y su lenguaje
breve, imperioso, de señor á esclavo.
¿Quién era el hombre aquél, en cuya carne
latió el acero y animóse el mármol,
conjunto de fiereza y de hermosura,
que causara pavor y al par encanto?
¿Quién era el hombre aquél? Nadie lo supo.
Fué su existencia impenetrable arcano.
¿Era el último vástago, el postrero
sér de una raza que se hundió en el caos?
¿Era el hijo de un Rey? ¿Quizás un trono
en ignota región dejó olvidado?

¿Era su nombre Orías? ¿Descendiente
era de uno de aquellos soberanos
de Mutra, de Sommat, ó de Lahore,
que exterminó de Mahamud el brazo?
¡Quién lo llegó á saber! Quizás él mismo
no quiso interrogar á lo pasado.
Los surcos que se abrían en su frente
de rawi soñador y de tirano,
cicatrices profundas parecían;
las cicatrices hondas que dejaron
los filos de una idea siempre inmoble,
de un pensamiento perdurable, amargo.
Triste, muy triste, estaba el noble Orías.
¿Por qué? ¿Quién se atreviera á interrogarlo?
Triste, muy triste estaba. Casi siempre
los ojos ocultaba entre los párpados,
cual queriendo adormirse. ¡Qué despierta
su alma volaba en pos de lo soñado!
Nunca su boca abrió la franca risa.
Jamás un himno acarició sus labios.

¿Al callado pesar, indefinible,
á aquel dolor tan misterioso y vago,
no buscó, con afán, paz ó consuelo?
¡Ah! ¿por qué en el amor no quiso hallarlo?
El sol de Libia, que á los huesos llega
como en haz de alfileres inflamados;
los jardines de Java, cuyas flores
dan á la brisa embriagadores bálsamos,
los bosques de la India, en los que anidan
sobre el tigre feroz tímidos pajaros;
las húmedas lianas, que doselan
de sombras á los ríos de Zipango,
y en los que la nocturna mariposa
pide luz al insecto enamorado (15),
¿no le hicieron amar? ¿Las bayaderas
con sus danzas lascivas no lograron
despertar sus sentidos? ¿No amó nunca?
Ante sí vió pasar como en rebaños,
las lujuriosas chinas; las georgianas,
carne para el placer de los serrallos;

las indolentes indias; las etiopes,
cuyos cuerpos son de ébano tallado;
las salvajes eslavas, que recuerdan
las walkirias que á Etzel acompañaron;
y todas le brindaron el deleite,
y el placer sin amor causóle enfado.
A Sevilla llegaba precedido
de excelso nombre, de gloriosos lauros,
de fama sin igual, y de tesoros
innúmeros, inmensos, encerrados
en ligeras terradas y dromones (13)
de veloz singladura y corte extraño.
¿Qué á Isvilia le empujaba? ¿Irresistible
impulso de guerrero? ¿Afán de sabio?
¿El que ahora de Alfaquí tomaba nombre,
tal vez era un profeta? ¿Un enviado
de Dios, para anunciar al almohade
el fin de su poder? ¡Quién sabe! Acaso
fuera aquel sér extraño y misterioso
del ángel Azariel fúnebre heraldo.

III.

Una rancia conseja que, entre el vulgo,
se ha repetido como cuento extraño,
contaba que un tesoro imponderable
yacía en Vib-ab-Ragel soterrado.
El inmenso tesoro se brindaba
al hombre que, jinete en un caballo,
puesto á toda carrera, del Blanquillo,
en una noche obscura, y solitario,
tocara el suelo y rápido cojiera
un puñado de polvo con la mano.
Entonces, y de súbito mudada
la tierra en hondo abismo, el fortunado
mortal dueño sería de pensiles
y alcázares que á un Rey causaran pasmo.
Allí le embriagarían los perfumes,
las músicas suaves, los encantos

de vírgenes hermosas (17).
La conseja
se fundaba en un hecho. Allí el palacio
fué de Orías. Allí las reinas moras
expléndido retiro levantaron (18),
y ese el alcázar fué que regalara
Axatafe á su huesped soberano.
Allí, bajo la guarda recelósa
de fieles servidores, cien esclavos
llevan de los dromones y terradas
la carga, asombro de riqueza y fausto.
Piezas de seda, rasos y tisues,
en talleres de Manghi fabricados,
pieles de armiño y zorro azul, perfumes
que sólo índicos dioses respiraron,
nieladas cotas, plumas que del iris
bebieron los colores, ricos vasos
de marfil y coral, yelmos de plata
con fulgentes carbonclas, van pasando
ante el absorto pueblo, y mil tesoros

de perlas, de zafiros, de topacios,
escondidos en cajas primorosas,
y en cofrecillos de oloroso sándalo.
A la voz de Arbalaya, mayordomo
del magnífico prócer, los esclavos
transportan á las salas del alcazar,
mansión de gnomos y bazar fantástico,
aquel de Pluto, expléndido equipaje,
que de Harum-al-Raschid fuera envidiado.
¡Mansión encantadora! Breve tiempo
habitóla Itimad; mas de sus caros,
insaciables caprichos, dejó muestras
en cada camarín, en cada patio.
Por do quiera las mágicas labores
del hábil moro. El nácar, el cobalto,
la plata por doquier, resplandeciendo
del Korán en versículos sagrados.
Donde no resaltaban los encajes
del fino y brillador alicatado,
pendían las suaves alkatifas (19)

ó las famosas telas de Damasco.
Los esmaltes del techo destellaban
resplandores vivísimos, metálicos;
y era cada ajimez haz de centellas
que dejaba los ojos deslumbrados.
Por todas partes argentinas fuentes
de dulces aguas y murmurio blando,
que en las calladas horas de la siesta
daban al sueño voluptoso encanto.
El alcázar se erguía entre jardines.
Sobre floridos bosques de naranjos
mecíanse gallardas las palmeras;
los cipreses, los chopos y los lauros,
vestidos de jazmín, formaban calles
de largas sombras y perfumes gratos.
Los sauces cobijaban las purísimas
aguas que, de tazones de alabastro,
su caudal repartían en acequias,
que iban, do quiera, su frescor dejando.
Jardines de mujer todas las flores,

alegres, á las brisas perfumaron,
muriendo de placer las que, dichosas,
la miel bebieron de amorosos labios.
Era el bello jardin un paraiso,
y estaba, como Edén, siempre cerrado.
Grandes, espesos muros circuían
de aquella *aljanna* (20) el anchuroso ámbito.
Una espaciosa rampa era camino
de torre colosal; y á su elevado
término, por lo fácil del declive,
se subía jinete en un caballo.
Torre en tiempos de guerra, miradero
en los de paz, inmensurable espacio
desde allí, con la vista, se abarcaba.
Toda Isvilia tendida sobre un plano
mostrábase orgullosa. Cual de nieve
aparecía la ciudad, encanto
del Rey Almotamid. La gran Isvilia,
Edén de los monarcas mahometanos,
con su medio millón de habitadores (21),

sus muros de dos leguas, sus palacios
maravillosos, sus tres mil telares,
sus escuelas famosas y sus baños,
su centenar de firmes torreones,
y sus estensos, populosos barrios,
cantaba su poder. Los alminares
vestidos de azulejos, á los rayos
fulguraban del sol. Allá, en la erguida
torre, orgullo de Gheber, como astros
grandes globos de cobre rutilaban (22),
la luz partiendo en centellantes lampos.
A un extremo el alcázar de Abdolazis,
con su enorme recinto amurallado;
la gran mezquita, con su inmensa cúpula
semejante á un esmalte de amaranto;
la sucia barriada del judío,
de su avaricia cautelosa esclavo;
más allá el acueducto que parece
el esqueleto de insoñable sauro;
la puerta allí de la Princesa mora

que dió á las macarenas sus encantos (23);
por do quiera las ùtiles madrisas (24);
por todas partes huertos regalados;
este gran edificio es una aljama;
es aquella mansión templo de sabios;
cerca de Vib-Alfar (25), bajo la fronda
de tristes sauces, versos elegiacos,
en unión de tiernísimos raviés,
Abul-Bekka-Saléh, dice llorando (26).
Si al lado opuesto se miraba, entonces
acrecía el magnífico espectáculo.
Guadalquivir, en rápida corriente,
brillaba al sol, como fundido estaño.
Las resonantes linfas destrenzaba
bajo el puente de barcas, y en sus claros
espejos temblorosos se mecían
del Arsenal los pescadores barcos (27).
Al Arenal llegaban los dromones
llenos de trigo y de productos varios;
y la Torre del Oro sobre el agua

resplandecía como sol rielando (28).
Tras de Atrayana (29) el pródigo Aljarafe,
que cubre el cielo con zafireo manto,
monstrábase feliz, y esplendoroso,
de multitud de inhiestas coronado (30).
Sus alquerías, sus fragantes huertos,
y sus pensiles, y sus verdes prados,
ríco tapiz de Persia semejaban
de fuertes tintas y matices varios.
Los olivos, en filas, como huestes,
por las lomas, al río van bajando,
y las viñas, cual broches de esmeraldas,
del horizonte cierran el espacio.
Aznalfarache allí con su castillo;
y Gelves con sus bosques de granados,
y Algaba con sus torres y sus muros,
y Cantillana, inexpugnable castro.
¡Isvilia encantadora, los deleites
en tu próvido seno despertaron!
Mas... ¿por qué en tu recinto no se escucha

de casidas el eco enamorado,
ni el resonar de albogues y de adufes (31),
ni de las zambras el bullicio grato?
¿Por qué se hallan desiertas tus escuelas,
y tus calles rebosan de soldados?
¿Por qué mujen las forjas, y el silencio
se oculta en el telar que cubre el tamo?
¿Por qué en las plazas los robustos mozos
prueban sus bríos en romper tablados? (32)
¿Por qué el judío á tus bázares llega
con armas duras y corceles raudos?
¿Por qué de tus adarves y albarranas
en rededor, se miran trabajando,
enjambres de alarifes, ingenieros,
hombres baldíos (33), míseros esclavos?
De la ciudad la vida exuberante
allí toda palpita. El almenado
se refuerza y el muro y las cien torres;
se ahonda la cava; de traidores clavos
de tres puntas (34) erízase la tierra;

pedrejones y troncos embreados,
balistas, catapultas, algarradas,
se llevan de los muros á lo alto;
y se labora sin cesar. Ni rinde
el sol devorador, ni da descanso
la noche, ni el afán decrece un punto.
Presta el miedo valor para el trabajo.
Al hervidero aquel, triste, mohino,
el viejo Rey contempla. En el lejano
horizonte se fija. Allá, en sus nubes
laten el vendabal, la tromba, el rayo.
La Muerte corre, corre... ¡Estaba escrito!
Es tu ángel Izrafil (35) el Rey Fernando.



IV.

Desde la Torre del Oro
hasta el alcázar que á Orías
el noble Rey Axatafe
regaló en nombre de Isvilia,

y, desde el cubo de piedra (36)
en que Atrayana termina,
hasta el castillo orgulloso
en el cual la puente estriva,
se ve muchedumbre inmensa,
bordeando las orillas
del Guadalquivir, y en ascuas
el sol transforma sus linfas.
Como mar alborotado
se mueve el pueblo y se agita
desde la Torre del Oro
á la apartada Almenilla.
Y aquel mar va por instantes
aumentando en aguas vivas,
con los ríos caudalosos
que siete puertas le envían.
Las de Jerez y el Alcázar,
la del Carbón, las magníficas
del Arenal y de Goles,
la de Atrayana y la antigua

de Vib-al-Ragel, un punto
no cesan en aquel día
de soltar masas de carne
que, al rebasar las esquinas,
se rompen, y se desprenden,
y se funden y se apilan.
De la ciudad sevillana
todo el popular se anima,
y al Arenal se dirije
como acudiendo á una cita.
Cada cuerpo busca espacio,
los contactos horripilan,
pero se cede al impulso
de la ansiedad que cautiva,
y se entra en la muchedumbre,
y se codea y se pisa,
y se arremete y se empuja;
la carne en carne se hinca,
y mil, y miles de seres
se incrustan y se macizan.

El sol da calor y peso,
y causa ardor y fatiga,
y polvo se masca, y quema
el viento que se respira.
La enorme masa se mece,
y se deprime, y se estira,
y los piés de andar se cansan
cuando ninguno camina.
Todo es alargar los cuellos,
todo es aguzar la vista,
maldecir las apreturas,
y buscarlas á porfía.
Los chiquillos, que cual siempre,
son chinches incomodísimas
del concurso, por do quiera
se meten, corren y brincan.
Sufren injurias, patadas,
pellizcos y otras caricias,
pero van adonde quieren,
y el puesto logran que ansían.

Trepan cual ágiles monos
á la palmeras erguidas,
y no hay árbol que un racimo
no dé de chiquillería.
Y una vez que están en alto
con sus pullas y sus gritas
se vengan del sopapeo
que sufrieran sus mejillas.
Entre la gran muchedumbre,
por tan compacta, enemiga,
muy mal lo pasan las viejas,
muy mal las mozas en cinta.
Hay gordo que sufre el peso
de la ciudad en la tripa,
y hay escueto y larguirucho
que asombro causa y envidia.
Al tímido se repele
y el cortés produce risa.
Allí ocupa el mejor sitio
quien á coces lo conquista.

¡Qué abigarrado conjunto!
¡Qué estruendosa algarabía!
¡Qué amalgama de colores!
¡Qué unión tan varia de tintas!
En las torres y en los muros,
en interminables filas,
están los hombres de guerra:
y sus cascos y sus picas,
por el sol heridos, fulgen,
y centellantes rutilan.
Y los destellos parecen
brotar de la pedrería
de una corona que el cielo
pusiera en la sien de Isvilia.
De repente, por la puerta
del Arenal, gritería
estalló ensordecedora.
Se oyeron ayes y vivas.
Y se vió salir al trote
la feroz caballería

que comanda el negro jeque
Abul-el-Horr, lanza ardida (37).
Negros son los caballeros,
negros como el que los guía,
y negros son los caballos
y negras las jacerinas.
Detrás de ellos, y jinete
en una alfana (38) magnífica,
marcha Axataf, con turbante
verde y garzota amarilla.
Y sigue al viejo monarca,
en mucha corte, la altiva
grey de imanes y jerifes (39),
flor de la ciudadanía.
El mayordomo Arbalaya,
junto de Axataf camina,
conduciendo del rendaje,
bordado de pedrería,
un potro alfario (40), que mece
sobre el lomo eburnea silla.

Y va detrás de aquel grupo
la peonada aguerrida
de los valientes algoces (41)
que dieron susto á Castilla.
Rey, corte, caballos, tropa,
de gran trecho necesitan,
y como cuñas penetran
en la masa comprimida.
Infantes y caballeros
obedeciendo consignas
del almoçabel (42), que á palos
siempre las órdenes dicta,
abren calle en el gentío,
y la guardan en dos filas,
desde la Torre del Oro
á la lejana Almenilla.
Y entonces, el mar de carne
se encrespa, se encoleriza,
y va en apretadas olas
buscando al flujo salida.

No hay boca sin improperios,
pulmón que no sienta asfixia,
piés que á otros piés no magullen,
y puños que no se esgriman.
Pero ¿qué importa aquel todo
que conturba y martiriza
si con las mismas molestias
la curiosidad se excita?
¿Marcharse sin ver al hombre
que acude en favor de Isvilia?
¡Imposible! Un solo grito
escuchóse, y repetida
una frase fué mil veces
con ansiedad y delicia.
¡Ya llega! Por Toliatha
un velámen se veía.
Y todo el pueblo, con gozo,
repite ¡yá llega Orías!
¡Qué gallarda y qué pomposa
sulca una veloz xattía (43)

las aguas del manso río
que en nivea espuma se rizan.
¡Y qué nave! De carmines
están sus velas teñidas,
y sus mástiles parecen
de labrada argentería.
En su castillo de popa,
bajo de azules cortinas,
de pié, derecho, inflexible,
cubierto de pedrería,
se ve un hombre. Todo el pueblo
yá le conoce. ¡Es Orías!
Atabales y añafiles
los vítores armonizan,
y todas las manos forman
la *azalim* (44) de bienvenida.
Todo es júbilo, entusiasmo,
esperanzas, alegrías;
y todos los corazones
en un latido palpitan.

Ancló la nave: sus velas
arrió la chusma india
que la monta, y cuyo aspecto
es asombro de la vista.
Tendióse á la nave un puente,
que rica alfombra tapiza,
y al són de estentoreos vítores
tierra pisó el noble Orías.
¡Qué gentil! Yelmo de oro
con pluma de cuervo erguida,
ciñe sus pálidas sienes
de regia corona dignas.
Cruzan su frente hondos surcos;
detrás de ellos, nieblas frías,
nieblas que rasga la lumbre
de ojos negros que fulminan.
Es su nariz aguileña,
su boca gruesa y carminea,
negra y muy larga la barba,
sedosa, y en dos partida.

Alto, delgado, arrogante,
de extremada bizarría,
por su gentileza encanta,
por su apostura fascina.
Su rostro pálido tiene
vaga, indefinible tinta
de amargura, de tristeza,
de tenaz melancolía.
Sobre morada alcandora (45),
viste sutil jacerina
de oro luciente, con broches
de perlas y de amatistas.
De un cinturón de carbunclos
cuelga un hacha damasquina,
hacha que, con sus dos filos,
el exterminio duplica.
Con humildosas zalemas
le acogió la comitiva
del Rey, quien le dió los brazos
y le besó en las mejillas.

—¡Alláh te trajo! Que Él quiera
concederte muchos días
para su causa—murmura
con voz dulce y conmovida.
Y Orías dijo:
—¡Veremos
si ayuda al que en Él confía!—
Y su voz, como un cuchillo,
penetró en cuantos le oían.
El Alfaquí y el Monarca
y su cohorte lucida
montaron en los corceles,
y entre las abiertas filas
de soldados, á galope,
corrieron á la Almenilla.
Y el pueblo que, horas y horas,
soportó tantas fatigas,
por la esperanza de un punto
poder recrear la vista,
vió vibrar, entre una nube

de denso polvo, fulmineas
ráfagas, que desparecen
aun más presto que se miran.

V.

Llegó el bizarro Orías,
del viejo Rey al lado,
al esplendente alcázar
que enriqueció Itimad:
y en pós de ellos la corte,
en grupo muy cerrado;
y, ansiosa, y jadeante
gran multitud detrás.
Descabalgaron todos
los del cortejo altivo.
Quedáronse á caballo
el gran Faquí y el Rey.
Jinetes, la ancha puerta

á entrambos dió recibo.
La corte y mucho pueblo
siguiéronlos después.

Un largo paso, lóbrego,
á un patio enorme abría,
joyel del arte moro,
cual nadie lo soñó.
Allí el alicatado
brillante parecía
borrasca de fulgores,
policroma explosión.

Abiertos en los muros
hay ricos alhamíes (43)
vestidos de alizares,
que honor á Isvilia dan (47);
allí duermen soñando
amores las huríes,
bebiendo sus arómas
las auras al pasar.

Columnas de granito

y cuarzo transparente,
levántanse cual palmas
de mágico jardín.
La hermosa jiloglifia (48)
del árabe paciente
grabó, por todas partes,
las suras del Nebí.

En medio de aquel patio,
de tersa malaquita
se ve una fuente clara
que en raudo surtidor
al cielo el agua arroja,
y en lluvia cae infinita
de polvo de diamantes
con trémulo fulgor.

En uno de los ángulos
un grupo de palmeras
se yergue, y de sus troncos
se alza en dosel sutil,
rica alkatifa, y cubren

el suelo otras lijeras:
y allá van en sus potros
el Rey y el Alfaquí.
Tras de ellos, y á su lado,
agrúpase la corte.
Vacío un grande espacio
de allí á la fuente hay.
La *aluma* (49) el patio invade,
y sin que á nadie importe,
á palos, guardias negros,
la aprietan en un haz.
Al trecho que hay vacío
acuden bailarinas
y músicos, que siempre
del pueblo encanto son.
Se queman en braseros
arábigas resinas;
y empieza la solemne
fastuosa recepción.
Pasaban ante Orías,

por grados y excelencias,
moftis, imanes, xeques,
en larga y lenta *asaf* (50);
y al par que desfilaban,
haciendo reverencias,
sus nombres y sus cargos
el Rey diciendo va.

Y ya encarece el mérito,
ya la bizarría;
de aquellos la prosapia,
de todos el valor;
y el Alfaquí, mil veces,
la misma açala (51) envía,
diciendo que—¡Alláh sea
de tu alma salvador!—

Duró mucho el desfile
de alimes (52) y guerreros,
de próceres y ricos
de la islamita grey;
y luego que ante Orías

pasaron los postreros,
sus dádivas preciosas
brindóle el noble Rey.

Y entonces resonaron
adufes y axabeas (53),
y cánticos marciales
y ronco lelilí.
Y sus lascivas danzas
bailaron las almeas (54)
oyéndose las cístolas
al són del orabín (55).

Y entraron cien esclavos,
en dos filas dispuestos,
con las ofrendas ricas
que preparó Axataf.
Gualdrapas cordobesas,
de flores grandes cestos,
caballos, frutas, armas,
alcozar de azahar.

Después, y en pos de eunucos,

de sedas entre lazos,
esclavas castellanas,
que el árabe robó.
Y un nubio, tras de todos,
llevó en sus fuertes brazos,
y en gasas y entre tules,
el más soberbio dón.



Aquellos esclavos van
pasando rápidamente,
y el Alfaquí, indiferente,
ni mira lo que le dan;

viendo Axataf con enojos
que caballos y cristianas,
armas, y flores lozanas,
todo es igual á sus ojos.

En quejas iba á estallar,
cuando vió hincarse al nubiano
ante el faquí, y con su mano
tul y gasas separar;

y—Veremos—murmuró—
si esa ofrenda es de tu agrado,
pero ten, por de contado,
que me la llevo, si nó.—

De entre aquellas gasas leves,
de entre aquellos albos tules,
espumas de olas azules,
copos de irisadas nieves,

capullo de flor ignota,
concha de perla soñada,
beldad tan no imaginada,
sér tan dulcísimo brota,

que al verlo desnudo, y ver
su hermosura, con anhelo,
se cree que es ángel que el cielo
dejó á la tierra caer.

Que es ángel las ricas galas,
lo dicen, de su hermosura;
y que cayó, lo asegura
el mirarle allí sin alas.

¡Pobre niña! Su cruel,
total desnudez sentía,
y en un volcán se le ardía
cada poro de su piel.

Y aunque los ojos cerrados
tiene, en la tortura aquella,
va sintiendo la honda huella
de mil ojos inflamados,

que en su morvidez se pierden,
que en sus encantos se hunden,
ojos que palpan y tunden,
ojos que besan y muerden.

Y el incitador danzar
de las almeas lascivas,
mirando las nieves vivas
de aquella mujer sin par,
engendran en los sentidos
ansias voraces y locas,
y hacen que todas las bocas
al alentar den mugidos.
¡Ay, Mari-Sol! ¡Á que ruin
trance viniste á parar!
¡La hija del frontero Alvár
hecha ofrenda del muslim!
Fijo Orías la miró.
El rostro volvió sombrío,
y al Rey, con acento frío,
—¿Quién es esa?—preguntó.
—La hija de un bravo frontero.
—Es linda.
—En una algarada,
hace lunas, fué cazada

por ese nubiano fiero.
—¡Arbalaya!—Orías gritó.
Llegó al punto el mayordomo.
—¿Ves esa mujer? La tomo.
Esas otras mando yo
que sirvan para el holgar
de mi valiente mesnada.
Lleva, pues, esa manada
do no la vuelva á encontrar.
Antecoje ya el botín.
Esa... la hija del frontero,
es una flor, y yo quiero
que embalsame mi jardín.—

VI.

No plugo á Axataf el tono
de desdén y de arrogancia
con que, en la presencia suya,

aquel hombre extraño habla.
Y plúgole mucho menos
que al mayordomo ordenara
que acudiesen sus soldados
á hacer en los dones razia.
Temblando como corderas
están las pobres cristianas,
temiendo por lo que escuchan
el horror que les aguarda.
Mas por mucho que fingiesen,
más la realidad alcanza;
que hay espantos que no llegan
á imaginarse las almas.
Acudieron los soldados
de desconocidas patrias,
y embargáronse de asombro
Rey, corte, pueblo y esclavas.
¿Cuántos eran? ¿Cuándo entráron
en Isvilia? ¿Quién los manda?
Todo se ignora. Disgusto

y miedo invencibles causan.
Casi sin ropas se miran,
tienen la piel bronceada,
y las hondas cicatrices
que la surcan y la manchan
parecen rojas costuras
y verdinegras escamas.
Son horribles: sus cabellos,
guedejas apelmazadas;
sus ojos chicos, sus labios
belfos, sus narices chatas,
delgados como esqueletos,
flexibles como lianas,
ágiles como leopardos,
resistentes como abadas (56).
Sin duda, ante las mujeres
que su señor les regala,
por rendir sus corazones
quisieron mostrar sus gracias,
pues en vértigo, en delirio,

con atroz salvaje insania,
principio dieron á horribles
obras que á Iblis (57) espantaran.
Unos, de cajas que llevan,
mortíferas sierpes sacan,
y á los cuellos se las lían
y la ponzoña se tragan.
Otros de los braserillos
al suelo arrojan las ascuas,
y encima, con piés desnudos,
bailan lujuriosas danzas.
Aquellos sus yataganes
se meten por la garganta,
lanzando aullidos feroces
que amedrentan y anonadan.
Estos dan saltos furiosos,
llevando cuchillos, dagas,
en manos, cintura, boca,
sin miedo á herir sus entrañas.
Todos, despues, una lucha

de demonios y fantasmas
emprenden; lid que las mismas
Furias vieran aterradas.
En ella se hiere y corta,
y se mordisca y desgarra,
y en toda herida se chupa
el licor que de ella mana.
Tres mueren, y tres vampiros,
que tienen de humanos trazas,
beben de las rotas venas
la sangre, que á chorros salta.
Pasmado y de horror transido
hizo cesar el Monarca
aquel inmundo combate
que le repugna y enfada.
Quiso de su extraño huesped
despedirse. ¡Allí no estaba!
Mohino el Rey por tan notorias
y tan descorteses faltas,
picó espuelas al caballo,

y salióse del alcázar.
Tras de él se fueron los suyos,
y en pós la *aluma* asombrada.
Quedaron en el gran patio
los soldados, las esclavas,
los muertos... ¡Más que los muertos
yertas están las cristianas!

VII.

No vió Mari-Sol la orgía
infernal, asoladora,
de la salvaje y bravía
soldadesca aterradora
que comanda el noble Oría.
Arbalaya obedeció
á su dueño, y la llevó
á un precioso camarín,
que Amor tal vez fabricó

en un rincón del jardín.

Altas palmas lo sombrean,
campánulas lo tapizan,
suaves céfiros lo orean,
jazmines lo festonean
y ruiseñores lo hechizan.

Pero allí, la niña hermosa,
está aterida y llorosa.
Su pensamiento sencillo
no se aparta del castillo
en que vivió tan gozosa.

El castillo mudo, helado,
es su delirio y su afán.
¡Ay, su aposento cerrado!
¡Ay, su padre desdichado!
¡Ay, su inolvidable Iván!

¡Infeliz! ¿Qué va á ser de ella?
¡Esclava de un moro! ¡Oh, cielos!
¿Cómo calmar su querella,
si para mayores duelos,

es vírgen, jóven y bella?
¿Cómo se podrá oponer
al muslime, y resistir
ó dominar su poder?
Y ¿cómo podrá saber
su deshonra, sin morir?
¡Ay, que la vida es muy fuerte
para quien morir anhela,
y ya, en su martirio, advierte
que siempre de herir recela,
á aquel que llora, la muerte.
Está á la muerte llamando
desde que vive sufriendo,
y siempre la está esperando,
y siempre, angustiada, viendo
cuan cruel se va alejando.
Aquel hombre, el moro aquel
á quien no ha visto, y si oyó,
¿será piadoso ó cruel?
¡Infeliz! ¿Cómo dudó?

¡Si es cristiana y él infiel!

Cayó rendida de hinojos.
Con terror, y con sonrojos,
y de angustia palpitante,
siente dardos, de unos ojos,
clavados en su semblante.

¡Los de Orías! La miraba
mudo, grave, hermoso, erguido,
y los párpados cerraba.
¡Quizá en su mente buscaba
algun recuerdo perdido!

Triste, grave, silencioso,
contemplándola seguía,
y, con eco tembloroso,
así el Alfaquí orgulloso
dijo á su esclava María:

—¿Quién eres tù? ¿Quién eres? Yo te he mirado
otra vez en mi vida. Yo de tu esencia
otra vez los perfumes he respirado.
Tú, siempre, en el desierto, fuiste á mi lado.

Tú vives en los antros de mi conciencia.
¿Eres mujer ó diosa? ¿Premio ó castigo?
¿Eres gentil *apsáda* (58) del indio cielo,
ó un genio de desdichas (59) marcha contigo?
¿Eres Trigana (60), vírgen que da el consuelo,
ó Azazel (61) condenado sólo es tu amigo?
¿Quién eres? Yo te visto puesta de hinojos
como ahora te contemplo. Yo ví tu llanto:
suya una gota amarga quemó mis ojos.
Eres sol y tiniebla, dicha y quebranto.
Tú has sido mis venturas y mis enojos.
¡Ah! ¿Por qué tan hermosa te me apareces?
¿Por qué vuelvo á mirarte tan bella y pura?
¿Por qué tanto me hechizas y me extremeces?
¿Por qué, si tu alma encierra la noche obscura,
con lumbre de alborada tú resplandeces?
¡No puede ser! ¡Mentira! No eres tú aquella
que una vez en mi vida ví al lado mío.
De la culpa en tu frente no hay una huella.
Cada pupila tuya parece estrella

rielando sobre el agua de un manso río.
No temas, pues, paloma, que de tus alas
quiera cortar las suaves plumas dè nieve.
No temas que de lodo manche tus galas.
No beberán mis labios, con placer breve,
los vírgenes aromas que de tí exhalas.
No eres tú la que siempre va al lado mío,
derramando en mi vida su atroz veneno.
No eres tú la serpiente yerta de frío,
que, por salvarla, quiso morder mi seno.
No eres tú la sirena de amor impío.
¡Escúchame! Yo quiero que vivas pura.
Más que tesoros quiero brindarte calma.
La paz de la conciencia da la ventura.
Adorna, pues, tu cuerpo con la hermosura,
y de tu Dios el cielo lleva en el alma.
¡Duerme! ¡Duerme en mi alcázar plácido sueño!
¡Que, piadoso, el olvido te dé alegría!
Ni tú serás mi esclava, ni yo tu dueño.
Ni cifraré en amarte mi loco empeño,

ni aunque á amarte llegara te lo diría.

. . . .

Y calló. La pobre niña
no halló voz en su garganta
para responder á aquellas
frases tan inesperadas.
Si antes embargóla el miedo
ahora el asombro le embarga;
y siente miedo y asombro,
pues ni concibe la esclava
que así la trate su dueño,
ni imagina la cristiana
que puedan decir los labios
de un moro tales palabras.
Ve alejarse al noble Orías,
y en el fondo de su alma
oye su trémulo acento
sonar cual música vaga.

VIII.

De Orías el palacio, en hondo sueño,
tranquilo reposaba.
Sólo en los muros y en la excelsa torre
los centinelas vagan.
Se oyen blandos murmurios de las fuentes,
el charlido incesante de las ranas,
la silbadora voz de la lechuza.
Y un eco estraño que, al silencio espanta,
resuena, allá á lo lejos, junto al rico
camarín en que duerme la cristiana.
¿Aquel eco?... De un antro se desprende.
Llora, ruge, amenaza...
Es grito indefinible, pavoroso...
Acento de amarguras y de rabia.
Mas no lo escucha Orías. De suave
tembloroso fulgor su alhamí baña

una vela de sándalo que alumbra
y aromas gratos á la par exhala.
Está despierto el alfaquí. ¿En qué piensa?
¿En qué? ¡Lo sabe Alláh! Leve, sarcástica
sonrisa frunce sus carnosos labios,
y en acre mueca de desdén acaba.
¿Piensa en Isvilia? ¿Entristecido piensa
que está por el Eterno condenada,
y que es en vano, con orgullo necio,
del Rey Fernando pretender salvarla?
¿Piensa en la corte de Axataf? ¿Recuerda
la muchedumbre varia
que ante sus ojos desfiló, humildosa,
depositando en él sus esperanzas?
¡Alláh lo sabe! Mas su mueca fría
es cada vez más cruda y más amarga.
De repente borróse de sus labios
la sonrisa cruel. Triste mirada
tendió á su alrededor, y á sus pupilas
se agolparon dos lágrimas,

que temblaron y huyeron, cual si fueran
sorbidas por el alma.
¡Ay!—murmuró—terrible juglería,
sarcasmo atroz, abominable chanza,
obra vil de Axaitham (62), si lo que el sueño
de mis cansados párpados aparta
no fuera hambre carnal, no fuera el vivo
ardor del celo de la bestia humana.
¿Si este anhelo, este afán, ciego, insensato,
de mi acallado espíritu brotára?...
Entonces... ¡oh, gran Dios! aquel terrible
mar, poblado de lúgubres fantasmas,
el mar de mi pasado, todo en olas
de sangre y hiel, con infinita rabia
saltará sobre mí. ¡Crudo martirio!
¡Oh, qué tormentos, tan sin fin, me aguardan!
¡Ella!... ¡Sombra tenaz! ¡La horrible isla!...
¡Los monstruos insaciables!... Y ¡esa esclava
ha evocado las Furias, y el abismo
por ella miro al relumbror de llamas!

Pero... ¡demencia fué! ¡Vana promesa!
¡Nunca el amor despertará mi alma!
¡Es mía! ¡Mía! Sus encantos vírgenes
yo romperé... Y abrevaré mis ánsias
en la torpe embriaguez de los deleites,
y, al fin, del tédio sentiré las nauseas.
¡Oh, la hechicera flor!... ¡Pronto mis ojos
la verán marchitada!
¡La píedad es amor! ¡Cómo quisiera
que el odio envenenase mis entrañas!

IX.

Cruzó Orías el jardín
con paso lento, indeciso,
ansioso como remiso
de llegar al camarín.
Entró en él. Y cuando piensa
que el no soñado tormento

que le turba el pensamiento
puede ahogar con vil ofensa;
y cuando quiere mirar
el llanto y el padecer
del desventurado ser
á quien tanto teme amar,
le oyó, con asombro y duelo,
decir:
—¡Cómo te esperaba!
—¿Tú?
—Sí. Perdona á la esclava.
—¿Tú esperarme?...
—Con anhelo.
—¡Tú!
—¿No eres mi señor,
y, al par, mi amigo y mi bien?
Pues en mis penas, ¿á quién
pudiera esperar mejor?
Que en este jardín la calma,
me dijiste, encontraría,

y aquí el miedo y la agonía
se me han clavado en el alma.
Sálvame, pues, de esta lucha,
ó no de bueno te alabes.
—No me explico...
—¡Ah!... tú no sabes?...
—¿Qué así te amedrenta?
—Escucha.

Y temblando de emoción
al Alfaquí se acercaba.
¡Pobre gacela, buscaba
el amparo del león!

Muy cerca del camarín
se oyó un eco indefinible,
un ruido espantoso, horrible,
que asordó todo el jardín.

Era un són aterrador,
doliente para rugido,
furioso para gemido,
para queja bramador.

Era un chillar de salvaje,
un llorar de condenado,
grito de desesperado,
voz de lamento y coraje,

eco de angustia y fiereza,
de caverna y de torrente,
de chacal y de serpiente,
de dolor y de braveza.

En él las tremendas voces
de los desiertos se oían.
En aquel eco rugían
hienas y tigres feroces.

Y á cada instante sonaba
con más distinto clamor,
ya mugía soplador,
ó ya estridente silbaba.

Era un lamento sin fin,
feroz y siniestro aullido,
resonante resoplido
de marsopla ó de delfin.

Cuando un momento callaba
un rumor vago se oía;
luego un látigo crujía,
y una tralla restallaba;
y después de aquel crujir,
y luego del restallar,
otra vez el rebramar,
y el resoplar, y el rujir.
Muda de espanto María,
por el faquí cobijada,
con suplicante mirada,
amparo y favor pedía.
Suavemente la estrechó
el moro, y con paternal
afecto:
—No temas mal
á mi lado—murmuró.—
¡Arbalaya!—
Acudió el fiel
mayordomo, y con sombría

voz, interrogóle Oría:
—¿Quién grita con tan cruel
eco feroz é inhumano?
—El asno ciego. Ocasiona
mil riñas la bestia harona...
—¡Ya! ¿es un hombre?...
—No: un cristiano.
—Verle quiero.
—¿Vas á entrar,
señor, en su infecto abismo?
—Ya lo dije: y ahora mismo.
—Yo contigo he de marchar,
dijo María.
—Sí, ven—
exclamó el moro—y así
será el infierno por tí
deliciosísimo Edén.



X.

Allá, del jardín al fondo,
y de arrayanes cubierta,
hay una hendidura, puerta
de un silo muy grande y hondo.

Estrecha rampa conduce
á aquel *in pace* sombrío,
á aquel antro húmedo y frío
en el que nunca el sol luce.

Jamás vió la luz del día
aquella tumba que aterra.
Allí, debajo de tierra,
á la humosa luz que envía

negro candil, puede verse,
como enjambre de gusanos,
una porción de cristianos,
agonizantes, moverse.

Aquel infierno es taller,
aquel hogar es madrona,
y la ergástula, tahona,
y bestia el humano sér.

. . . .

A las muelas de un molino
está un hombre vueltas dando,
y sobre su piel silbando

un látigo de contino.
Es hombre, si, por su hechura;
pero más bien se creyera
que horrible esqueleto fuera
robado á una sepultura.
Sí: las cuencas de sus ojos
están hendidas y mondas,
secas sus mejillas hondas,
su carne es pellejos flojos.
Sobre su craneo se eriza
un mechón de blanco pelo...
Aquel hombre causa duelo.
Aquel espectro horroriza.
Y para más triste mengua
si sollozar quiere, muge;
si quiere quejarse, ruge.
Tiene cortada la lengua.
Al entrar allí María
con el moro y Arbalaya,
el cómitre inicuo esplaya

su loco furor de harpía.

El espectro, ya agotadas
sus fuerzas, está caido...
Débil es ya su gemido,
y sus quejumbres ahogadas.

—¡Oh, piedad, piedad, señor!—
exclamó la niña al ver
lo que le hace enloquecer
de amargura y de terror.

¡Piedad! ¡Te imploro clemencia!
Por lo que mejor te cuadre,
¡por el nombre de tu madre!
¡por tu Dios y tu conciencia!

El Alfaquí, sin sosiego,
la voz de su esclava oía,
y Arbalaya repetía:
—Ahí tienes al asno ciego.

—¿Te atreves á hablar así?
Ese infeliz ¡es tu hermano!
¡Señor, piedad del cristiano!

si tienes piedad de mí.

. . . .

El ciego su voz oyendo
fué alzándose lentamente,
y María, tristemente,
á él sus pasos dirijiendo.
A él llegó. Con su cendal
limpióle el rostro sudoso
y herido... y con doloroso
grito de angustia mortal,
—¡Garcés!—exclamó aterrada,
presa de martirios fieros,
clavando en sus ojos hueros
indefinible mirada.
El ciego-mudo se irguió.
Su alma había despertado.
Todo, todo su pasado
en aquel grito le habló.
Las manos tendió; y María,
ansiosa de aquellos lazos,

se precipitó en sus brazos
con indecible alegría.

De amor y de piedad loca,
febril llenaba los fríos
ojos secos y vacíos
con besos mil de su boca.

Y era horrible contemplar
aquel cuadro crispador.
¡La Muerte y la Vida en flor,
acariciándose al par!

Ya el asno ciego no brama,
ni ruge en feroz congoja.
Ya el triste sollozo moja
en el llanto que derrama.

—¡Ay, Garcés! ¡Los dos aquí!
¿Pero quién te mutiló?...
¿El moro?... ¿Dices que nó?...
¿Pues quién?... ¡Yo! ¿Que fué por mí?...

¿Entonces?... ¿Mi padre?... ¡Ah!
¿Que sí?... ¡Dios mío! ¡Por él

un martirio tan cruel!
¡Todo lo adivino ya!
Orías meditabundo,
fijamente contemplaba
el cuadro aquel que miraba
por vez primera en el mundo.
Y era una revelación,
para su gran alma ardiente,
ver que del amor es fuente
la desdicha y el baldón;
que la piedad el camino
abre al alma de un afecto
que es el puro y el perfecto,
por ser de orígen divino.
—¡María! dijo.
Veloz
separóse de Garcés,
y del Alfaquí á los piés
postrada, y con dulce voz,
—¡Señor!—exclamó—mi ruego

escucha.

—¿Qué quieres? Dí.
—No salir nunca de aquí.
¡Quiero acompañar al ciego!

Soy débil, pero ayudarle
podré en sus rudas faenas,
y llorar con él mis penas
y en sus penas consolarle;

y si el látigo cruel
me hace alguna vez gemir,
me acordaré del sufrir
que por mí padeció él.

—¡A ese ciego desatad!—
gritó el moro.—¡Ciego, escucha,
y atención préstame mucha,
pues te hablo con amistad!

Nada me debes. La calma
te la da esta vírgen bella.
¡Ciego, has de velar por ella
con los ojos de tu alma!

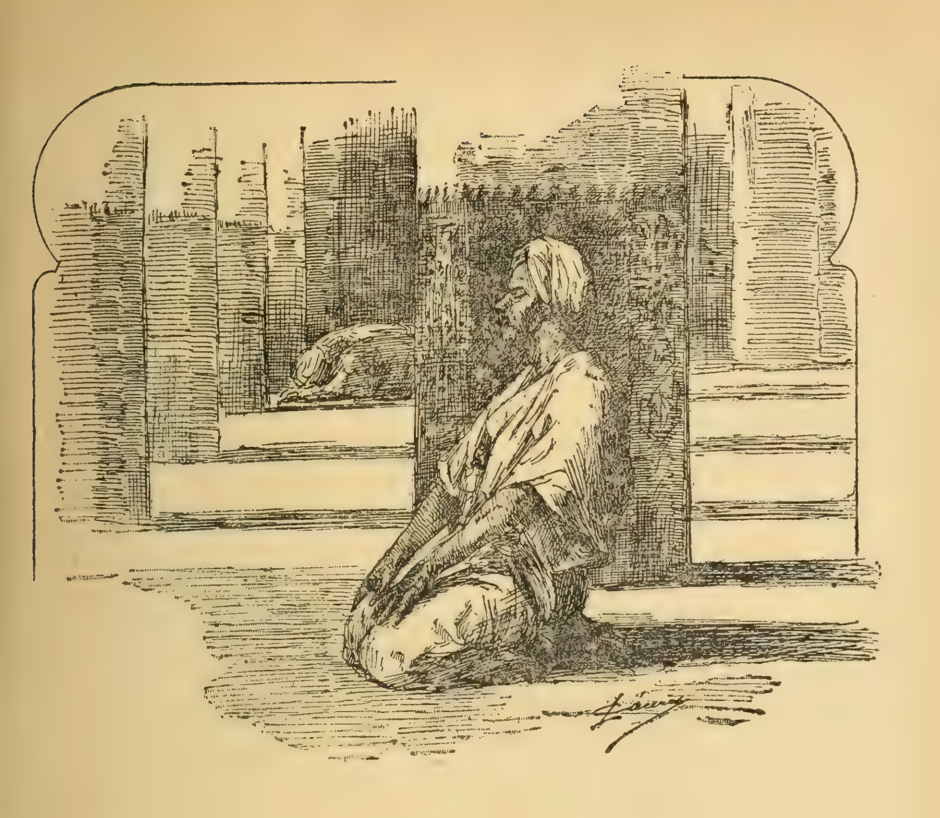
Siempre estarás á su lado.
¡Siempre en perpetua vigía!
¡Como un perro, noche y día,
á sus piés acurrucado!

Toma esta daga. Tu honor
para herir te ha de guiar.
Y ahora, murmuró, á olvidar
que pude sentir amor.



SEGUNDA PARTE

LOS GOLFINES



I.

Ante la espléndida Aljama
que levantó el Unitario (1),
con aspecto de jardines,
se extienden dos grandes patios.

Al uno dan frescas sombras
olmos copudos y altos,
y al otro nieves fragantes
le regalan cien naranjos.
Una multitud de acequias
cruzan su rojo solado,
y hay grandes fuentes con tazas
de azulejos y alabastro.
Allí, conforme á las leyes
que no olvida el mahometano,
antes de acudir al sitio
donde se lee *El Libro* santo,
que de *Alkadar* en la noche (2)
fué á Mahoma revelado,
se lavan y gargarizan
muy á conciencia y despacio,
hombres, mujeres y niños
así cumpliendo el *alguado* (3).
Mas gracias á Alláh que aprisa
va el agua, y lleva de largo

lo que le prestan pezuñas,
narices, ojos y manos
de mocetones sudosos,
de vejezuelos asmáticos
y de brujas y chiquillos
que trascienden á amoniaco.
Desde la torre gigante,
con voz que espanta los pájaros,
de *adohar* (4) al santo rezo
convoca el *muezzin* gritando.
Y al par que se desgañita,
pues al verse tan en alto
cree que el cielo y no la tierra
oye su voz de berraco,
atraviesan los umbrales
de la Aljama, en grupos varios,
hombres, niños y mujeres,
sin medias y sin zapatos.
¡Gran recinto! Quince puertas
á quince naves dan paso,

en pilares sostenidas
de ladrillo rojo y blanco.
De los pilares arrancan
esbeltos y airosos arcos.
Bosque de palmas semeja
por el Boreas congelado.
El techo es de alerce duro,
el cual se ampolla á intervalos
en caprichosas *alcubas* (5)
teñidas de oro y cobalto.
El *mihrab* es un prodigio.
Resplandece el santuario
con policromos fulgores
cuando el sol parte sus rayos
en el *sofeysafá* (6) rico
que está en sus muros clavado.
Por do quier los alizares
despiden vívidos lampos,
ó ascienden cándidas nubes
de aromas de mirra y sándalo.

En todo ajimez abierto
muéstrase el azul espacio
como un enorme zafiro
que brilla en fulgente marco.
Todo el templo reverbera
con resplandores metálicos.
La Aljama es del paraiso
de Mahoma fiel traslado.
Allí ocupan, por ley sabia,
las hembras sitio contrario
al de los hombres, que tienen,
según sus clases y rangos,
colocación (7), que ninguno
puede usurpar temerario.
En la *maksurah* (8) se postra
el Rey, que al par es primado
de toda la clerecía.
Le siguen después los sabios
alfaquíes, los *jactibes* (9),
los *almocrines* (10), el sacro

concurso, desde el supremo
imán hasta el almuedano.
Ya está rellena la Aljama.
Ya el *alidhen* (11) ha callado.
Ya de un noble imán se escucha
la plegaria, y mascullando
todas las bocas repiten
las frases y gestos raros
que á la oración acompañan.
Vuelven de uno al otro lado
las cabezas; se arrodillan;
bajan y suben los manos.
Nos diera risa y mareos
aquel mímico espectáculo (12).

. . . .

Llegó al *mimbar* (13) el insigne
Orías. Su traje es blanco;
de alfaquí; pero alguien nota
que encubren los pliegues amplios
de la suave *almalafa* (14)

los aceros de Damasco.
—«En el nombre de Dios—dijo—
misericordioso y santo.
Gloria á Alláh, Señor del mundo.
Señor, tú auxilio imploramos.
Diríjenos por las sendas
de aquellos que en el pecado
no cayeron, y que nunca
tus cóleras provocaron.
—*Amén*—respondió en mil voces
el gentío mahometano (15).
—¡Dios es grande!—clamó Orías.
—¡Dios es grande!—murmuraron
mil bocas...
—¡Pueblo escojido,
en nombre de Dios te hablo!—
gritó el faquí.—¡Guerra á muerte
contra el invasor cristiano!
¡Guerra á muerte! El que perezca
muerte al idólatra dando,

verá á Dios. Llave es la espada
que franquea el *chenna* (16) ansiado.
Todo el pueblo conmovióse.
Se irguieron todos los brazos,
y ¡guerra! todas las bocas
con férvida voz clamaron.
Sólo de un hombre en el rostro
no se transformó ni un rasgo.
Detras de un pilar estaba
rezando, siempre rezando;
muy compungido el semblante,
los ojos muy entornados.
Es Arbalaya. Sin duda
á Alláh ruega por su amo;
por Orías, á quien debe
noble afecto y dulce amparo.
Pero... ¿reza?... La saliva
con que humedece los labios
¿no es la hiel, no es la ponzoña
de envidias y odios amargos?

¡Cómo Iblis sacude el alma
de aquel triste condenado!
¿Quién irrita sus pasiones?
Tiene el corazón humano
impenetrables misterios.
Aquel sér infortunado
envidia á su providencia,
y odia al que se digna amarlo.
¿Por qué? Nunca los proterbos
supieron más que ser malos.
Los favores recibidos
la amistad de tantos años
¿aquel alma no rindieron?
¿hacerle amar no lograron?
Al tigre se domestica,
pero no al topo, ni al sapo.
¿El faquí sospechar pudo
de aquel infierno encerrado
en el hombre que finjía
ser feliz, por ser su esclavo?

Arbalaya era cobarde,
y como cobarde, falso...
¡Odio terrible el que hierve
constreñido en el engaño!
¡Cómo á Orías escuchaba
el hipócrita y malvado!
¡Con qué rabia y dulcedumbre,
con qué furor y qué encanto
oye de la *alghied* (17) los ecos
fervorosos, inspirados!
Aquel hombre, que pregona
guerra implacable al cristiano,
en una cristiana adora...
¡Su astucia lo ha adivinado!
¡Si ella le amase!... ¡La dicha
para los dos! ¿Y él?... Al antro
del olvido, á las tinieblas
de sus rencores, al caos...
Tremenda historia es el potro
del Alfaquí. Su pasado

lo abruma, lo martiriza...
Mas todo piensa olvidarlo.
¡Va á ser dichoso!... ¡Dichoso!
¿No le basta ser el pasmo
de los pueblos por su gloria,
por su ciencia, por su fausto,
y aún pretende la ventura
de amar y de ser amado?...
¿El numen, el dios ansía
el gozo, el bien del humano?
¿Cómo lograr que aborrezca
la cautiva al noble, al sabio,
al guerrero, al sér magnífico,
que deslumbra como un astro?
¿Cómo lograr que se nuble
el cielo que ha imaginado,
y que al corazón de Orías
de Iblis desgarren los garfios?
¿Cómo?... Y sus labios se mueven
rezando, siempre rezando,

muy compungido el semblante
los ojos muy entornados...
No sólo al vil Arbalaya
queman en el santuario
el cáustico de la envidia
y del fuego el odio manso.
Kaleb, Zeyad, Adulmenen,
Abóo, los xeques bizarros
de Axataf, oyen á Orías
con ceño de mal presagio.
El león está entre hienas.
¡Ay de él cuando esté en letargo!

II.

¡Qué bien, montes de Vizcaya,
al roble, al nogal, al fresno,
disteis la savia pujante
de vuestras venas de hierro!

Caed, árboles añosos,
del hacha á los golpes fieros,
sin que el polvo os cause agravio,
ni pena el abatimiento.
No vais á servir de horca,
digna alcándara (18) del cuervo,
ni os trocarán en cenizas
las llamaradas del tuero.
Perdeis vuestras verdes frondas,
perdeis el mirar al cielo,
perdeis el no ver los nidos,
ni los amores en ellos.
¿Pero qué importa? La patria,
cuya tierra os dió sustento,
quiere que, sobre los mares,
formeis parte de su suelo;
que seais hogar y muro,
castillo, palacio, templo.
¡Caed, árboles añosos,
del hacha á los golpes fieros!

. . . .

¡Firmes, los aserradores!
¡Apriesa, que corre el tiempo!
¡Firmes! que el mazo á la cuña
de la hienda empuje adentro,
y dé á los cansados dientes
de la sierra, vigor nuevo:
que, voraz, no cese un punto
de ir tragando, de ír royendo,
y que vomite y devore
con adefajia el acero.
¡Firmes! que se hinque el escoplo,
y rasgue furioso luego
la fuerte y dura corteza
que de arrugas llenó el cierzo:
que rápida la garlopa,
como patín sobre hielo,
corra por el ancha tabla,
soltando bucles al viento.
¡Carpinteros de ribera,

aprisa, que corre el tiempo!
No caprichosos calados,
no jiloglifios portentos,
no brilladores barnices,
ni prolijos arabescos,
barcos pobres, pero fuertes,
Castilla os pide en su anhelo.
Fuertes naves á Castilla
sabrán dar los astilleros
que honoran á San Vicente
de la Barquera y Laredo (19).
Tendrá la patria una flota
cual la sueña su deseo,
que los montes de Vizcaya
nutren con jugos de hierro.

. . . .

Llegan ya en la playa á verse,
como espinazos quiméricos,
y costillajes de enormes
y monstruosos esqueletos,

quillas, codastes, cuadernas,
cuyos colosales huesos
van tomando, en nueva vida,
ferreas fibras, duros nervios.
Ya los abatidos troncos
que desguazó el carpintero,
son hogar, palacio, muro,
amparo, defensa, templo.
Son naves; y con las naves
la patria agranda su suelo.
Entre vítores y aplausos,
y bendiciones y rezos,
bótanse al agua, y las olas
se humillan bajo su peso.
Ya sobre la mar, los mástiles
se yerguen, largos y escuetos,
y, por cofas, grandes jaulas
de mimbres (20) se alzan en ellos.
Ya jarcias, áncoras, velas,
y mil náuticos objetos

las visten; ya las defienden
los belígeros ingenios.
Ya sólo les falta el alma,
y alma de grandes alientos
va á prestarles Bonifacio,
el ínclito caballero
de Burgos, francés de orígen,
á quien el Rey, por su méritos,
por su valor y su mucha
ciencia en el arte nauclero,
dió el título de Almirante,
tan no usado como excelso.
Si Emir del mar (21) le ha nombrado
el Rey Fernando tercero,
Ramon Bonifaz, que es noble,
y el honor tiene en gran precio,
ansioso está de que sea
el favor merecimiento.
Comanda trece navíos (22)
y número muy pequeño

de taridas (23) y drumones,
vírgenes del mar y el viento.
Y aunque sus obras ensalzan
los hombres del astillero,
y aunque las mira embobado,
cual prodigios, el maestro
Eneas (24), lobo marino,
y artífice muy experto,
Bonifaz siempre estudiando
está sus naves, inquieto.
Aún ignora si á las furias
del huracán tendrán miedo,
ó si con poder bravío
sabrán domeñar el piélago.
¿Pero qué importa? En Dios fía.
¡En Él su esperanza ha puesto!
Zarpar mandó el Almirante:
largóse la lona al viento.
A una voz, sobre los bancos,
se encorvaron los remeros,

y á los gritos de los cómitres
Abad de la Sina, Pero
Morganer, Guillen Escaus,
y Juan Ruiz (25) los largos remos
súbitos el mar rasgaron,
las rotas ondas bulleron,
y, al salir del agua, el pino
de aljofares bordó el viento.
Las naves, cual gaviotas,
vánse alejando del puerto.
Ancianos, mujeres, niños,
ruegan por los marineros;
y los honrados artífices
que vida á las naves dieron,
las ven marchar, y las lágrimas
surcan sus rostros morenos.
Bonifaz los brazos puso
en cruz, la vista en el cielo,
y exclamó:—¡rije tus naves,
Tú, gran Dios de los ejércitos!—

Bajó la Noche á las olas;
en ellas mojó sus velos,
y la mar y las tinieblas
en el caos se fundieron.
En la calamida (26) tiene
Bonifaz el pensamiento,
y los ojos en las nieblas,
con la angustia del recelo.
¡Allí está el acantilado!
¡Allá el arrecife pérfido!
¡Más allá el traidor bajío!
¡Y todo urdido en lo negro!
Marcha ante todas su nave,
y va de faro sirviendo
á la flota, la almenara
que brilla en el mastelero.
Todos sus barcos le siguen.
¡Ah, sus pilotos son buenos!
Como él, van Ruiz García
y Durán Flores, despiertos;

va Nícolás de la Torre,
cual él las sirtes temiendo;
Juan Romo y Arnal Cabroy,
Ponce de Guiramas, Pedro
de Leaba, Guillen Perez,
todos, cual él, van con tiento,
desgarrando las tinieblas
y los abismos abriendo.
Si torpezas ó descuidos
rompiesen los duros leños,
que aguarda el Rey de Castilla
con vehementísimo anhelo;
si el fonsado valeroso
de magnates y concejos,
que con el Rey, frente á Isvilia,
sus alfaneques (27) ha puesto,
no viera acudir las naves
en su amparo y su refuerzo,
y rendido de fatiga
huyera ante el agareno...

¡Oh, qué horror! Aquellas nieblas
las ha tejido el infierno.
Llevan los bravos pilotos
en el alma todo el peso
de las hondas ansiedades
de Fernán y de su ejército.
Y si dudas é inquietudes
les turban el pensamiento,
más al Almirante oprimen
sus fervorosos deseos.
¿Llegará al Betis ecúoreo
de su Monarca en remedio?
¿Aquellas naves, que en sombras
marchan, verán el Lucero? (28)
¿Vencerá? El buen Almirante
puso la vista en el cielo,
y con ardorosos labios
besó la cruz de su acero.
Alado rumor escucha.
Sueña ver mágico espectro,

con diadema en la alba frente,
y brial y manto regio.
¡Vencerás!—dice—¡Fernando
bendito está por el cielo!—
Y desparece el fantasma,
de luz dejando regueros.
¡Oh, santa visión!—murmura
Bonifaz—¡yá nada temo!
que la madre del Rey noble
me ha hablado desde lo Eterno.

III.

Murió el ángel de Castilla,
y la tumba, poco tiempo
después, tragó al más insigne
Arzobispo de Toledo.
Murió Doña Berenguela,
y murió el Prelado excelso.

El hijo se halló sin madre.
Se halló el Rey sin consejero.
La prudentísima Reina
sol en el trono, y espejo
de virtudes; la corona
de Ricas-fembras, ha muerto.
La egida del Rey Fernando,
la que le dió vida y cetro,
la de las nobles astucias,
la de los santos anhelos,
la humilde con los caidos,
la altiva con los soberbios,
madre sublime, y amparo
generoso de sus pueblos,
la admiración de su siglo,
el de las Reinas modelo
¡yá no existe! Ya el Monarca
perdíó el escudo benéfico
de aquellos brazos dulcísimos
que cual alas le cubrieron.

Ya cuando salga á campaña,
contra el odiado agareno,
no tendrá quien le alce tropas
sus ricas joyas vendiendo.
No tendrá quien le auxilíe,
ni quien atienda á su reino,
ni quien sus victorias premie,
con bendiciones y besos.
¡Cuánto llora el Rey Fernando
la ausencia del bien supremo!
Y aquel Ximénez de Rada,
aquel astro de su reino,
aquel insigne Prelado,
á quien Navarra dió aliento,
vigor Castilla, París
ciencia humana, hogar Toledo,
Huerta sepulcro, y descanso,
en gloria inmortal, el cielo (29);
aquel hombre prodigioso,
en cuyas manos sustento

fué el báculo, sol la pluma,
vida el libro, muerte el hierro,
¡yá no existe! Ya la tumba
por siempre apagó el acento
que al noble triunfo excitaba
de Reyes en los consejos.
¡Cuánto al Monarca entristece
pérdida tan sin remedio!
Y ambas angustias le abruman,
y ambas le oprimen á un tiempo;
y cuando más necesita
del alivio y del acuerdo.
Yace el Monarca postrado,
quizá más triste que enfermo.
Llora por la santa madre
y por el buen consejero.
Cerca de Alcalá del Río
tiene sus tendales (30) puestos,
esperando una victoria
que muy costosa va siendo (31).

De Gerena y Cantillana,
de Lora y Guillena es dueño;
y Constantina y Carmona
están ya bajo su imperio.
Alcalá de Guadaira
rindióse al caballeresco
Alhamar, así engañando
la afrenta del vencimiento (32).
De Santiago el gran Maestre,
y sus freires, como incendio,
pasaron por la campiña,
trocada en estéril yermo (33).
A espaldas del Rey no queda
ni un poblado sarraceno;
delante de él, va la muerte
su atroz guadaña blandiendo.
Fernán, como buen caudillo,
infunde el horror y el miedo
en la gente de los campos.
Quiere acorralarla dentro

de Sevilla, y que el enjambre
en vez de fuerza dé peso.
Y asi, lo que hacer no logre
el valor de sus guerreros
lo hará el hambre; ese terrible
debelador de los pueblos.
Mas Axataf no se duerme.
Zumban los fervientes ecos
de la *alghied* en las mezquitas;
el temor finje ardimiento,
un Mohavya es cada niño,
un Almanzor cada viejo.
Toda puerta es *alcabara* (34),
y entran, por todas, sin término,
piaras de ovejas y toros
en atropellado encierro.
Por el río, mil taridas
y zabras (35), surcan, viniendo
abarrotadas de trigo,
y de otros cien bastimentos.

Aquel pródigo Aljarafe
dará á Sevilla sustento,
y aquel río hará imposible
que pueda apretarse el cerco.
¡Ah, las naves!... ¡Cuánto tardan!
¡Cuál las espera en su anhelo!
Diéronse, al fin, por vencidos
los bravos alcalareños,
y el día de la victoria
fué para Fernán de duelo.
Supo que Rodrigo Flores,
y su ínclito compañero,
Fernán Yañez, han tomado
la vuelta del campamento.
En socorro de la flota,
por órden del Rey, salieron;
mas la flota está en Solucar,
y número tan sin cuento
hay de alarbia en las orillas
del río, que un estupendo

milagro será que pueda
llegar un barco al Lucero.
Tal nueva sobrecojióle.
Alzó la albergada (36) presto;
vadeó por la Algaba el río
y pensó, con noble aliento,
en amparo de su flota
marchar con todo el ejército.

IV.

Con veinte naves hafsidas
el Almirante Abó-Rebia (37)
en las aguas de Solucar
de Cristo á la flota espera.
Las playas del mar de Cadiz
arden, en furor de guerra.
Sus olas surcan xajtures,
tropas mueven sus arenas.

¡Ay de la nave cristiana
que allí en mal hora se pierda!
Xaitias, sabras y caiques (38)
el abra anchurosa cierran
del Guadalquivir, y corre
mucha alarbia en sus riberas.
¡Cómo ansían los muslimes
que Bonifacio aparezca!
Va á ser terrible la lucha;
mortal, sin cuartel, sin tregua;
por lo desigual, villana;
por lo rabiosa, tremenda.
Lucha de mar, monstruosa;
como de mar, traicionera;
contra el cachalote exangüe
los pulpos y las murenas.
Todas aquellas xaitias,
todas las tropas aquellas
que se ven en playas, puertos,
y marismas y riberas,

aguardarán el combate;
mas después de la pelea,
si Bonifaz es vencido,
harán en sus naves presa,
negando el feroz pirata
lo que el soldado conceda.
Si es vencedor el cristiano,
entonces... para defensa
propia, y ansiada venganza
lo que abruma, lo que hiela;
la embestida formidable
de la multitud inmensa,
derrumbamiento de aludes,
golpes de trombas de arena.
¡Bien Orías al anciano
rey de Sevilla aconseja!
Si la flota castellana
al Guadalquivir no llega
será el cerco de Sevilla
cosa de burla y de fiesta.

Las naves de Bonifacio,
al viento izadas las velas,
con flámulas en las gavias,
y cruz roja en las enseñas,
rápidas hienden las olas
que, á su paso, se abren férvidas.
Los remos que, como patas,
de enorme araña quimérica
corren sobre el mar, lucientes
chorros de aljófares sueltan.
Y los marciales arreos
que lucen sobre cubierta,
por el sol heridos, lampos
de vibrante luz destellan.
Cascos, espadas y cotas
lanzan continuas centellas.
¡Cómo aquellos resplandores
van luego á causar tinieblas!
Se alza crispador estruendo
de la mar, playa y riberas,

como si Azazel sus Furias
á un tiempo soltado hubiera.
De veinte naves hafsidas
brota el lelilí de guerra,
y con el *Vexilla regis* (39)
los de Castilla contestan.
Aquel cántico sublime,
del cruzado fortaleza,
sobre las ondas resbala,
entre las alas ligeras
va del viento, cruza el eter
y hasta el trono de Dios llega.
Los arraeces hafsidas
con los corbachos (40) mosquean
las espaldas de la chusma
que al duro remo se pliega.
Los pilotos castellanos
fervorosamente rezan,
y á Dios imploran el triunfo,
y que Él bendiga su empresa.

Ya están formadas las naves
para trabar la pelea,
que Bonifaz pide ansioso,
que, feroz, pide Abó-Rebia.
Fugaces lanzan los arcos
tragacetes (41) y saetas;
y bodoques y cuadrillos (42)
las fortísimas ballestas.
Pero las arrojadizas
armas son poco certeras,
y lo que los bandos quieren
es matar, y muy apriesa.
No quieren ver el estrago
á larga distancia: anhelan
sentir, pecho contra pecho,
saltar las almas afuera.
Lo que el castellano ansía
es la destrucción completa
de la flota infiel, que el abra
del Guadalquivir le cierra;

y lo que el moro pretende
es convertir en pavesas
los barcos que en los pendones
la Cruz colorada ostentan.
Las naves viran y orzan,
se izan y amainan las velas,
y las proras ya se evitan,
ó ya con furia se encuentran.
Ni los cómitres descansan,
ni un punto la palamenta
da de reposo á las ondas
que en espumas burbujean.
De balias (43) y caracoles
salen voces de mejeras,
y todas las maniobras
para matar se conciertan.
Y entre el ronco vocerío
que los espacios atruena,
todas las naves se abordan,
y con garfios se sujetan,

para que matando logre
la vida quien vivir quiera.
Las almohadas de fuego (44)
arden sobre las cubiertas,
el pino trocando en ascuas
y en raudo incendio las velas.
Por un lado los cuchillos,
por otro lado las flechas;
por aquí el abismo traga,
por allí las llamas queman.
Por una parte se hiere,
por otra parte se incendia,
por do quier el exterminio,
la asolación por do quiera;
el aullido y el lamento,
la plegaria y la blasfemia,
el gemido de la angustia,
y la imprecación colérica...
Cadáveres hacinados,
colgando de la obra muerta,

cayendo por las escotas,
pendientes de las entenas.
De roja sangre bañadas
amuras, jarcias, enseñas;
naos, olas, todo sangre...
y ver más sangre se anhela.
El galafate Gandolfo (45)
cae al mar, en la lid fiera,
pero surje del abismo
con el hacha, que no suelta;
y cual irritado monstruo,
engendro de las sirenas,
terrible combate emprende
con una hafsida galera.
La hiere furioso: el hacha
rompe, corta, rasga, quiebra.
Gandolfo, ya enloquecido,
el roto leño golpea,
y hace cundir el estrago,
á la Muerte abriendo puertas.

Va la nave haciendo agua.
¡Nadie atención á ello presta!
Va á la nave, poco á poco,
tragando la mar inmensa,
pero nadie piensa en ello,
nadie, pues la lid arrecia.
Ya sorbe el mar á la nave,
mas por los mástiles trepan
los que, al subir, van buscando,
rabiosos, venganza cruenta.
El mar se abre en silo ingente,
que sobre la nao se cierra,
y las rojizas espumas
sólo náufragos sustentan.
¿Náufragos? ¡No! Monstruos fieros,
abortos de las sirenas,
son los que sobre las olas
se muerden y se golpean,
y se abrazan y se hunden
en odiosa unión eterna.

Dios bendijo á Bonifacio.
Ya los clarines celebran
la victoria de Castilla
sobre la armada agarena.
Colérico y despechado
puede salvarse Abó-Rebia,
dándole vída la fuga
de su albatoza (46) ligera.
Le siguió quien pudo hacerlo.
De aquella armada soberbia,
esperanza de Axatafe,
quedó en la mar sanluqueña
sobre sus rojas espumas,
cadáveres y pavesas.
El Almirante cristiano,
con las naves prisioneras,
el Guadalquivir remonta,
sepultando con braveza,
en su hondo cáuce, xaitias,
caiques, sabras, sacalevas. (47)

Y cuando Fernando trata
de ir de su flota en defensa,
arribar la vé triunfante,
y mira que en sus enseñas
la nómina del Cruzado
en mar de grana campea.

V.

No hay vereda, ni camino,
ni sendero, ni calzada,
que no estén llenos de tropas
que al cerco de Isvilia marchan.
Alborotado hormiguero
parece toda la patria.
Enjambres de soldadesca
cruzan valles y montañas.
Todo es movimiento y ruido,
y confusión y algazara.

Tocan á guerra las trompas
y á rebato las campanas.
Todo es llorar las mujeres,
soñar los hombres hazañas,
bendecir los sacerdotes,
los niños finjir batallas.
Se abandonan las estevas
para procurarse mazas,
y múdanse en bacinetes
los capirotes con manga.
Concejos y behetrías
dan al Rey huestes bizarras,
que salen de los poblados
entre vítores y lágrimas.
Van los nobles infanzones
al frente de sus mesnadas,
pocos pensando en el lucro,
muchos ansiando la fama.
Los obispos, bajo el traje
talar, se visten la malla,

y la Cruz puesta en la cuja
cual ferrado astil de lanza.
Los abades, con sus monjes,
en grandes mulas cabalgan,
temiendo más que á los moros
á la escasez de pitanza.
Y eso que, tras de sí, hozando,
llevan cerdosas piaras,
por saber que los gorrinos
á los muslimes espantan.
Por todas partes peones,
por do quier almogarabia.
Imprecaciones y gritos,
pullas y canciones báquicas
en iglesias y conventos,
convertidos en posadas.
Milicias por todas partes,
por do quier hombres de armas:
hormiguero alborotado
parece toda la patria.

Al Infante Don Alonso
desde Murcia le acompañan
paladines catalanes,
y de Aragón huestes bravas.
Con él vienen trovadores,
maêstros en ciencia gaya,
y astrologos... que el ser sabio
al buen guerrero no empacha.
El yerno del Rey Don Jaime,
el hijo del gran Monarca
de Castilla, una cohorte
lleva muy grande y gallarda.
Con él van los caballeros
catalanes Juan de Osana,
Berenguer Vidau, Bernalte,
Bernal Deu, Arnal Fingala,
Dragomet, Peregritait...
los leõneses Pai Galva,
Blasco Fernández de Ambía,
Gonzalo Ibañez, Don Arias

Gago y Don Pedro Meléndez;
los portugueses Gil Claraas,
Ruy Martínez de Cumanes,
Lope Armillez, Pero Vasca;
los bravos aragoneses
Peri Astor, Franquin, Viana,
Gómez Pérez de Romeu,
Pero Mon, Guillén Moncada.
Con él ván los Ricos-homes
Don Pero López de Ayala,
Fernán Gutiérrez de Castro,
Enrique Pérez de Arana,
Don Ruy López de Mendoza,
Nuño González de Lara,
Gutier Suarez, gran Merino
de Murcia, y la ardida lanza
Alfonso Téllez, señor
de Montealegre y Villalba;
y cien más, todos luciendo
ricas y fulgentes armas,

potros emparamentados,
palafrenes con gualdrapas,
y señeras y pendones
cuartelados y con fárpas.
Toda la egregia cohorte
va servida y festejada
por escuderos y pajes,
falconeros, monjes, damas,
estanciarios, zariqueros,
y bufones y bayasas (48).
Tras de ellos van las acémilas
con próvidas vituallas,
y todos los utensilios
de las tiendas de campaña,
y cofres llenos de ropa,
y fateles y almofallas (49).
Y, por doquier, repartidos,
por delante y á la zaga,
ballesteros de á caballo
y de á pié que eternizadas

ven, de Tártaro en el nombre
y en el de Ruy, sus hazañas (50).
Y toda clase de tropas...
gentes rústicas, armadas
de cualquier modo, con picas,
con mañetas, con bisarmas,
con cuchillos, con dextrales,
con segures, con plomadas.
Todos caminando alegres;
todos pensando en la alarbia
que han de matar, y en Sevilla,
iman de sus esperanzas.
Y, al par, que los del Infante
Don Alonso á la albergada
del Rey Fernando se acercan,
por otras sendas avanzan
el gran Don Lope de Haro
con sus bravos de Vizcaya,
lanzando el ¡aurrerá! ardiente
que al romano amedrentara (51);

el buen Rodrigo González
con sus gallegos, que bailan
sin fatiga y sin descanso
al dulce són de la gaita;
los franceses campeones,
que un nuevo Rolando manda,
y Juan de Weerdt que conduce
paladines de Alemania.
Como torrentes de vida
penetran en la albergada
del Rey Fernán, pero el moro
que ve desde sus murallas
aquellas largas hileras
de hombres marchando á Toliatha,
sierpes se las imagina,
sierpes de ferreas escamas,
que acuden para enroscarse
al cuello de Isvilia amada.

VI.

De grandeza maravilla,
y prueba del soberano
poder del Rey de Castilla,
fué el campamento, que ufano,
alzó en frente de Sevilla.

Vió la ciudad codiciada
tan llena de vida fuerte,
que pensó que, por cansada,
iba á dar tregua á su espada
la cólera de la Muerte.

Iba el asedio á ser duro,
y tenaz, y largo, y cruento,
pues de la piedra del muro
tomaba el muslime impuro
el firme mantenimiento.

La piedra daba, en verdad,

el sitiado, su dureza,
su quietud, su frialdad,
y su muda fortaleza,
y su insensibilidad.

Para vencer al coloso
que se erguía ¡tan potente!
prevenir era forzoso
un cerco muy riguroso,
con mucha y muy brava gente.

De carne humana formar
un invencible cordón,
que al pueblo isviliense, al par
que le ahogara el respirar,
le oprimiese el corazón.

Y el Monarca de Castilla,
con su marcial experiencia,
exclamó:—Serán cuchilla
de la alarbia de Sevilla
mi constancia y mi paciencia.—

Y en los llanos de Tablada,

frente á la ciudad hermosa
vióse otra ciudad alzada,
ciudad que, por prodigiosa,
fué de terlices labrada.

Del Guadalquivir nacía,
la ancha llanura cruzaba,
tras de Benahoar (52) corría,
y en Vib-ab-Ragel moría
ante la fuerte alcazaba.

Nada más deslumbrador
que el albergue del fonsado.
Era el prodigio mayor
de colores, que ha brotado
de paleta de pintor.

Era la albergada real
policromo panorama,
en el que, al sol que lo inflama,
da una flor todo cendal,
y todo hierro, una llama.

El armígero poblado

estaba en barrios partido,
y por calles dividido,
y por plazas separado,
y como ciudad regido.

Y siendo aquella albergada
de un Rey de virtud ejemplo,
se alzó en cada barriada,
de seda y de lona un templo,
de Dios á la madre amada.

Templos en los que, de hinojos,
oran con llanto en los ojos,
y amor en los corazones,
los bravos que, en sus enojos,
saben luchar cual leones.

En la mitad del fonsado,
amparando á aquella grey,
en castillos cuartelado
y en leones, se ve alzado
el estandarte del Rey.

Por su sombra protejido

el regio tendal se halla,
de ricas sedas vestido,
y por destajos (53) partido
de tunecina almofalla.

En su redor los brillantes
y amplísimos pabellones
de los príncipes é infantes,
con sus cuadrados pendones,
siempre enhiestos por triunfantes.

Siempre allí, como hormigueros,
pululan los desvalidos,
hinchazón de los porteros.
Y entran allí confundidos
magnates, frailes, guerreros,

mercaderes, infanzones,
adalides y soldados,
merinos y adelantados,
alféreces y peones,
y almojarifes odiados.

Por do quier flota el cendal

de un victorioso pendón,
ó de una enseña cabdal.
Por do quier se ve un guión
ó una Cruz arzobispal.

Esta es la tienda de Nuño
Martínez, el señalero
del Rey (54), bravo caballero,
montañés de viejo cuño,
devoto de San Rugero.

Aquella es del adalid
Domingo Muñoz (55) terror
del muslime, en toda lid;
de Córdoba espugnador
y valiente como el Cid.

Esta es de Lope García (56),
aquesa de Pedro el Blanco (57),
los dos de rancia hidalguía,
é iguales en bizarría
y en caracter noble y franco.

Aquí Pedro de Guzmán:

allí Fernando Abdelmón, (58)
hijo de un Rey musulmán,
y el gran Prior de San Juán
y el Prelado Don Remón. (59)

Por todas partes alzados
enseñas y singlatones (60)
todos ellos blasonados
con castillos y leones,
grifos y brazos ferrados,

zorras, serpientes, calderas,
alas, ondas, barras, veros,
torres, molinos, veneras,
llaves y dragones fieros,
cruces y horribles quimeras.

Cada divisa la gloria
recuerda de una victoria,
la conquista de una villa.
Es la soberbia, y la historia
del linaje de Castilla.

Publican los tres girones

de un Girón la ínclita hazaña;
y por fuertes campeones,
los Góngoras en compaña
están de cinco leones.

Los armiños de Cifuente
de su limpio honor dan prueba.
Ondas Garci-Pérez lleva,
Cabestañ una serpiente
que de sí misma se ceba.

Lorenzo Suarez, un gallo
ostenta, por reñidor,
y no pudo hallar mejor
mote el inquieto vasallo
que riñó con su señor (61).

No falta allí cosa alguna
para el descanso, el sustento
y el bienestar. La fortuna
allí generosa aduna
con la abundancia el contento.

A la puerta de un tendal

el ramo, del mosto amigo;
de un macelo aquí el dextral,
allí la harina candeal
madre del blando bodigo.

A un lado una abacería,
al otro una alcaíceria,
y vecino de un santero
un meje (62) que en compañía
vive de un sepulturero.

Un judío vendedor
de alfollas (63) y un curtidor,
miran con mutuo desdén
el tailesán (64) brillador
y el durísimo albadén (65).

A un ballestero malsín,
que oro ganó en un botín,
un mercader de alquifaes (66),
muestra sirgos, guifaraes (67),
y almofares de escarín (68).

Dulcísimas confituras,

y alcozar, y letuarios (69)
vende aquél; y aqueste unturas
por baratas, más seguras
que las de los boticarios.

No hay oficio ó profesión
que sin representación
esté allí: desde el artife (70)
hasta el judío ladrón
Don Gonzac, almojarife (71).

Herradores, especieros,
alfagemes (72), algebristas (73),
escribanos, zapateros,
alfayates (74), reposteros,
cambiadores y droguistas...

allí viven á placer:
y bajo muchos tendales,
se oye el rumor del taller
que hacen siempre enmudecer
las trompetas y atabales.

Entonce al almogavar

se vé con furia saltar
sobre el potro corredor,
desgarrándole el hijar
con el hierro punzador.

Entonces el adalid
grita ¡al arma! y, por do quier,
temiendo el traidor ardid,
todo es gritar y correr
para aprestarse á la lid.

De clarines y atambores
resuena el eco vibrante;
y, á los bélicos clangores,
se alzan en són atronante
los seculares rencores.

Aquel odio eterno y fijo
que juró el godo con saña,
aquel odio que bendijo
el Apostol que en Clavijo
bajó á defender á España.

Y el clamor guerrero lleva

á alfaneques y tendales
la ira que en rencor se abreva
y yá la albergada es cueva
de tigres y de chacales.

Y el campal pierde su brillo.
Todo cendal es bandera,
y todo hierro, cuchillo,
y toda estaca, martillo,
y todo soldado, fiera.

Y, porque cunda el estrago,
del cielo baja Santiago
en su alígero corcel,
que luego de sangre infiel
galopa en el rojo lago.

VII.

—¡Porteros, los de mi Rey!
á mi señor anunciad

que á las puertas de su tienda
un viejo frontero está.
Decidle que le permita
sus reales plantas besar,
y ofrecerle contra el moro
los guerreros que mirais.—
Tal dice, descabalgando,
el viejo frontero Alvár,
del monarca de Castilla
ante la tienda campal.
Su hueste quedó á pie firme,
del noble anciano detrás,
viéndose luego cercada
de muchedumbre marcial.
Y la multitud guerrera
mira con curiosidad
á la mesnada que viene
en su socorro á luchar.
Y sus trajes y sus armas,
y su feroz ademán,

asombro causan en todos,
no exentos de malestar.
El portero Pedro Diaz,
que entró en el regio tendal,
así habló de aquella hueste,
y así de su capitán,
que verlos quiso el Monarca,
y de ellos por sí juzgar.
El Rey salió de su tienda,
y de él salieron detrás
Don Alfonso de Molina,
Don Pedro de Portugal,
los adalides Muñoz
y Blanco, el Rey Alhamar,
Mícer Uberto, sobrino
del Pontífice; Ferrán
Abdelmón; Pérez de Vargas;
Lorenzo Suárez; Pelay
Correa, Maestre de Uclés;
el gran Prior de San Juan

seis Obispos, cuatro infantes,
y Don Polo, el capellan,
con Paja, el bufón (75) que chistes,
y pullas diciendo vá.
¡Bien merece el buen frontero
tal recibo y pompa tal!
Echóse á los piés del Rey,
que le quiere levantar,
y—¡Señor!—con voz sonora,
dice—Señor, escuchad
á este viejo, y otorgadle
el bien que llega á impetrar.
Si vengo á vuestra albergada
como vasallo leal,
también como padre acudo,
atroz venganza á buscar.
Robóme el moro mi hija,
sol de mi felicidad.
Sin él yazgo en noche obscura.
¡Si vivo es para llorar!

Robóme el moro mi hija.
Afrentó mi ancianidad.
Y ¡ay! mi Rey, el viejo tigre
al león viene á implorar.
Me abrasa la sed de sangre,
despierta el odio mi afán,
pues mi ultraje y amargura
viven sin remedio yá.
Ansío, en la noble empresa
con que á vuestro trono honrais,
no ser lanza, ni cuchilla,
sino rayo y vendabal.
Quiero, Señor, mis rencores
en sangre mora abrevar:
quiero ser furia que mate,
sin descanso y sin piedad.
Al amor de mi Castilla,
al respeto de mi altar,
á mi deber de vasallo,
y á mi condición marcial,

uno, para los furores,
de mi corazón volcán,
la ausencia de la hija mía,
y ¡oh, cruel martirio! el pensar
que está su cuerpo castísimo
de un harém en el fangal.
Para la ansiedad rabiosa,
centro de mi voluntad,
ved, señor, la hueste fiera
que me fué dado juntar.
Vendí cuanto poseía,
gasté todo mi caudal
por ver, bajo mis enseñas,
la mesnada que mirais.
No visten, no, mis guerreros
mallas de Argelia ó Milán,
ni usan cascos de Vizcaya,
ni acolchonado gambax (76).
Llevan mis toscos soldados
en sus nervios el metal,

las heridas son su adorno,
su descanso el pelear.
Comen yerbas y raices,
y beben agua no más;
sus armas son las azconas,
su grito el del huracán.
Son, como veis, miserables,
pero por serlo, quizás,
no han aprendido esos hombres
más que á una cosa: ¡á matar!
¡Miradlos! Son los golfines
de Losa y de Muradal (77),
los lobos que al tigre viejo
han querido acompañar.
Yo os pido, señor, el sitio
en que el peligro sea más,
para la feroz mesnada
que ante vos rendida está.—
Calló el anciano frontero
esperando con afán

la respuesta del Monarca
que, como el cortejo reäl,
absorto mira el fonsado
que el viejo frontero trae.
Por cascos redes de hierro,
por corazas vil torzal,
por grevas pieles hirsutas,
melenas por capellar.
Sus caras producen miedo;
sus gestos espanto dán.
Sus ojos de los del tigre
tienen la ferocidad;
sus bocas son rojas fauces,
su grito, siniestro aullar.
Son altisimos; sus miembros
fuertes cual los del Titán.
Los músculos acerados
se los ve serpentear
por los brazos y los pechos,
duros como el pedernal.

Fieros exterminadores,
eran, en mezcla fatal,
soldados y al par bandidos,
demonios y hombres al par.
Detras de ellos, aturdidas
y apiñadas, en un haz,
como en manada espantosa,
que daba horror y piedad,
las hembras de aquellos lobos,
fieras, cual ellos, ó más,
estaban mudas, absortas,
temblantes, sin respirar.
Por el sexo, eran mujeres,
y todas madres quizás.
Con los jugos de su hambre
lograban alimentar
á sus hijuelos, gusanos
de poluto estercoral.
Sobre sus pechos vacíos,
en la vieja suciedad

de sus andrajos, en torno
de sus huesos, pulular
se veía á los lobeznos,
causando un ruido infernal.
Aquel enjambre de chicos,
negros como el cordobán,
y en cueros vivos, se agitan
cual larvas de un cenagal.
Salir quieren, ante todos,
y algunos, con rastrear
de sabandija, pudieron
ver satisfecho su afán.
Y á la vista del Monarca
y de su cortejo real,
quedaron estupefactos,
mudos, sin pestañear.
Pero venciendo al temor
la infantil curiosidad,
fueron, cautelosamente,
llegando al noble Fernán.

Aquellos trajes de oro
que hace el sol centellear,
las ricas piedras que adornan
todo casco y todo arriaz,
les atrae, les fascina,
y tienen necesídad
de cuanto ven con sus ojos,
con sus dedillos tocar.
Un portero vió á los ruines
lobeznos y gritó—¡atrás!—
—¡Pobres niños!—dijo el Rey,
separándose de Alvár,—
¡dejadlos que á mí se lleguen,
dejadlos venir en paz!—
Y al que de él estaba junto
le plugo en brazos alzar,
y un beso le dió en la frente
con dulzura paternal.
Creyóse el niño á la gloria
subir, al poder tocar

los lambrequines y piedras
que adornan el yelmo real.
Y al ver los rudos golfines
en Fernando tal bondad,
sintieron que dulces lágrimas
bañaban su torva faz.
Y un grito unánime, un grito
que atronó la inmensidad,
demostró al Rey generoso
que almas en las fieras hay.
—¡Buen frontero!—dijo el Rey
al desventurado Alvár,—
la puerta de Vib-ab-Ragel
gloria á tu afrenta dará.
Por delante tiene el muro,
Guadalquivir por detrás, (73)
alli imposible es la fuga,
allí el vivir es matar.—
—¡Gracias! exclamó el frontero.
Montó en su raudo alazán,

y así dijo á su mesnada,
con extentóreo clamar:
—¡Sús! los golfines de Losa,
¡valientes de Muradal!
¡Viva el Rey! Despierta, fierro,
contra los hijos de Agar!—
Y aquella tromba de muerte,
con fragor de tempestad,
se alejó del campamento
el exterminio á buscar.

VIII.

De polvo envuelta en nubes, corría la mesnada
por frente de los muros de la ciudad sitiada,
marchando á Vib-ab-Ragel, do plugo al Rey que fuera
porque en perenne lucha saciarse allí pudiera
la sed de atroz venganza en que se abrasa Alvár.
Pasaban los golfines, oyendo los silbidos,

las risas burladoras, los lúgubres aullidos
de la orgullosa alarbia, que los adarves llena;
y aquel cobarde insulto, que ampara cada almena,
aún más que el dardo hiere, porque en el alma dá.
En pos, y silenciosos, caminan del frontero,
y de Francín valiente, que va de señalero;
y todos reprimiendo su afrenta y su coraje,
pero pensando todos en que al villano ultraje
satisfarán rabiosos en la primera lid.
Por todas partes tropas de la cristiana hueste.
Es de Don Lope de Haro el estandarte aqueste (79).
Aquel el de Rodrigo González de Galicia.
De Ruiz de Manzanedo aquesa es la milicia,
que da á Fernando el noble concejo de Madrid.
No llega á Vib-ab-Ragel el ala del cruzado.
A un lado la muralla, el río al otro lado.
El breve campo libre es vórtice de muerte.
En él siempre la lucha. Tras del combate fuerte
el no poder ni un punto tranquilo reposar.
De Orías el alcázar, con su gigante torre,

con su alta barbacana, que largo espacio corre,
y con sus muros llenos de máquinas guerreras,
que tienen vientres, fauces y garras de quimeras,
cual castro inexpugnable mostrábase ante Alvár.
¡Morír él deseaba! ¡Matar solo quería!
Contempla, pues, su campo con ávida alegría.
Y el recio *afruante* (80) espera, y ver á sus golfines
rabiosos degollando, y líquidos carmines
las aguas del gran río, por tanta sangre ser.
No sabe que á sus fieros y empedernidos hombres
otros de ignotas patrias, de impronunciables nombres
van á oponerse rudos; y que la lucha horrible
será implacable, recia, tenaz, inextinguible,
vestiglos contra furias, Satán contra Azazel.
Si Alvár rije á bandidos de bélicos furores,
los hombres son de Orías de sangre bebedores;
son bárbaros los unos, los otros son salvajes;
idénticos en iras, iguales en los trajes.
Dos trombas, dos infiernos, á combatirse van.
Casi rozando el muro pasaba la mesnada,

sintiendo la hoz cortante de la feroz mirada
de la tremenda hueste del orgulloso Oría.
Todo el adarve aullaba: ser jaula parecía
de tigres cuando llegan la sangre á olfatear.
Pasaron los golfines: tras de ellos la piara
de sus astrosas hembras, que mueven á algazara;
tras de las flacas madres, los niños macilentos,
que menos por rendidos que por hallarse hambrientos
apenas si ya pueden del suelo alzar los piés.
Y al ver á aquellos niños, que marchan rezagados,
quizás es Arbalaya, aquel de los sitiados
que un cesto de naranjas desde el adarve arroja.
Rueda el fruto de oro: el suelo en mieles moja,
y tras las frutas lánzanse los niños en tropel.
Gustaban la miel fresca sus labios ardorosos.
Saltaban y reían, ya alegres y gozosos,
cuando ¡horror! á uno de ellos asióle un garfio fuerte,
las zarpas de una Furia, las garras de la Muerte,
y alzóle por el aire, y al muro lo llevó.
Rugidos de panteras lanzaron las mujeres.

Temblaron los golfines: los infantiles séres
huyeron con pavura. Se oyó un hórrido ruido,
de hierro, de madera. Sonó luego un crujido,
y una visión tremenda á Alvár estremeció.
Vió enorme catapulta, y en ella al niño atado.
Le vió luego en el aire, cual piedra dísparado.
Vió el choque horripilante contra la tierra dura
del tierno cuerpecillo; y vió su sangre pura
y sus rompidos miembros su hueste salpicar.
Un grito de venganza en los espacios late.
Las lobas á sus machos excitan al combate.
Y, con furiosos ímpetus, salvando toda valla,
emprenden los golfines la más atroz batalla
que el odio soñar pudo, que imaginó Satán.
En contra del adarve feroces embestían;
sin mantos (81), sin escudos las flechas recibían;
los recios pedrejones sus pechos destrozaban;
chorros de hirviente brea sus carnes abrasaban;
mas eran de los vivos los muertos escalón.
Con el dolor sus iras feroces escandecen.

Sangrientas turbonadas sus cuerpos enrojecen.
Y trepan y resbalan. Sobre la masa informe
más suben, y más ruedan; y horrible y más enorme,
va, á cada instante, haciéndose el lúgubre montón.
Tan ciega á la mesnada mirando los de Oría,
la puerta abren saliendo con ronca gritería,
y hieren, y atropellan, y tunden, y maltratan,
mas mueren, sin remedio, los que al herir no matan,
pues del golfín el brazo lleva el furor de Dios.
Miraba Alvár la lucha con receloso anhelo.
De muertos contemplaba sembrado el rojo suelo.
En el primer afruante su ejército diezmado,
adversa la fortuna, el triunfo no logrado,
sus vengativos odios latiendo entre el temor.
Del Alfaquí las naves bogaban por el río,
y raudas se acercaban á aquel lugar impío.
Los fuertes ballesteros, sin tregua disparando
cuadrillos y saetas, que van certeros dando
la muerte á los que el hierro de espada perdonó.
Alvár se ve perdido: recuerda sus victorias,

los timbres de su escudo, sus ya lejanas glorias;
sus odios se marchitan: ya sólo honor le inflama,
y en pos va de la muerte, que á gritos le reclama,
entrando en lid de tigres aquel viejo león.
Cegábale los ojos la sangre que vertía
su fuerte tajadora, que sin cesar hería.
Le dementaba el alma que de él la muerte huyera,
que terminase el día, y que la noche fiera
con muertos y vencidos tuviérase que hallar.
Desesperado y loco, ya el hierro desmayaba
en su convulsa diestra; ya atónito miraba
al buen Francín que, á tajos, la vida le defiende;
ya su alazán herido exánime se tiende,
cuando al insigne anciano le pareció escuchar
galope de caballos, clarines resonantes,
¡Santiago y cierra España! en gritos atronantes,
rimbombe clamoroso; rumor de un mar que llega
con olas de exterminio; que tumba, rompe, anega,
y avanza destruyendo, sin tregua ni piedad.
¡Son ellos! ¡los valientes dignos de eterna loa!

¡Los bravos paladines del noble Iván de Roa!
con yelmos argelinos, con cotas refulgentes,
y espadas de la India, y escudos resistentes,
que acuden en socorro del desdichado Alvár.
El viejo lanzó un grito de férvida alegría.
¡Él es! ¡El desposado de mi infeliz María!
¡Él quien mi noble escudo de la deshonra lava!
¡Él quien mi hueste libra de perecer esclava!
¡Él es, dice, mi amparo y mi esperanza es!
De Orías los soldados, al verse acometidos
por tan bizarra tropa, ó un punto desmedridos,
ó por mirar que rápida la negra noche avanza,
ó por sentir la hartura de sangre y de matanza,
la puerta del Alcazar ganaron en tropel.
Entonces los golfines los corren, los acosan;
las jambas de las puertas de multitud rebosan;
en cuña entran de carne, cristianos y agarenos,
pegados, confundidos los enemigos senos,
queriendo aniquilarse y sin poder luchar.
Va á entrar en el Alcazar la hueste del frontero;

cuando aparece Orías, mudo, imponente, fiero.
Con su hacha de dos filos, pausado se encamina
á aquella puerta, tumba en que el golfín se hacina,
y su tajante acero comienza á fulminar.
Cual leñador forzudo que el tarahal desbroza,
así el faquí guerrero la multitud destroza;
y del golfín salvaje el entusiasmo ataja,
y sus nervudos miembros, hiende, mutila, raja,
impávido marchando cual númen destructor.
Vencer sus gallardías los míseros no pueden.
Aterra su erguimiento. Ya mudos retroceden,
y, rezagando, marchan, y al fin dejan vacío
el charco aquel de sangre, aquel lugar impío,
cuyas ferradas puertas el Alfaquí cerró.



IX.

Del precioso camarín
que dió el moro á su hechicera.

cautiva, porque estuviera
preso Amor en su jardín,
   brota sonoro rumor
de cantiga cadenciosa,
de danza voluptuosa,
de *alhaditz* (82) arrullador,
   mientras que en el muro fuerte,
que al bello pensil rodea,
el odio, en ruda pelea,
harta el hambre de la Muerte.
   Hadas benéficas son
las que el camarín protejen
haciendo que de él se alejen
los ecos de destrucción;
   ó genios engañadores
que ocultan, á una deidad
compasiva, la verdad
de los humanos furores.
   Ni hadas, ni genios. Mujêres
son, á las que manda Orías,

ser manantial de alegrías,
y máquinas de placeres.

Son almées. Al aposento
las llevó de la cristiana,
para que de lid insana
no oyera el clamor violento;

que aterra al moro el pensar
lo que ella habrá de sufrir,
si oye al cristiano gemir
y al sarraceno matar.

Anhela que viva en calma
y con dulce gozo interno,
en aquel jardín, infierno
en donde cayó su alma.

—¡Cantad! dijo á las almées,
¡reid! ¡danzad! ¡como locas!
aunque sangren vuestras bocas,
y se rajen vuestros piés.

Pero si al viento dejais
que á ella lleve un eco hostil,

os juro por Izrafil
que el aludud (83) encontrais.

. . . .

La luz, en lampos y fajas,
esplende en los atahuriques (84),
de ajimeces y tabiques,
y vibra en las adarajas (85).
Parece aquello un crisol
donde todos los colores
se acendran, y los fulgores
toman que, al morir, da el sol.
En un precioso alhamí,
sobre alcatifas sentada,
ricamente engalanada
de xamet (86) y balanquí (87);
hollando flores de abiar (88),
cuyos pétalos nevados
vé tegidos y aromados
con jazmines y azahar,
está la hurí castellana,

la afligida prisionera;
Mari-Sol, flor hechicera,
Mari-Sol, vírgen cristiana.

De llanto cubre el balax (89)
y el oro de sus cendales:
son mortaja sus briales,
su camarín, negro aunax (90).

Las seductoras almées
que en divertirla se afanan,
las telas que la engalanan,
las flores que hay á sus piés,

la brillante pedrería,
que en su cuello resplandece,
todo aflige y estremece
el corazón de María.

¡Y su dueño á cada hora
le manda un nuevo tesoro!
¡Desdichada! Oculta el moro
su pasión, pero... ¡la adora!

Y este amor, que ella, sin calma,

adivinó, la entristece...
Quiere odiarle, y no aparece
jamás el odio en su alma.

¿Cómo no odiar al guerrero
que es de Jesús enemigo,
de su patria cruel castigo,
de su rey azote fiero?

Sólo una vez le ha mirado;
una vez sola le ha oido,
y su voz, como un gemido,
dentro de su pecho ha entrado.

Cual quejidos lastimeros
sus dulces ecos percibe.
Él en su memoria vive
como flor de caballeros.

La prueba de su bondad
y de su desinterés
el ciego y mudo Garcés
pudiera darla en verdad.

Allí está el desventurado;

entre aromas y fulgores,
entre almeas y entre flores;
cual perro fiel á su lado.

Con faz torva y cejijunta,
oye el bullir de la fiesta,
buscando siempre respuesta
á una espantosa pregunta.

¿Ella ama al faquí?—Y, sin calma,
vive en perpétuos enojos,
con la tiniebla en los ojos,
y con la duda en el alma.

Hora el infeliz anciano
sufre la más cruda pena.
En sus oidos resuena
un rumor bronco, lejano...

Su eco sordo le enardece,
y le alienta y le esperanza,
porque es él la remembranza
de un bien, que loco apetece.

Clamor es de multitud.

Fragor es de horrenda lucha.
Són es aquél en que escucha
la voz de su juventud.

El grito ardiente que daba
cuando al moro combatía;
el aullido de alegría
cuando á sus pies lo mataba.

Tigre jamás amansado,
revolvíase, rugiendo,
porque la sangre está oliendo,
y está ciego y enjaulado.

¡Ay, desdichado Garcés!
¡Cuál con sus iras feroces
contrastan las suaves voces
de las hermosas almées!

¡Ah, si viera! ¡Si su aliento
una frase articulara!
¡Qué presto á Sol declarara
la causa de su tormento!

También la doncella escucha,

entre los cantos de amores,
los gritos y los clamores
de la encarnizada lucha.

Que Orías quiso engañar
con su amor su entendimiento,
pues no ignora que un lamento
resuena más que un cantar.

Pero como cada vez
que pregunta ansiosamente,
¿qué es aquello? á su impaciente
afán, halla la mudez,

ó la respuesta engañosa,
ó banal palabrería,
y sigue la canturía,
y la danza bulliciosa,

deduce que el moro trata
de que, engañado su oido,
no perciba el atroz ruido
con que se hiere y se mata.

Y así, en silencio, llorando,

está triste, comprendiendo
que aunque allí se está riendo,
afuera se está matando.

Sólo un sér, de infame laya,
con lengua implacable y fría,
veces mil repetiría
la cruel verdad. ¡Arbalaya!

Lleno de angustia infernal,
buscando la espesa fronda,
el rico camarin ronda
como cobarde chacal.

A las paredes pegado,
ó á las ventanas asido,
aguza el ávido oido,
por si algún desesperado

grito, ó sollozo, ó lamento,
le anuncia que al camarín
el aire llevó por fín
la voz del combate cruento.

Aquel sér es la perfidia,

aquel hombre es la ambición,
aquel monstruo, la traición,
aquel demonio, la envidia.

¡La envidia! Del albedrío
de Orías se creyó dueño,
y al mirar su loco empeño
derrocado en lo vacío,

odio y terrible venganza
juró á la cristiana bella.
Es sagaz, y sabe que ella
va á robarle su esperanza.

X.

Cesó el furioso combate.
Apagáronse sus ruidos.
Solo yá de los heridos
se oye el triste lamentar.
Y, al resplandor de la luna,

vé Arbalaya á los guerreros
de sus terribles aceros
la roja sangre limpiar.

Él abandonó el adarve
del golfin á la aguijada (91),
no salió en la espolonada,
ni la puerta defendió;
su tahalí guardó la corva
cuchilla, en aquel alarde;
pero el rafez y cobarde
cual ningún bravo luchó.

Luchó con su aciaga envidia,
con sus encònos feroces,
con las pasiones atroces
que inquietan su voluntad;
y su tenaz pensamiento,
envenenando su alma,
no dió un momento de calma
á su espantosa ansiedad.

Veces mil penetrar quiso

en la estancia de María,
y decirle que en la ímpia
lucha se mata á su grey;
monstrarle, desde la torre,
de la lid el cuadro horrendo,
y hacerle ver cuál cayendo
van los hombres de su Rey.

Mas del camarín las puertas
guarda gente valerosa
muy despierta, y muy celosa,
en cumplir su obligación;
y así el marfuz mayordomo,
aunque del combate huyendo,
por sí propio se está haciendo
pedazos el corazón.

Vió de la hermosa cristiana,
acercarse al aposento
con paso indeciso y lento
á su ya odiado señor.
Y abandonando la espesa

fronda, en que anheloso espía,
á la presencia de Oría
humildemente llegó.
—¡Gracias á Alláh!—dijo el moro—
Te juzgué muerto en la alvara (92)
y triste abela (93) llorara
de no encontrarte ahora aquí.
¿Dó luchaste? Está tu hierro
á fuerza de herir mellado?
¿A cuántos has desmembrado?
¿A cuántos venciste? Dí.
¿Callas?... No hay en tu albengala (94)
un girón; no hay en tu cota
de sangre una sóla gota;
tus manos limpias están...
¡Ah! marfuz... tu la aguanafa (95)
á la sangre has preferido,
tú la albanega (96) has ceñido
sobre el bélico almofar.
—Señor...

—¿Qué vas á decirme?
Nada tuyo se me oculta.
Sé lo de la catapulta...
¡Esa es tu hazaña!
—Señor...
—Habla.
—Aquí estuve atendiendo
sólo á tu bien. Te lo juro.
De esa estancia he sido muro,
para defender tu amor.
—¿Mi amor?... ¿Qué dices?
—Cuidaba
de ver cómo á tu hechicera,
la cristiana prisionera,
divertían las almées...
Y si hasta aquí los golfines,
señor, hubieran llegado,
aquí me hubieran matado
de tu cristiana á los piés.
Bañó sonrisa suave

de Orías los gruesos labíos,
y olvidando sus agravios,
por lo que á Arbalaya oyó,
entra—le dijo—y que vayan
á descansar las mujeres,
y haz aquí lo que quisieres,
mientras que aquí vuelvo yo.—
Y en el camarín fijando
indefinible mirada,
¿por qué—murmuró—si odiada
tu raza tanto es por mí,
tú, nazarena, en mi pecho
arrullas como paloma,
y mi alma, cual aroma,
se desprende en pos de tí?—
Y se aleja presuroso,
porque se siente atraido
por la suavidad del nido
de la hermosa Mari-Sol.
Le ve partir Arbalaya.

Su feroz sonrisa hiela.
Habló con un centinela,
y en el camarín entró.
Salieron de él enseguida
las almeas, jadeantes,
sudorosas, palpitantes,
y salió de ellas después,
hasta el umbral, como hiena,
que aun en el andar soslaya,
el envidioso Arbalaya,
conduciendo al buen Garcés.
—La lucha ha sido terrible—
dijo al triste.—Prisioneros
tengo aquí á algunos guerreros;
mas por poco tiempo ya.
Calvario va á ser el muro...
¡Cómo ansiara yo que vieras!
Entonces reconocieras
á algún amigo quizá.
Y diciendo estas palabras,

del centinela ocultado,
abandonó al desdichado
Garcés, transido de horror.
Y con proterva alegría
fué en busca de sus parciales,
á dar á sus infernales
proyectos ejecución.

XI.

Ginete en gallardo potro,
y entre inmensa muchedumbre,
que, en aclamaciones férvidas,
ronca y sin tregua prorrumpe,
marcha Orías al Alcázar
de Axataf, adonde acude
para que el Rey del guerrero
quejas y agravios escuche.
Poco después de su marcha,

por encono ó por costumbre (97),
se alzaban en los adarves
de Vib-ab-Ragel seis cruces,
sobre las que seis cristianos,
entre tormentos, sucumben.
¡Si Garcés viera! Con rabia,
sordamente, gime y ruge,
y en la oquedad de sus ojos,
con furia, los dedos hunde.
Y el afán con que batalla
le desespera y le aturde,
pues el infierno en que arde
da llamas, pero no luces.
Mari-Sol deja que libre
el llanto su rostro surque,
y que el ahogado sollozo
en gemido se pronuncie.
Ignora lo que ha pasado,
mas sabe, por lo que sufre,
que allí el Amor y la Muerte

en lazo atroz se confunden.
Oye el espantable aullido
de Garcés, y su eco lúgubre
le amedrenta; mas le llama
á su lado con voz dulce.
A ella acudió el pobre viejo,
y con gritos y quejumbres
de horror y pena, y con muecas,
y medrosas actitudes,
pretende en vano indicarle
algo que ella no trasluce.
Y Mari-Sol al anciano
le dice:—no así te angusties,
y no abras así tus brazos,
ni tu cuerpo descoyuntes;
que bien entiendo que quieres
decirme que ésta es la cumbre
del Gólgotha, y que á nosotros
nos martirizan dos cruces.—
Lanzó el viejo una terrible

carcajada, larga, fúnebre,
y ¡no! dijo con las manos.
Y aspirando los perfumes,
palpando los azahares,
y restregando los tules,
—¡nó!—grita, y abre los brazos,
la cabeza atras sacude,
y con gestos pavorosos
que invencible espanto infunden,
indicar quiere un suplicio
atroz, que ella no discurre.
—Me aterras, pero es en vano
que con tus afanes luche:
yo no te comprendo.
                    El viejo
que ya de cólera muge,
á Mari-Sol de la mano
toma, á tientas la conduce
á la puerta en que Arbalaya
dió á su mente infernal lumbre,

y aguarda ansioso á que el rayo
rompa del dolor las nubes.
Mari-Sol, estupefacta,
contempla á Garcés, que frunce
el ceño, por la impaciencia
que el corazón le consume.
—¿A qué al jardín me has traido?
¿Qué quieres que en él vislumbre?—
dice, con febril acento
que á tierna piedad induce.
¿Qué escucho? Rumor süave
de aguas que mansas discurren;
allí un ruiseñor que canta,
aquí estas ramas que crujen.
¿Qué miro? Frondas espesas,
y en la azulada techumbre,
luceros que, por la luna
nítida, apenas si lucen.
En la torre mucha tropa
cuyo armamento refulge...

Pero... ¡allí?... ¡Sobre el adarve!...
¿Qué hay allí?—gritó—¡Seis cruces!
¡Y seis cristianos en ellas
con cruel martirio sucumben!
¡Horror! ¡horror! Y en los brazos
de Garcés cayó de bruces.



NOTAS

PRÓLOGO

ALVÁR SANCHEZ, EL FRONTERO

1-(Pág. 29) un claustrero negrado

Los religiosos benedictinos eran llamados antiguamente claustreros negrados, ó monjes negros, por el color de sus hábitos.

Despues de latinado la sancta theulugia
Apriso much afirmes dentro de la mongia:
Los claustreros negrados, omnes sin arlotia
Guiaron al criado por la çertana via.

Loor de DON GONZALO BERCEO.—*Poetas castellanos anteriores al siglo XV. Colección hecha por* DON TOMÁS ANTONIO SANCHEZ, *continuada por el* EXCMO. SR. D. PEDRO JOSÉ PIDAL, *y considerablemente aumentada é ilustrada á vista de los códices y manuscritos antiguos por* DON FLORENCIO JANER.—*Madrid.—M. Rivadeneyra, editor. 1874.*

2-(Pág. 34) Hombre eres de prestar

Hombre de honra, de esfuerzo.

Non traen guarnimientos de ombres de prestar.
Semeian mugieres ques quieren presçiar.

El libro de Alexandre.—Obra citada.

3-(Pág. 35) con un pobre palmero

Nombre que daban antiguamente á los que venían ó hacían peregrinación de Tierra Santa, porque traían palmas en señal de haber estado en aquel país. A los peregrinos que iban á Roma se les llamaba romeros; voz que se ha extendido á cualquier viaje (romería), hecho á algún suntuario por devoción.

4-(Pág. 38) y hace el gengibrate

Gengibrante. Cierta confitura, acaso de gengibre.
Cominada, alexandria, con el buen diagargante
El diaçitron abatis con el fino gengibrante
Miel rosado, diaçiminio diantrososo va delante,
El la roseta novela que debiera decir ante.
Libro de cantares del Arcipreste de Hita.—*Obra citada.*

5-(Pág. 38) y el diacitron

Diaçitron. Cierta confitura. acaso de cidra ó acitron.
Muchos de letuarios les dan muchas de veses,
Diaçitron, codonate, letuario de nueses,
Otros de mas quantia de zanahorias raheses,
Envian e otras cadia a reveses.
Autor *y obra citada.*

6-(Pág. 38) y el dulce codonate.

Codonate. Cierta confitura hecha de membrillo. Véase la nota anterior.

7-(Pág. 45) con la destral descuartiza

Destral. Hacha de cortar.
Mando luego delantre entrar á los peones
Con destrales agudos, con bonos segurones,

Dar á los elefantes, cortarge los corueiones,
Que abrissen carrera soure sus grinones.

El libro de Alexandre.—Obra citada.

8-(Pá. 46) y sabrosos letuarios

Lectuario, manjar.—Véase la nota quinta.

9-(Pág. 46) ellos en los tajadores

Tajadero, tajador, tajo de cocina.

Estos traien lanzas de peon delantero,
Espetos muy cumplidos de fierro e de madero,
Escudábanse todos con el grand tajadero,
En la buena yantar estos venian primero.

Libro de cantares del ARCIPRESTE DE HITA.—*Obra citada.*—Tajador. Parece despensa ó armario donde se guardan comestibles, según estos versos:

Alegre va la monja del coro al parlador,
Alegre va el frayle de terçia al refitor,
Quiere oir la monja nuevas del entendedor,
Quiere el frayle goloso entrar en el tajador.

AUTOR *y obra citada.*

10-(Pág. 46) en el se yantará á chirla

Yantar á chirla: se decía de los que se juntaban á comer y hablar con desahogo y libertad.

11-(Pág. 47) pero ven mucho condumio

Condumio: lo que se come con pan. Haber mucho condumio: se emplea para significar que hay preparada mucha comida: algunas veces se dice aludiendo á la grande abundancia de frutas y comestibles.

12-(Pág. 50) de amplio cicatron vestida.

Cicatron ó ciclaton: cierto vestido largo ó túnica, llamada

así porque ceñía el cuerpo y era circular. Viene de *cyclas, adis*, que significa vestido redondo, propio de mujer.

13-(Pág. 50) y cofia de cendal dadria

Dadria, contracción de Adria, usada antiguamente, aplicada al cendal veneciano. Véase la nota 337 puesta al *Poema del Cid* en la *Obra citada.*

14-(Pág. 50) y barjoleta con cintas

Barjoleta ó barjuleta, bolsa de cuero.

«E la Condesa, desque vió que el escudero dormía, fué á él é furtóle las cartas de la barjoleta que traía.»—*La gran Conquista de Ultramar que mandó escribir el Rey Don Alfonso el Sabio; ilustrado con notas críticas y un Glosario por* Don Pascual de Gayangos, *individuo de número de la Real Academia de la Historia.—Madrid.—M. Rivadeneyra. Impresor-Editor 1858.*

15-(Pág. 54) Corneja siniestra

Corneia diestra: corneia siniestra. Bueno ó mal agüero.

A la exida de Biuar ouieron la corneia diestra,
E entrando á Burgos ouieron la siniestra.

Poema del Cid.—Obra citada.

16-(Pág. 54) me temo una malfetría.

Malfetría: obra mala, pecado según estos versos de *Los Milagros de Nuestra Señora*:

Aya tanto de plazo hasta los XXX dias
que pueda meiorar todas sus malfetrias.

Hecho malo, delito, conforme el Arcipreste de Hita.

Ante vos el mucho honrado e de grand sabidoria
Don Gimio ordinario alcalde de Buxia
Yo el lobo me querello de la comadre mia,
En juisio propongo contra su malfetria.

Obra citada.

17-(Pág. 60) silla cosera

Coçeras. Voz aplicada como adjetivo á las sillas de los caballos que eran á propósito para correr y hacer la guerra.

18-(Pág. 60) y vaya á rienda soltera

A rienda suelta, á toda rienda.

Membról quel dixiera que encantado era,
Que nol farie mal fierro por ninguna manera,
Dallí se fue pora ela rienda muy soltera
Por darle gran golpe en medio la mollera.

El Libro de Alexandre.—Obra citada.

19-(Pág. 62) Ribaldo

Bellaco, pícaro.

«E bien es de creer que fué algund espíritu malo, que tomó forma de ribaldo.»—*Castigos e documentos del Rey Don Sancho.*—En el tomo de *Escritores en prosa anteriores del Siglo XV, recogidos é ilustrados por* DON PASCUAL DE GAYANGOS.—*Madrid.—M. Rivadeneyra. Impresor-Editor. 1859.*

20-(Pág. 62) como marfuz mentiste

Repudiado, desechado, falaz, engañoso, vil, sin valor.—*Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental por* DON LEOPOLDO DE EGUILAZ Y YANGUAS.

Bellaco, artero.

Prometiol por mi consejo
Trigo que tenía anejo
Et presentol un conejo
El traidor falso marfus.

Cantares del ARCIPRESTE DE HITA.—*Obra citada.*

«Yo escribí esto, mira á quien lo das á leer, no te fíes de ningun moro, porque todos son *marfuzcs.*»—CERVANTES. *Don Quijote*, 1.ª Parte. Cap. XL.

21-(Pág. 70) los ojos con el puñal.

Creo que á nadie puede extrañar este bárbaro castigo, puesto en uso por legislaciones primitivas. Esta pena se encuentra establecida en las leyes de los visigodos y de otros pueblos de civilización coetanea. Nuestra historia está llena de estos terribles ejemplos. En el *Pocma del Cid* se leen estos versos:

Convidarle yen de grado, mas ninguno non osauva
El Rey don Alfonsso tanto auie la grand sanna.
Antes de la noche en Burgos dél entró su carta,
Con grand recabdo e fuerte-mientre sellada:
Que a Myo Çid Ruy Diaz que nadi nol diessen posada,
E aquel que gela diesse sopiesse una palabra,
Que perderie los aueres e mas los oios de la cara,
E aun demas los cuerpos e las almas.

PRIMERA PARTE

EL ASNO CIEGO

1(Pág. 79) Cuando de Agmat en la prisión obscura
el Rey poeta Almotamid,

Muhamad Almutamed Aben Abed ó Motamid, último Rey Abbadita de Sevilla, era en extremo aficionado á la ga-

ya ciencia. Nada más novelesco que la historia de este desventurado príncipe.

«El caudillo de los Almoravides envió luego preso y á buen recaudo á Africa al rey Muhamad Aben Abed llamado Almutasem, y tambien á sus hijos Abu Husein Oveidala Arraxid, Abu Bekar Abdala Almoated, Abu Zuleiman Arabie, llamado Tag-dola, y Abu Hasim Almoali Zeino-dola, con sus mujeres, hijas y doncellas, y la que él más amaba por su discreción y hermosura llamada Otamida, madre de Arabie, que era conocida por Saida Cubra, (de esta hay memoria en la inscripción del dorio de la mezquita año cuatrocientos setenta y ocho) y por Romaikia porque la compró Aben Abed de Romaik ben Hegiag: á toda esta ilustre familia envió á Africa. Es indecible el gran llanto que hubo en las naves en que los embarcaron al apartarlos de su hermosa ciudad, y al perder de vista las torres de sus alcázares, y al ver desaparecer como un sueño toda su grandeza. Llegaron á Ceuta y el rey Taxfin, sin consideración á la majestad real, envió preso al rey Aben Abed y á sus hijos á la ciudad de Agmat. En llegando á Agmat le encerraron en una torre donde vivió cuatro años con mucha pobreza, rodeado de sus hijas que le acompañaban y servían, si bien más que de consuelo eran ocasión de acrecentar sus pesares y melancolía.—CONDE.—*Historia de la dominación de los árabes en España.*

-(Pág. 80) ¿triste pensaba en su Itimad querida?

Muchas veces se presentaban (Motamid é Ibn-Ammar) con cualquier disfraz en la «Pradera de plata» orillas del Guadalquivir, donde todo el pueblo, hombres y mujeres iban á divertirse. Allí fué donde Motamid tropezó por primera vez con la que estaba destinada á ser la compañera de su vida. Paseándose una tarde con su amigo por esta pradera, aconteció que la brisa rizó el agua del río,

y habiendo Motamid improvisado este verso, rogando á Ibn-Ammar le añadiera otro:

La brisa ha convertido el agua en coraza...

Y no encontrándolo pronto Ibn-Ammar, una muchacha del pueblo que había cerca, lo hizo de este modo:

Coraza magnífica en efecto para un dia de combate, siempre que el agua estuviera helada.

Admirado de oir á una muchacha improvisar con más prontitud que á Ibn-Ammar, que era sin embargo en esto famosísimo, Motamid la miró con atención. Quedó encantado de su belleza y llamando enseguida á un eunuco que lo seguía á alguna distancia, le mandó llevar la improvisadora á su palacio, al que se apresuró á volver. Cuando le presentaron á la jóven, le preguntó quién era y en qué se ocupaba. Me llamo Itimad, le contestó ella, pero comunmente me llaman Romaiquia, porque soy esclava de Romaic y mi profesión es muletera.—Dime: ¿estás casada?—No, señor.—Tanto mejor, porque voy á comprarte á tu amo, y á casarme contigo. Motamid amó á Romaiquia durante toda su vida con un amor inalterable. Sus caprichos y sus antojos hacían la dicha y la desesperación de su esposo, obligado á satisfacerlos á toda costa, porque una vez que se le metía una idea en la cabeza, nadie se la podía sacar.—Dozi.—*Obra citada.*

«Señor conde Lucanor, dijo Patronio, el rey Abenabet de Sevilla era casado con Romayquia, et amábala muy más que á cosa del mundo, et ella era muy buena mujer, et los moros han della muy buenos enxemplos; pero una manera había que non era muy buena, esto era, que á las vegadas tomaba algunos antojos á su voluntad. Et acaesció que un dia, estando en Cordoba en el mes de febrero, cayó una nieve, et cuando Romayquia esto vió comenzó á llorar, et el rey preguntóle por qué lloraba, et ella dijo que porque nunca la dejaba estar en

tierra que hubiese nieve. Et el rey, por le facer placer, fizo poner almendrales por toda tierra de Córdoba, porque pues Córdoba es tan caliente tierra, et non nieva y cada año, que en el febrero paresciesen los almendrales floridos, et semejasen nieve por le facer perder aquel deseo de la nieve.

Et otra vez estando Romayquia en una cámara sobre el rio, vió una mujer que estaba descalza revolviendo lodo cerca el rio para facer adobes: et cuando Romayquia la vió, comenzó á llorar; et el rey preguntól' por que lloraba, et ella dijol' que porque nunca podia estar á su guisa, siquier faciendo aquello que facía aquella mujer. Estonce, por le facer placer, mandó henchir de agua de rosas aquella albuhera de Córdoba, en lugar de agua, et en lugar de lodo fizola henchir de azúcar, et de canela, et de agengibre, et de espique, et de musco, et de alambar, et algalina, et de todas las otras buenas especias et buenas olores que podian ser; et en lugar de paja fizole poner cañas de azúcar. Et desque de estas cosas fué llena el albuhera et de tal lodo cual podedes entender que podría ser, dijo el rey á la Romayquia que se descalzase, et follase aquel lodo, et ficiese adobes dél cuantos quisiese. Et otro dia por otra cosa que se le antojó comenzó á llorar, et el rey preguntóle por qué lo facía, et ella dijo que como non llorara, que nunca ficiera el rey cosa por le facer placer; et el rey veyendo que pues tanto había fecho por le facer placer et por complir su talante, que ya non sabía qué pidiese, díjole una palabra que se dice en algaravia desta manera:

Ehua lenahar aten,

que quiere decir: «et non el dia del lodo,» como diciendo, que pues las otras cosas olvidaba, que non debía olvidar el lodo quél feciera por le facer placer.—El Conde Lucanor.—*Bibliotcca de Autores Españolcs.—Rivadeneyra.—Tomo LI.*

3·(Pág. 80) ¿en su leal amigo Ibn-al-labbana?

El más leal y el más asiduo de estos amigos (los poetas), era Ibn-al-labbana, que siempre alimentó sus esperanzas de volver á Andalucía á sentarse en el trono.

«¡Todavía un poco de paciencia! le decía en sentidos »versos. Pronto me llenarás de felicidad, porque volve»rás á subir sobre el trono. El dia en que vuelvas á tu »palacio me elevarás á las más altas dignidades. Tu su»perarás entonces al hijo de Merwan en generosidad y »yo superaré á Djarir en talento. Prepárate á lucir de »nuevo: un eclipse de luna no es nunca de mucha dura»ción.»—Dozy.—*Historia de los musulmanes españoles.*

4-(Pág. 80) ¿en los dulces ravíes de Sevilla?

Todos sus íntimos amigos fueron poetas. A todos ensalzó, á todos favoreció con prodigalidad. A Abn-Mohamed Hidjarí, por un sólo poema, le dió tanto dinero que pudo abrir una casa de comercio y gozar de un honrado bienestar mientras vivió.

Como Motamid y su ministro amaban sobre todo la poesía, la corte de Sevilla llegó á ser la cita de los mejores poetas de la época. Los poetastros no tenían ninguna probabilidad de hacer fortuna, porque Motamid era un crítico severo que examinaba con cuidado todos los poemas que se le presentaban y pesaba cada palabra y cada sílaba, pero cuando se trataba de poetas de talento su generosidad no tenía límites. Un dia oyó recitar estos versos:

«La fidelidad en cumplir las promesas es hoy cosa rarí»sima. No encontrareis á nadie que practique esta vir»tud, ni aun siquiera que piense en ello. Es algo de fa»buloso, como el grifo, ó como ese cuento que dice que »un poeta recibió un dia presente de mil ducados.»—¿De quién son esos versos? preguntó.—De Abd-al-djalíl, le

respondieron—¡Y qué! exclamó entonces, ¿uno de mis servidores, un buen poeta, mira un presente de mil ducados como cosa fabulosa? Y mandó enviar enseguida mil ducados á Abd-al-djalil.

Mientras conversaba con unos de los poetas sicilianos que habian venido á su corte, cuando su patria fué conquistada por Rogerio el Normando, le trajeron unas monedas de oro que acababan de acuñar. Dió dos bolsas de ellas al siciliano, pero éste no contento con el regalo, por magnífico que fuera, miraba con ojos ansiosos una figurita de ambar incrustada de perlas que había en la sala, y que representaba un camello. «Señor, dijo al fin, vuestro presente es magnífico, pero es muy pesado y creo que me hace falta un camello para trasportarlo á casa. —Toma el camello—le respondió sonriendo Motamid.— Dozy.—*Historia de los Musulmanes Españoles.*

5-(Pág. 80) y sus sangrientos piés que sobre almizcle otras veces marcharon

Dice Aben Lebana que con ocasión de darle las pascuas (en Agmat) entraron á visitarle alguno de los suyos en la torre donde estaba preso, y que le vieron rodeado de sus hijas que estaban vestidas de muy pobres y astrosos paños, y con todo esto dice que resplandecía en sus caras la majestad real, y debajo de aquellos pobres vestidos se descubría su delicadeza y mucha hermosura, que parecian como cuando el sol está eclipsado, ó cubierto de nubes que ofuscan su resplandor; pero que no se oculta del todo su perfección: dice que era tan extrema su pobreza que llevaban sus piés descalzos, y ganaban su sustento hilando.—Conde.—*Historia de la dominación de los árabes en España.*

6-(Pág. 81) Con el Rey de León formemos pactos,

paguémosle en tributos lo que exija
se gritaba do quier.

En otras ciudades el descontento crecía de continuo y aunque el pasado no hubiera sido brillante, se le echaba de menos y se deseaba volver á él, tan sombrío é insoportable era el presente. Podemos convencernos de esto leyendo el mensaje que los sevillanos enviaron en 1133 á Saif-ad-dáula, hijo del último rey de Zaragoza, que se encontraba en el ejército de Alfonso VI cuando éste estaba ante las puertas de la ciudad. «Dirigios al rey de los cristianos, le mandaron á decir, arreglaos con él y haced de modo que quedemos libres del yugo de los almoravides. Una vez que lo seamos, pagaremos al rey de Castilla un tributo más considerable que el que nuestros padres pagaban á los suyos y vos y vuestros hijos reinareis sobre nosotros.»—*Chon Adef. Imp. c. 16.*—Once años despues la medida se había colmado y desplomándose el imperio por todas partes se decía en las calles y en las mezquitas: «Los almoravides nos sacan hasta la médula de los huesos; nos quitan nuestros bienes, nuestro dinero, nuestras mujeres y nuestros hijos; ¡sublevémonos contra ellos, echémosles, matémoslos!» Y otros decian: «Primero debemos hacer alianza con el emperador de Leon, le pagaremos un tributo como hacian nuestros padres.»—Sí, sí, gritaban por todas partes, todos los medios son buenos siempre que quedemos libres de los almoravides.—DOZY.—*Obra citada.*

7-(Pág. 85) Y entonces fué cuando Azariel

Azariel ó Azrael, el angel de la muerte, que separa las almas de los cuerpos.—A. GILMAN.—*Historia de los Sarracenos.*

8-(Pág. 85) El no seguro trono poseía

en feudo, un noble y valeroso anciano,
el insigne Axataf.

Sigo la tradición popular, pero debo confesar que en vista de los datos contradictorios de las muchas historias de Sevilla que he leido, es difícil dar con el verdadero nombre del rey ó *walí* que rindiera y entregara la ciudad á Fernando III de Castilla. Abul-Hassan, según CONDE, Cid Abu-Abdallah, según LAFUENTE, quien después al tratar de la entrega de la ciudad dice: «Ofreció además el monarca vencedor que tendría aparejados por su cuenta acémilas y barcos de trasporte para llevarlos por tierra ó por mar á los puntos que elijiesen, y prometió al rey Axataf, que dice nuestra crónica, ó sea al walí Abul-Hassan, que así nombran al defensor de Sevilla los árabes, etc.,» añadiendo el ilustre historiador en una nota: «Ni la crónica cristiana ni la arábiga hacen mención durante el sitio del emir de Sevilla Cid Abu-Abdallah.» MORGADO en su *Historia de Sevilla*, dice que en tiempo de San Fernando la ciudad era regida, amparada y defendida por Arraezes, y tenia en esta coyuntura por su principal caudillo y defensor á un muy valiente y señalado mozo llamado Axataf, que involuntariamente nos hace recordar á aquel Abul-Jetaf, defensor de Alcalá del Rio, de quien nos habla CONDE.—ORTIZ de ZÚÑIGA en sus *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, asegura que ésta estaba poseida en feudo de los Miramamolines de Africa por Axataf, valiente y poderoso que sucedió á Avenhuc y esto mismo apunta D. ANTONIO MARÍA DE CISNEROS en su *Vida é historia de San Fernando*, si bien á Axataf da el nombre de Cid-Abu-Abdalá.—GUICHOT en su excelente *Historia de Sevilla y su provincia* dice: «En tanto que el país de Niebla y en los Algarbes los gualies y aun los cadies habíanse erigido en pequeños soberanos de sus respectivos gobiernos, y que Mahomed-el-Ahmar fundaba el

reino de Granada, Sevilla se gobernaba por una asamblea compuesta de sus notables, y, erigida en una especie de república, se gobernaba con sus propias leyes y magistrados. Sin embargo, atenta al mantenimiento de sus intereses comerciales con Africa, no había proclamado su definitiva independencia de aquel imperio y dejaba que sobre ella ejerciera una autoridad puramente nominal el Emperador de Marruecos, á quien, si bien ya no tenía por qué temerle como enemigo, conveníale muy mucho conservarle como amigo, á fin de que le franqueara la entrada en sus puertos y mercados; finalmente, reinaba á la sazón en Fez el emir mesinita Abu-Fehr ben-Abd-el-Hak el Meriny, que fundó su dinastía sobre los restos dispersos de la almohade, y gobernaba Sevilla con el título puramente honorífico de guali el esforzado Abul-el-Hasan.

En la *Coronica del Santo Rey Don Fernando Tercero de este nombre que ganó á Sevilla y á toda el Andalucía,* impresa en Sevilla en casa de Juan de León. 1609, cuando se nombra al Rey moro se le llama Axataf.

9-(Pág. 85) en la torre de Gheber

Construyóla (La Giralda) según opinión constante de los escritores, el moro Hever ó Guever, que *fué el inventor del álgebra, y levantó otras dos semejantes á ésta en Marruecos y en Rabacha.* Don José Antonio Conde en la *Historia árabe de Fez y de sus reyes*, escrita por Abdel Kalin y traducida por aquel docto orientalista, se expresa de este modo, hablando de la mezquita y de esta torre. «Almanzor Jacob, sucesor de Jucef Jacub, despues de grandes victorias entró en Sevilla el año de la egira 593 (1196 de J. C.), y mandó acabar la obra de la grande aljama y excelsa torre.—Don José Amador de los Rios.—*Sevilla pintoresca.*

El erudito arqueólogo Sr. Gestoso, en su magnífica obra

Sevilla monumental y artística dice: Esta admirable fábrica que ha recibido su nombre por la colosal estatua de bronce (Giraldillo) que la remata y sirve á la vez de veleta, comenzóse á edificar el 13 de Safár del año 580 de la Hégira (1184 de J. C.) fecha en la cual no se hallan conformes los historiadores consignando CONDE que empezó á construirse la *magnífica aljama con su alminar muy alto* después de la memorable batalla de Alarcos por Jacobo Abo Juceph Almanzos en miércoles 9 de Xaaban del año 591 (1195 de J. C.) en cuya noticia fundado el SR. TUBINO *(Estudio sobre el arte en España)*, estima que la hermosa *Torre* conmemora la gran victoria de Abu-Jusef sobre los cristianos. Ignórase el arquitecto que la construyó, si bien la tradición ha dado en venir considerándola como obra del moro Guever, Gever ó Hever, que floreció en los últimos años del Califato cordovés, concepto que no puede admitirse, si además del anacronismo que á primera vista se advierte, notamos el estilo arquitectónico que la caracteriza, muy diferente del empleado en aquel periodo histórico.

10-(Pág. 86) El Rey de Niebla Ebn-Amafon

Aben-Amafon, según ORTIZ DE ZÚÑIGA, Muhamad según CONDE, ó Maxtof como le llaman otros historiadores.

11-(Pág. 87) Su nombre Orías.

Personaje fantástico. Hé aquí lo que de él dice ORTIZ DE ZÚÑIGA, en sus ya citados *Anales:*

A este tiempo los moros en su defensa malogrando fuerzas, pensaban ardides por la industria de Orías, Alfaquí, docto, que á visitar las Mezquitas de Andalucía, santuarios á su modo, había poco antes venido del Africa, etc.

El que de un extranjero se amparasen los sevillanos para defender su ciudad, me hizo pensar en las grandes cualidades que aquel hombre debía poseer. Y apartán-

dome por completo de lo que ZÚÑIGA achaca á los ardides de Orías, creé á mi protagonista con todos los caracteres novelescos que pude. A su alrededor pasa la historia. Él es la novela.

12-(Pág. 88) El Kandár javanés.

Las obras javanesas están escritas todas en Kawi, y tienen el sello fuertemente impreso de la civilización India, sin manifestarse por eso serviles. El *Kanda*, poema cosmogónico antiquísimo, del que sólo queda una traducción en la lengua vulgar, mezcla de las ideas nacionales con las buddistas, y representa la lucha entre las divinidades indias y las del país, personificadas en Watu Gunonb.—CÉSAR CANTÚ.—*Historia Universal.*

13-(Pág. 88) los mohallakas
que el renombre de Antar eternizaron

Los monumentos más insignes de la edad en que apareció Mahoma, son los siete *Mohallakas*, poemas que muestran las costumbres, la índole, el caracter de los árabes poco antes de la revolución. Algunos hablan de sangrientas batallas donde se mezclan la ferocidad y la nobleza, la generosidad y la barbarie, y se les denomina *suspendidos* ó *dorados* ó *largos*. Los tres primeros se atribuyen á Amon ben Keltum, Aret ben Illiza y Tarafa ben Abd·

Posteriormente á estos poemas aparecen los de Antar ben Shedad y Zoeir-ben-Abi-Soma.

Famoso es el poema nacional de Antara ó Antar, poeta y heroe, uno de aquellos cuyos mohallakas fueron colgados en la Caaba.—CÉSAR CANTÚ.—*Obra citada.*—A. DE LAMARTINE.—*Viaje á Oriente. Antar.*—PÉRRON. Artículos publicados en el *Journal asiatique, Decembre 1840* SILVESTRE DE SACY. *Chrest. arabe.*—JONES. *Tharaphe Moallakas.*

14-(Pág. 89) y como el Preste Juan—de los países
que nadie vió—

La creencia en el Preste Juan de las Indias, fantástico rey y pontífice supremo señor del Universo, fué admitida por varios siglos, desde que un obispo, armenio al parecer, difundió en Europa su primera noción en 1145. Historiadores poco escrupulosos han sentado como cosa positiva que á mediados del siglo XII un cierto *Joannes presbyter*, jefe ó prelado nestoriano, fundó en Tartaria un ditatado imperio; el caso es que todos los viajeros, á contar del siglo XIII en adelante, desde Mateo Paris hasta Marco Polo, han fijado seriamente su atención en este personaje, marcándole por rey de la India ó de la Abisinia y demás *paises desconocidos*.

En Francia en 1507 circuló una supuesta carta del Preste Juan dirijida al Papa Julio II y al Rey cristianísimo Luis XII, donde formalmente se incitaba á estas magestades á trasladarse á aquel pais beatísimo, verdadera tierra de Jauja por sus primores y excelencias. Nada tendría de extraño que el tal documento fuese un trasunto ó imitación de Juan de Hesse *soidissant* presbítero trajectente, peregrino tan afectadamente devoto como crédulo, y que á tomarse seriamente sus asertos podrían ser calificados del más descarado y embolista viajero que ha habido desde que viajeros mienten, y en verdad que es larga la fecha.—J. Puiggarí.—*Artículo titulado "Itinerario de Juan de Hesse, presbítero de la Diócesis de Utrech desde Jerusalem á diversas partes del mundo. (Edición gótica del siglo XV.")—El Museo Universal.—Madrid 15 y 30 de Setiembre y 30 de Noviembre de 1857.*

15-(Pág. 91) y en los que la nocturna mariposa
pide luz al insecto enamorado.

Las damas (del Japón) aprecian mucho la mosca noctur-

na, mariposa de elegantísimas alas de azul y de oro, de la cual (según cantan sus poetas), se prendan todos los insectos nocturnos y la requieren de amores: ella para librarse de sus importunidades los envía á buscarle fuego, y los insectos dan vueltas en torno de la luz, hasta que al cabo se consumen.—César Cantú.—*Obra citada.*

16-(Pág. 92) en ligeras terradas y dromones

Terrad. Especie de embarcación muy ligera y veloz.—*Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental* por Don Leopoldo de Eguilaz y Yanguas.

Dromon. Según Du-Cange es galera ó navío de carga, al cual por su gran corpulencia y la mucha carga de que es capaz, es comparado al elefante en esta copla de *El libro de Alexandre:*

Poro era grant omne, auie grant coraçon,
Traya un elefant maor que un durmon.

17-(Pág. 94) Allí le embriagarían los perfumes
los músicas suaves, los encantos
de vírgenes hermosas.

Varios cuentos apócrifos se cuentan de esta plaza (Vib-Arragel) de asombros y encantamentos, y que debajo de su piso está un palacio de moros.—González de León.
Hasta hace poco tiempo era muy popular esta conseja.

18-(Pág. 94) Allí las reinas moras
espléndido retiro levantaron.

Fué antiguamente este Monasterio (San Clemente el Real) casa real de los Reyes moros de Sevilla, cuyas algunas paredes duran hasta hoy.—*Segunda parte de la Historia de Sevilla* por Alonso Morgado.

19-(Pág. 95) pendían las suaves alkatifas

Tapete de lana ó seda que se pone para cubrir alguna

mesa ó banco. Alfombra.—*Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental* por DON LEOPOLDO DE EGUILAZ Y YANGUAS.

20-Pág. 97) *aljanna*

Huerta, paraiso.—*Glosario á las leyes de moros y Suma de los principales mandamientos de la Ley y Çunna.*—Tomo V del *Memorial Histórico Español* publicado por la Real Academia de la Historia.

21-(Pág. 97) con su medio millón de habitadores

Creo no pecar de exajerado si se tiene en cuenta que los historiadores—entre ellos el mencionado ORTIZ DE ZÚÑIGA en sus *Anales*—dicen que después de rendirse la ciudad á San Fernando, salieron de ella cuatrocientos mil moros para Africa y poblaciones que en Andalucía quedaban aún por suyas.

22-(Pág. 93) como astros
grandes globos de cobre rutilaban

«Pues ¿qué diremos de la torre Mayor—que ya es de Santa María—siendo tanta su nobleza, su grandeza, su belleza y su altura? Tiene sesenta brazas en el trecho de su anchura y cuatro tantos de elevación. Además es tan alta, tan llana y tan bien trazada su escalera, que cualquiera que por ella quiera subir á caballo lo puede hacer hasta la plataforma. Encima de ella se levanta otra torre que mide ocho brazas, labrada con gran maestría, y sobre esta segunda torre hay cuatro manzanas redondas, una sobre otra, tan grandes y tan bien salvadas que no es posible se vean otras semejantes. La primera es la menor de todas; sigue luego la segunda, que está debajo de ella; después la tercera, que es mayor que la segunda, y por último, la cuarta, de la que no podemos dejar de

hablar, por ser de tan hermosa labor, tan grande y tan extraña obra, que la imaginación se niega á creer lo que le manifiestan los ojos. Está labrada, de canales, y estas son en número de doce, midiendo cada una cinco palmos comunes de anchura. Cuentan que cuando la entraron en la ciudad no cupo por la puerta, y fué necesario ensanchar ésta. Cuando el sol la hiere, resplandece con rayos tan lucientes, que se la ve á distancia de una jornada.»—*Crónica de España* por DON ALONSO X, citada por el SR. GUICHOT en su *Historia de Sevilla.*

23-(Pág. 99) La puerta allí de la princesa mora
que dió á las macarenas sus encantos.

La de la Macarena quieren (que sea así llamada) por una Infanta mora de este nombre.—ORTIZ DE ZÚÑIGA.—*Obra citada.*

24-(Pág. 99) madrisas

ó madrazas ó almadrazas, escuelas. Véase el *Glosario* del citado SR. EGUILAZ Y YANGUAS.

25-(Pág. 99) Vib-Alfar

La puerta de Vib-Alfar, así llamada por el Rey Don Alonso el Sabio, en privilegio del año 1253, que de merced del sitio cercano dió al Monasterio de las Huelgas de Burgos, después del Osario, por el que cerca tenian los moros para su entierro, uso suyo tenerlo fuera de poblado.

Léese que estaba sobre ella un letrero arábigo cuyo sentido era: *Esta es la ciudad de la confusión y mal gobierno*; y que lo puso un moro, que sin más derecho que el de su codicia, cobraba en ella cierto tributo por cada cuerpo de los suyos, que sacaban á sepultar, haciendo irrisión de lo que fué su interés. Vib en arábigo significa puerta; y

así Vib Alfar es lo mismo que puerta de Alfar, que debió de ser el que la hizo.—ORTIZ DE ZÚÑIGA.—*Obra citada.*

26-(Pág. 99) Abul-Beka-Saléh

El Rondhy. Célebre poeta que lloró en tiernísimos versos la pérdida de Sevilla.

27-(Pág. 99) del Arsenal los pescadores barcos.

El barrio de los Humeros nombróse en lo antiguo de Pescadores. En él tenian los moros sus atarazanas ó arsenal, fábrica y guarda de sus barcos y baxeles: consta de escrituras, y testifícanlo sus fragmentos.—AUTOR y *obra citada* en la nota 25.

28-(Pág. 100) resplandecía como sol rielando

Me refiero al efecto óptico producido por los azulejos de que se dice estaba revestida la torre.

29-(Pág. 100) Tras de Atrayana

Así llamaban los moros á Triana. Véase MORGADO.—*Historia de Sevilla.*—ORTIZ DE ZÚÑIGA.—*Anales de la ciudad de Sevilla.*—*Memorias de San Fernando.*—P. PINEDA. etc.

30-(Pág. 100) de multitud de inhiestas coronado.

Inhiesta. El pueblo situado en un acirate á que se sube desde un valle.

31-(Pág. 101) ni el resonar de albogues y de adufes

Albogue. Cierta especie de flauta ó dulzaina.

El pleyto de ioglares éra fiera nota,
Auye hy sinfonia, arba, giga, é rota,

Albogues é salterio, çitola que mas trota,
Çedra é uiola que las coytas enbota.

El libro de Alexandre.

Adufe. Pandero para tañer.—*Glosario* del Sr. Eguilaz y Yanguas.

32-(Pág. 101) prueban sus bríos en romper tablados

Era un ejercicio de guerra á caballo, como las justas y maestranzas.

Echando el bofordo e feriendo taulado,
Ca auie su negoçio rica-mente acabado.

El libro de Alexandre.

33-(Pág. 101) hombres baldíos

El mundo se rije y gobierna en doce grados. El primero grado es el estado de *alhaifa*. El segundo de mufti. El tercero de caudillo. El quarto de religioso. El quinto de ciudadanos. El sesto de mercaderes. El séptimo de menestrales. El octavo de maestros. El noveno de discípulos. El décimo de labradores. El onceno de baldíos. El doceno de mujeres.—*Suma de los principales mandamientos de la Ley y Çunna. Tomo V. del Memorial Histórico Español.*

Baldío significa lo mismo que ocioso, vago.

34-(Pág. 101) de traidores clavos de tres puntas

Instrumento de hierro del cual se usaba en la antigua milicia para impedir el paso del enemigo. Tenía tres y cuatro puas de algunas pulgadas de largo, y una de las puas quedaba siempre hacia arriba. Tambien se llamaba abrojo.

35-(Pág. 102) Es tu ángel Izrafil

El ángel guardian de la trompeta que tañerá el dia del

juicio. Cuando este llegue, al primer toque morirá todo lo existente, hombres, genios, demonios, ángeles; Izrafil perecerá el último, y resucitará el primero á los cuarenta días, para convocar con el segundo toque á todos los mortales al terrible juicio de Dios.—A. GILMAN.—*Historia dc los Sarraccnos.*

36-(Pág. 104) y desde el cubo de piedra

Desde la torre del Oro hasta la parte opuesta del rio atravesaba una gruesa cadena de maderos eslabonados con argollas de hierro, que á la parte de Triana se afianzaba en un murallón, de que aun se ven los cimientos.—ORTIZ DE ZÚÑIGA en sus *Anales* yá citados.

37-(Pág. 109) lanza ardida,

Lanza atrevida. Dábase este elogio á los hombres valientes.

Podie mas el griego una lança fardida
Ouol á uençer, e destaiól la uida.

Libro de Alexandre.

38-(Pág. 109) alfana

Caballo corpulento, fuerte y brioso.

39-(Pág. 109) grey de imanes y jerifes.

Iman: sacerdote. En particular el que recita las oraciones en las mezquitas á que el pueblo contesta: Amén.

Jerife. Título de alta dignidad entre los mahometanos. De *Xcrif*, «noble, príncipe, título honorífico.»—EGUILAZ Y YANGUAS.

40-(Pág. 109) alfario,

Caballo que anda con arrogancia é desusadas altiveces.—

Eguilaz y Yanguas en su *Glosario* repetidamente citado.

41-(Pág. 110) la peonada aguerrida
de los valientes algoces.

Un cuerpo de estos guerreros se trasladó al Africa en la segunda mitad del siglo XII, entrando despues al servicio de los Almohades en calidad de arqueros.—Autor y *obra citada* en la nota anterior.

42-(Pág. 110) almoçabel.

Jefe de policía.—Idem, *idem*.

43-(Pág. 111) xattía,

Saetia ó xaitiya, pequeño buque con dos palos.—Idem, *idem*.

44-(Pág. 112) *azalim*

ó açalem: saludo, salutación de que usan los árabes y moros.

45-(Pág. 114) sobre morada alcandora.

Alcandora, camisa. Entre los moros granadinos las había de seda, paño, lino, algodon y estopa; sus colores eran azul, verde, colorado y prieto. Usábanlas indistintamente hombres y mujeres.—Eguilaz y Yanguas.

46-(Pág. 117) hay ricos alhamíes

Alhamí. Hueco espacioso abierto en el grueso del muro cuyo suelo se elevaba uno ó dos piés sobre el pavimento, y estaba generalmente cubierto de prolijos alicatados. Servía para colocar los lechos.

47-(Pág. 117) vestidos de alizares,
que honor á Isvilia dan;

Alizares ó aliceres, azulejos que hacen guarnición en las paredes y en el suelo y rematan la obra. El alizar ó alicer significa propiamente azulejo, es decir: «ladrillo pequeño vidriado.»—EGUILAZ Y YANGUAS.

«Y se hace en el Andálus una suerte de mosaico conocido en el Oriente por *fosaifisá* y una especie con que se pavimentan los suelos de sus casas, conocida por azulejo, que se parece al mosaico, y es de colores admirables, el cual ponen en lugar del mármol de colores que emplean los orientales para adornar sus edificios.»—MAKKARI.—Traducción del SR. D. PASCUAL GAYANGOS.

Viniendo al propósito de este artículo dejaremos consignada la gran belleza que alcanzaron los azulejos en la época de los Ben-Abed ó Abaditas, de la cual son restos los que admiramos ahora por sus reflejos metálicos ó por las caprichosas labores que por medio del prensado se fijaban en el barro antes del vidriado.—ASENSIO Y TOLEDO.—*Arqueología.—Azulejos de Triana.—Sepulcro notable.*

48-(Pág. 118) jiloglifia.

Arte de grabar caracteres en la madera.

49-(Pág. 119) La *aluma*

Multitud, enjambre.

50-(Pág 120) en larga y lenta *asaf*

ó *axafe*: Hilera fila, en que se colocan los que concurren á la mezquita.—*Suma de los principales mandamientos de la Ley y Çunna. Tomo V. del Memorial Histórico Español.*

51-(Pág. 120) açala

Oración, saludo.

52-(Pág. 120) alimes

Sabios, doctores.

53-(Pág. 12.) axabeas

Axaveba. Instrumento músico á manera de flauta.

Dulçema e axaveba, el finchado albogon,
Çinfonia e baldosa en esta fiesta son.

ARCIPRESTE DE HITA.—*Cantares.*

54-(Pág. 121) bailaron las almeas

ó almées. Muchachas sabias. Bailarinas y cantoras con cuya danza y música se divierten las mujeres en Oriente en sus festines.

55-(Pág. 121) al són del orabín.

Orabín: cierto instrumento músico, acaso introducido por los moros.

El rabé gritador con la su alta nota
Cabel el orabin taniendo la su rota.

ARCIPRESTE DE HITA.—*Cantares.*

56-(Pág. 129) resistentes como abadas

Abada: rinoceronte, unicornio de las Indias-—*Diccionario de la lengua española* por DOMÍNGUEZ. Véase tambien el citado *Glosario* de EGUILAZ Y YANGUAS.

57-(Pág. 130) Iblis

Iblis: el diablo. Nuestras obras aljamiadas representan á Iblis en figura de viejo cano, á manera de médico ó de

sabio, acompañan con maldiciones su nombre y le traducen por Lucifer.—*Nota* del SR. GUILLÉN ROBLES á la *Historia de los sarracenos* por A. GILMAN.

58-(Pág. 136) *apsada*

Entre los Indios, nombre de las ninfas destinadas á animar con sus bailes voluptuosos el Esvarga ó paraiso de Indra.

59-(Pág. 136) ó un genio de desdichas

La mitología musulmana es tan fértil en creaciones del mundo sobrenatural, como la helénica, y no le cede ni en la belleza, ni en la elegancia de sus leyendas. En sus dominios hay *chines* (ó genios) varones y hembras; unos burlones como los duendes de nuestros pueriles cuentos, se complacen en mortificar á los humanos; otros benéficos se apiadan de sus desventuras, los socorren en sus infortunios, y unen fieles amantes separados por los rigores de su malaventurada estrella; los más gozan en la desventura humana, engendran pestes, asolamientos y otros fieros males; se agitan en los remolinos del aire, en las ondas de las fuentes, entre las espumas de las olas, en las corrientes de arroyos y ríos, en las frondosas arboledas y peñascales de las montañas, y en las silenciosas soledades de los desiertos.

Hay *diuses* espíritus gigantes; *gulas* y *afrietes*, que son las Medusas, Furias y espectros griegos; *cotrobes* en forma de gatos: *iblises* moradores de los mares; *maradas* pobladores de las islas; *silalues* que se ocultan en las grietas de las montañas; *gulas* que viven en las ruinas y saharas; y *nahanies* ó serpientes volantes, que con sus anchas alas surcan los aires.—*Nota* del SR. GUILLÉN ROBLES en la *Historia de los sarracenos* por A. GILMAN.

Sin duda alguna un *chin* ó genio burlón estaba á mi lado cuando correjí las pruebas de este verso:

¿Quién eres? Yo te visto puesta de hinojos

Genio burlón que ha hecho que mi protagonista se convierta en modisto ó doncella; y por cierto que la postura no era apropósito.

Contra ese genio burlón pongo esta nota. El verso mio es este:

¿Quién eres? Yo te he visto, etc.

60-(Pág. 136) Trigana

Uno de los nombres de la diosa Nari. Trigana significa en la mitología india, la diosa de las riquezas y del amor.—Véase L. Jacolliot. *Histoire des vierges.*

61-(Pág. 136) Azazel

El condenado, el diablo.—Véase *Historia de los sarracenos* por A. Gilman.

Azazil, según la fé musulmana, es un ángel que no habiendo querido tributar homenaje á Adam, primero de los Profetas, fué precipitado del cielo al infierno, donde con el nombre de *Eblis*, es el jefe de los demonios.—Madrazo.—*España y sus monumentos. Córdoba.*

62-(Pág. 141) Axaitham

Satanás. Glosario á las *Leyes de moros y Suma de los principales mandamientos de la Ley y Çunna* insertas en la obra citada *Memorial Histórico.*

SEGUNDA PARTE

LOS GOLFINES

1-(Pág. 159) Ante la espléndida Aljama
que levantó el Unitario

Véase la citada obra del Sr. Gestoso, *Sevilla monumental y artística.*

2-(Pág. 160) que de *Alkadar* en la noche

¿Quién te hará comprender cuán excelente noche es la de Alkadar—La noche de Alkadar es mejor que mil meses —Durante ella los ángeles descienden—Y el espíritu tambien,—Por permiso de Dios,—Con decretos sobre todas materias;—Trae la paz hasta la rosada aurora.— *Sura XCVII.*

3-(Pág. 160) así cumpliendo el *alguado*

...se requiere para antes de orar la purificación ceremonial ó sagrada llamada *alguado*, que consiste solamente en lavar la cara, las manos hasta los codos, la cabeza y los piés hasta los tobillos, con el aditamento de enjuagarse la boca, sonarse sorbiendo el agua y frotarse los oidos, según lo ha establecido la *Sunnah.*—Madrazo.— *España y sus monumentos. Córdoba.*

4-(Pág. 161) de *adohar* al santo rezo.

Las oraciones ó azalas son: *azzobi*, la del alba; *adohar*, la

del mediodía; *alasar*, la de la tarde; *almagrib*, la del sol poniente, y *alatema*, la de la noche.

5-(Pág. 162) *alcubas*

Cúpulas, pabellones.

6-(Pág. 162) *sofeysafá*

Mosaico de vidrios de brillantes colores, que se hacía en Constantinopla.

7-(Pág. 163) según sus clases y rangos colocación

Véase la *Suma de los principales mandamientos de la Ley y Çunna*, publicada por la Real Academia de la Historia
A tal punto se lleva la distinción de jerarquías, que se manda que en el templo el que sabe leer no esté detrás del ignorante, ni el vestido detrás del desnudo.—MARRACIO.—*Refut. al Koran.*—Obra citada por el SR. MADRAZO.

8-(Pág. 163) En la *maksurah*

Sitio privilegiado en las mezquitas.

9-(Pág. 163) los *jactibes*

Alkhatibes ó aljatibes, predicadores. Los que hacen la hotba en la Mezquita.

10-(Pág. 163) los *almocrines.*

Lectores del Koran.

11-(Pág. 164) *alidhen*

ó *alidzán*, pregón que se hace por el almuedano, desde la

torre de la Mezquita, para que el pueblo acuda á la azala ú oración.

GILMAN, en su obra *Historia de los sarracenos*, publica la música y letra de la azala. El SR. GUILLÉN ROBLES traductor de dicha obra, hace al castellano el traslado del azala de este modo:

Dios es grande: Dios es grande: Dios es grande: Confieso que no hay más Dios que Allah: confieso que Mahoma es el profeta de Dios: venid á la oración: venid á la oración: venid á la salud: venid á la salud: Dios es grande: Dios es grande: no hay más Dios que Allah.

12-(Pág. 164) Nos diera risa y mareos
aquel mímico espectáculo.

Observemos que desde el comienzo de la azala hasta el fin, van siguiendo los asistentes toda la mímica del Imán, que la rige exactamente lo mismo que siguen los reclutas al cabo instructor ó como en ciertos juegos de los niños sigue todo el corro al que dirije la farsa repitiendo sus palabras é imitando sus gesticulaciones.—MADRAZO.—*España y sus monumentos. Córdoba.*

13-(Pág. 164) *mimbar*

Púlpito en que se coloca para ser bien visto y oido el Imán ó el Alfaquí que dirije la oración, ó el *jactib* que hace el sermón.

14-(Pág. 164) *almalafa*

Manto ó velo moruno que cubre todo el cuerpo.

15-(Pág. 165) *Amén*—respondió en mil voces
el gentío mahometano.

La plegaria que antecede al *Así sea*, está tomada de la

Sura I del Korán. El *Amén* no extrañará más que á los que se burlaron de que llamase *Isvilia* á la Sevilla de los árabes.

16-(Pág. 166) el *chenna*

ó *genna*, el Paraiso.

17-(Pág. 168) la *alghied*

Predicación de la guerra santa.

18-(Pág. 171) alcándara

Percha ó varal donde se ponían los alcones y otras aves destinadas á la caza de volatería.

19-(Pág. 173) que honoran á San Vicente de la Barquera y Laredo.

Ortiz de Zúñiga.—*Anales de Sevilla. Arte militar. Enciclopedia española de Mellado. Historia de la Marina Real Española. Diccionario Geográfico de* Madoz.—*Vida é historia de San Fernando.*—Cisneros y Lanuza.

20-(Pág. 174) y, por cofas, grandes jaulas de mimbres

Historia de la Real Marina Española.

21-(Pág. 175) Si Emir del mar le ha llamado

Almirante, voz arábiga; derivada de *emir del mar.* Almirante es dicho (dice la ley 3. tit. XXIV de la partida 2) el que es cabdillo de todos los que van en los navíos para facer guerra sobre el mar: é ha tan grand poder quando va en flota, que es assi como hueste mayor, ó en el otro armamiento menor que se face en lugar de cavalgada como si el rey mismo y fuese.»—

22-(Pág. 175) Comanda trece navíos

LAFUENTE.—*Historia de España.*

23-(Pág. 176) taridas

Embarcación grande, de carga.

24-(Pág. 176) el maestro
Eneas

Nombre tomado del *Repartimiento de Sevilla*, hecho por San Fernando y Don Alonso.—Véase ESPINOSA DE LOS MONTEROS.

25-(Pág. 177) Abad de la Sina, Pero
Morganer, Guillen Escaus
y Juan Ruiz

Véase la nota anterior.

26-(Pág. 178) En la calamidá

La aguja imantada de que se servían en los buques antes de la invención de la brújula.

27-(Pág. 179) alfaneques

Tiendas ó pabellones de campaña.

28-(Pág. 180) verán el Lucero?

Lucifer: Sanlúcar de Barrameda.

29-(Pág. 183) en gloria inmortal, el cielo

En el epitafio del sepulcro donde fué enterrado, en el monasterio de Huerta, se leía este concepto expresado en latín: mi madre es Navarra: Castilla mi nodriza: París

mi escuela: Toledo mi domicilio: Huerta mi sepultura: el cielo mi descanso.—LAFUENTE.—*Historia de España.*

30-(Pág. 181) tendales

Tendal, el palo ó viga que sostiene el lienzo de la tienda: por extensión la tienda misma.

31-(Pág. 184) una victoria
que muy costosa va siendo.

Crónica del Santo Rey Don Fernando.

32-(Pág. 185) así engañando
la afrenta del vencimiento.

LAFUENTE.—*Historia de España.*

33-(Pág. 185) pasaron por la campiña,
trocada en estéril yermo.

Y no dejaron hoja verde en la campiña, dicen los historiadores.

34-(Pág. 186) *alcabara*

Error de copia. Es albacara. Puerta de fortaleza por donde entra el ganado.—EGUILAZ Y YANGUAS.

35-(Pág. 186) zabras

ó sabras—zambras en ORTIZ DE ZÚÑIGA—embarcaciones de que usaban los moros.

36-(Pág. 188) albergada

Campamento, alojamiento de la hueste.
...é antes que el Rey se partiese del albergada, fueron las algaras de taladin con la hueste.—*La gran conquista*

de Ultramar que mandó escribir el Rey Don Alfonso el Sabio.

37-(Pág. 188) el Almirante Abó-Rebia

Fernández y González.—*Mudéjares de Castilla.*

38-(Pág. 181) caiques

Barco pequeño, con vela y mástil, que se usaba en las costas andaluzas.—Casiri, citado por Eguilaz y Yanguas.

39-(Pág. 192) y con el *Vexilla regis*

Las Cruzadas.—Historia Universal de César Cantú.

40-(Pág. 192) corbachos

Corbacho: el nervio de toro con que el cómitre de las galeras castigaba á los forzados.

«Y saltando á la mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque comenzó á mosquear las espaldas de la chusma.» —Cervantes.—*Don Quijote.*

41-(Pág. 193) tragacetes

Armas arrojadizas de que usaban los moros.

42-(Pág. 193) y bodoques y cuadrillos

Bodoque: pelota ó bola de barro endurecida al aire, como una bala de mosquete, la cual servía para tirar con la ballesta llamada de bodoques.

Cuadrillos: eran saetas cuadradas y sin aletas, que, como dice la *Crónica*, pasaban al caballero armado de las más fuertes armas, y adonde iba á parar el cuadrillo entraba todo debajo de la tierra.

Estos cuadrillos están muy citados en las historias de la conquista de Sevilla.

43-(Pág. 194) balias

Trompeta ó bocina de latón.

44-(Pág. 195) almohadas de fuego

Especie de camisas embreadas que sirven para incendiar los brulotes.

45-(Pág. 196) El galafate Gandolfo

Nombre tomado del *Repartimiento.*

46-(Pág. 198) albatoza

ó catafracta, especie de embarcación con cubierta que se usaba antiguamente.

47-(Pág. 198) sacalevas.

Embarcación usada en lo antiguo.

48-(Pág. 204) bayasas.

Bagasas y no bayasas, como se dice en el texto: mujeres de mala vida, rameras.—*Glosario* de EGUILAZ Y YANGUAS.

49-(Pág. 204) y fateles y almofallas.

Fatel: saya con pliegues ó alforzas. Vestido diario, vestido con que se trabaja, vestido de noche con el que se acuestan. Fateles alfanegues: especie de mantas ó abrigos de cama, forrados de pieles de comadrejas blancas.
Almofalla: alfombra.—*Idem, idem.*

50-(Pág. 205) ven, de Tártaro en el nombre y en el de Ruy

En el de Ruy Doncel.—Nombres tomados del *Repartimiento.*

51-(Pág. 205) lanzando el ¡aurrerá! ardiente
que al romano amedrentara;

Véanse las *Tradiciones Vasco-Cántabras* de mi inolvidable y antiguo amigo el Sr. D. Juan Venancio Araquistain, inspirado poeta guipuzcoano.

52-(Pág. 209) Benahoar

Arrabal ó barrio de San Bernardo es el que la Crónica nombra de Ben-Ahoar, uno de los que saquearon los cristianos, que permanece donde siempre fué, grande en población, cuya Parroquia dedicada á San Bernardo, es ayuda ó capilla de la Santa Iglesia. No sé si llegó su Ermita en antigüedad á ser del tiempo de San Fernando; aunque así se afirma, y que le dió la advocación en memoria del dia en que comenzó el cerco.—Ortiz de Zúñiga. —*Obra citada.*

53-(Pág. 211) y por destajos partido

Destajo: el paño, tapiz ó cortina que servía para cortar un aposento, haciendo en él dos habitaciones ó salas.

54-(Pág. 212) Esta es la tienda de Nuño
Martinez, el señalero
del Rey

Alferez ó señalero: el que llevaba el pendón de cada mesnada, solariega, real ó behetría.

Nuño Martinez, enterrado en el monasterio de Santa María de la Huerta, Obispado de Sigüenza, en donde sólo eran enterrados aquellos de grande estado que morian en pelea de moros y que heredaban y daban tierras al monasterio. Según una inscripción que en él se conserva, se lee un epitafio y en él se dice cómo el susodicho

caballero fué *señalero* del Rey Don Fernando el Santo. —*Enciclopedia de Mellado.*

55-(Pág. 212) Domingo Muñoz.

Los adalides equivalían á lo que después llamaron maestres de campo, y hoy coroneles. Sobre todos había un *adalid mayor* como el generalísimo de nuestros tiempos. Tuvo la honra de gozar este grado el famoso Domingo Muñoz, el señalado en la conquista de Córdoba; y como la empresa era de empeño y el ejército mayor que lo que él solía contar en aquellos tiempos, se le dieron por compañeros, casi con grado igual para el respeto, pero con subordinación para la obediencia á Pedro Blazquez, llamado comunmente *el Blanco*, rama del tronco de los Dávilas y á Lope García de Córdoba, de la casa de los Saavedras.—*Memorias para la vida del Santo Rey Don Fernando III.—Dadas á luz con apéndices y otras ilustraciones por* D. MIGUEL DE MANUEL RODRÍGUEZ, *bibliotecario primero de los Reales estudios de Madrid.—Madrid-MDCCC en la imprenta de la viuda de Don Joaquin Ibarra.*

56-(Pág. 212) Lope García.

Véase la nota anterior.

57-(Pág. 212) Pedro el Blanco.

Véase la nota citada.

58-(Pág. 213) Fernando Abdelmón

Aben-Mahomad. Perdóneseme este anacronismo. El hijo del Rey de Baeza no se llamó como digo en mis versos, hasta después de ser tomada Sevilla. Fué bautizado por el Arzobispo Don Remon y armado caballero por el Rey de Castilla.

59-(Pág. 213) y el Prelado Don Remón.

Chanciller mayor de San Fernando, Obispo de Segovia, Gobernador del Arzobispado de Sevilla, y despues su Arzobispo.—ORTIZ DE ZÚÑIGA.—*Obra citada.*

60-(Pág. 213) singlatones

Despliéganse en las banderas
cendales y singlatones...

Romancero de Don Jaime el Conquistador.—BLANCA DE LOS RIOS. La inspirada poetisa cita este párrafo de la *Historia de los Trovadores por* D. V. BALAGUER. «Y no puede dejar de ser que sus armas vuelen por los aires, y que cendales, ciclatones y tafetanes no sean destrozados.»

61-(Pág. 214) y no pudo hallar mejor
móte el inquieto vasallo
que riñó con su señor.

Lorenzo Suarez se había desnaturalizado é ido á vivir entre moros. Reconcilióse con su Rey ayudándole poderosísimamente en la conquista de Córdoba, y fué en la de Sevilla uno de los más célebres caudillos.—Véase *Historia de España* por LAFUENTE.

62-(Pág. 215) meje

Médico.

63-(Pág. 215) alfollas

Paños de brocado de color de púrpura.

64-(Pág. 215) tailesán

Tela generalmente verde, de que se hacían los mantos de los príncipes.—BLANCA DE LOS RIOS.—*Romancero de Don Jaime.*

65-(Pág. 215) albadén.

Cuero, badana.—Cuero reforzado.

66-(Pág. 215) alquifaes

Alquifá. Cierta suerte de jubón ó camisa.

Debajo del alquifá
Jaco apretó y coracina
Que le diera Xaira, hermana
de Abenragel de Zorita.
N. Moratín.

67-(Pág. 215) sirgos, guifaraes

Sirgo: la seda torcida. Tela ó vestidura hecha de seda. Guifaraes es error de copia. Quise decir *bafetacs*, que es tela de algodón, tisú.—Eguilaz y Yanguas.

68-(Pág. 215) almofares de escarín.

Almofar: la parte de la loriga que á manera de cofia cubría la cabeza. La preposición que sigue á esta palabra es un error de copia. Debe ser *y*: el verso, pues, es

almofares y escarín

Escarín era una tela fina de color de escarlata. De escarín tenia una cofia el Cid.

69-(Pág. 216) alcozar y letuarios.

Alcozar: azúcar.
Letuarios: Véase la nota 5 del Prólogo.

70-(Pág. 216) artife

Es pan. ¿Puede pasar que haya dado este nombre al *artífero* ó panadero?

71-(Pág. 216) Don Gonzac, almojarife.

Almojarife: recaudador de rentas y derechos del Rey. Este oficio lo tenían, y con mucho lucro, los judíos. Don Gonzac lo fué. Véase el *Repartimiento*.

72-(Pág. 216) alfagemes,

Barbero. Oficial que en los juicios de sangre tomaba á su cargo el hacer al sentenciado una herida igual á la que había producido. Sangrador.

El *alfageme* pasaba, que venía de sangrar.

ARCIPRESTE DE HITA.—*Cantares.*

73-(Pág. 216) algebristas

Concertadores de huesos. Ortopédicos.

74-(Pág. 216) alfayates

Sastres.

Fallarás muchas garzas, non fallarás un uevo
Remendar bien non sabe todo alfayate nuevo.

ARCIPRESTE DE HITA.—*Cantares.*

75-(Pág. 221) con Paja, el bufón.

Muy citado en las historias de San Fernando. Este y todos los nombres anteriores se hallan en el *Repartimiento.*

76-(Pág. 223) gambax

Túnica ó camisa de malla, según el glosario á *La Conquista de Ultramar.*

Especie de jubón colchado que se traía debajo de la coraza. —EGUILAZ Y YANGUAS.

77-(Pág. 224) Son los golfines
de Losa y de Muradal

Golfin: ladrón, salteador.—CONDE LUCANOR.—*Ensemplo XX.*

Eran los almogavares castellanos. «Como no eran ni hacendados ni industriosos sino únicamente haraganes y fugitivos de su país por alguna maldad, iban siempre armados. Luego como á ningún ejercicio se dedicaban, allá se agolpaban por la raya de Muradal, terreno entonces emboscado y montuoso, al confin de Castilla, á Córdoba y Sevilla, saqueando al par amigos y enemigos. Vivían allí emboscados y en crecido número, sin que ni el mismo rey pudiera avenirse del todo con ellos.—*Nota á la Vida é Historia de San Fernando*, por DON ANTONIO MARÍA DE CISNEROS.

78-(Pág. 229) Por delante tiene el muro,
Guadalquivir por detrás,

Recuerdo de los conocidos versos de CORAIXI.

De un lado nos cerca Duero, del otro peña tajada,
La salida está en vencer, y en el valor la esperanza.

79-(Pág. 231) Es de Don Lope de Haro

Duodécimo señor de Vizcaya. Tuvo el señorío de Alava y San Fernando le hizo su Alferez Real de Castilla y le dió las ciudades de Soria, Nájera y Logroño. Acampó frente á la Macarena y no lejos de él Don Rodrigo Gonzalez.

80-(Pág. 232) *afruante*

de *adfrontare*. Combate reñido.—Véase *La gran Conquista de Ultramar.*

81-(Pág. 234) sin mantos

Manto: máquina defensiva de guerra, que servia para cubrir á los que atacaban los muros de una ciudad.—*La gran Conquista de Ultramar.*

82-(Pág. 240) *alhaditz*

Cuento, historia.—GILMAN.—Rusga ó contador de *alhaditzes.*—EDRISI.

83-(Pág. 242) aludud.

Pena de ochenta azotes.—*Leyes de moros. Tomo V del Memorial Histórico Español.*

84-(Pág. 242) atauriques

Labor de yeso de forma de lazo ú hojas usada por los moros para adornar sus edificios.
En algunos ejemplares, por error, se lee atahujías y lacerías con *c*.

85-(Pág. 242) adarajas

Adornos de los techos.

86-(Pág. 242) xamet

Estofa de seda que se fabricaba en Damasco.

87-(Pág. 242) balanquí

ó baldaquin: vestidura preciosa de seda y oro.

88-(Pág. 242) abiar

ó albiar: la planta conocida con el nombre de narciso.

89-(Pág. 243) balax

ó *balaj*: la piedra preciosa llamada jacinto.—*Glosario de* Eguilaz y Yanguas.

90-(Pág. 243) aunax

Féretro.—Autor *y obra citada.*

91-(Pág. 250) aquijada

Error de copia en algunos ejemplares: debe ser aguijada de *aguijar*, acometer.

Aguijó cuentra él, entról so la espada.

El Libro de Alexandre.

Aguijada lo he usado como acometida.

92-(Pág. 252) alvara

Las afueras ó alijares de una ciudad.—*Glosario de* Eguilaz y Yanguas.

93-(Pág. 252) abela

Llaman así en España al llanto que hacen los moros y los judíos cuando se les muere algún pariente.—*Dic. mas de la Bibl. Colombina.*—*Glosario de* Eguilaz y Yanguas.

94-(Pág. 252) albengala

Tela finísima de lino con que los moros de España adornaban sus turbantes.

95-(Pág. 252) aguanafa

Agua de olor. En Murcia agua de azahar.—Eguilaz y Yanguas.

96-(Pág. 252) albanega

Toca de mujer, llamada por otro nombre cofia ó escofieta.

97-(Pág. 257) por encono ó por costumbre

Toda la *Historia de la dominacióu de los árabes en España* de CONDE, la *Historia de los Musulmanes españoles* de DOZY, y cuantas se refieren al imperio del Islam están plagadas de estos terribles ejemplos. Generalmente se crucificaban juntamente con el hombre á un perro y á un cerdo.

ÍNDICE

ERRATAS

	DICE	LÉASE
Pág. 33	Hazlo Francín.	—Hazlo Francín.
Pág. 89	Quién era el hombre aquel en cuya carne.	Quién era el hombre aquel en cuyo cuerpo
Pág. 120	ya la bizarría	ó ya la bizarría
Pág. 128	hacer en sus dones razia	á hacer en sus dones razia
Pág. 136	¿Quién eres? Yo te visto puesta de hinojos	¿Quién eres? Yo te he visto puesta de hinojos
Pág. 186	alcabara	albacara
Pág. 215	guifaraes	bafetaes
Pág. 215	y almofares de escarín	y almofares y escarín
Pág. 242	refulge en las atahujías esplende en las lazerías	esplende en los atauriques de ajimeces y tabiques
Pág. 250	aquijada	aguijada.

TRADICIONES SEVILLANAS

Esta obra se publica bajo la protección del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

Sevilla 1895.—Tip. de EL UNIVERSAL, O'Donnell, 34.

CANO Y CUETO

3

TRADICIONES SEVILLANAS

III.

LA LEYENDA DE ORÍAS

(Conquista de Sevilla.)

TOMO SEGUNDO

DIBUJOS DE JOSÉ ARPA

ADMINISTRACIÓN

FERNANDO FÉ
Carrera de S. Jerónimo, 2

VICTORIANO SUAREZ
Preciados, 48

MADRID

TERCERA PARTE

EL CALVARIO Y EL THABOR



I.

Llega al alcázar de Axataf el noble
y vencedor Orías, aclamado
por fervoroso pueblo, que le sigue
flamígeras antorchas agitando.

Ante el pórtico regio descabalga,
cruza retretes y atraviesa patios,
viendo cuál los caudillos orgullosos
finjen desconocerle, al darle paso.
Ni un saludo cortés, ni un solo pláceme.
La amargosa alhidab (1) moja sus labios.
El *Alverdi* (2) llevóle ante el Monarca.
De guerreros y alimes rodeado,
consejo celebraba el Rey de Isvilia,
y, sin duda, consejo extraordinario.
Al ver á Orías la soberbia corte,
alzóse, enmudeció; y á poco espacio,
uno tras otro, con zalemas vanas,
salieron del salón refunfuñando.
«¡Míseros!—murmuró sombríamente
el heroico Alfaquí.—¡Desventurados!
estais sobre un volcán; no veis el fuego,
y el humo os causa insoportable enfado.»
Y yendo hacia Axataf, «Vengo á decirte
—exclamó altivo y con lenguaje franco—

que Isvilia está maldita. Si no acudes,
Rey, á salvarla, gemirás esclavo.
—¿Por qué me hablas así?
—Porque de sangre
llego vestido; porque están mis brazos
rendidos de matar; porque en la lucha
ví volar á Azariel á tu palacio;
porque detuve al Angel de la Muerte,
mis hombres á su cólera entregando.
—Rasga tu lengua cual puñal.
—Y abruma
tu indolencia, señor, como peñasco.
—¿Tienes quejas de mí?
—Tú al buen alfaje (3)
albergue diste y le llamaste hermano;
tú honraste al Alfaquí: sólo el guerrero
que acudió en tu sostén no halló tu amparo.
—¡Tú? ¡mi esperanza!
—¡Tu esperanza...!
—¿Dudas...?

—La duda es el temor de un mal lejano,
y el mal de que me quejo lo he sentido;
hirió mi pecho cual punzante dardo.
—Hablas cual poderoso.
—Una corona
miro en tu sien brillar cuando te hablo.
—Pero... ¿en qué te ofendí?
—¡Ni aun lo supones!
—¿Es mi condenación tu desagravio?
—Por tí yo peleé. Por tí mis tropas
en lagunas de sangre se bañaron;
por tí, el amigo de la Muerte, el cuervo,
su vuelo en Vib-ab-Rágel ha posado;
por tí, la blanca luna ve en la alvara
campo de horror, inmensurable osario.
¿Sabes lo que deploro? En el tremendo
combate á que asistí, miré á mis bravos
desafiar, herir, matar sin tregua,
ir, en tromba de acero, aniquilando
y barriendo, con furia de huracanes,

hordas de monstruos, del infierno espanto.
Todo cedía ante su rabia; el triunfo
estaba por mi hueste asegurado,
y en Toliatha, ante su altar portatil,
quizás el miedo arrodilló á Fernando.
¿Qué hacían tus algoces...? Desde el muro
miraban pelear. Más que soldados
semejaban eunucos que asistían
á alegre fiesta, del harem encanto.
De repente, un turbión, una avalancha,
un río de guerreros y caballos
cae, se vuelca, desbórdase indomable,
en la soltera lid (4) y mi fonsado
despide el triunfo; á la defensa atiende;
entra la confusión, cunde el estrago,
y el hacha de dos filos de mi diestra
puede soldar de tu corona el aro.
¿Qué hicieron tus algoces? Desde el muro
seguían la batalla contemplando
en venturosa paz. De sus ballestas

las correas jamás se atirantaron.
—¡Oh, qué vergüenza!
—Si á quejarme acudo
Axataf, no es por mí. Van á mi lado
el Dolor y la Muerte. No me hechizan
riquezas ni poder, glorias ni fausto.
Pero yo vine á Isvilia en tu socorro.
Defenderte juré: quiero lograrlo.
Tus caudillos me miran con recelo;
con odio femenil tus cortesanos;
sólo el pueblo me aplaude y me festeja,
que el pueblo el corazón lleva en los labios.
Él, ni ambicioso ni intrigante, busca
honrosos bienes por caminos anchos.
¡Vencer quiero, señor! Quiero que huellen
tus plantas el *abech* (5) del Rey cristiano;
quiero, ó morir sobre mi escudo, oyendo
de la victoria el jubiloso cántico,
ó darte con el triunfo la corona,
y tornar á la niebla y al arcano:

Esto al Rey del Mogreb he prometido.
Esto, Axataf amigo, te he jurado.
Para poder cumplir tales anhelos
necesito yo ser más que un bizarro
caudillo, más que un rico poderoso
y más que un alfaquí devoto y sabio.
Yo quiero y necesito que amordaces
la boca de la envidia; que tú, el amo,
me entregues, como tal, por breves días,
la total existencia de tu Estado.
Que haya una voluntad, un solo acento,
un poder, una ley, sólo un mandato.
—¿El tuyo?
—¡Sólo el mio! Del Monarca
del Mogreb soy la voz, Rey feudatario.
—¿Esperas, pues, vencer?
—Triunfar espero.
—¿Y vencerás?
—Si atiendo á lo pasado,
«¡nó!» te respondo. Si al presente miro,

¡no es posible triunfar! te lo declaro.
Pero si, dócil á mi buen consejo,
pones todo el Iriam (6) bajo mi mano,
si, ni Abdulmenen, ni Kaleb, audaces,
más imperan que tú, si muere el bando
que Omar contra mí excita, si sofocas
las ambiciones, los recelos vanos,
y al buen muslim infundes confianza,
y expulsas al mozárabe malvado,
yo el triunfo te daré, y el vil jecida (7),
el inícuo Alhamar, verá á Fernando
como tigre acosado por leones
huir, y él mismo le dará un zarpazo.
—¡Si Alláh te oyese!
—¿Acaso está maldito
por el Sumo Hacedor el unitario?
—Oye mi voz y guarda en el silencio
lo que ahora escuches de mis secos labios.
Ayer tarde en el barrio del judío
entré bajo un disfraz. Quise expiarlo.

Inútiles mis ansias. Ví desiertos
sus plazas, sus callejas, sus mercados,
y cerradas sus casas, sus bazares....
¡Andar me pareció sobre un osario!
Pero ¡nó! allí la vida vaheaba
con rumor leve, con susurro vago.
Si á una puerta llegaba, percibía
són misterioso; si llegaba al vano
de una ventana, cadenciosas voces...
Y el susurro, el rumor, el eco blando...
todo junto, en aérea sinfonía,
formaba ritmos de melífluos cantos.
Todo cantaba, sí; pero en són flébil.
La voz iba de lágrimas brotando.
A Dios los corazones se elevaban
con gemidores y dolientes salmos.
El hijo de Israel, ¿nuestro exterminio
suplicaba, ó la muerte del cristiano?
Saberlo quise. Como sombra, al hueco
de una puerta llegué: luego, pegado

á las paredes, fuí de casa en casa:
ni mi nombre escuché, ni el de Fernando.
El llanto gemidor y los suspiros,
en débil són, en melodioso canto,
pronunciaban palabras pavorosas.
La maldición tremenda, el grito ahogado
del dolor, el sollozo de la angustia,
y los ecos de abismos y de báratros,
¿contra quién se elevaban, tan terribles
en el lenguage, y en la voz tan blandos?
¿Contra el muslime? ¡No! ¿Contra el infame
idólatra de Cristo?... Un noble anciano,
que fantasma juzgué, ví al lado mío.
—Rey de Isvilia, esclamó, si aquí te trajo
sospecha injusta, á tu palacio torna.
El pueblo de Israel vive á tu amparo.
Pero si aquí viniste porque el ansia
te aqueja de saber qué está guardado
á los hijos de Agar, mi voz escucha;
el hijo de Jacob va á revelártelo.

Honra mi hogar que, aunque pequeño y pobre,
está por la oración purificado.
No sé lo que sentí. Pensé que oía
hablar á algún profeta. Á los halagos
cedí de su bondad y entré en su casa,
con afán invencible de escucharlo.
Era Eleazar, el Sumo Sacerdote
de la Aljama; Eleazar, el bueno, el sabio.
—Y ¿á tí, Monarca, al perro, hijo de perro,
plugo escuchar?
—Inútil es negarlo.
Tú no le has visto. Su presencia augusta
causa veneración, cautiva el ánimo.
—Y ¿qué te dijo el mentiroso hebreo?
—Me hizo atender á los dolientes salmos,
y «esas voces de niños y mujeres
van á servir de ritmo funerario
á mis palabras,» murmuró. Y, entonces,
yo comprendí, con invencible pasmo,
que aquella monotona canturía

relataba un horror no imaginado.
En palabras de hielo y de tinieblas,
entre el trueno y la luz de los relámpagos,
con rugidos de monstruos insoñables,
y por la voz de arcángeles y diablos,
el odio aullaba, la ambición rugía,
la envidia daba hiel, ponzoña el llanto,
y se escuchaba el recrujir de huesos,
y el bullir de infinitos condenados,
al grito de la cólera implacable
de un Dios asolador, siempre empapado
en sangre humana y que en el orbe mira
para su atroz cuchillo inmenso tajo.
—Y ¿eso te sorprendió?
—Sí, porque entonces
me hablaba el justo y venerable anciano
de una llave fatal y misteriosa,
fundida con metales nunca usados,
què hace ya siglos los rabinos guardan,
y que anuncia de Isvilia el fin cercano.

«¡Dios abrirá!» decía el sacerdote,
«¡Rey entrará!» (8) y su voz me dejó helado.
«Oye,—añadió,—la lúgubre salmodia.
Te habla en ella Adonay, rey mahometano.»
—«Tocad, enhorabuena, las trompetas,
»y prepárense todos. No irá al campo
»del combate ninguno, porque el pueblo
»de mi cólera atroz sentirá el látigo.
»Por de fuera la espada: peste y hambre
»por de dentro también. Se verán salvos
»los que huyeron, no más. Como palomas
»de los valles, al monte irán temblando.
»Y, poseídos quedarán del miedo:
»descoyuntados se verán sus brazos;
»la plata por las calles derramada;
»el oro sobre estiércol arrojado.» (9)
Caerán los muros; se abrirán las puertas;
los enemigos entrarán buscando
rico botín, y á la insaciable muerte,
por vez primera, rendirá el cansancio.

Viste un cilicio ¡oh, Rey! hunde en el polvo
la frente y llora por tu pueblo esclavo.
—Y ¿Eleazar vive aún?...
—Por sus palabras
un momento, no más, fuí dominado.
Luego juzgué su afecto vil perfidia,
y «¡mientes!—exclamé—¡profeta falso!
Vendido estás, como tu infame raza,
á mi odioso enemigo el castellano.
Esa llave fatal y misteriosa
que está en vuestro poder prueba es de engaño,
de maldad y traición. Ni verla quiero.
¡No la verá tampoco el Rey Fernando!»
—«¿Me crees un impostor?—gimió el rabino.—
Si venciere Fernán, ¿qué es lo que gano?
Dispersos por la tierra, el duro azote
de Cristo y de Mahoma soportamos.
Siglos transcurrirán antes que vea
el pueblo de Israel su triunfo ansiado.
Pero ¡al fin triunfará!»

—¡Como ninguno!
—clamó Orías.—Ni César, ni Alejandro,
ni Buda, ni Mahomet, tan gran victoria
en sus ardientes sueños vislumbraron.
—Y ¿eso lo dices tú?
—Sé lo que digo.
Para ese triunfo pasarán los años;
los siglos pasarán. Será el combate
horrible, tenebroso, sin descanso.
No se herirá en los cuerpos, sí en las almas.
En vez de espadas, morderán gusanos.
Los hombres vivirán sin ideales,
y sin amor, sin fe, sin entusiasmos,
llenos de loca vida los sentidos,
siendo el oro el poder, el Dios, el amo.
Entonces el proscripto, el miserable,
el vil judío, el secular esclavo,
dirá: «¡Ya tengo patria: el Orbe inmenso!
Señor del mundo, al Mesiyáj (10) aguardo.»
Y, entonces, no en el mar, sino en las nubes

se verá á Leviathán resucitado.
Pero esta convicción no ha de valerles.
Si esos enjambres, como su oro pálidos,
infunden el pavor en nuestro pueblo...
y profetizan más, quema su barrio.
Mañana ¡oh Rey! aclámame caudillo,
y ¡ay de aquel que no cumpla mis mandatos!
. . . .
Á Axataf saludó. Llegó á las puertas
del rico alcázar y saltó á caballo.

II.

Á Vib-ab-Rágel llegó,
de mucho pueblo aclamado,
y, á su encuentro, apresurado,
el mayordomo salió.
Con tono dulce y sumiso,
murmuró:—Te plugo á tí,

que, en tu ausencia, hiciese aquí
lo que juzgara preciso:
¿no es cierto, señor?
—Sí, á fé.
—Bien hecho entonces lo hecho.
—¿Qué dices?
—Que satisfecho
no estaba, porque dudé...
—¡Habla...! ¿María...?
—Soñando,
sin duda, estará contigo...
—¡Ella duerme...!
—Aláh es testigo
de que el sueño dulce y blando
á mí me lo debe...
—¿Á tí?
¿Que á tí, dices...?
—Sin alarde...
En la lucha de esta tarde,
presos quedaron aquí

seis idolatras malditos.
—¿Y bien?...
—Seis lobos feroces...
Cuando partiste, sus voces
y sus formidables gritos
atronaban el jardín...
—Cual los del viejo Garcés.
—Y no estaban las almées
cantando en el camarín.
Corrí á ellos; su coraje
á tus huestes excitaba,
pues cada boca lanzaba
en cada grito un ultraje.
—Y ¿esa vil canalla infiel?...
—Ya á tu hurí no ha de turbar.
¡La mandé crucificar!
—¡Siempre el cobarde es cruel!
—¡Señor!
—Cual vil te conduces
Y dan los odios que ocultas,

á los niños, catapultas;
á los prisioneros, cruces.

Jamás te ví combatiendo;
pero siempre ¡hiena odiosa!
te hallé al borde de una fosa
sucios despojos royendo.

En hora mala me plugo
fiar en tí...

—Injusta queja...

—Tienes corazón de vieja,
pero instintos de verdugo.—

Arbalaya enmudeció.
Cruzaba el jardín Oría
y al camarín de María
rápidamente llegó.

Triste gemir se escuchaba...
—¡Vén!—exclamó el Alfaquí—
vén, infame, vén aquí,
y oye cuál duerme la esclava.

¿La escuchas gemir, malvado?

—Quien no es libre, á veces llora...—
No atendió su voz traidora
el caudillo enamorado,
pues en la estancia en que ansió
dar á su cautiva calma
y ventura, con el alma
llena de angustias entró.
Mari-Sol quedó un instante
sobrecogida, mas luego,
buscando amparo en el ciego,
que la abraza delirante,
gritó al moro:—¡Sal de aquí!
¡Te odio!
—Infelice mujer,
¿cuándo me plugo querer
buscar el amor en tí?
—Sólo un bien, al fin, me hiciste.
—¡Sólo un bien!
—El de escucharte.
Sé que te doy, al odiarte,

el premio que mereciste.

—Oye...

—El pensamiento mío,

por tenerme aquieta el alma.

Ya de mi razón, en calma,

será esclavo mi albedrío.

—¿Luego tú?...

—Vé lo que piensas,

y vé lo que á decir vas,

y así, más no encontrarás

mis odios con tus ofensas.

—¡Es mi destino! Sembrando

voy el bien, y el mal recojo...

—¡Tú...!

—¡La espina y el abrojo

siempre de la flor brotando!

—¡Traidor!

—¿Cuál mi traición es?

—¡Engañoso!

—¿En qué mentí,

si tu hermosura ardió en mí
y tú tan pura te ves?
¿Es ésta la vil traición?
¿Es ésta la atroz falsía?
¡Cristiana! ¡Cristiana mía!
¿Qué te dice tu razón?
¿Callas? En eso haces bien,
porque estás en un jardín,
en el que hay un camarín
que es pedazo de un harem.
—¡Oh, que horror!
—¡Mujer, deliras...!
—¡Huye!
—Tu hermosura veo,
é incendias más mi deseo
con las llamas de tus iras.
Muéstrate humilde y llorosa,
que serás, por triste, amada...
No quieras ser deseada,
por altiva y por hermosa.

Que vas mi mente á abrasar,
y á mi espíritu volver
el afán de enloquecer
con la locura de amar.

— ¿Tú amar?

—¿Te parece mengua?
—¡Y él de amor el nombre invoca!
—¿Es un rugido en mi boca?
—Es un sarcasmo en tu lengua.

—Pero ¿qué transformación
en tí se ha obrado? Creería
que te hubiese alguna harpía
mordido en el corazón.

—¿Mudar yo?...

—Con cruel mudanza.
—No la puede haber en donde
ni se escondió, ni se esconde
un átomo de esperanza.

—No te entiendo.

—Lucha fuerte

con mi alma he sostenido
por tí.
—¿Por mí...?
—Pero ha sido
¡infiel! por no aborrecerte.
Que hice mal bien me lo explica
tu propio sér, pues ya infiero
que ocultas en el guerrero
al sayón que crucifica.
—¡Ah, las cruces...!
—¡Cruel! ¡falsario!
—Y ¿ella cree...? ¡Terrible yugo!
—Creo que has hecho ¡verdugo!
de tu muralla un Calvario.
—¡Maldición!
—Maldito sea
el vil guerrero marfuz
que da muerte en una cruz
al que apresó en la pelea.
—Tu encono es justo. Un reptil,

por mi desdicha, aquí ha entrado,
y en la frente te ha clavado
su dardo agudo y sutil.

Esa serpiente que abrasa
con la ponzoña que deja,
es la fara (11), que se aleja,
surco abriendo por do pasa.

Yo la conozco. Aquí entró.
Es la fara. ¡Aspid odioso!
Ya miro el surco asqueroso
que tras su marcha dejó.

Aquí ha vuelto, á ser testigo
de la acción de su veneno.
La fara que hirió tu seno
¡aquí está! ¡Vino conmigo!

¡Mírala allí! No te asombre.
Su propio sér la condena.
¡Sierpe con alma de hiena!
¡Hiena con rostro de hombre!—

Y á Arbalaya señaló.

Hacia él fué. Le asió convulso,
le alzó y, con terrible impulso,
contra el suelo lo arrojó.
—¡Hola! ¡Aquí...! gritó.
—¡Piedad!
gimió Arbálaya.
—Ya es tarde.
—¡Piedad!
—Tu angustia, cobarde,
me confiesa tu maldad.—
Miró Arbalaya á Garcés
y al ver del viejo sombrío
el rostro impasible y frío,
arrastrándose á los pies
del Alfaquí, con acento
de dolor, reproche y pena,
dijo:—¿Por qué me condena,
señor, tu enojo violento?
Dime cuál mi culpa fué.
Leyes de guerra cumplí...

pero sólo pensé en tí
cuando las cruces alcé...
¿Con la intención torpe y vana
de que rencor te jurase
impulsé yo á que mirase
el cadalso la cristiana?
¿Hablé con ella?
—¡Felón!
—Que ella responda...
—Ya sé
que el cobarde siempre fué
muy hábil en la traición...
¡Cruel castigo te señalo!
—¡No me mates, pues me humillo!
—Al león mate el cuchillo;
derriengue á la hiena el palo.
El palo quebrantará
tus huesos.—
Y á la espantosa
soldadesca que, gozosa,

viendo tal escena está,
gritó, con fiera acritud:
—Á ese hombre tendereis
sobre un leño, y le dareis
la pena del *aludud.*

El martirio y el baldón;
lo que llaga y envilece;
el castigo que merece
el cobarde y el felón.—

Y al par que sacan de allí
á Arbalaya estremecido,
con espantable rugido
gritó el guerrero Alfaquí:

—Porque sepas ya, mujer,
que se extinguió mi amor puro,
vé si quieres, corre al muro,
á enconar tu aborrecer.

Y si un pensamiento vano
de afecto te causó afán...
busca un redentor Jordán

en la sangre del cristiano.

Al cristiano siempre odié,
y si el alma puse en tí,
achácalo á que creí
lo que demente soñé.

Entre fúlgido arrebol
te admiraba, pura y bella.
Yo te juzgué flor, y estrella,
y aroma, y céfiro, y sol.

¡Sin nombre, sin patrio suelo,
virgen de paz y dulzura!
Yo busqué en tí la ventura
que tu Dios pone en su cielo.

Que soñé bien me lo dice
el odio que me has jurado.
En tí el angel no he encontrado;
sí la mujer que maldice.

Tú eres la sombra de aquella
que el corazón me acongoja;
larva que el infierno arroja

para que siga mi huella.
¡Eres tú: que ya en mí mismo
se infiltra el terror que pasma,
al ver en tí el cruel fantasma
que hundir quise en el abismo!

III.

Mari-Sol, oyendo al moro,
quedó llena de estupor,
y Garcés, libre de dudas,
ebrio de satisfacción.
¡Si pudiese ver el ciego!
Tal vez porque se alegró,
sintiera la horrible angustia
de injuriosa convicción:
que María, con los ojos,
marcha del muslím en pos,
ya sintiendo que se aleje,

después de lo que le oyó.
Se duele de su injusticia,
maldice de su furor,
y de que sus labios hayan
mentido tan sin razón.
Mas no sólo mintió ella:
que también, engañador,
dijo Orías lo contrario
de lo que decir ansió.
Con ambas manos se oprime
el pecho, por el temor
de que roto en mil pedazos
se le salte el corazón.
Bajo las ramas de un sauce
sentado está el guerreador,
meditando con tristeza
en la indomable pasión
que vive, sin la esperanza,
entre angustias y dolor.
¡Cuál la tímida gacela

tiene amansado al león!
Todas estas amarguras
las saben ellos y Dios,
pues ni las contó un sollozo,
ni un suspiro las vendió.
Sólo el inícuo Arbalaya
lanza aullidos de furor,
implorando en el tormento,
vanamente, compasión.
¿Dónde se hallan sus parciales?
¿Quién acude en su favor?
Los ferocísimos hombres
con quienes siempre vivió
no rindieron vasallaje
ni culto más que al valor...
En el Alfaquí miraban,
más que á un jefe, á un semidios;
pero ¿el mayordomo...? era
solo el verbo, la expresión
del soberano albedrío

de su caudillo y señor.
Era la cuerda sedeña
que á su pértiga amarró.
¡Arbalaya! ¡Con qué angustia
mira al palo tundidor
dar en su carne, sacando
piel y sangre el golpe atroz...
Con despavoridos ojos
ve el acebo zurrador
alzarse, silbar, y luego
morderle en el corazón.
Con inútiles gemidos
quiere entibiar el vigor
del que cuanto más le azota
se le muestra más feroz.
Van los soldados contando,
entre espantable irrisión,
los golpes, diciendo chistes
al recio vapulador.
—Ese el alhaquin (12) lo cura.

—Este un hueso le rompió.
—Y hará falta un algebrista
que sepa su obligación.
—¡Setenta!
—¡Setenta y uno!
—...¡Setenta y seis!
—¡Gran señor
fué ese azote, pues vestido
de manto rojo salió!

. . . .

Arbalaya desmayóse.
El *aludud* se cumplió.
Se alejaron los soldados
en compañía del sayón,
y sobre el suelo tendido
el mayordomo quedó.
Volvió en sí muy lentamente,
rompiendo en gran convulsión;
y la sed, la sed terrible
del tormento, le abrasó.

—¡Agua!—gritó en un aullido
estridente y mujidor.
—¡Agua! ¡Me abraso! ¡Una gota
de agua! ¡por piedad!—gimió.
Fueron sus voces oídas
por Garcés y Mari-Sol,
ambos mezcladas sintiendo
la clemencia y el horror.
Ella cogió una alcarraza
y hacia la puerta corrió;
y el viejo, dándose golpes,
de ella, cual pudo, fué en pos.
—¡Agua!—Arbalaya rugía.
—¡Bebe, infeliz!—murmuró
la cristiana, arrodillándose
al lado del vil traidor.
Bebió de largo y con ansia
el monstruo, y con una voz,
apagada, indefinible,
dijo á la niña:—El favor

que me has hecho he de premiarte,
aunque por tí sufro yo.
¿Quieres saber de qué jefes
los crucificados son?
Uno es Alvar Sanchez; otro
de Valsequillo señor...
—¡Padre! ¡Iván!—gritó María.
Y de Arbalaya cerró
las mil heridas el gozo
que le embriaga el corazón,
viendo á la niña y al ciego
que al muro corren los dos.

IV.

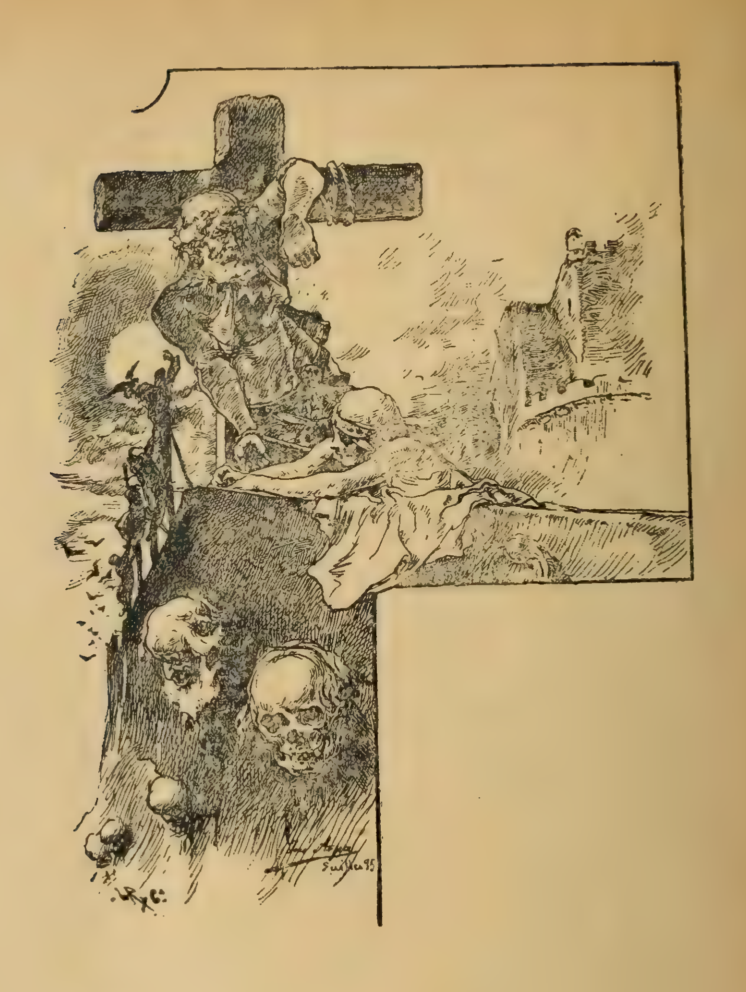
Los ojos alzó Orías y un momento
las cruces quiso ver que le dan muerte,
pero sintió la boca sin aliento,
la mente helada, el corazón inerte.

Allí, sobre el adarve, está el calvario.
Con blanca luz el astro lo ilumina.
Ve el moro el espectáculo nefario,
y de él surgir aparición divina.

En una cruz exánime guerrero.
La tibia luz con su fulgor blanquea
todas las mallas de su arnés de acero,
que roja sangre, sin cesar, gotea.

Debajo de la cruz, á ella abrazada,
como uniendo el dolor á la agonía,
una hermosa mujer acongojada.
Tal estuvo en el Gólgota María.

—¡Ay, María! Tambien su nombre puro—
grita el faquí, con lúgubre alarido.
¡María! ¡Su esperanza! En aquel muro
murió su amor y su ventura ha huído.



V.

Triste campo el del frontero,
en roja sangre empapado,
como atroz degolladero,
de rotas armas sembrado

y de muertos, en rimero,
no parece la albergada
de soldadescas bravías,
sino gràn tumba volcada,
huesa horrible profanada
por las odiosas Harpías.
Se alzan allí extraños ruídos:
se oyen allí confundidos
sollozos, llantos acerbos,
y el gritar de los heridos,
y el revolar de los cuervos;
y los ayes pavorosos,
y los aullidos furiosos
con que las mujeres llaman
á padres, hijos y esposos;
voces que, sin ecos, claman.
Estaba Alvar, el frontero,
con Iván. El mozo oía
quejarse al viejo guerrero,
que aguarda, con agonía,

á Francín, su señalero.

Francín llegó desmarrido.
Miró al anciano abatido
y murmuró con voz triste:
—Tu fonsado está perdido:
Quinientos hombres trajiste,

y ni trescientos contar
se pueden vivos, señor.
—Son pocos para triunfar;
son muchos para vengar
nuestra afrenta y deshonor.—

É Iván clamó bronco y fiero:
--Juro que en el traicionero
campo que pediste al Rey
marcharé cual caballero,
en pos de tu brava grey.

Y aquí pondré mi tendal.
Y aquí habremos de morir,
en combate desigual,
ó tu pendón señorial

á ese adarve ha de subir.

. . . .

. . . .

Mas... ¡Cielos! ¿qué hay sobre el muro
que hiela, horroriza y pasma?
¿Por un infernal conjuro
surge aquel atroz fantasma,
de la noche espectro impuro?
¡Qué espanto! ¡Crudo tormento!
Y ¡no es ficción, no es delirio,
del cobarde pensamiento!
Aquel bárbaro martirio
es el fin del vencimiento.
Allí, en el adarve están,
sobre el almenaje alzados
y en seis cruces enclavados,
un caballero de Iván,
y de Alvar cinco soldados.
De Iván el noble guerrero
pendiente está de la cruz,

y en su loriga de acero
la luna esparce un reguero
de blanca espléndida luz.

¡Infeliz! Con sus quejidos
de dolor se confundían
los crispadores crujidos
de sus huesos, que, partidos,
las duras mallas rompían.

Mudos miraban aquel
cuadro de desolación,
constreñido el corazón,
pues era lo más cruel
que no hay allí salvación.

Gritaron los infanzones
excitando á la batalla
á sus cansadas legiones...
El campo sordo se halla,
ó mudos los campeones.

De Iván y Alvar los soldados
no estaban, por desmedridos,

y exangües y despeados,
para luchar preparados,
despues de verse vencidos.

Los que las cruces miraban,
frunciendo hoscamente el ceño,
pesadilla las juzgaban
de su hambre ó de su sueño,
y los párpados cerraban.

Francín un grito exhaló.
Quiso huir, de espanto lleno,
mas Iván le sujetó,
y—¿Por qué corres?—gritó
con coraje y voz de trueno.

¿Qué horror mayor que el que ves
te pudiera amedrentar?
—¿Que cuál, señor...? El mirar
el alma del buen Garcés
bajo esas cruces vagar.

—¡Menguado!

—¡Visión impía!

¡Allí está!

. . . .

—¡Garcés!—gritó
don Iván, con alegría;
y el viejo frontero aulló
en un gemido:—¡María!

VI.

El ciego y la niña oyeron
aquellas amadas voces,
y de las cruces, veloces,
al almenaje corrieron.
—¡Padre! ¡Iván!—en un clamor
fundió sus ansias María.
Y el pobre viejo mujía
saludando á su señor.
¡Vocerío sin igual,
de acentos desesperados,

de dos mundos, separados
por un abismo infernal!

—¡No creí volverte á ver—
dijo Alvar—¡hija del alma!
y te miro, y más, sin calma,
fuerza al dolor da el placer.

¡Ay, Mari-Sol! De mis ojos
en mi infortunio maldigo,
porque ellos me hacen testigo
de tu mal y mis sonrojos.

Cuando el moro te robó
muerta te lloré. Fingía
verte en el cielo ¡hija mía!
y ahora ¡infeliz! pienso yo

que el puro y cerrado edén
que soñaba para tí
es el infame alhamí
de un depravador harém.

—¡Nó, padre, nó!

—Muro fuerte

nos separa. Zanja inmensa,
que ahondan el odio, la ofensa,
la sed de sangre y la muerte.

¡Fuiste mi bien, mi tesoro!
¡Muerta, muerta, te quería...!
Ahora brillar no vería
en tí las joyas del moro.

— ¡Padre...!

—Sus fulgentes luces
dan rayos que hacen más roja
la sangre amada que moja
los brazos de esas seis cruces.

¡Míralas, hija, y morir
pide á Dios! ¡Morir desea,
y que honrosa tumba sea
cuna de nuevo vivir!

Que tu alma vuele en pos
de las de esos de tu grey,
defensores de tu Rey,
y mártires de tu Dios.

¡Garcés! tu gemir escucho
y tus angustias comprendo...
Sufres como estoy sufriendo,
y luchas por lo que lucho.

¡Viejo león de Castilla,
por mi mano mutilado!
creeré que me has perdonado,
si en mi dolor y mancilla,

te olvidas de mi rigor
y á la fe jurada atiendes,
y me acorres, y defiendes
mi honor, que es tu propio honor.

Renueva de amor los lazos...
¡Escúchame, y no te aflija!
Á tu lado está mi hija;
cógela en tus fuertes brazos

y arrójala, sin piedad,
del adarve. ¡La perdí,
y fué cautiva por tí...!
¡Dale tú la libertad!

No soñé que vacilases
escuchando mis enojos...
¡que yo te saqué los ojos
por que ahora no dudases!—

Garcés, con eco de abismo,
lanzó un grito de agonía
y brusco huyó de María,
cual si huyese de sí mismo.

Entonces, el Alfaquí
como un fantasma surgió
en la muralla y clamó:
—¡Con pena y horror te oí!

No es preciso, el rigor fiero
que la honra en tí despierta.
Este alcázar tiene puerta
para tí, bravo frontero.

Llama á ella en tu amargura;
á ella vén por tu tesoro.
Tu hija te devuelve el moro
tan hermosa como pura.

—¡Pura!—gritó Iván.
—¿Quién eres
tú, que cual ebrio has gritado?
—¿Que quién soy...? ¡Su desposado!
—¡Su amante! Y de mí, ¿qué quieres...?

Dijo el Alfaquí, y temblaba
su voz... y su voz gemía,
porque una serpiente impía
el corazón le apretaba...

¡Atroz, callado martirio!
¡Su amante! Aquel hombre odioso,
envuelto en lo tenebroso
le va causando el delirio.

Es como humana tenaza
á su corazón asida,
que en continua sacudida
lo muerde y lo despedaza.

—¿Qué quieres de mí?—gritó.
—Quiero admirar tu grandeza,
tu hidalguía, tu nobleza...

—¡Por necio te admiro yo...!
¡Imbécil...! ¿Quizás creiste
que mi presa te soltaba...?
De ese hombre me apiadaba
por padre, por viejo y triste...
Clemente le iba á volver
su consuelo y su alegría...
Y he visto que en compañía
del dolor viene el placer...
Ya te escuché; y ya te veo...
Mi piedad me hiciera ultraje.
No he de rendir yo homenaje
ni á su amor, ni á tu deseo.
¿Tú su amante? Necio fuí
cuando su virtud amé...
Por ella la respeté.
He de infamarla por tí.
Garcés rugió.
—Bestia harona—
dijo Orías con furor:

—¡calla, ó el abajador (13)
te volverá á la tahona!

Y tú ¡esclava! mi atroz furia
vas á calmar... ¡Vil trofeo!
Tu carne, para el deseo.
Para el encono, la injuria.

Vamos; vén al alhamí.
Yo á reir, y tú á llorar.
Voy en tu cuerpo á vengar
cuanto he sufrido por tí.

Tendrás á tu hija, frontero.
Te la daré sin trabajo;
pero será... como andrajo
que se tira á un basurero.

De él la puedes levantar,
si lo tienes, mozo, á bien,
y con lo vil de mi harem
desposarte ante el altar.

. . . .

Se oyeron sollozos, gritos,

terribles imprecaciones,
súplicas y maldiciones,
y clamores inauditos.
Y luego, en el muro alzados
los centinelas despiertos
pasaron mudos y yertos
ante los crucificados.

VII.

—«¿Quién eres tú? ¿Quién eres?» te preguntaba,
mirándote á mis plantas cual flor caída
y creyendo ¡insensato! que tú, mi esclava,
eras el sol brillante que iluminaba
el abismo en que yace muerta mi vida.
No premio, eres castigo; mujer, no diosa.
No eres tú, no, la *apsada* del indio cielo.
Azazel condenado, viéndote hermosa,
sembradora te hizo del mal y el duelo.

Te dió alma de gusano, cuerpo de rosa.

Tú eres, sí, la que un dia ví al lado mío,
derramando en mi alma mortal veneno.
Tú eres, sí, la serpiente yerta de frío
que, por salvarla, quiso morder mi seno.
Tú eres, sí, la sirena de amor impío.

Del engaño pudieras ganar la palma.
¡Cómo de mi ternura te habrás reído!
¡Con qué orgullo verías y con qué calma
humillado y confuso, triste y rendido,
al hombre que de un tigre recibió el alma!

¡Dudar ya es imposible! ¡Crudo tormento!
Amé en tí lo divino. Me daba espanto
que á tus labios pudiera rozar mi aliento.
¡Y á tu amante besabas, con mudo encanto,
con el besar rabioso del pensamiento!

Saeta envenenada, con saña impía,
me arrojó el que tú adoras, con su hondo grito.
Esa su voz terrible será mi guía
para, entre las tinieblas en que me agito,

buscar crudas venganzas á mi agonía.
Aquel su grito odioso me ha despertado.
Ya á través de las sombras las llamas veo.
Odios de fe y de raza se han congregado.
De mi amor en cenizas brota el deseo.
Todo mi sér ¡esclava! se ha transformado.
El hombre ya no llora; la fiera ruge;
el afán, ya no el alma, la carne irrita;
no el aliento suspira: cálido muge,
y el cielo en el infierno se precipita.

Así dijo el Alfaquí;
Á Mari-Sol estrechó,
y al alhamí la arrojó
con rabioso frenesí.

María, sin voz ni llanto,
y con nieblas en los ojos,
cayó postrada de hinojos,
loca de angustia y de espanto.

De su veste los cendales
rasgó él con manos aleves,

y otra vez miró las nieves
y las rosas virginales.

Y ella, entonces, con acento
que era súplica, oración,
queja, llanto, imprecación,
reproche, angustia, lamento,

dijo:—¡Lo merezco, á fe!
Haces bien en humillarme,
y en herirme y afrentarme,
porque por tí me olvidé

de mi noble desposado,
de mi padre y de mi Dios...
¡Castígame! Siempre en pos
va el castigo del pecado.

—¡Tú!—gritó el moro—¿Tú á mí...?
¿Tú amarme...? Dilo ¡María!
¡Por tu Dios...! Dime ¡alma mía!
que es verdad lo que te oí.

¿Me amabas?

—Á pesar mío.

¡Injúriame, por que venza
el peso de la vergüenza
á mi indócil albedrío!

. . . .

Atronóse el camarín
de un tigre con el rugido,
de un toro con el bramido,
con el soplar de un delfín...

Se vió relampaguear
una centella; se oyó
hierro que en hierro chocó...
y María vió apartar

al Faquí, con calma fiera,
de su lado al mudo anciano,
que blande en su flaca mano
la daga que él le ofreciera.

—¡Así, Garcés, quiero verte—
dijo el moro—¡eres certero...!
Buscó el corazón tu acero,
pero la cota es muy fuerte...

María te dió la calma.
Es tan pura como bella...
¡Buen ciego, vela por ella
con los ojos de tu alma!

No te apartes de su lado,
y siempre de su honra cuida.
Eres mudo, pero... ¡olvida
todo lo que has escuchado!

CUARTA PARTE

LOS LEONES Y EL RAPOSO



I.

Por órden de Axataf y en el más amplio
y lujoso salón del regio alcázar,
se encuentran congregados los caudillos
de las valientes tropas musulmanas.

Allí el viejo Zeyad el Tinmalita,
que al lado de Jacub luchó en las Navas;
allí el negro Kaleb, el envidiado
mazamud sin rival, ardida lanza;
allí Omar, que acaudilla á los algoces;
Abul-el-Horr que á los ginetes manda;
el estudioso Obéid, á cuyo ingenio
deben los muros defensoras máquinas;
allí tambien Abóo, cuyo fonsado
parece concebido por las Parcas,
y el soberbio Abdulménen, de los mares,
más que nauclero, asolador pirata.
Allí los que lucharon desde niños
bajo la sombra de banderas blancas,
proclamando la fe del unitario,
con rudo esfuerzo y singular constancia.
Allí los que vencidos y maltrechos
en Córdoba, Jerez, Reina y Cazalla,
esperan aún del triunfo los laureles,
soñando con Alarcos y Zalaca.

Todos allí, ostentando poderío
en los membrudos cuerpos y en las armas,
odio en los ojos, en los ceños iras
y en los belfosos labios arrogancias.
Todos allí: con cascos relucientes,
con listanes ó ricas albengalas,
con cotas damasquinas, y al costado
selmanitas ó corvas cimitarras.
Á la diestra del Rey hállase Orías,
todo cubierto de argelina malla
bordada de rubíes, que semejan
gotas de sangre que hervidoras saltan.
Y así Axataf habló:—¡De Dios en nombre
acudísteis! ¡El Nevi (1) os acompaña!
¡Allah mil veces bendecido sea!
¡Él de verdad perfume mis palabras!
¡Caudillos! lo que fuísteis para el trono
que Dios me concedió, mal lo expresaran
los labios míos, si pusiera en ellos
otra voz que no fuese la del alma.

De este reino que en feudo he recibido,
sois la tierra, el cimiento, la muralla;
si su peso os abruma y desfallecen
vuestros hombros, arruínase la patria.
Os llamé para oir vuestros consejos;
el mío escuchareis. Con lengua franca
decid, hablad. ¿Para salvar á Isvilia,
medios teneis?

—Con mis algoces basta—
exclamó Omar.

—¿Con tus algoces sólo?—
replicó el Alfaquí.

—Pregunta vana.
—Ya los ví en Vib-ab-Rágel sobre el muro,
presenciando la lid de mi mesnada.
—¿Te parecieron mal mis ballesteros?
—¿Son ballesteros...?

—¿Los juzgaste damas?
—Eunucos los creí.

—Puede pesarte

el haber pronunciado esas palabras.—
El Alfaquí ni aun le miró.
Abdulménen,
dirigiéndose al Rey, djoi:—Tú amparas
más de lo justo al Alfaquí. ¿Presumes
que en su poder la salvación se halla?
De poco sus consejos te han servido.
De poco nos sirvieron sus terradas.—
Orías le miró. No pudo el viejo
marino resistir su atroz mirada.
—Franqueza pides, y hablaré muy franco;
—clamó Kaleb, con voz que el odio empapa;—
no temen, por Allah, mis mazamudes
al pueblo, ni al que en él siembra cizaña.
—¿Eso dices por mí?—preguntó Orías.
—Estarás gafo, cuando así te rascas.—
El Alfaquí no replicó.
—Sin duda,
—gritó el viejo Zeyad, con voz airada—
que quiere el Rey que el poderoso alfaje

con oro embote las infieles armas.
--No te entiendo Zeyad, barbotó Orías.
—Quise decirte que la paz comprada
será con tu dinero.—
Punzadora
sonrisa dió respuesta á sus palabras.
—¿Te ríes, Alfaquí?—gritó furioso
Abóo, haciendo sonar su acemitana.
Orías le oyó en paz. El Rey, ceñudo,
las envidiosas voces escuchaba.
Habláronse los xeques y, olvidando
los respetos debidos al Monarca,
desataron sus odios y á las quejas
se unió el insulto, entre chillona charla.
Solos Obéid y Abúl-el-Horr, callados,
la prudencia de Orías admiraban.
—¡Ah—exclamó el Rey—por las sagradas letras
del Korán, por las puertas de la Caaba,
y por los veintiuno juramentos
del Profeta, cesad en vuestra insania!

—¿Nos crees dementes?
—Sí.
—¡Nos juzgas locos!
—Sois como el perro que á la luna ladra.—
Todos callaron.
—Os pedí un consejo:
os convoqué para salvar la patria:
quise escuchar la voz del entusiasmo,
y ví la lepra que os devora el alma.
Ha hablado por vosotros el encono.
Sitia el infiel ciudad envenenada.
El que á mi diestra veis, no vituperios
merece por sus obras, sí alabanzas.
—Eso, lo piensas tú.
—¿Por qué, caudillos,
no pagais con amor al que os ampara?
Él llegó del Mogreb á defenderos.
De Isvilia es protector.
—¡Dios sólo salva!—
clamó Abdulménen.

—¡Dios! El que escogiera
un protector que Dios no se llamara,
—gritó Omar—á la araña se parece,
que de sutiles hebras se hace casa.
De un niño el débil soplo la destroza.
¡Ruin y estéril hogar el de la araña!
—Has dicho bien, Omar—murmuró Orías.—
Tu lengua es cortadora como el hacha;
mas ha herido en el sándalo. Sus filos
se han impregnado de sin par fragancia.
Son palabras de Dios las que dijiste.
El Alfaquí se postra y las acata.
Mas... tu nombre es Omar. ¿Por qué no aprendes
de aquel Omar domeñador del Africa,
que publicó las leyes del Profeta
haciendo del Korán arriaz de espada.
—¡Dios sólo es salvador!
—¡Salvaros quiso!
—¿Por tí?
—¡Por mí!

—¿Su electo te proclamas?
—Si como tal no me juzgase, ¿acaso
pensais que imperturbable os escuchara?
¿Quién de vosotros me conoce? ¿Alguno
siguió mis pasos en las sendas largas
que cruzaron mis pies? ¡Desventurados!
Tras las tinieblas que á mi sér se enlazan,
¿qué adivinais? ¿el árido desierto?
¿el nómada aduar? ¿la pobre casa
de una huerta moruna? ¿la mezquita
de Tánger ó de Fez? ¿el regio alcázar
de Trípoli ó de Túnez? ¿los palacios
que en las aguas del Bósforo se bañan...?
¿Y me envidiais? ¿Por qué? ¿Por unos cofres
de oro y perlas que traje en mis terradas?
¿Eso os inquieta? Mi tesoro es vuestro.
¿Os enoja la pompa de mis armas?
Es mi veste nupcial. Yo con la Muerte
anhelo desposarme en la batalla.
¿Tal vez imaginais que busco...?

—¡Un trono!—
gritó Abdulménen, con furiosa rabia.
—¡Un trono!—aulló Zeyad.
—¡Un trono!—dijo
Kaleb. Y
—¡Un trono!—Abóo, ciego clamaba.—
Orías miró al Rey, luego á los xeques,
y á seguida lanzó una carcajada,
sarcástica, cruel. Por vez primera,
aquel hombre rió. ¡Cómo espantaba!
—¿Imaginais que el trono de esta triste
región codicie el que riquezas tantas
tiene?—preguntó Obéid.
—Si él pretendiera
ver prosternado á un pueblo ante sus plantas,
su brazo de gegeo le daría
como botín espléndidas comarcas.—
añadió Abul-el-Horr.
—Si él despojarme
quisiera del *abech*, no á mí llegara,

en nombre del que acato, á darme auxilio.
Él ya fuera mi Rey—dijo el Monarca.
Y Orías prorrumpió:—Sólo pretendo
salvar vuestra ciudad. Luego en la opaca
tiniebla me hundiré. Sólo codicio
salvaros, ó morir en la demanda.
¿Sabeis por qué? Porque me impulsa el cielo.
Hace tiempo mi espíritu batalla
con pavorosas dudas. Yo los siglos
futuros quiero abrir, leer en sus páginas,
y saber si el imperio de Mahoma
va á ser luz ó tiniebla, todo ó nada.
—Y ¡él duda!
—¡No! Lo miro agonizante...
y por vosotros morirá en España.
—¿Qué dices, Alfaquí?
—Que aquesta tierra
es tumba de la gente musulmana,
vaciadero de vidas, antro inmenso
que tragó vorazmente tríbus, razas,

pueblos, naciones... ¡Tremebundo osario
en que volcó su población el África!
Por odios, por envidias, por recelos,
por ciegas furias de ambición ignara,
la sangre de los heroes islamitas
da por frutos la ortiga y la cizaña.
Del colosal imperio que soñaron
el ínclito Almanzor y los Omiadas,
¿qué le resta al muslime? Cuando Isvilia
se entregue al Rey que al Nazareno acata,
la enseña vencedora del Profeta
tapiz será de las infieles aras.
Humo será el poder del agareno;
humo que el aire con su soplo esparza.
¿Quién os proteje? ¿Quién?

—El Rey de Niebla.

—¿Quién más os presta auxilio...? Á la albergada
mirad del Rey Fernando. Allí se agrupan,
bajo los brazos de la Cruz, las armas
de Galicia y León, de Cataluña,

de Aragón, de Castilla, de Vizcaya;
allí de Portugal bélicas huestes;
allí bravos guerreros de Alemania;
allí de Francia paladines nobles;
allí el Rey maldecido de Granada.
—Eso en el campo; pero aquí...
—Por fuerza,
el mal que ni aun soñais, ¡turba insensata!
¿No temeis al mozárabe? Pues ése
es la polilla que royendo mata.
Preguntad á Jaen, mirad á Córdoba.
¿Quién sus puertas abrió? ¿Quién entregara,
apenas sin combate, á la que un día
ciudad fué de ciudades soberana?
¿Previnísteis el mal? ¿Lo sospechásteis?
¿Qué hicísteis de Fernando á la amenaza?
¡Ah! ¿qué hicísteis...? Abrir todas las puertas,
porque aquí, en la ciudad, se refugiaran
débiles, y vencidos, y cobardes,
que son bocas, no brazos... Ver en calma

extenderse, crecer, llegar al muro
de Alhamar y Fernando las mesnadas...
Permitir al maestre de Santiago
que fuera asolación de la comarca,
y que en ciudad trocasen los infieles
los tendales alzados en Toliatha.
De la Huerta de Hércules fiasteis
vuestra ventura y salvación, y ¡oh insania!
dejasteis á las naos de Bonifacio
que á la Torre del Oro amenazaran.
¿Que de poco sirvieron mis taridas...?
Ved sus proras sangrientas, mutiladas.
¡Lidiaron bien...! Respeto se merecen
los tigres que al luchar rompen sus garras.
Pero... ¿las naves vuestras? Las contemplo
blandas mecerse en las tranquilas aguas,
como corzas rendidas por la fuga,
que cabe el fresco manantial descansan.—
Abdulménen rugió.
—Ya sobre Isvilia

veo cernerse de Ababil (2) las alas.
Inspirado por Dios vine á vosotros.
Hoy por mis labios nuestro Dios os habla.
Como en Tiro, de palos, de cadenas,
sembrad del río las corrientes claras;
Fernán no es Alejandro, y su victoria
exterminio será, si es retardada.
Condenad sus navíos al incendio.
Cuidad de Aznalfarache y de Atrayana
y las soberbias tropas de Castilla
diezmad en incesante espolonada...
Tú, Omar, con tus algoces, sobre el muro;
tú, Abul-el-Horr, en la valiente algara;
tú, Kaleb, destrozando á los herberos;
tú, Obeid, en el castillo de Triana;
tú, Zeyad, en la puente; tú, Abdulménen,
trueca el Guadalquivir en roja llama.
—¿Y tú?—dijo Zeyad.
—Yo sobre el muro,
en el campo, en las puertas, en la alvara,

en el río... doquiera que se luche,
allí estaré... y la Muerte en mi compañía.
—No atendísteis al ruego; rechazásteis
el consejo leal, —dijo el Monarca.—
Al que en nombre de Alláh vino á salvarnos
mi voz jefe de jefes le proclama.
Y—¡Guay!—rugió el Faquí—¡guay del menguado
que indócil contra mí se rebelara!
—¡Yo me alzo contra tí!—gritó Abdulménen.
—¿Por qué? ¿Tienes un plan que satisfaga
nuestro común anhelo? Si así fuera,
tu soldado seré. ¡No calles! ¡Habla!
—Mi plan es mi valor.
—¿Y en él confías?
—¡Sólo en él!
—Axahitam ciega tu alma.
Obedece á la ley.
—La que deshonra
la cumple el vil esclavo.
Á una ventana

llegóse el Alfaquí; la abrió, y—Escucha
—dijo al xeque—el clamor que se levanta
de toda la ciudad.
—¡Vítor á Orías!—
mil bocas, con estruendo, proclamaban.
—¡Oye al pueblo, Abdulménen!
—¿Qué me importa
el ronco rebuznar de la reata?
—Pues ¡humíllate á mí!, que soy la fuerza.
—¿Cuándo tú me rendiste en la batalla?
—¡Bandido de la mar! has sentenciado
tu vida y toca el azirat tu planta.
Con tu venia, Axataf.
Y el noble Orías
hizo en su diestra fulminar el hacha,
y avanzó hacia Abdulménen, que, rabioso,
esgrime cortadora acemitana.
—Fías la salvación de todo un pueblo
en tu ciego valor. ¡Mirad qué vana
fué su promesa! ¡Valerosos xeques!

Cual humo huye la vida del pirata.—
Así clamó con estentóreo acento
el noble Orías. Revoló su arma,
y la cabeza de Abdulménen vino
de un tajo al suelo, que tiñó de grana.
Todos temblaron.
—Vuestro Rey, Jalifa,
murmuró, me ha aclamado. Del Monarca
cumplid la voluntad. ¡Ay de los necios
que busquen con su envidia mi venganza!—
É impasible, ó cruel, sobre los xeques
paseó lentamente su mirada.

Y dicen que Axataf ante el cadáver
de Abdulménen quedó vertiendo lágrimas;
y dicen que «¡ay de Isvilia! ¡ay, de mi Isvilia!»
con acento angustioso murmuraba.

II.

Á la otra banda del río,
en naves de Bonifacio (3),
para ser duro escarmiento
del Aljarafe, pasaron
los caballeros y freires
del Maestre de Santiago.
Hazaña fué el desembarque,
hazaña digna de bravos,
pues la ribera tenía
recio mimbreral humano.
Está todo el Aljarafe
por Ebn-Amafón tomado,
y acude alarbia guerrera
adonde asoma un cristiano.
Si el pie en la tierra asentaban,
era á costa de las manos.

Iban, como segadores,
haces de cuerpos cortando.
Pero la Cruz colorada
lucen sus escapularios,
y la Cruz valor da al vivo,
y al muerto paz en sus brazos.
Va con ellos el Maestre,
y saben que siempre al lado
del noble Pelay Correa
lucha el apostol Santiago.
Su nombre gritan las bocas,
con fervoroso entusiasmo,
y, á cada grito, al infierno
baja un muslime de un salto.
Pocos son los freires; pocos
los caballeros que al mando
van del de Uclés, pues la Orden
diezmas tuvo, haciendo estragos.
No más de trescientos luchan
por Jesús y por Fernando,

contra morisma que crece
como langosta en los campos.
Pero aquellas tres centenas
de hombres, al tomar el hábito,
morir por la fe de Cristo
y matar moros juraron.
¡Bien su religión profesan
y bien cumplen lo jurado!
Cada bote de su lanza,
de su acero cada tajo,
rasga el corazón de un moro,
ó abre en dos partes un craneo.
Forman escudo invencible
los que ya desembarcaron,
para que á tierra, sin riesgo,
puedan llegar los caballos;
y al ver libres á los potros,
que la sangre olfateando
piafan y alegres relinchan,
á ellos saltan, y en cerrado

escuadrón va la mesnada,
siendo tromba, trueno, rayo.
¡Allá va! La densa nube
de polvo que van alzando
los generosos corceles
con sus alígeros cascos,
oculta el continuo choque,
el peligro sin reparo,
la matanza sin clemencia,
la venganza sin desmayo.
¡Allá va! Entre los girones
del nubarrón brillan lampos
de rojizos centelleos,
de fulgurantes chispazos.
¡Allá va! Se oye el retumbo
de ronco estruendo lejano,
como de aludes que saltan
de unos en otros peñascos.
¡Allá va! Cuando la nube
lenta se fué disipando,

abierto se vió el camino
que las Parcas desbrozaron.
Cadáveres por doquiera;
terrible, sangriento rastro,
que será duelo de madres
y rico festín de grajos.
Por los huertos y jardines
de Gelves atravesaron
aquellos hombres que nunca
se ven de matar saciados.
Y á su furia inexorable
se transforman los encantos
de Natura, y todo el suelo
carmín parece escarchado...
¡Llueve sangre! ¡Pobres flores,
las que sangre marchitaron!
¡Ay! tambien vuestras hermanas
las mujeres, van doblando
sus cuerpos sobre la tierra,
del acero al golpe bárbaro.

Ni las protegió su hechizo,
ni las amparó su llanto.
¡Son moras! Sus cuellos siega
la cuchilla del cruzado.
Toda la campiña es llama,
humo, polvareda, osario.
¿Quién la mesnada conduce?
Quizá el angel irritado
que en el sueño apocalíptico,
vió el Evangelista en Patmos.
Tal vez el bendito Apóstol
que á Ramiro prestó amparo,
que más que estar en los cielos,
quiere matar mahometanos.
¿Quién la impulsa? La fe ardiente.
¿Qué la inspira? ¡El entusiasmo!
¿Qué premio busca? La gloria.
¿Cuál es su fin? El más santo.
¡Dios y el hogar! ¡Patria y Cielo!
¡Seguid, los de Uclés, matando!

III.

En frente de Aznalfarache,
cuyo inexpugnable castro
Ebn-Amafón ha guarnido
con sus guerreros más bravos
el noble Pelay Correa
sus pendones ha plantado.
Quiere rendir el castillo
que se yergue en lo más alto
del cerro: titán de piedra,
del Rey Axataf resguardo.
Ya lo acometió mil veces,
veces mil quiso expugnarlo,
y siempre el atroz gigante
dejó su afán humillado.
Mucho Bonifacio acorre
al Maestre con sus naos,

purgándole la ribera
de rabiosos africanos;
pero son trescientos hombres,
aunque todos son cruzados,
muy pocos para la empresa
que al de Uclés cautiva el ánimo.
En agobios y en aprietos
sin tregua se halla el fonsado
y cada instante que pasa
aumenta riesgos y daños.
Ebn-Amafón va sus huestes
aguerridas congregando.
para barrer de la tierra
aquel tropel de insensatos.
Ya por todo el Aljarafe
se oyen broncos redoblando
los atabales, que juntan
á los dispersos soldados.
Ya de diez mil alcairías
salen labriegos clamando

«¡guerra!» al que incendia sus casas,
«¡guerra!» al que tala sus campos.
Ya sobre Pelay Correa
va á volcarse el mar humano.
El Rey de Castilla, atento
á cuanto ocurre en su bando,
piensa en los de Uclés y ansía
del trance en que están sacarlos.
Acude á Téllez, á Flores
y á Yáñez, por esforzados,
y les manda y les impetra
que den á Pelay su amparo (4).
Muy buena ballestería
y honderos muy denodados
concede á los tres caudillos.
siempre ganosos de lauros.
Recibió Pelay Correa,
con gran júbilo el reparo,
y á freires y caballeros
gritó con férvidos labios:

—¡Los de Uclés! ¡Arriba! ¡El muro
nuestra enseña está aguardando!
¡Ó la victoria ó la muerte!
¡Al arma! y ¡Cierra Santiago!
Y acaeció... ¡lo indescriptible!
Por la montaña treparon
los freires y caballeros,
tan rabiosos y cegados,
que, al topar contra el adarve,
por monte el muro tomando,
por sus grietas y hendiduras
subieron con pies y manos.
Sobre ellos cayó un torrente
de aceite y plomo inflamados,
y lluvia de pedrejones,
y espeso turbión de dardos.
La piedra aplastaba al hierro;
el hierro entraba en los craneos;
el plomo hirviente en la carne;
el fuego volaba raudo...

pero hierro, plomo, piedra,
fuego, espada, lanza, dardo,
ni eran dolor, ni tormento,
ni daban horror ni espanto
que al furor pusiera dique
de aquellos hombres, ó trasgos,
que trepaban por los muros,
con cruces y endemoniados,
atentos sólo á los gritos
de «¡los de Uclés...!» «¡Por Santiago...!»
¿Qué fué...? No sé... Que ante el muro
aquellos hombres cobraron,
por un hecho prodigioso,
alas, ventosas, tentáculos.
¿Qué fué...? Que alguien llevó escalas,
ó que el muro vino abajo,
ó que las puertas cedieron,
ó que Dios hizo un milagro.
Sé que los freires corrían
por los muros, degollando

á la fugitiva alarbia,
cual forzudos macelarios.
Que fué ganado y perdido
el castillo. Y que el estrago
fué tal, que nunca los moros
de Aznalfarache tornaron
á inquietar á los guerreros
del Maestre de Santiago.
Y otra vez los de la Orden,
en sus corceles montados.
van del Aljarafe haciendo
humo, polvareda, osario.

III.

Aún el aludud recuerdan
los huesos del mayordomo
y membranzas de castigos
hacen fermentar sus odios.

Odio Arbalaya ha jurado
al Alfaquí poderoso,
que quema antiguos afectos
en las aras de un antojo.
¡Oh, que venganzas meditan
sus desvelados enconos!
¡Qué traidoras, por cobarde!
¡Qué tremendas, por rabioso!
Anda de noche y de día,
siempre taciturno y solo,
palpando con gran cautela
paredes, goznes, cerrojos.
Aquí golpea en el muro;
allí, en el suelo marmoreo
también con un palo hiere,
y el oído aplica ansioso.
Toda puerta condenada
él abre; y en todo lóbrego
subterraneo se desliza,
cual salamanquesa ó topo.

No hay rincón de aquel palacio
para su ansiedad ignoto.
¿Qué busca el vil Arbalaya?
Es secreto de su encono.
Que él no halla lo que busca,
bien lo dice el angustioso
gemido que á veces lanza
su boca, hocico de zorro.
Nadie en él atención pone;
que al tundido mayordomo
nadie teme, y ya él, soberbio,
si manda es harto humildoso.
Mas si alguien ha reparado
en aquel buscar insólito
que le desvela y aflige,
ó le motejó de loco,
ó creyó que, por avaro,
sueña en ocultos tesoros.
Un tesoro es lo que busca.
Y ¡ay del Faquí poderoso,

si topa con él! ¡Qué horrible
será el contento del monstruo...!
Con exquisita prudencia,
con rodeos cautelosos,
indaga, pregunta, inquiere,
el por qué, y el cuándo, y cómo
se alzó aquel alcázar; luego
estudia muy cuidadoso
toda su historia; medita
en los cambios y trastornos
que ha sufrido; de las Reinas
moras investiga el ocio;
profundiza en los secretos
de sus amores, y ansioso
interroga á los terribles
celos del lascivo moro...
¿Qué vislumbró...? Cada dia
está más triste su rostro
y más gemidos exhala
su boca, hocico de zorro.

Pero su pecho palpita
con delirante alborozo...
Un viejo eunuco que vive
en Vib-ahor (5), libre y solo,
sabe de una favorita
de Aben-Hud el misterioso
trágico fin. Si Arbalaya
le hallase, encuentra el tesoro.
Cada dia más rendido,
más humilde y cariñoso
con el Alfaquí se muestra,
que en él no para los ojos.
¡Pobre Orías...! Su bizarro
corazón no guarda enconos
para aquel sér miserable...
Desprecia el tigre al raposo.
¡Pobre Orías...! Sin descanso,
en la mezquita, en el zoco,
en el palacio, en los muros,
en las naves, en el coso,

se agita, ya predicando
la alghied, ya mintiendo gozos
y esperanzas, ya, en alarde
bélico, dando al bisoño
marcial lección, ya de ingenios
nuevos probando el destrozo.
Verbo y corazón de Isvilia,
de Isvilia es brazo y apoyo,
espada y escudo. Siempre
vuela en ayuda y socorro
del que está en peligro; surge,
cual fantasma en el furioso
combate; se alza terrible,
con cólera de demonio,
sobre el muro amenazado;
pero rendido y quejoso,
después al palacio torna,
lleno de sangre y de enojo.
De enojo, sí. Los caudillos
de Axataf son rencorosos,

y tal luchan, que parece
que la derrota es su logro.
Obeid y Abul-el-Horr lidian
cual bravos; pero son pocos
dos guerreros para tantos
peligros y tantos dolos.
Entre tristezas y dudas,
entre recelos y agobios,
entre cóleras y vértigos,
entre angustias y sonrojos,
vive aquel hombre, encerrando
de su alma en lo más hondo
el infierno con sus iras
y el cielo con sus arrobos.
¡Siempre entre nubes de sangre
ve lucir el astro hermoso
de su amor! ¡Siempre en sus manos
van la flor y el hierro corvo!
Tigre y perro, halcón bravío
y ruiseñor melodioso,

esclavo y rey, luz y sombra,
muerte y vida, amor y odio,
las iras y mansedumbres,
las soberbias y abandonos,
los terrores y esperanzas,
las suavidades y enojos,
son el carácter, la esencia
de aquel sér: forman el todo
de aquel alma que crearon
un arcángel y un demonio.
¡Ay, qué martirios padece!
¡Qué atroces son y qué sordos!
En Mari-Sol idolatra;
á su camarín va ansioso
cada dia y la contempla
triste y con nublados ojos...
¡La cristiana...! Y de cristianos
él es el cuchillo odioso.
¡La hija del frontero! Y sabe
que el buen viejo acampa en torno

de su alcázar, fabricando
tolenones poderosos
para quebrantar los muros,
guardas de su amor celoso.
Y con el viejo frontero
vendrá aquel guerrero mozo...
aquel Iván, al que un dia
Mari-Sol llamó su esposo...
¡Es el triunfo necesario!
¡Vencer ó morir! Y ¡pronto!
Cuando exterminado sea
el ejército orgulloso
del Rey Fernán, con María
él tornará á los remotos
países de bosques floridos
y perfumados arroyos.
Y en la soledad, la calma;
y el amor con sus arrobos
místicos; y el alma en éxtasis...
¡Oh sueños de rawí loco!

¡Pobre Orías! Los caudillos
de Axataf son rencorosos
y, cuando luchan, parece
que la derrota es su logro.
Obeid y Abul-el-Horr lidian
cual bravos, pero son pocos
dos guerreros para tantos
peligros y tantos dolos.
Vive el león entre hienas,
alienta el tigre entre zorros.
Ya Arbalaya del eunuco
supo, á cambio de algún oro,
el fin de una favorita
de Aben-Hud. Y á escaso costo,
aunque dió muchos dinares,
encontró el vil su tesoro.
Tras del camarín que habita
Mari-Sol, unos escombros
hay ocultos por maleza...
Allí entre mármoles rotos

está un sepulcro; debajo,
un camino tenebroso,
por donde vino un amante
y muerte encontró al retorno.



IV.

Estando sobre Sevilla (6)
el Rey Fernando tercero,

el muy noble Garci-Pérez
iba con un caballero.
Solos van por un camino,
solos van por un sendero;
siete caballeros moros
á ellos venían derechos.
Dijo aquél á Garci-Pérez:
—No es bien que los aguardemos,
que dos solos pocos somos
para siete caballeros.—
Respondiera Garci-Pérez:
—No es aqueso de hombres buenos;
mas si vos queréis seguirme,
á todos los romperemos.
Su compañero no quiso.
Las riendas vuelve partiendo.
Pidió García sus armas,
que las lleva un caballero.
Don Lorenzo Gallinaz (7)
y el Rey están en un cerro:

Don Lorenzo dijo al Rey:
—Veo solo un caballero
que si los moros le atienden,
él hará un hecho muy bueno.
Veréis, si no le conocen,
un escogido guerrero.
Á punto va Garci-Pérez,
su camino va siguiendo;
los moros en un tropel
ademanes van haciendo.
Por medio de ellos pasaba
sin que conozca miedo.
En las armas le conocen
y no osaron atendello.
Él se va por un camino;
pero una cofia echa menos
que so el capelo traía
y, sin dudar un momento,
acuerda volver por ella
hasta do se puso el yelmo.

El escudero llorando,
dijo:—Non fagades eso;
que la cofia vale poco
y podeis perderos cedo.
—Espera aquí, non te cures,
que es cofia de mucho prescio
é labrada por mi amiga:
non la perderé si puedo.—
Volviendo por do viniera
alcanzó los moros presto;
ellos, que bien lo conocen,
non osaron atendello.
Allí hallara su cofia,
vuélvese con ella cedo.
Y á Don Lorenzo el Rey dijo,
—¡Ay, Dios, qué buen caballero!

V.

Llamó el Rey á Garci-Pérez,
y después que su denuedo
le celebró, por el nombre
preguntó del compañero
que le abandonara al verle
metido en el grave aprieto.
—¿Qué aprieto?
—Todo lo he visto,
y junto á mí, Don Lorenzo.
—Pues yo, señor, que á mi lado
alguien fuera no recuerdo.
—¿Tratas de ocultar el nombre
del que no tienes por bueno?
—Á fuerza de andar con moros,
y en roce siempre con ellos,
algunas máximas suyas

viven en mis pensamientos.
Dicen esos maldecidos:
antes que el agravio, el fuego;
antes que el látigo injurie,
saque la vida el acero.
Si alguien marchó en mi compaña
y me abandonó en el riesgo,
no hizo bien, y mal yo hiciera
si lo entregase al descrédito.
—No es de moros, Garci-Pérez,
de los que aprendiste aquesto;
—dijo el Rey—te lo há enseñado
el más Divino Maestro.
Sé quién iba en tu compaña,
y también sabido tengo
que de enseñanza y castigo
le ha de servir tu silencio.

VI.

En un lujoso alfaneque
entró don Lorenzo Suárez
y así dijo á un caballero
que en hondas tristezas yace:
—Os miro muy acuitado
y teneis razón bastante,
si pensais en lo que hicísteis
en vuestra mengua, esta tarde.
Lo que el Monarca y yo vimos
no vayais ahora á negarme;
que ya, por vos, Garci-Pérez
hizo lo cierto improbable.
Porque estimación os tengo
os hablo en este lenguaje;
que al buen amigo se deben
decir crudas las verdades.

Os debeis reparaciones
honrosas: vuestro linaje
quiere que laveis la mancha
con chorros de vuestra sangre.
Y debeis á Garci-Pérez
mucha gratitud mostrarle,
pues fué mentiroso, á trueque
de salvaros de cobarde.
Que no lo sois bien lo prueban
el que yo mi amigo os llame
y el ver que, á mi voz, se torna
bermejo vuestro semblante.
—¡Gracias!—dijo el caballero.—
Y no imagineis que trate
de disculpar mi acción mala
con tercas capciosidades.
No encuentro palabras buenas
para dar al mal disfraces.
Hice mal. Y el que mal hizo
es bien justo que lo pague.

De mí propio me avergüenzo.
Y de rafez no se tache
al que á un acto de flaqueza
da una punición tan grande.
No me tendais aún los brazos,
mientras su amparo no gane;
pero á mi nublada honra
luz de vuestro honor prestadle.
Huir del peligro me vieron,
yo, que á mí mismo hice ultraje,
el Rey, vos y Garci-Pérez;
y, para afrenta más grave,
siete moros, y por ellos
toda la morisma infame.
Para que yo, y el Monarca,
vos y Garcí puedan darme,
ó devolverme su estima,
basta que una lid restaure
mi honor abatido; pero
yo ansío que se aquilate,

y que ahora, que está muy pobre,
precio de muy rico alcance.
Á vuestro favor acudo.
Al tendal acompañadme
del muy noble Garci-Pérez,
prestando apoyo á mis frases.
—¿Qué vais á hacer?
—Lo que el cielo
quiera, en mi bien, inspirarme.

VII.

Estaba el buen Garci-Pérez
sentado en un almadraque (8)
frente á un ataifor (9) que brinda
bien sazonados manjares.
Están con el toledano
algunos almogavares
y almocadenes (10), que en todo

son bravos, hasta en hartarse.
Si no dan paz á los dientes,
no dan tregua á los gaznates;
se bebe cual se mastica:
apriesa y con gran coraje.
«¡Una higa para el moro!»
Con risadas atronantes
se burlan los paladines
de andaluces y almohades.
¿Que dura mucho el asedio...?
¿Qué importa, si en cada afruante
á los infiernos envían
diez islámicos enjambres?
Es preciso ganar fuerzas
con suculentos yantares,
para poder tajar luego
del moro en la odiada carne.
Están muy regocijados
dé Garcí los comensales,
hablando, con bocas llenas,

de algaradas y rebates.
Allí Tafur, del hermano
del anfitrión cuenta el lance,
por el cual famoso mote
llevan los de su linaje.
—Perdió las armas—decía—
y entonces, sin acuitarse,
sacó un olivo de cuajo;
y en sus manos de gigante,
maza, y ariete, y martillo,
fué el cepejón formidable.
Alvar Pérez, que veía
las porradas incesantes,
enardecido, «Machuca,
Diego, machuca,» gritábale.
Y él machucaba sin tregua
los craneos de los alarbes.
¡Qué gachas hizo de sesos
el que fué Alcides y Marte!—.
Calla Tafur, y Meléndez,

mostrando rojas señales,
de aquella misma batalla
da pormenores notables.
—Éramos pocos—decía.—
La morisma, innumerable;
Aben-Hud muy sanguinario;
muy barragán el infante
Don Alfonso, y Alvar Pérez
en valor y en cuerpo grande.
Pusimos en Dios las almas.
Antes del tremendo embate
desatamos nuestras culpas, (11)
y después que suplicantes
oímos misa, degollamos
más de quinientos alarbes
prisioneros, que, á la zaga,
eran molesto bagaje (12).
Se mató mucho aquel día.
Y si los campos feraces
de Jerez, tumba de godos

fueron en tiempos distantes,
¡vive Dios! que los difuntos
debieron regocijarse,
al sentir que sus cenizas
se remojaban con sangre.—
Y cuando aquellos leones
se ven en gozo inflamarse,
al evocar de sus triunfos
las memorias perdurables,
en el tendal aparece
el buen Don Lorenzo Suárez,
al lado de un caballero
del cual es grana el semblante.
Quedóse mudo y mohino
Garci-Pérez al mirarle;
pero, cediendo al impulso
de su bizarro carácter,
á los dos recien llegados,
ofreció vino y manjares.
—Vine—dijo el caballero—

agradecido á mostrarme;
y para daros las pruebas
más claras é irrecusables,
he de confesar, García,
que no vacilé un instante
en acudir á este sitio
á rendiros vasallaje.
—¿Vos á mí?
—Siervo me hicísteis,
señor, con vuestras bondades.
—Tomad asiento conmigo
y dejad burlas aparte.
—¿No quereis, ni aun por vasallo,
Garci-Pérez, aceptarme?
—Siempre os he llamado amigo.
—Son amigos los iguales;
y bien sabeis que entre ambos
la desigualdad es grande.—
Quedó confuso García
al escuchar tal lenguaje,

y atónitos sus amigos,
y suspenso el noble Suárez.
—Si queréis—dijo García—
buen caballero, probarme
que estima mayor merece
quien juzgar sus faltas sabe,
olvidando lo que nunca
pensara yo recordarle,
de mi estimación y afecto
muestras os daré innegables,
abriéndoos mis brazos.
—¿Cómo
podré en ellos albergarme,
si no he de tener más honra
que aquella que yo me gane?
—Pues yo he de ser vuestro amigo.
—Pues yo á vos he de igualarme.—
Frunció el ceño Garci-Pérez
y, ya de muy mal talante,
exclamó:—¿Con qué rasero

medís vos las amistades?
—Con el del valor.—
No pudo
el paladín refrenarse
y dijo:—Á mi altura llegan
solamente los gigantes.
—Lo veremos.
—¿Quién tal dijo?
—Quien decir y probar sabe.
Que puesto que mi humildosa
pleitesía desechásteis,
y yo aparté vuestros brazos,
de vuestro afecto en desaire,
y, por siervo, ó por amigo
vuestro, al fin, he de quedarme,
el valor nos pese y mida...
y el valor nos ponga iguales,
ó, á mí de vos, por tan bajo,
que honra sea el vasallaje.
—¿Quereis luchar?

—Con los moros.
Vos y yo, Lorenzo Suárez,
Tafur, Meléndez, y cuantos
escucharon mi lenguaje.
—¿No luchamos cada día?
—Sí; pero nó en el combate
que he imaginado.
—No entiendo.
—Voy claramente á explicarme.
Os reto á todos, señores,
á acometer una grande
empresa que rinda el lauro
más glorioso y envidiable.
Mañana, al rayar la aurora,
partiremos de estos reales,
á pie, caminando juntos
de Sevilla hasta el adarve.
Y el que primero al portillo
del Alcázar regio llame,
ése será el que, en justicia,

pueda de bravo jactarse.
Tal rasero y tal balanza
para enanos y gigantes.
¿Aceptáis mi reto?—
Todos
con un grito resonante,
—¡Sí!—exclamaron; y, estentóreo,
aquel «¡sí!» zumbó en los aires.
Salió el caballero y, cuando
l os valientes capitanes
lo acaecido comentaban,
dijo Don Lorenzo Suárez:
—¡Es un noble caballero
y hace bien en lo que hace!—

VIII.

Partieron de la albergada
con la aurora, recatándose

de todos cuantos pudieran
en su intento embarazarles.
El caballero y García,
y Don Lorenzo Suárez,
van de todos sus amigos,
á gran distancia, delante.
Marchan Tafur y Meléndez,
juntos, con foscos semblantes,
y trás de ellos, en un grupo,
seis ó siete almogavares.
Salieron todos al campo,
pullas diciendo y donaires;
pero, á medida que avanzan,
va el habla en mudez trocándose.
Aquella enorme Sevilla,
con su muro interminable,
todo relleno de máquinas,
todo poblado de alarbes,
se va irguiendo y ensanchando,
creciendo y agigantándose,

terror causando á los ojos,
desmayo á las voluntades.
El sol, al nacer, la envuelve
en roja, esplendente clámide,
siendo broches de centellas
los fulgentes alminares.
¡Causa miedo! Es un coloso
de piedra, de acero y carne,
en que todo hierro es zarpa
y todo agujero fauce.
¡Ay, si el monstruo ve al pigmeo
y llega un punto á irritarse!
Y á medida que más andan,
se ve más ancho, más grande,
más altivo, más terrible,
más feroz, más implacable.
Unos han retrocedido.
Otros, dicen, sin ambajes,
que el reto fué gran locura
y gran locura escucharle.

Tafur y Meléndez marchan,
pero con pasos tan graves
y tan cortos, que, sentados,
á Isvilia llegaran antes.
Solos caminan apriesa,
Garci-Pérez y Suárez,
y el caballero, á quien alas
raudas de los pies le salen.
Estaban ya á poco espacio
de los tremendos adarves
y, al ver los moros á aquellos
tres hombres que á todo escape
van corriendo hacia el portillo
del alcázar de Axatafe,
sorprendidos y admirados
les dejaron acercarse;
mas después, ó recelosos,
ó previniendo un ultraje,
de aullidos y de saetas
llenaron con furia el aire.

El caballero corría
á gran trecho de Suárez,
é iba, por viejo, á la zaga
Garci-Pérez, jadeante.
Todos los gritos del báratro
se oyeron en los adarves.
Envuelto en piedras y llamas,
y dardos, y hoces cortantes,
al portillo del palacio
el buen caballero avánzase.
Y al par que en el duro bronce
hiere con golpe vibrante
con el pomo de su espada
grita con voz formidable:
—¡Mi Rey Fernán ha llamado
tu puerta: Axataf, abre!—

. . . .

Salió recia espolonada;
armóse rudo combate;
en socorro de los bravos,

vinieron de los tendales,
moviéronse muchas tropas
de cristianos y de alarbes
y lo que empezó en apuesta
concluyó en atroz afruante.

. . . .

Y cuando llegó la noche
y á los alfaneques parten,
dijo el noble caballero
á García y á Suárez:
—Pues he purgado mi culpa,
y los tres somos ya iguales,
de estima y de afecto en prueba,
amigos, los brazos dadme.—

. . . .

Y el Rey que supo la hazaña,
como bravo y como sage,
primero mandó prenderles
y después felicitarles (13).

IX.

Está el primer Almirante
de Castilla siempre en vela,
pues á su armada triunfante
la astuta morisma cela
con una traición constante.

Cada dia, destructor
es de alguna nave infiel;
pero del moro el furor
crece más, cuanto mayor
es su castigo crüel.

Aquella mansa corriente
de tan floridas riberas,
de tan perfumado ambiente,
de brisas tan placenteras,
de linfa tan transparente;

aquellas de argentería

aguas, que, en rotos espejos,
á la luz del claro día,
dan los azules reflejos
del cielo de Andalucía,

no son la bruñida malla
para un arnés de batalla,
como las cantó Itimad (14);
allí escondido se halla
el mar de la Eternidad.

Siempre Bonifacio, lleno
de gozo, vió convertida,
tras de la lucha reñida,
el agua, en sirte de cieno,
de roja lama teñida.

De aquel río en la angostura
ha de vivir y luchar
el hombre que quiso hallar,
por campo de su bravura,
la inmensa extensión del mar.

Agítase allí encerrado,

sin que nada su ira embote,
como por el mar volcado,
en estero desaguado,
se revuelve el cachalote.

¡Siempre allí, fijos los ojos
en la puente de Atrayana,
mole que le muestra ufana
en sus hierros los cerrojos
para su esperanza vana!

El Almirante suspira
por quebrar el duro encierro
en que humillado se mira,
y quiere, ardiéndose en ira,
que el pino destroce al hierro.

Quiere á la puente embestir,
y sus cadenas romper,
y aguas arriba subir,
y llegar, luchando, á ser
amo del Guadalquivir.

Pero es el moro sagaz

y adivina el pensamiento
del valiente Bonifaz;
y para burlar su intento
no se da instante de paz.

Ya la puente es fortaleza.
duro hierro es su corteza
y en nervios mil se eslabona.
¡Es un monstruo, con cabeza
de furibunda Gorgona!

Si Bonifacio, sañudo,
la mole á embestir llegara,
ella el tope rechazara,
como á piedra que á un escudo
de bronce un niño lanzara.

Y no sólo trabajando
está en la puente orgullosa
el islamítico bando:
máquina atroz va forjando,
con intención pavorosa.

Se ven en el Arenal,

en montones esparcidos,
zarzas, troncos carcomidos,
resina, azufre, metal
y cueros de aceite henchidos.

Cien maderos, bien trabados
por cadenas muy potentes,
son á las aguas botados,
y á fuertes proix amarrados
por cables muy resistentes.

En la tremenda almaidía,
grande como el cauce extenso,
un bosque entero caía,
y de nafta se rocía
el maderamen inmenso.

No hay sitio en que no se vea
bajo zarzosa maraña,
mucho aceite y mucha brea,
y líquido alquitrán baña
pino añoso y blanda anea.

Detrás de aquella espantosa

máquina, invención de Orías,
se ven, en turba medrosa,
xatures, zabras, xaitías,
llenas de alarbia anhelosa.

Los adarves y terrados
están de muslimes llenos,
con los ojos agrandados,
los labios de asombro helados,
y palpitantes los senos.

Se esperó á que la marea
empezase á decrecer.
El viento hacia abajo orea.
Y entonces brilla una tea,
se oye la troza romper,

y luego se ve brotar
una llama, y después mil;
y rio abajo bogar,
lo que no pudo Izrafil,
ángel del dolor, soñar.

De frenética esperanza

toda la ciudad dió un grito,
al ver el fuego que lanza
el volcán, que raudo avanza
contra el cristiano maldito.

Cuando el alquitrán ardió
y la nafta se incendió,
y el bosque se hizo una hoguera,
el ígneo monte rugió
cual si el infierno en él fuera.

Y humo cubrió el cielo, y roja
se vió toda la ciudad.
Y aquel horror acongoja:
pues bulle el agua y se moja
en llamas la inmensidad.

Vieron Fernán y el fonsado
aquel monstruo no soñado,
más que Leviathán terrible;
y sintió miedo invencible
todo el campal del cruzado (15).

Y el ígneo monte corría;

atronador restallaba,
y, entre el humo, parecía
que era el agua la que ardía
y el aire el que llameaba.
Tembló Bonifaz valiente,
al sentir del monstruo hirviente
el devorador aliento,
y, en Dios puesto el pensamiento,
gritó á su indómita gente:
—¡Picad los cables y amarras!
Al remo todos y... ¡á huir!
que aquí habremos de venir
cuando olas tengas, no garras
de infierno, Guadalquivir.
Cables y amarras cortaron,
y los remos empuñaron,
y con empuje tan fuerte,
que gran distancia ganaron
á las alas de la Muerte.
Huyen en turba apretada

terrads, taridas, drumones,
como corren en manada,
ante el fuego de incendiada
selva, corzos y leones.

Y á compás de los crujidos
que lanzaban los maderos
por el fuego al ser prendidos,
sonaban los resoplidos
de los furiosos remeros.

El monstruo les azuzaba
con su látigo de hoguera,
que alguna vez se alargaba
para herir á la galera
que un instante rezagaba.

Iban huyendo y volando,
entre humo y horror pensando
en aquel monstruo espantoso
que ya caza les va dando
y cada vez más furioso...

Ya la asfixia los marea...

Ya el terror los acongoja.
Ya en sus ojos centellea
la atroz llamarada roja
que por doquier les rodea.
  Entonces sonó vibrante
el grito del Almirante...
—¡Hijos!—exclamó—¡virad!
y ahora, ¡al remo! y ¡adelante,
á entrar en la Eternidad!
  Los tajamares se hundieron
en lava hirviente, salieron
los remos, y chorrearon
ascuas, las naves crujieron,
pero el volcán destrozaron.
  Quebrantóse la almaidía
de la flota al rudo bote:
y en el agua, que aún bullía,
en solfataras ardía
en trozos mil el brulote.
  Los recios troncos quemados,

que, sueltos, raudos bogaban
por el reflujo arrastrados,
las vértebras semejaban
de ictiosauros calcinados.

Salieron de aquel horror.
Libres ya, el Guadalquivir
surcar pueden sin temor,
y dar salida al furor
que hace sus pechos hervir.

Llamas de infierno han sentido;
del infierno se han librado;
pero Satán ha prendido
en el alma del cruzado
la rabia del maldecido...

¡Ay del moro! Sus xaitías
y sus zabras que, gozosas,
y traidoras, cuanto impías,
tras del fuego van ansiosas,
con alborozo de harpías,

vieron las naves tornar;

las vieron un solo instante.
Y ni una pudo contar
cómo se sabe vengar
el castellano Almirante.

X.

¿Dónde estábais, los valientes
caudillos del Rey Fernán?
¿Dónde estabas, Garci-Pérez?
¿Dónde estabas, Gallinaz,
que en ayuda no acorrísteis
del Gran Prior de San Juan?
Salió con sus caballeros
en mal hora, á recobrar
unas vacas, que el astuto
moro le sacó rapaz,
y cayó en una celada
de la que no volvió más.

En ella murieran todos
los cruzados de San Juan,
si los Obispos de Córdoba
y de Coria, en trance tal,
no hubieran con sus ginetes
ahuyentado á los de Agar (16).
¡Ay, cómo torna á su campo
el Gran Prior de San Juan!
Su ensangrentado cadáver
sobre largo escudo va,
en hombros de caballeros,
que lloran al caminar.
Del diestro conduce un paje
á engualdrapado alazán,
que estira el cuello, olfatea,
y tristes relinchos da.
Otro paje, junto al potro,
lleva y mira sin cesar
una espada que fué rayo,
y ahora es mellado metal.

Y en pos, heridos y mustios,
ceñudos, y sin hablar,
montados en sus bridones,
y apretados en un haz,
avanzan los caballeros
del Gran Prior de San Juan,
y cierran la comitiva,
que es cortejo funeral,
las huestes de los Obispos,
cuyos atambores van
broncamente redoblando,
destemplados, sin compás.
Llegaron al campamento
cerrada la noche ya,
pues pesa un cadáver mucho
y agobia la angustia más.
Era la noche muy negra.
El aire fuerte y glacial.
Todo el fonsado dormía.
Á Dios oraba Fernán.

Tragándose el llanto acerbo,
sofocando el sollozar,
entraron en la albergada
los del Prior de San Juan.
Cundió la infausta noticia
velozmente por el real,
y huyó el sueño, y el cansancio
se olvidó con la ansiedad.
Se abrieron los alfaneques.
Todo fué bullir, clamar,
roncos gritos de venganza
y lamentos de piedad.
Mil hachones fulguraron;
y á su crespo flamear,
se vió que todos marchaban
á un sitio y con un afán.
Se abrió el fonsado en dos filas,
y en ellas comenzó á entrar
la tan maltrecha mesnada
del Gran Prior de San Juan.

En sangre teñida y rota
trae la seña prioral
el alférez, en la zurda,
pues la diestra quedó allá,
en el rebate, cortada
por un hierro musulmán.
En pos del bravo guerrero,
el que ya no triunfará:
el que está sobre un escudo,
de lo eterno en el umbral.
¡Ay del valiente caudillo
de la Orden de San Juan!
Su caballo le olfatea,
y tristes relinchos da;
y un paje lleva una espada
que fué rayo y es metal.
Y broncos los atambores,
destemplados, sin compás,
entre gritos y sollozos,
no cesan de redoblar.

Salió Fernando al encuentro
del cortejo funeral
y al muerto abrazó y besóle,
piadoso, en la helada faz.
Y vuelve el cortejo fúnebre,
á meterse en el campal,
entre gemidos y al bronco
són del triste redoblar.

. . . .

En el templo de la Virgen
de la Sede (17) abriendo está
una fosa la mesnada
de la Orden de San Juan,
á la luz de unas antorchas,
cuyo rojo flamear
presta al cuadro la más triste
é imponente majestad.
Al borde de aquella tumba
que presto se ha de cerrar,
vestido de todas armas,

las manos sobre el arriaz
de una espada, que fué rayo,
y vana herrumbre será,
yace, en sangrientos despojos,
el Gran Prior de San Juan.
Á un lado, el Rey de Castílla;
sus nobles hijos detrás;
don Lope de Haro, Mariño,
Garci-Pérez, Gallinaz,
Muñoz, Blanco, cien guerreros,
á quienes postra el pesar.
Al otro lado, los freires,
que como si fuera imán
de sus ojos aquel muerto,
lo ven sin pestañear.
Á sus pies la clerecía,
á la que rige el dean,
los frailes con sus priores
y los monjes con su abad.
Ya está cavada la fosa;

ya el lecho dispuesto está
para ese sueño profundo
que no se acaba jamás.
Y entonces un venerable
prelado, con lento andar,
llegóse al muerto, con agua
bendita mojó su faz,
y con voz sonora y grave,
que nadie oyó sin temblar,
al gran Dios de los Ejércitos,
al que arrojara á Satán
del cielo, y á Faraón
sepultó en el hondo mar,
alzó una plegaria ardiente,
clamando:—«Señor, librad
el alma de vuestro siervo,
como librásteis á Abraham,
como librásteis á Job,
á Elías, á Enoch, á Isaac (18).
Y los frailes y los monjes,

todos juntos y á la par,
en un himno prorrumpieron
monotono y sepulcral...
«El Señor es quien te guarda.
»Ni el sol te puede quemar,
»ni el resplandor de la luna
»de noche te dañará... (19).»
Y cuando el salmo concluye,
con infinita piedad
dice el prelado:—¡Descansa
en la paz!
—¡Descanse en paz!—
repiten frailes y monjes.
Y en un clamor general,
el Monarca, los Infantes,
los caudillos, cuantos hay
en el templo, entre sollozos,
murmuran:—¡Descanse en paz!—
Cayó el Prior en la fosa.
Vense ante ella desfilar

guerreros, monjes, prelados,
freires, Infantes, Fernán.
Y arrójale cada uno
tierra en la fosa, al pasar.
De tierra cubrióse el manto,
y tierra cubrió la faz,
y tierra ocultó la espada,
y el caudillo... ¡fué! ¡No es ya!

XI.

Pero el cadáver demandó venganza.
Venganza atroz prometen á la tumba
el valeroso Infante don Enrique,
y el noble Suárez; (20) y venganza juran
Calatrava y Alcántara, que vieron
rota la Cruz por la morisma impura.
Moviéronse las huestes como el rayo,
que antes mata y devora que deslumbra.

Asaltadas, al par, la Macarena
y Benahoar (21), la multitud, confusa,
vió al enemigo al encontrar la muerte
y dió en la huesa al procurar la fuga.
Horrible fué el saqueo y la matanza:
la cólera indomada, atroz la furia.
No halla perdón el niño ni el anciano,
ni la belleza á la mujer escuda.
Todo es incendio, y exterminio, y luto.
El guerrero, ladrón; la muerte, injuria.
Aterróse Axataf. Cundió el espanto
por toda Isvilia. Acongojó la angustia
y sorprendió el pavor. Ya por las calles
creyóse ver las castellanas turbas.
Sólo el noble Alfaquí, sobre su alfário
negro corcel, restablecer procura
la calma y el valor. Recorre el pueblo
y su estentórea voz mueve á la lucha.
Con él Abul-el-Horr y sus ginetes;
con él Zeyad, que el miedo disimula;

el sanguinario Abóo, con su tremenda
tropa, engendro de Parcas y de Furias,
y Omar, también con sus algoces. Nadie
ante el peligro su rencor azuza.
En Benahoar el Alfaquí destaca
á Omar y á Abóo; y espolonada astuta
encomienda á Zeyad; y á Abul le ordena
salir por Vib-ahor, para que acuda
á impedir que las huestes de Fernando
en la extendida alvara se reunan.
Él corre, con el pueblo, á la defensa
del barrio macareno. Su apostura
de Marte vencedor, sus inyectados
ojos de tigre, que al mirar fulguran,
su voz tonante, el entusiasmo prenden,
y alma recobra la ciudad inulta.
Y sintíó el saqueador de toda Isvilia
la acometida atroz, la fuerza ruda,
la embestida tremenda, irresistible.
¿Quién detiene al alud que se derrumba?

¿Quién al Guadalquivir ataja el paso
cuando hecho mar á la campiña inunda?
Saltó el muro el cristiano. El que una puerta
quiso hallar, encontró las de la tumba.
El botín recogido fué arrojado.
Allí el hierro, no el oro, es la ventura.
Salió el Faquí de la ciudad. Su potro
corre, vuela; y metido entre blancuzca
nube de polvo, cual tremendo rayo
el aire rasga y á la Muerte busca.
Y llegó á Benahoar, donde el combate
es vértigo rabioso y do no triunfa
ni Jesús, ni Mahoma. Allí se mata
por sed de sangre y por afán de hartura.
Ve á Omar el Alfaquí. Ve á su enemigo
cercado por doquier y que ya lucha
como el que á morir va. Lanza el caballo
al sitio en que la tierra es sepultura,
y acude á Omar, cuando en el polvo rueda,
y el blandir de un acero le deslumbra.

Mas la espada no hirió... Cayó en el polvo
el hierro; el que la alzó, bajó á la tumba.
Descabalga el Faquí y á Omar se llega...
Y cuando, por piadoso, le pregunta
si herido está, y le palpa, arrodillado,
y con sus manos el sudor le enjuga,
oye á Omar: —¡Alfaquí, tú eres mi afrenta!
¡Te odio y me salvas...! Tu piedad me insulta.
¿Deberte á tí la vida...? Con la muerte
necesito vengar tamaña injuria.—
Dijo el xeque; y traidor, corvo cuchillo
en las espaldas del Faquí sepulta.
Rompió el acero la argelina malla,
y la carne rasgó. Fiera convulsa
no lanzara un rugido semejante
al grito del Faquí... grito de angustia,
de execración, de espanto.—¡Miserable!
¡Tú eres Iblís con humanal hechura!
—¡Muere!—dijo—¡Felón! Y alzarse intenta;
mas le prenden las garras de la furia,

y otra vez del puñal, y otras cien veces,
siente en su malla resbalar la punta...
—¡Venid!—gritaba Omar—¡venid, cristianos!
¡Os tengo al Alfaquí!.. Y en la locura
del odio y la agonía, al tigre fiero
la serpiente enroscábase iracunda.
Orías, jadeante, con las manos
el cuello aprieta del maldito Judas,
y sus ojos ve huír, y amoratarse
su rostro horrible, y de viscosa espuma
y de sangre brotar chorros hirvientes
de los labios que luego el alma esputan.
Y quedóse al cadáver abrazado,
por el horror transido de la lucha.
Siente unas manos que en sus hombros tocan,
y levantarle, con afán, procuran,
y oye una voz vibrante que le dice:
—¡Álzate y ponte en salvo! ¡Dios te ayuda!—
Alzóse el Alfaquí y ante sus ojos
halló un viejo cruzado. Su apostura

era imponente... Entre rojizas manchas,
la Cruz de Cristo como sol relumbra.
—¿Quién eres tú?
—Me llamo Garci-Pérez.
—Y ¿conoces, caudillo, á quien escudas?
—Á un hombre.
—Á un moro.
—¿Y qué?
—Me llamo Orías.
—¿Eres tú el Alfaquí...?
— Sí, por la suma
piedad de tu valor. Pero ¡arrepiéntete!
¡Éste me entregó á tí! ¡Hiere! ¿Qué dudas...?
¡Hiéreme con tu espada y mi cabeza
lleva á Fernán!; Mi muerte te asegura
riquezas y poder! ¡Quiero pagarte!
¿Me crées cobarde y me desprecias!
—¡Nunca!
pero es vil el oficio de verdugo,
y soy noble cual tú...

—Si quieres, ¡lucha!
y ¡vénceme en la lid, buen caballero!
—¿Cómo lidiar contigo, si trasuda
sangre tu malla? Vén, monta á caballo.
—Pero mis tropas...?
—La victoria es suya...
¡Marcha! ¡Parte!
—Te debo la existencia...
—¡Á la Cruz de mi Dios, que al bien impulsa!

QUINTA PARTE

LOS SUEÑOS DE ORÍAS



I.

No el temor de ver muerta la esperanza;
no la angustia opresora del desvío,
ni el miedo á la mudanza,
ni la rabia celosa, ni el impío

torturador tormento
de encontrar en el alma hiel y frío,
afligen de María el pensamiento.
Contempla, con espanto,
cómo á un infame amor dió su albedrío
albergue en lo recóndito del alma.
Y aquel amor de envenenado aliento,
que ya vive entre sombras y entre llanto,
le arrebató la calma,
y por placer le dió remordimiento.
¡El moro! ¡el moro...! Aterrador verdugo,
y, al par, también de su memoria encanto;
lazo de flores y tremendo yugo:
fantasma que la acosa y la rodea
y de todo su sér se enseñorea.
¡El moro! ¡El enemigo sanguinario
de su raza y su Dios! ¡Y ella, perjura,
de Jesús al indómito adversario,
le confesó su amor ó su locura!
¡Oh, mujer infeliz! ¡Cómo quisiera

que odio su amor, inextinguible, fuera!
¡Y con el moro sin cesar delira!
Si no le ve, suspira;
y languidece si le encuentra al lado;
le aterra el ver manchado
de sangre su vestido esplendoroso...
Y por que más la pena la taladre,
escucha en su interior terrible acento
preguntarle con eco clamoroso:
«Esa sangre, ¿será la de tu padre?
¿Será la de tu esposo?»
Cuenta al viejo Garcés sus agonías,
y el ciego-mudo se horroriza y pasma,
y surge de los labios del fantasma
el aullído de Furias y de Harpías.
¡Qué horrible es, pobre niña, tu existencia!
Por confidente, un mudo,
un ciego por escudo,
y un moro por amante y providencia.

II.

Aunque hipócrita lo oculta,
¡Cuán alegre está Arbalaya,
desde que encontró el tesoro
imán de sus esperanzas!
¡Su tesoro...! No consiste
en montones de oro ó plata,
con los que se compran gustos
que jamás le hicieron falta.
Una mina es su tesoro,
húmeda, profunda, larga;
mina que no da riquezas,
pero sí esconde venganzas.
Muy cerca del primoroso
camarín de la cristiana,
junto al lecho en que una noche
se cubrió de rojas manchas,

bajo espesos matorrales
y escombros de rotas lápidas,
de un lóbrego subterraneo
halló la puerta cegada.
De la noche entre las sombras,
cavó, con cautela y maña,
y pronto vió que el eunuco
fué veraz en sus palabras.
Halló unos huesos podridos,
que mohoso hierro aplasta:
el hierro de dos cadenas
que á dos cuerpos enlazara.
¡No mintió el eunuco! Aquellos
despojos que ve Arbalaya
de Aben-Hud la ira celosa
y el cruel castigo delatan.
Aquellos sucios despojos
fueron cuerpos de dos almas:
un hombre, de amor cegado,
y una lasciva sultana.

Abrió el amante el camino
para ver á su adorada,
y fué la cita ¡lo eterno!
y su placer crudas ansias.
Uno al otro encadenados
en aquella tumba helada,
sus amores convirtieron
en sofocadoras rabias.
Con sonrisa desdeñosa
mira un instante Arbalaya
los huesos y las cadenas
que crujen bajo sus plantas.
Echa luego hacia adelante
como una serpiente, á rastras...
¡Era muy larga la mina
y era su negrura helada!
Al fin la luz vislumbróse...
¿Dónde, dónde se encontraba?
Junto al río: entre olorosos
naranjos, que á la luz blanca

de la luna, parecía
que estrellas rotas nevaban.
Ve muchos troncos talados,
mucha madera hacinada,
muchas hogueras ardiendo,
y al resplandor de las llamas
tendales y centinelas,
pendones y horribles máquinas...
¡Ah, dicha! ¡Tesoro inmenso
el que la mina guardaba!
Allí, enfrente, negro, altivo,
el torreón del alcázar
de Orías: del amo odioso
que el corazón le ataraza...
Y delante, á corto trecho
de donde está, las bizarras
huestes de Iván y Alvar Sánchez,
de Mari-Sol vida y alma.
¿Qué hizo el monstruo? ¡Quién lo supo!
¿Habló á la gente cristiana?

¿Prometió al padre su hija?
¿Al novio la desposada?
¡Quién lo supo...! Mas ¡qué alegre
entre las tinieblas pasa
de la mina, como un topo,
la noche el vil Arbalaya!

III.

—¡Debo la vida á un cristiano!
¡La Cruz de su Dios me salva!
(triste el Alfaquí decía,
al penetrar en su alcázar.)
Por la Cruz podrán mis ojos
contemplar á la cristiana,
por la cual siente mi pecho
puro amor sin esperanzas.
¡Ay, la Cruz...! Por ella vivo;
pero ella también me mata.—

Presto acudió el mayordomo.
Y dijo el Faquí:
—¡Arbalaya!
vengo herido, mas te mato
si no olvidas tal palabra.
—¡Señor!—exclamó el inícuo,
entre engañadoras lágrimas.—
¿Tú, herido...?—y ansiosamente
con sus manos le palpaba.
—¡Lleno estás de sangre! ¿En dónde
está la herida?
—En la espalda.
En donde siempre los Judas
el traidor cuchillo clavan.
Toma esta llave y del cofre
que está en ese escañil, saca
un pomo negro: unas gotas
echa en la herida, y descansa;
que es tan buena medicina,
que sano estaré mañana.

—¡Aquí está!
—No te equivoques,
que muchos venenos guarda
ese cofrecillo.
—Toma.
¿No es éste?
—Sí.
Y Arbalaya,
al mismo tiempo que Orías
del traje se desnudaba,
en el cofre, ávidamente,
hundía feroz mirada.
En su alhamí recostóse
Orías... Con voz opaca
dijo al marfuz mayordomo:
—¡Vamos! ¡vén! ¡Cura mi llaga!—
Cumplió el inícuo la orden,
y al mismo tiempo que tapa
el pomo y le vuelve al sitio
que tuvo en el cofre, saca

de un frasco de malaquita
dos granos de una substancia,
que él sabe que es el veneno
que más poco á poco mata.
Y echa la llave y la entrega
al Faquí, que ya en letárgica
postración, pesadamente,
la convulsa mano alarga...
Momentos después, Orías
calenturiento soñaba.
Entonces, junto á su lecho
se irguió terrible Arbalaya,
y con voz de odio y de cólera
murmuró con sorda rabia:
—¡Tú me azotaste en el cuerpo!
¡Yo te azotaré en el alma!—

IV.

Soñaba el Alfaquí. ¡Sueño terrible!
Tremenda angustia le acongoja el alma.
Quiere gritar, y gemidor sollozo
muere en sus labios, que la fiebre abrasa.
Y soñaba... ¡Si fueran realizables,
ó posibles, los sueños que le espantan!
¡Si pudiera existir aquella isla
por fantásticos monstruos habitada,
ni el eternal infierno imaginado
por el odio, el terror, ó la vesania,
lograran compararse con aquella
tierra, conjunto de erupción psoriaca!
¡Soñaba el Alfaquí! ¡Sueño espantoso!
¡Cuánto le abruma y cómo le desgarra!
. . . .
Era el mar y la noche. Un largo esquife,

con forma de ataud, lento bogaba
sobre las olas y, entre nieblas frías,
con rumbo cierto hacia lejana playa.
Álzase sobre el mar, en la espesura
de la tiniebla, colosal fantasma,
aborto de la noche, á quien del seno,
al huir del sol, cayósele en el agua.
Era una isla... El funerario esquife
lentamente á su costa se acercaba.

. . . .

Y el sol iluminó. También el astro,
beso de Dios y emanación del alma
de la feliz Natura, allí su lumbre
y su calor de vida derramaba.
De la barca saltaron unos hombres
siniestros, pavorosos. Fué arrancada
del fondo de la nave una llorosa
mujer que tiembla, y grita, y se desmaya.
¡Oh beldad hechicera! ¡Oh dulce encanto!
¡Dios la quiso formar para mirarla!

Y Orías revolcábase en su lecho,
y cual vencido toro resoplaba.

. . . .

Á la hermosa mujer sueltan los hombres
sobre un peñasco, en la arenosa playa,
y retornan al barco y, presurosos,
la costa evitan y las ondas ganan.
Un grito horrible ensordeció el espacio.
Un grito de mujer. Y él en la ráfaga,
en la espuma, en el cielo, en los candentes
rayos del sol, angustiador clamaba:
—¡Orías, ten piedad...! ¡Perdón, Orías...!
¡Misericordia...! ¡Vén...! ¡Espera...! ¡Aguarda...!—
Y al grito aquél, menos los hombres, todo:
el cielo, el mar, el sol, todo lloraba.
Y en su sueño, el Faquí tal vez sentía
ahogarse en un Oceano de lágrimas,
y él, también, sudoroso y palpitante,
clamaba sin cesar:—¡Espera...! ¡Aguarda...!—
La mujer quedó allí, sobre una roca,

yerta, y fija la atónita mirada
en la extensión del mar. Ve, allá, á lo lejos,
brillar un punto negro que se apaga,
que se sorbe lo azul. ¡Dió un alarido!
Lo infinito ha tragado su esperanza.
Y mira por doquier. Aquella tierra
que la estremece, á su dolor, ¿qué guarda?
¿Qué es aquello que ve? ¿Qué indefinible
monstruo es aquel que, á tropezones, baja
por el cantil? ¡Delirio de su angustia!
Aquello no es verdad. La forma humana
no así puede trocarse. Y, sin embargo,
es hombre y bestia, en confusión extraña.
Su rostro, de león; mas la melena
le ha comido el ardor de la pelagra.
¡Es un hombre! ¡Y aquel que ya le sigue,
hombre también, pero con pies de abada.
Y aquellos que ahora surgen de las peñas,
también humanos son; pero sus caras,
fúnebres y diabólicas, parecen

carnosas muecas de espantables máscaras.
Por un lado, hinchazones monstruosas,
odres de pus, quiméricas botargas;
por otro lado, momias y osamentas
que largas tiras de pellejo arrastran.
Las orejas de aquél sobre los hombros
con tumafactos lóbulos descansan,
y es la nariz de aquéste enorme trompa
que el agujero de los labios tapa.
Y los horribles seres, repoblados
de costurones, de asquerosas llagas,
tubérculos y mil fungosidades,
fétidas costras, purulentas masas...
Leones, lobos, sátiros semejan,
y elefantes también, y hórridas larvas.
¡Y aquel mundo deforme está agitado
de la lujuria por furiosa rabia...!
¡Y aquel horror la ha visto! ¡Y ya por ella
todo se mueve y convulsivo marcha,
y con profundas, sepulcrales voces,

el infierno corrupto la demanda...!
Y ella, loca de horror, corre... la siguen...
Y otros cien monstruos su carrera atajan,
y rompen sus vestidos, y, desnuda,
huye y grita, y el mar busca con ansia.
¡Ya es imposible huir! La tiene asida
el hervidero de vivientes llagas.
¡Sobre ella se volcó la gusanera!
¡La lepra con sus pústulas la abraza!
Y allí, sin descansar, en un martirio
en que el dolor se expresa con las náuseas;
allí, sin descansar, sintiendo el beso
hediondo y punzador de la cloaca,
y herida por los dardos de las bestias
que la tunden, la muerden y la aplastan.
¡Sobre su carne la espantosa isla
con sus leprosos mil se revolcaba! (1)
—¡Ay!—gritó Orías, despertando.—¡Cómo
la vil se venga de mi atroz venganza!—



SEXTA PARTE

LA VIRGEN DE LA ANTIGUA



I.

Fulgor vertía desde el alto cielo
la blanca luna, nacarado broche
del tachonado velo
que cubre las espaldas de la Noche.

El astro rutilaba
y el adormido suelo
con su nítida lumbre plateaba.
Cual de cristal de roca aparecía
la espléndida ciudad, la encantadora
reina de la feraz Andalucía.
La brisa arrulladora
mecer quiere su sueño y va ligera
por su extenso recinto revolando,
y de sus leves álulas soltando
aromas que le dió la Primavera.
¡Ay de Isvilia! Sus ricos alhamíes
no son nidos de amor. Tristes plegarias
se escuchan y no besos. Las huríes
sin alhaites (1) lloran solitarias.
¡Ay de Isvilia! En sus próvidos vergeles
la flores se marchitan.
En sauces se transforman los laureles.
Do arpegió el ruiseñor cuervos se agitan.
¡Maldita la ciudad en que las flores

no languidezcan al fragante aliento
de la mujer, que canta sus amores
al par que el ruiseñor trinos da al viento!
¡Ay de Isvilia! Se escucha en su recinto
el grito del furor, el lamentoso
gemido de la angustia, el nunca extinto
clamor de la venganza en són rabioso.
En cada hogar un féretro; un osario
en cada plaza. ¡Desdichada suerte!
¡Estaba escrito! Á la ciudad hermosa
cubre Fernán de fúnebre sudario.
Son sus muros tapiales de una fosa
y á su borde sentada está la Muerte.
Los adarves de sangre enrojecidos,
y siempre por Fernán amenazados,
oprimen los latidos
del corazón de Isvilia. Aquel asedio
tenaz, incontrastable,
sin fin y sin remedio,
causa angustias y horror no imaginados.

El cerco inexorable
es un aro de hierro que sujeta
su voluntad, que su pulmón oprime,
que su garganta aprieta
y su asfixiado espíritu deprime.
Calló el placer; se amordazó el cariño.
La hermosa favorita
en árido abandono languidece.
La madre oculta al niño,
y al verle sonreir de amor palpita,
y de miedo á perderlo, desfallece.
«¡Guerra!» clama el jatib (2) en la mezquita;
«¡Guerra!» dice el Monarca en su palacio;
«¡Guerra!» el dervichs (3) en el exhausto zoco.
Y el grito de la alghied llena el espacio,
con el cálido aliento del siroco.
De la ciudad en el terrible encierro
palpita el popular enfurecido,
y todo estalla con la voz del hierro,
y va el encono de metal vestido.

Y la ferrea loriga tan soldada
está á la piel del musulmán valiente,
que el hombre al hierro da su furia ardiente
y el hierro al hombre su dureza helada.
Tomó el pueblo el furor de la agonía
del que en cerrada tumba se despierta.
Fuera, en la alvara, el sol y la alegría,
la vida y el placer; que cada puerta
amurallada trueca en sombra fría.
¡Cómo Axataf contempla desde el muro
los alfaneques del Iriam cristiano
y del vil Alhamar! ¡Cómo al impuro
bando de buitres se asoció el milano!
¡Allí están! ¡Siempre allí! Cual algarradas (4)
y arietes furiosísimos golpean,
de las huestes tenaces, las miradas
en las torres y muros que flaquean.
Las vió allí el sol de Ramadán (5) ferviente
y allí de Moharrán (6) la luna hermosa,
y de Gemadi (7) el perfumado ambiente,

y de Dulájiat (8) la humedad brumosa.
Isvilia huele á muerto. Y la rodean
los buitres y en su carne picotean.
¡Allí están! ¡Siempre allí! De sus tendales
ve la enorme extensión. Toda Tablada
es armígera selva, de marciales
victoriosos pendones adornada.
Allí los almogávares bravíos
que centauros semejan; los golfines,
tan hoscos y feroces como impíos;
allí caballerescos paladines;
allí las bravas huestes triunfadoras
de abadengos, concejos, behetrías,
de Castilla y León; y, en su compaña,
mesnadas de Aragón y Cataluña,
y los nobles cruzados de Alemaña,
de Francia y Portugal. ¡Oh, cómo Orías
acertó al predecir el fin cercano
del victorioso imperio mahometano!
Pero Kaleb, y Abul, y Obeid ¿no pueden

romper aquel dogal de carne humana
que ahoga á la ciudad...? Deshechas ceden
sus ilusiones cuando, absorto, mira
aquel rudo fonsado, sierpe inmensa,
que allá en Toliatha se revuelve y gira,
cada vez más furiosa y más cercana.
¡Sólo Alláh es vencedor! ¡Estaba escrito!
¿Será inútil la acérrima defensa?
¿El poder almohade está maldito?
Está maldito, sí. De la albergada
ve, del Rey de Castilla, blanca nube
al cielo dirigirse, arrebatada
en las fúlgidas alas de un querube.
No es humo del incienso evaporado:
es de plegarias fervoroso aliento;
es la oración del alma del fonsado.
Y en mitad de la nube brilladora
ve el mísero Axataf, calenturiento,
la imágen de la Cruz conquistadora.
¡La Cruz! El árbol que el Empíreo escala;

no el de *Tuba* (9), que en lluvia de rubíes,
de ricos frutos, al muslím regala
—sólo para el placer—lindas huríes.
La Cruz de roja sangre está vestida;
pero de cada gota
que salta de Jesús por cada herida,
brota la Redención y el Amor brota.
¡El de la Muerte es árbol de la Vida!

II.

—¡Soldados de Jesucristo,
de la Santa Cruz guerreros,
luchad sin tregua, pensando
en la conquista del cielo!
Matad sin descanso moros,
de Cristo ensanchando el reino,
y vivid como cruzados,
y no como aventureros.

Vayan la fe en vuestras almas,
y la sangre en los aceros,
y la oración en los labios,
y en Cristo los pensamientos.—
Tal el Rey predica á todos
los soldados de su ejército,
ansiando que sus milicias
alcancen el mejor premio.
No mancillan su albergada
el lúbrico desenfreno,
ni la embriaguez, ni la cólera,
peste de los campamentos.
Sabe el Monarca piadoso
que en el combate sin miedo
entra el justo y que el soldado
más valiente es el más bueno.
No tolera en sus tendales
á bayasas, ni á hechiceros,
ni á tafures, ni á beodos,
ni á apóstatas, ni á blasfemos.

Misas, sermones, rosarios,
allí ocupan todo el tiempo
que no se da al exterminio
del odiado sarraceno.
No hay rebate, ni algarada,
ni se pasa alarde bélico,
que no sean bendecidos
por algún Prelado excelso.
Y aquellos hombres terribles,
siempre á degollar dispuestos,
en cuyos ojos va el rayo
y en cuyas bocas va el trueno,
aquellos hombres crueles
que tienen del tigre hambriento
el instinto y que de sangre
nunca se ven satisfechos,
á la voz de sus Pastores
se humillan como corderos,
y obedecen, silenciosos,
cual mandatos sus consejos.

Entre Prelados y Abades,
entre monjes y entre clérigos,
descuella por sus virtudes
el fraile González Telmo.
Por la bondad de sus obras
junto á sí quiso tenerlo
el Monarca, cuya corte
fué de bravos y de cuerdos.
Á su elocuencia cristiana
y á su ardentísimo celo
pidió el Rey que de los vicios
fuesen valladar y freno.
Pedro González apóstol
fué del castellano ejército,
y el adalid de las almas,
y de Cristo señalero.
Unos mozos, gente alegre,
más livianos que soberbios,
probar al Rey de Castilla
en hora mala quisieron

lo vano de sus afanes,
lo estéril de sus desvelos,
lo fútil de sus propósitos,
lo frágil de sus deseos.
Si Fernán hubo escogido
al buen fraile para ejemplo
y corrector de costumbres,
y de virtudes maestro,
y el fraile á pecar llegaba,
y el Rey llegaba á saberlo,
claro le demostrarían
que no es de los campamentos
cosa propia la aspereza
que rige los monasterios.
Y entonces... Marte podría
vivir con Baco y con Venus.
Llegó al campo una hermosura
de las que acuden al cebo
de la ganancia, y los mozos
tomáronla por señuelo.

Prestamente la adiestraron,
gruesa suma le ofrecieron,
y picaron su amor propio,
en las de tal laya, extremo.
La ramera aguardó ansiosa
la noche, y con gran misterio,
mas dando aviso á los mozos,
se entró en el tendal de Pedro.
Una antorcha iluminaba
el recinto. Ante un pequeño
altar portátil (10), de hinojos,
el fraile rezaba férvido.
La mujer lanzó un suspiro
y exclamó con triste acento:
—¡Óyeme, oh padre; que en nombre
de Jesucristo te ruego!—
Quedó pasmado González
y creció su asombro, oyendo
á la mujer que, llorosa,
le dice:—¡Oh padre! yo vengo

13

á buscarte, arrepentida:
con afán á tus pies llego
de desatar los pecados
que me agobian con su peso.
—Ni hora ni sitio oportunos,
—dijo el fraile—son aquestos....
Vén mañana.
—¡Oh Dios! ¿Mañana...?
Y ¿si en esta noche muero...?—
El santo varón turbóse
por tal respuesta, temiendo
que aquel alma se perdiera,
por diferir su remedio.
—¡Hija mía...! ya te escucho,
sólo á tu bien atendiendo.
—Padre, lo que mi alma oprime
y la abrasa en vivo fuego
es tu amor. Yo perseguida
siempre estoy de tu recuerdo,
y un martirio es mi existencia,

y mi pasión un infierno.
—¡Jesús!—exclamó González,
con horror, vergüenza y miedo.—
Quiso huir: mas la ramera,
apelando al lloro acerbo
y á la persuasión, pintóle
la amargura, el desconsuelo,
el dolor que dan las ansias
de sus carnales incendios,
por los que hace hervir su sangre
la médula de sus huesos.
Era la mujer garrida;
eran muy dulces sus ecos,
y la noche muy obscura,
y muy solo el aposento.
El santo varón, atónito,
miraba á sus pies, gimiendo
aquella mujer, que rasga
los cendales de su seno,
mostrando cuajadas nieves,

hogueras de los deseos.
—No permita Dios—le dijo,
inspirado por el cielo—
que tus ansias desespere
avivando tus tormentos.
Espera pocos instantes,
mientras que preparo un lecho,
para que en él, y á mi lado,
tenga tu fiebre consuelo.—
Alzó el destajo (11) y, convulso,
fuese al contiguo aposento,
y á un montón de leña seca,
impávido, prendió fuego.
Llamó á la mujer el fraile
y enseñándole el brasero
exclamó:—Si es tal cual dices
el amor que arde en tu pecho,
si son tan duras las fiebres
que te devoran el cuerpo
y tan terribles las furias

que en tu corazón prendieron,
vén: mi carne dará calma
á tu carne, en este lecho
de llamas, donde las tuyas
podrán convertirse en hielo.—
Tal dijo el fraile y al punto
lanzóse sobre el brasero,
con una cruz en las manos
y en Dios su espíritu puesto.
Desmayóse horrorizada
la mujer, y los mancebos
libidinosos, que espían
todo cuanto pasa dentro
de la tienda, en ella entraron
y de ella después salieron,
con lágrimas en los ojos,
y contrición en los pechos. (2)
Y el insigne Rey Fernando
pudo, por González Telmo,
hacer que sus paladines

y sus bravos mesnaderos,
moros matando en la tierra,
fuesen conquistando el cielo.

III.

Corriendo va la tierra
la armígera mesnada
que al islamita aterra,
gritando, alborozada,
con voz que trueno es:
«¡Santiago, cierra! ¡Cierra!
¡Victoria á los de Uclés!»
Ya sube el escarpado
riscal del alto cerro;
veloz ya se desliza
cual víbora de hierro
por la árida pedriza;
ya tras la verde loma

se oculta y, lentamente,
en larga hilera asoma
al borde del torrente;
ya surge del pantano;
ya se entra en la cañada;
ya, cual centella, al llano
se lanza desbordada,
y grita, al par que corre,
con voz que trueno es:
«¡Santiago, cierra! ¡Acorre,
Santiago, á los de Uclés!»
—De Niebla el Rey, furioso,
hundir, borrar desea
el nombre victorioso
del gran Pelay Correa.
Oyó despavorido
cual nuncio del estrago,
en són de atroz rugido,
el nombre de «¡Santiago!»
sabiendo, por mancilla,

que aquella voz guerrera
del moro es la cuchilla;
de su poblado hoguera;
de su poder mortaja;
y que, al ferviente grito,
el gran Apóstol baja
contra el de Agar, maldito.
Y á los de Uclés espera
no obstante, confiado.
Ya toda la Calera
de tropas ha sembrado:
están allí hacinadas
sus huestes más bravías
y brotan llamaradas
las lanzas y gumías.
El monte resplandece
con bélica espésura;
que van á andar parece
la sierra y la llanura.
El hórrido combate

será derrumbamiento;
la lid, furioso embate;
la lucha, aplastamiento;
y aquella turba fuerte,
que al bravo aljeme (13) asombra,
en brazos de la Muerte
será perdida sombra.
Los vió Pelay Correa;
los vieron los cruzados;
ya van á la pelea,
de cólera cegados.
Su grito rasga el viento.
El cántico es de gloria:
él da marcial aliento;
él llama á la victoria.
Él al muslime aterra,
pues voz de trueno es:
«¡Santiago cierra! ¡Cierra!
y ¡salva á los de Uclés!»

Y furiosos embistieron,
y en aquel enjambre entraron
siendo la mesnada sólo
una espada, un alma, un brazo.
Entraron, cual segadores,
para cortar á destajo,
y hacer gavillas de muertos,
con gran prisa y sin descanso.
Parar un punto en dar golpe
era ser muerto: quien tajo
no dió seguro, á la fosa
se querelló de sus manos.
Como la cuña en la hienda
avanza á golpe de mazo,
así la mesnada, al filo
del acero, penetrando
va en la espesa muchedumbre
que le cierra todo espacio,
y que acongoja y asfixia,
y causa horror y cansancio.

Allí están todas las furias,
todas las iras del báratro,
unidas en haz inmenso,
para acabar al cristiano.
Ni un caballero, ni un freire
de la orden de Santiago,
podrá contar al Monarca
que es la Calera un osario.
La hueste será sorbida;
de ella no quedará rastro.
Las arrasadas enhiestas
y los pueblos incendiados
y las atalayas rotas
dirán: «¡Por aquí pasaron!»
Mas se borrarán las huellas
de aquellos hombres bizarros
y únicamente los buitres
dirán: «¡Hasta aquí llegaron!»
Pero luchan: ellos saben
que han de morir; van los brazos

hacia la Muerte tendiendo,
y van, al morir, matando.
Matando con loco empuje;
con furor de condenado:
como quisiera á las olas
destruir el pobre náufrago.
Ya sus espadas son sierras,
rojos mandiles sus mantos,
y en los hierros de las mazas
los sesos que hubo en los cráneos.
Y va la humana maleza,
herida por golpe tanto,
abriendo á los leñadores
largas sendas, grandes claros.
Los que á distancia se encuentran
no quieren llegar al radio
de la muerte y los heridos
evitan ser destrozados.
Y ve Ebn-Amafón que aquella
hueste innúmera que trajo

es enjambre, no almogote, (14)
no poder, y sí embarazo.
Ve Ebn-Amafón que en la lucha
son estorbos los rebaños
y que las grandes piaras
dan mucha carne á los tajos.
El noble Pelay Correa
comprende que en sus contrarios
cunde el temor y que el miedo
será precursor del pánico.
Fija en el cielo sus ojos,
cual los del tigre inyectados,
y grita con voz de trueno:
—¡Santiago! ¡Cierra, Santiago!—
Y el héroe se transfigura.
Como Arcángel irritado
blande su terrible acero,
fulminador como el rayo.
Sus caballeros y freires
le siguen, acuchillando,

y los bridones galopan
de sangre en hirvientes charcos.
El exterminio es tremendo.
«¡Santiago! ¡Cierra, Santiago!»
Sobre la tierra el granizo
la mies humana ha volcado.
Ya no fulgura la Sierra
ni parece andar el llano:
todo es un mar que los montes
empuja, para hallar paso.
Ebn-Amafón, grita, ruge,
llora, ruega... ¡Todo en vano!
¿Quién detiene la carrera
de despavoridos gamos?
Ya el grito de la derrota
sus huestes han escuchado,
ese grito de la angustia,
de la demencia, del pasmo,
tristeza de los valientes,
de los cobardes engaño,

pues quien huye va de priesa
á dar de la muerte en brazos.
El Rey de Niebla, ginete
en su abatido caballo,
camina entre densa turba
de jefes y de soldados.
Ve con cólera y desprecio
cuál corren por todo el campo
sus desmazaladas huestes,
de la fuga haciendo estrago.
Ballestas, espadas, picas,
son peso, y las van soltando.
Nadie se acuerda de nadie.
Es muerto quien va despacio.
Las almas van en las piernas,
y el susto las mueve en saltos.
Y en los oídos de todos,
sin cesar, está zumbando,
con el rimbombe del trueno,
«¡Santiago! ¡Cierra, Santiago!»

Sólo la noche, piadosa,
amparará con su manto
á aquellas hordas, que vida
van delirantes buscando.
El sol sobre el alto cerro
lanza, sin calor, sus rayos,
y entre arreboles de grana
veloz camina al ocaso.
Á aquella alarbia, vencida,
va á dar la tiniebla amparo.
«¡Nó! ¡Que muera! ¡Que ninguno
pueda salvarse! ¡Que el antro
sorba á la infame ralea!
¡Santiago! ¡Cierra, Santiago!»
—¡Sús!—gritó con voz de trueno
el Maestre—¡á exterminarlos!—
Y ve que la luz se amengua,
que las nieblas van bajando,
que el sol tramonta... y entonces,
tendiendo al cielo los brazos,

con voz tan enardecida
que al salir quemó sus labios,
gritó:—¡Madre de Jesús,
oye el ruego del Cruzado!
¡Ten tu día! ¡Ten tu día! (15)
¡Pára el sol, que es necesario
que haya luz para el degüello
del impuro mahometano!
¡Ten tu día! ¡Ten tu día!
¡Los de Uclés! ¡Sús! ¡Á acabarlos!—
Y, nuevo Josué, su espada
al sol quedó señalando,
como diciéndole:—¡Espera!
¡La Vírgen te lo ha mandado!—

IV.

Ve Axataf la albergada de Fernando
con la rabiosa angustia con que mira

el náufrago á la mar que le está ahogando.
Sin esperanza, el miedo trueca en ira,
y ésta da en femenil abatimiento,
y si una vez maldice, otra suspira.
Asusta al corazón el pensamiento.
¿No sabe que el fonsado valeroso,
de su Isvilia dogal, sufre el violento
azote del contagio riguroso?
Aquel soldado que, en la lucha fuerte,
fué de la alarbia devorante rayo,
es ya sombra en las fauces de la Muerte.
Se habla de aquella guerra con desmayo,
pues no hay guerra peor que la que mata
hiriendo de repente y de soslayo.
Allí sirve de espada la fatiga
y la epidemia que al valor maltrata.
Es de la peste la escasez amiga.
Ella el afán del bueno desbarata,
y pobre muere el que dejó su aldea
pensando en el botín que ganaría

para su hogar, del moro en la pelea.
Ya en discorde y violenta algarabía
estallan el reproche y el lamento;
y discuten del Rey los sabios planes
los que creen que en las manos va el talento.
Los Alcides se estiman por Solones,
y todo en la albergada es aspereza,
y causa el malestar murmuraciones
que en pos dan de la rabia la tristeza.
¡Allí habrán de morir...! Los que no mate
el moro, la espantosa calentura
empujará á la fosa con su embate.
¡Es boca del infierno la llanura
y allí contra el infierno se combate!
El mal devorador de los ardientes, (16)
plaga la más terrible que ha existido,
va las tropas de Cristo consumiendo.
Y si el asedio dura,
se verán osamentas relucientes
los muros de Sevilla circuyendo.

Todo este horror del moro es conocido;
pero sabe también que si el cruzado
está, al verse morir, desesperado,
antes ha de matar, enfurecido.

V.

Está Fernán en su tienda
y con él sus consejeros,
infanzones y prelados,
muy sabidores, por viejos.
Forman parte del concilio,
pues lo requiere su objeto,
los caudillos más insignes
y el Rey de Granada excelso.
Mal allí se encuentra el moro:
que obispos y caballeros
llevan la Cruz en los mantos
y la Cruz sobre los pechos.

Él de Fernando es amigo,
pero no del Nazareno,
y su Cruz si no le causa
horror, le produce tedio.
Pero calla y se hace el bobo,
como cortés y discreto,
cuando ve el noble concurso,
imitando el real ejemplo,
prosternarse ante una efigie
de la Reina de los Cielos,
que luce en altar portátil,
de flores y luces lleno.
Escucha el *Veni Creator*,
y escucha la Salve luego,
del Alkorán mascullando
suras para sus adentros.
Ya terminadas las preces,
dióse principio al Consejo,
tomando el Monarca ilustre
en un almadraque asiento.

Cubre la augusta cabeza
del invencible guerrero
bonete con larga cinta,
que da una vuelta á su cuello.
Un sayo de ceituní (17)
viste su gallardo cuerpo
y por debajo del sayo
asoma el tejido espléndido
de una túnica de sirgo
de oro, que, en torzal bermejo,
la jaquela de leones
y castillos, repitiendo
en letras almogrebinas
que son el adorno bello
del tíraz, aqueste lema,
«Por Dios vencedor peleo.»
Fué la túnica regalo
del de Nashar y en aprecio
la tiene el Rey. No la usara,
á ser de herejes obsequio.

Él da su amistad al moro
que le rinde acatamiento;
pero al maldito albigense
condena, implacable, al fuego.
Sentóse el Rey. Á su lado,
por orden de nacimiento,
los Infantes. Los caudillos
y prelados, en el suelo,
sobre almofallas (18) de Argelia,
y á la morisca. En el centro,
Nicolás de los Romances,
como escribano. (19) Tintero,
y cálamo y pergaminos
sobre un ataifor dispuestos
tiene, y á dar se prepara
á su oficio buen empleo.
Y así comenzó Fernando
á hablar al noble congreso:
—Como Rey y como padre,
cifré todos mis anhelos

en procurar que las huestes
que alcé, en nombre del Eterno,
fuesen cuchilla de moros
y expugnadores del cielo:
Uní á bizarros caudillos
porción de frailes y clérigos,
cuidándome de las almas
mucho más que de los cuerpos.
No he sabido que mis tiendas
dieran albergue á blasfemos,
ni protección á bayasas,
ni asilo á herejes protervos.
Aquí por Pedro Nolasco (20)
y Pedro González Telmo,
y venerables obispos,
frailes y monjes y clero,
no ha prendido la lujuria,
no ha corrido el desenfreno,
y habrán ganado la gloria
los que por Jesús han muerto.

Pero lo que no he podido
lograr, por no merecerlo,
sin duda por mis pecados,
fué librar al campamento
de un azote: el de la peste;
de un peligro: el del recelo.
Para el contagio terrible,
que da llamas del infierno,
halla alivio no el que en vanas
unturas busca el remedio,
sino el que ruega ferviente
á san Antonio (21) que el fuego
apague de las internas
brasas que queman los huesos.
Para el otro mal, ¿qué alivio
como humano, encontrar puedo?
El cansancio da fatiga;
la fatiga, desaliento....
y, ocultándose en las quejas,
palpitan los hondos miedos.

Se ha extinguido el entusiasmo,
y, por mi desdicha, creo
que ya los cruzados tienen
afanes de quinconeros. (22)
Miro los rostros y tristes
están, muy torvos los ceños,
muy flojos los corazones
y los labios muy parleros.
¿No es verdad...?—
Todos guardaron,
por un instante, silencio.
La voz del Rey parecía,
más que reproche, lamento.
—Es verdad cuanto habeis dicho,
señor. ¡Dura tanto el cerco...!—
exclamó Ximón Ruiz.
—¡Se hace tan largo el asedio...!
murmuró Don Pedro Ponce.
—Y nada indica su término—
añadió el anciano obispo

de Cuenca, con graves ecos.
—Más de un año hace que estamos
aquí—dijo Don Lorenzo
Suarez—y no pasó día
sin un próspero suceso.
Mucha, señor, es la gloria;
pero los triunfos son hueros.
Esto á mi no me conturba:
yo nací para guerrero
y, más que de los palacios,
de los tendales me precio.
Á vos me acercó la guerra;
por la guerra antiguos yerros
me perdonasteis, y ansío
guerrear al lado vuestro.
Pero el soldado, que tiene
prisa en matar sarracenos,
para volver á su aldea
con lauros y con dineros,
está rendido y quejoso

por exponer su pellejo
en una empresa que juzga
como irrealizable intento.
Ve la ciudad asediada
y jamás echa de menos
una almena, ni ve un muro
en que hayamos brecha abierto.
—Hay gran matanza de moros,
—barbotó el noble Don Diego
Lopez de Haro,—pero juzgo
que el tal castigo es remedio.
La ciudad sufre de plétora,
y la sangramos, á tiempo.
—Muy pocos—dijo el Obispo
de Coria—son los que han muerto
de nuestras huestes, al golpe
del cuchillo sarraceno;
pero los males trocando
van el campo en cementerio.
—Y hay muchos pobres.

—Y muchos
soldados están encueros
—Y sin pagas.
—Y sin víveres.
—Hay quien por pan dió su acero.
—Y quien dice que á Castilla
se debe tornar, y al cielo
pedir ocasión más llana
para emprender el asedio.
—Está libre el Aljarafe.
—Libre y seguro el gran trecho
que hay de la Torre del Oro
á Vib-ab-Rágel.
—Es dueño
Axatafe del Castillo
de Atrayana.
—Tiene el pueblo
de Sevilla su resguardo,
y su alivio, y su consuelo
en la puente.

—Que es la vena
de la que está recibiendo
la ciudad toda la sangre
del Aljarafe opulento.
—Y la puente es irrompible.
—É inútil por tanto el cerco.—
Así dicen los caudillos,
robándose los alientos,
y asienten á cuanto escuchan
los muy sages consejeros.
Solo Ramón Bonifacio
oye á todos en silencio,
dándole rabia y vergüenza
lo que del puente dijeron.
—Pues repetísteis los males,
indicadme los remedios—
murmuró el Rey.
—Si al Monarca
dijísteis, con francos ecos,
lo que las huestes murmuran

y lo que os causa desvelos,
yo, sin agrandar las llagas,
que son bien grandes, por cierto,
quiero acudir á sus bordes
con poderoso cauterio.—
Todos, y el Rey más que todos,
esperanzáronse, oyendo
tal promesa á don Rodrigo
González Girón, que, á sueldo,
trajo para la conquista
mil doscientos mesnaderos. (23)
—Es verdad—siguió—que dura
esta empresa largo tiempo,
y que á las tropas pervierte
el cansancio; nunca el riesgo.
Es verdad que más que heridos
hay en la albergada enfermos,
y que la peste aniquila
lo que perdonan los hierros.
Que unos comen mal; que otros

ayunan; que van cubiertos
muchos de harapos; que lanza
la tierra llamas de infierno...
todo es verdad. (24) Mas ¿pretenden
los que así dan á los vientos
vanas quejumbres, que sea
la existencia del guerrero
vida de abad? Más estimo
que el arrojo el sufrimiento.
¿Que el asedio se eterniza...?
Todo, aquí, tiene su término.
Pero no arranca la muerte
el espíritu tan presto,
que antes de partir no quiera
dar su despedida al cuerpo.
Y no es del cuerpo de un hombre
delante de quien nos vemos.
Es el cuerpo de un coloso.
Es el moribundo un pueblo.
Próximo está á ser cadáver.

Ya no tiene movimiento.
Su vida se ha retirado
al corazón. Aguardemos.
¿Que hay miseria? ¿Que las pagas
tardan, porque no hay dinero?
Exhausto se halla el tesoro
del Rey, quien, por ser perfecto,
no ha echado un solo tributo
desde que empuñara el cetro.
Que ordene pechar á todos
con los gastos de su ejército
y no habrá quien no le ofrezca
para la salud del reino,
y de Jesús para gloria,
y de la patria en empleo,
cuanto pida y cuanto quiera,
siendo en el dar los primeros,
por honor suyo y de Cristo,
eclesiásticos y templos.
Sáquese, pues, el tributo.

Inúndese el campamento
de mencales y pepiones,
y adinares (25), y veremos
cómo callan las querellas,
y se curan los enfermos,
y se muestran los tendales
de alegres risadas llenos.
Sevilla está agonizando.
Esperad que huela á muerto.—
Todos los bravos caudillos
al gran prócer aplaudieron,
ansiando que á sus palabras
diera el Rey su asentimiento.
—¡Gracias!—exclamó Fernando.—
Mucha gratitud os debo,
y á tí, Gonzalez Girón,
más que gratitud, afecto.
Tu resolución aplaudo,
mas no me ajusto á los medios:
que esta empresa pide sangre,

pero no remordimientos.
Ha de proseguir la guerra,
y no ha de romperse el cerco,
aunque solos yo y mis hijos
ante Sevilla quedemos.
Pero la guerra ha de hacerse
con mis rentas, no con pechos,
que á mis vasallos, ya pobres,
los conviertan en misérrimos.
Más que á la morisma toda
yo á las maldiciones temo
de una buena viejecita
que haya nacido en mis reinos. (26)
No he de tocar á los bienes
de mis súbditos, y menos
á las rentas de eclesiásticos,
ó al tesoro de los templos.
Más que espadas y ballestas
santas oraciones quiero:
de David, no de Alejandro,

he de tomar los ejemplos.
Batallamos por el mismo
Dios que acompañó al ejérciio
de Gedeón, que con luces,
fué de Madián escarmiento.
Los legítimos poderes
de los monarcas no niego,
para en lances desahuciados
pedir los bienes del clero.
Mas siempre trágicos fines
lloraron los que, avarientos,
alargaron, en mal hora,
sus manos hasta los templos.
Victorias que se codician
para gloria del Excelso,
no han de ser con menoscabo
del culto que le debemos.
Han de quedarse las lámparas
en las iglesias ardiendo,
y Dios hará que sus luces

den luz á mi entendimiento.
He de labrar la moneda
con la mitad de su precio,
y suplirá mi palabra
al metal que haya de menos.
Y si bastante no fuese,
venderé corona y cetro;
y si más hiciese falta,
como á todo estoy dispuesto,
moneda haré de las suelas
de los zapatos que llevo. (27)
Vosotros ya me habeis dicho
los males que temer puedo...
yo os voy á dar la esperanza,
hija de la fe que tengo.
—¿En que esperais, señor?—dijo
Ximón Ruiz.
Miró un momento
Fernán á Infantes, Prelados,
caudillos y consejeros,

y señalando á la imagen
de la Reina de los cielos,
exclamó:—¡Ved mi esperanza!
¡Con Ella ningún mal temo!
«¡Valme! ¡Valme!» le suplico.
Y ¡me valdrá! ¡Os lo prometo! (28)

. . . .

. . . .

Y cuando el Rey quedó solo,
con el alma y ojos puestos
en la que alivia sus penas,
y es su amparo y su consuelo,
entró en el tendal un fraile,
en compañía de un guerrero
que de Uclés la cruz bermeja
ostenta en su noble pecho.
—Señor, venciste!—le dijo
el freire al Monarca egregio.—
Los valles de la Calera
trocáronse en cementerio.

Tuyo será el Aljarafe,
pues Ebn-Amafón, soberbio,
no tiene ya más soldados
que los que le salvó el miedo.
El gran Maestre á la Vírgen
llamó para tu remedio,
y la Vírgen Soberana
tan bien escuchó su ruego,
que paró el sol, por que diese
luz el sol para el degüello.
—¡Oh, Madre!—exclamó el Monarca—
¡Cómo acorres á tus siervos!
Y el fraile añadió:—Más grandes
victorias, señor, presiento,
pues ruega por tí en Sevilla
la que te ampara en el cielo....
—¿Que decís, padre?
--Una imagen,
de la que sólo hay recuerdos,
obra del bendito apóstol

San Jacobo (29) existe dentro
de la ciudad. Los mozárabes
la han visto como un lucero
resplandecer en un muro
de la Aljama...
—¡No! ¡En su templo!
¡Ha de ser! ¡Que Ella me ayude!—
Y, con alborozo férvido,
el Rey estrechó al cruzado,
y al noble González Telmo.

VI.

¡María! Tú en el alma viviste del guerrero:
del ínclito Monarca que siempre en ti adoró.
Laurel fué de tus plantas su fulminante acero.
Humo de incienso grato su férvida oración.
¡María! Desde niño su amor perenne fuiste.
Él, de tu hechizo esclavo, se encadenó á tus pies.

Y tú en su pensamiento la aroma difundiste
de tu pureza ingénita, de tu inefable sér.
Él admiraba extático tu célica hermosura,
y él, huérfano, entre lágrimas, su Madre te llamó.
Cual lábaro de gloria te contempló en la altura.
«Reina de las Batallas,» luchando, te aclamó.
Tu nombre es el fragante perfume de su aliento.
Tu imagen el sol puro que por doquiera ve:
en la portatil ara, y en el pendón sangriento,
y en el arzón ferrado de su veloz corcel. (30)
Quisiera él en su místico, ferviente amor profundo,
á cuanto alienta y vive prestar su voluntad;
y que una voz tuviese para aclamarte el mundo,
y que los orbes fueran de tu hermosura altar.
¡Acórrele, María! Postrado está y lloroso.
Escucha ¡oh Virgen Pura! su férvida oración.
¡Sálvale, Madre! ¡Sálvale...! ¡Que logre victorioso
clàvar en la alta torre de Ghever su pendón!

VII.

De la Reina de Reyes á las plantas
yace el bravo guerrero de Castilla.
Y ante la Gran Señora de los Cielos,
demostrando el amor que le esclaviza,
tiene por voz arrullo de plegaria;
por corona, ceniza;
por manto regio, punzador cilicio;
por cetro, despiadadas disciplinas. (31)
Mas postrado, y sangriento, y clamoroso,
ante los pies de la Mujer bendita,
Madre del Redentor, ningún monarca,
César alguno ante su corte altiva,
mostró mayor alteza, ni más gloria.
Amor es humildad, y amor sublima.
Ojo de Baal, hermano de la luna,
Señor Supremo, de los Orbes dicha,

en su estúpido orgullo se llamaron
los brutales verdugos de la vida,
y al exclamar: «¡Soy Dios!», su impura carne
en gusanos sin fin se convertía.
Mas el polvo que cubre la cabeza
del ínclito Fernando, dignifica.
Es desprecio de bienes que no duran.
Es humildad y, al par, sabiduría.
El áspero cilicio y el azote
abren las fuentes de venturas místicas,
y el dolor y las lágrimas y el ruego
son lo mortal que á lo infinito aspira.
No por el lauro que se agosta y muere,
no por el logro de mundanas dichas,
no por el ansia de agrandar su imperio,
ruega el invicto asediador de Isvilia.
Quiere abatir la enseña de Mahoma;
quiere triunfar por Cristo y por María,
y que la gran ciudad se mire salva,
y por cristiana sangre redimida.

Él teme el desamparo de los hombres.
Sólo en la Madre de Jesús confía
y con doliente voz, y entre suspiros,
dulces plegarias en sus labios vibran:

«*¡Ay, Santa María!*
¡Valedme, Señora!
¡Esperanza mía! (32)

»No me abandones aquí
Duélete, Virgen, de mí,
y acórreme en mi dolor,
¡pues guerreo por tu amor,
y quiero triunfar por tí!

¡Ay, Santa María!
¡Valedme, Señora!
¡Esperanza mía!

»¡Sálvame, que estoy perdido,
si aquí no llego á alcanzar
el bien que por tí he querido...!
¡Mira que van á dudar
de que mi amparo hayas sido!

¡Ay, Santa María!
¡Valedme, Señora!
¡Esperanza mía!

»¿No quieres, Virgen, tener
un templo en cada mezquita?
¿No quieres ¡oh Madre! ser
de mi ejército bendita
por tu clemencia y poder...?

¡Ay, Santa María!
¡Valedme, Señora!
¡Esperanza mía!

»Vé la ciudad poderosa.
¡Mírala ¡oh Virgen! qué hermosa!
Y ¿podrás dejarla en manos
de la morisma orgullosa,
verdugo de los cristianos?

¡Ay, Santa María!
¡Valedme, Señora!
¡Esperanza mía!

Tu eres la que amo:

Tú eres la que quiero;
Tú eres la que llamo;
Tú eres la que espero:
Tú eres el lucero
cuya luz me guía....
¡Sálvame, María! (33)

Y, abrasado de amor, no con palabras:
con fervorosos besos le suplica.
Y siente al corazón que se le esponja,
y que le invade el sér, y que le asfixia.
Y el dolor del placer más inefable
el alma le suspende y le extasía.
Y el tendal á sus ojos se borraba.
Y la tierra se iba.
Y él flotaba en el éter; y su cuerpo
éter era tambien, que se perdía.
El alma, sólo el alma, como aroma,
quedaba ante la Virgen sin mancilla.
Y en el supremo arrobo la escuchaba.
Lumbre de sol, que hablaba con la brisa:

—«¡Fernando, vencerás! De mí fiaste
y yo te salvaré. Tal cual me miras,
me adorarás en la ciudad. ¡Levanta!
¡Que la Fe sea de tus pasos guía!
¡Encomiéndate á mí! Yo soy tu amparo.
Yo soy, Fernán, la Virgen de la Antigua!»—
Y Fernando la ve. ¡Despierto estaba!
¡La ve como su amor se la fingía!
¡Y en la ciudad del moro, la Pulquérrima
Vírgen le ha dado cita!
¡Oh, Madre del Amor! ¡Corre, Fernando!
¡Tu ventura los Angeles envidian!

VIII.

Con labios ardorosos besó la santa Imagen.
Vistióse la loriga, ciñóse el yelmo real;
asió de la Lobera (34) y, con callados pasos,
salió del alfaneque y atravesó el campal.

Llegó la negra noche á la mitad por filo.
De la albergada nadie notó ausentarse al Rey.
Ya, con ligera marcha, va solo hacia Sevilla.
Solo no va: precédele la imagen de la Fe.
Entre la niebla obscura, más negra destacábase,
como hórrida fantasma, la armígera ciudad.
Los fuegos que en sus muros, en partes mil, ardían,
ojos y lenguas eran del monstruo Leviathán.
Aquello que horroriza le sirve al Rey de faro.
Lo que amedrenta y pasma acrece su valor.
Y al par que está más cerca, y mas da el monstruo espanto
por verse en sus entrañas, camina mas velóz.
De Benahoar pasaba delante de los muros.
Vagar por los adarves los centinelas ve.
De Córdoba á la puerta dirígese el Monarca,
y más son, por instantes, alígeros sus piés.
Cruzaba el prado extenso que baña el Tagarete.
De Córdoba á la puerta distancia breve hay.
Fernán besó, anhelante, la cruz de la Lobera,
y se incendió en relámpagos la densa obscuridad.

Ve rápidas centellas de nieve brilladora,
entre radiantes nubes de cárdeno color;
girones de alborada que surgen de la tierra,
y muéstranle sublime, divina aparición.
El campo por do marcha sepulcro es de los mártires;
Los mártires de Crísto con él á unirse van.
Con él quieren postrarse ante la Vírgen Pura
y en la ciudad del moro su imágen adorar.
Aquel prado que empapa la sangre generosa
de los invictos héroes, soldados de Jesús,
en surcos se abre, y brotan, cual flores celestiales,
los que sus vidas dieron por defender la Cruz.
Rufina y Justa, vírgenes, con sus cendales cándidos;
Carpóforo y Dafrosa, y Abundio y Paula en pos;
Demetria, Adulfo, Pedro, y el ínclito Sabino,
de aquel hato de víctimas solícito Pastor.
Los ve Fernán y escucha los bárbaros clamores
del circo, y de las fieras el áspero rugir,
los gritos de bestiarios, las risas de verdugos,
y látigos y hierros silbar y recrugir.

Y al mismo tiempo cánticos de dicha y de esperanza.
Torrentes de armonías de la Eternal Sión.
Parece que una lira, uniendo cielo y tierra,
himnos brota, que envidian los ángeles de Dios.
Detrás del Rey marchaba la mística cohorte.
Llegaba ya á la puerta soñada por su afán.
El Rey Hermenegildo, con Isidoro excelso,
con el sin par Leandro, bajo el dintel están.
La puerta no guardada, de par en par sus hojas
abiertas, por mandato del celestial poder.
Al lado del Rey Mártir y de los dos Prelados
entró en Isvilia el ínclito caudillo de la Fe.
Y entonces se alzó el bronco rumor de la marea
de un mar que cruza rápido la etérea inmensidad.
Legiones son de espíritus que avanzan presurosos
á defender los mártires y á proteger á Hernán.
¡Son ellos! Los ejércitos que á Lucifer vencieran,
montados en corceles que brillan como el sol.
Sus crines son centellas partidas en girones;
su aliento, de volcanes flamígero vapor.

Pasaban, velozmente, cual olas de luceros,
delante las mesnadas del triunfador Miguel,
y luego las milicias del victorioso Jorge,
y los soldados célicos de San Millán, después.
Y, en pos, y con su espada teñida en sangre mora,
con todos los guerreros de Asturias y León,
Pelayo, el Cid, Bernardo, González y Ramiro,
Santiago, hijo del trueno, de España Salvador.
Y aquellos escuadrones de espíritus fulgentes
su vuelo refrenaban sobre la gran ciudad,
abriéndose en los ruedos de espléndido arco iris
delante de la Aljama, que absorto ve Fernán.
¡La Aljama! El templo impuro, el vano santuario,
la cátedra engañosa que vida da al placer,
aprisco de mujeres de múltiples colores; (35)
con árboles de oro; con fuentes de hidromiel.
Allí el lecho del hombre que quiera sus sentidos
no ver domados nunca, y su hambre atroz hartar.
Delante del cubículo de las rijosas bestias,
el cielo de las almas... ¡el cielo de la paz!

Fernando ante la Aljama, con ardorosos ojos,
buscaba de María la santa aparición...
De un muro sobre el lienzo la aurora fulguraba,
y entre sus rayos nítidos la Vírgen destelló...
Surgió entre los relámpagos de nácares y rosas,
entre los dulces ósculos que el sol manda al nacer,
entre el arpegio blando de los ocultos nidos,
entre el fragante aroma de la tendida miés.
¡Que hermosa aparecía! La ve Fernando absorto.
¡Es ella!... ¡La Pulquérrima! ¡La Madre de Jesús!
¡Es ella! sí ¡María! ¡La vírgen Salvadora!
La Madre del Dios-Hombre que padeció en la Cruz.
Fernán miraba, en éxtasis, su cándido semblante;
sus níveas vestiduras que el oro tachonó;
el Niño, que en sus manos sostiene una paloma;
la rosa que la Madre le ofrece en tierno dón (36).
Y un cántico de gloria resuena en las alturas.
¡Hossanna! ¡Hossanna! gritan las tropas de Miguel.
¡Hossanna! los guerreros del luchador Apóstol,
los de Millán y Jorge. ¡Hossanna! á Mariem.

Y así dijo la Vírgen al noble Rey Fernando:
—¡Yo soy tu Intercesora! ¡Mi amparo te valdrá!—
Y mártires y santos y arcángeles repiten:
—¡El triunfo es tuyo! ¡Espera! ¡Fernando, vencerás!—



NOTAS

TERCERA PARTE

EL CALVARIO Y EL THABOR.

1-(Pág. 8) La amargosa alhidab.

Envidia, y tambien achicoria silvestre.—*Glosario á las Leyes de moros y Suma de los principales mandamientos de la Ley y Çunna.*—Tomo V del *Memorial histórico español* publicado por la Real Academia de la Historia.

2-(Pág. 8) El *Alverdi*

ó *alvedi*, Gobernador ó Prefecto de una ciudad.—*Glosario de las palabras españolas de origen oriental por* D. Leopoldo Eguilaz y Yanguas.

3-(Pág. 9) Tu al buen *alfage*

Peregrino.—El que ha visitado la Meca.—Autor citado.
«E un alfage, que dicen ellos por su clérigo, uno de los mayores, é es así como Obispo de su ley.» *La gran conquista de Ultramar.—Lib. II, Cap. CCXI.*

4-(Pág. 11) en la soltera lid

Batalla deshecha, grande.

Non podien asmar conseijo nen carrera,
Que llegasse a ellos per auer lyt soltera.

El libro de Alexandre.

5-(Pág. 12) *el abech*

Manto real.—*Glosario etimológico* citado.

6-(Pág. 14) pones todo el Iriam

ó Yriam. Escuadra, ejército. Ejército muy numeroso en KASIMIRSKI. IDEM.

7-(Pág. 14) y el vil jecida

Heterodoxo, hereje, entre los mahometanos.—Véase la *Nota 9 pág. 276* del primer tomo de estas *Tradiciones sevillanas.*

8-(Pág. 19) «¡Dios abrirá!» decía el sacerdote
«¡Rey entrará!»

Guárdase con especial veneración entre las reliquias de nuestra Santa Iglesia una llave de plata, blanca y en parte dorada, de notable y esquisita hechura. El tamaño aún no una tercia; el mástil redondo y hueco, que acaba en punta, cerrado con remate torneado de diferente metal; las guardas entre artificiosas labores caladas contienen estas letras castellanas: DIOS ABRIRÁ, REY ENTRARÁ. El anillo casi cerrado á manera de medalla, que adornan labores y follages grabados, y en el medio pequeño agujero capaz de fiarla á delgado cordon; y en la orla de su grueso entre perfiles en caracteres y lengua Hebrea se lee sentencia igual á la de las guardas, que suena en latin:

Rex Regum aperiet:
Rex universæ terræ introibit.

El Rey de los Reyes abrirá: El Rey de toda la tierra entrará. Del anillo sucede un dado cuyos cuatro iguales frentes muestran esculpidas galeras y navíos, y luego un bucelac que hace cabeza al mástil, en que se alternan casti-

llos y leones: los baxeles y toda su primorosa compostura han dado materia á varias interpretaciones: docta y breve es la de DON FERNANDO DE LA TORRE en el libro de las fiestas de esta ciudad al culto de San Fernando. Créese por infalible haber sido la que fué ofrecida en la ceremonia de la entrega hecha á propósito con alusivos adornos, á que dió tiempo el que se difirió la entrada, y que dieron á entender sus hieroglíficos y motes, que solo abriendo Dios milagrosamente pudo entrar el Santo Rey triunfante, digno de ser dueño de toda la tierra, y que el Rey de los Reyes se abriese el paso á ella. De esta llave y á sus interpretaciones dejó escrito un largo discurso para la imprenta DON JOSEPH MALDONADO DÁVILA, mi tio, que guardo original. Otra llave tambien notable, aunque muy desemejante en la materia, que solamente es hierro, pero muy parecida en la traza y fábrica, y caladas las guardas de caracteres arábigos, que algunos entendidos en este idioma han interpretado del mismo sentido de la otra, tiene hoy en su poder en nuestra ciudad Don Antonio Lopez de Mesa, Veinticuatro de ella, que la heredó de su padre, y se entiende haber en lo antiguo estado en el archivo de la ciudad con la misma estimación que la otra en el de la Iglesia y era tambien de las que los moros ofrecieron á San Fernando, que ni puedo afirmar ni negar, aunque es mucho el crédito de sus dueños. Sacó esta á luz el PADRE JUAN BERNAL de la Compañía de Jesús para la vida que escribe del Santo Rey, y le debo habérmela comunicado: corren ambas en estampas distintas. Vanamente pensaron algunos que esta llave de la Santa Iglesia es alguna de las que los Pontífices solian y suelen enviar á los Príncipes con limaduras de las cadenas del apóstol San Pedro, pero en el sentido de las letras y en sus insignias se desvanece su opinión, y DON GONZALO ARGOTE DE MOLINA en los elogios á los caballeros del repartimiento de Sevilla, hace mención de esta llave, afirmando ser la que Axataf puso

á los piés del Santo Rey; y en otro apuntamiento suyo hallé que en las antiguas pinturas de esta entrega se veía en las manos del Moro figurada esta misma llave. Admiróla el maestro AMBROSIO DE MORALES, y fué del mismo parecer, y la llama en un papel que tengo suyo *joya preciosísima de la Santa Iglesia de Sevilla.* «Vila (añade) entre sus reliquias, y casi no me sabían decir su »origen; pero quando sus señales no me lo manifestaran, »personas ancianas me lo aseguraron y que había de »aquella ocasión otras pruebas que se habían perdido »dignas de igual estima.» Y por no troncar sus palabras: «Vi tambien (prosigue) el pendón con que se ganó »Sevilla; y aunque se vé que lo han remendado, tiene »mucha parte de su primer materia: mejor hubieran he»cho en dexarlo en ella, y no haber puesto duda en lo »antiguo con remiendos nuevos.» Así AMBROSIO DE MORALES casi cien años há reconoció la verdad y la estimación de estas venerables prendas. Y ahora más de ciento y cincuenta el Bachiller Luis de Peraza.

Compruebo con cita de DON GONZALO ARGOTE DE MOLINA lo que refiero de la llave; y porque él mismo en otro lugar he notado despues que lo pone con variedad, he querido copiar este párrafo suyo de la introducción al mismo repartimiento. Es su tenor: *Recibimiento que hicieron al Santo Rey D. Fernando los Judíos de Sevilla quando allí entró. El dia que el Santo Rey D. Fernando entró en Sevilla le salieron á recibir, como se escribe en memoriales antiguos, el Aljamía de los Judíos, que en ella moraban, y así como los Moros entregaron al Rey las llaves de la ciudad, así ellos entregaron la llave de la Juderia, la qual hasta hoy se ha guardado en la Sacristía mayor de la Santa Iglesia de Sevilla. Es notable por la extrañeza de su hechura, hecha de todos los metales, que cada uno se muestra en ella de por sí: las guardas de ella hacen labor de letras, que leidas por una parte y otra, dicen:* DIOS ABRIRÁ, REY ENTRARÁ, etc.

Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla. Tomados por DON DIEGO ORTIZ DE ZÚÑIGA é ilustrados y corregidos por DON ANTONIO MARÍA ESPINOSA Y CARZEL.—Tomo 1.° pág. 42.—*Madrid en la Imprenta Real. Año de 1899.*

Tradición muy autorizada es que al verificarse la entrega, presentó Ax-Xetaf á San Fernando una llave de labor peregrina con leyendas simbólicas, la cual se ha conservado hasta nuestros dias. Dicha llave tiene labrada en caracteres la inscripción siguiente: «*Dure por siempre con el favor de Allah.*» La descripción de esta llave ha sido dada por ZÚÑIGA, y PAPEBROCHIO. ARGOTE DE MOLINA dice que se le entregó otra con inscripción hebreá, pero MORGADO sienta que fué regalada al Rey Sabio. Acerca de este punto, véase á DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS, *Estudios sobre los Judíos Españoles. Pág. 33.*

Estado social y político de los mudéjares de Castilla por DON FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

He dicho que la llave estaba fundida con metales nunca usados porque recuerdo haberlo leido así. ¿En donde...? Al no poder comprobar la cita tengo que confesar que mi verso es un disparate.

Tratándose de Judíos resulta más disparate aún.

9-(Pág. 19) «El oro sobre estiercol arrojado.»

Todo lo entrecomado es traducción libre de *La Profecía de* EZEQUIEL.

10-(Pág. 21) Señor del mundo, al Mesíyaj aguardo.

Es claro que si hubiera podido escribir *Mesías* sin destruir el verso lo hubiera escrito.

Pero deseo defender el *Mesiyaj* y diré, autorizado por mi queridísimo amigo Rodriguez Marin, tan gran hebraista como insigne poeta, que *Mesiyaj* es la palabra hebrea que se traduce por Mesías, esto es, ungido: de la

raiz hebrea *masaj, ungere.* Y el que quiera más explicaciones puede consultar al *Diccionario* de GESENIUS.

11-(Pág. 31) es la fara.

Serpiente de Africa que al arrastrarse deja surco en la tierra.

12-(Pág. 39) el alhaquín

Fisicus, medicus, sapiens, en RAIMUNDO MARTIN: médico físico, en P. DE ALCALÁ, «ó maestro Johan Daspa, clérigo et á Ihuda et á Cohene so alhaquín.» *Lib. Alfonsics del saber de Astron.* I. 133.—La palabra alhaquín se lee en este otro pasage, *p. 7. de la misma obra.* «Et trasladolo por su mandado Ihuda et Cohene so alhaquín, et Guillen Arremon Daspa, so clérigo.» *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental* por DON LEOPOLDO EGUILAZ Y YANGUAS.

13-(Pág. 57) el abajador

El mozo que lleva las bestias de las cuadras á la tahona, molino ó desagüe.

CUARTA PARTE

LOS LEONES Y EL RAPOSO.

1-(Pág. 69) El Nevi.

El Profeta.
Historia de los Sarracenos por GUILHMAN.

2-(Pág. 81) veo cernerse de Ababil las alas.

Ababil, ave fabulosa citada en el Korán.

3-(Pág. 85) en naves de Bonifacio.

Dueño de la orilla izquierda del rio, en las cercanías de Sevilla, Don Fernando dispuso tomar posiciones en la derecha, para dar comienzo al bloqueo de la Ciudad por aquel lado. La empresa era arriesgada, dado que toda la tierra del Aljarafe estaba en poder de moros, que estos eran muchos y muy belicosos, y que el gualí ó caudillo de Niebla, Ben-Jahon, (Ebn-Amafón) defendía el país al frente de crecidas fuerzas. Al efecto el Rey mandó al gran maestre de Santiago, Don Pelayo Perez Correa, que fuese á acampar allende Aznal-Farache. El maestre cumplió la órden y cruzó el rio al frente de sus caballeros «que eran doscientos ochenta entre freires y seglares,» teniendo que sostener una empeñada refriega con los moros, que porfiaron inutilmente por cerrarle el paso.—*Historia de la Ciudad de Sevilla por* Don Joaquin Guichot.—*Crónica del Santo Rey D. Fernando III, impresa en Sevilla por Jacobo Cromberger, año de 1526. Memorias para la Vida del Santo Rey D. Fernando III, con apéndices y otras ilustraciones por* Don Miguel de Manuel Rodriguez.—*Anales eclesiásticos y seglares de la Ciudad de Sevilla por* Don Diego Ortiz de Zúñiga.

4-(Pág. 93) Acude á Tellez, á Flores
y á Yañez, por esforzados,
y les manda y les impetra
que dén á Pelay su amparo.

Tan repetidos fueron (los combates), y á las veces tan comprometidos para los caballeros de Santiago, apesar de su valor y de la severa disciplina en que los mante-

nía el bizarro Pelay Correa, que el Rey Don Fernando hubo al cabo de decir «que no era prudente ni justo portarse tan mal con los amigos, pues teniendo él de la banda de acá mil caballos y los de la de allá solo trescientos no se partían los peligros por igual; por cuya razón mandó á Don Rodrigo Flores, á Tello de Meneses y á Hernán Yañez, que pasasen á la otra banda con cien caballos y fuesen buenos ayudadores de los freires.»—*Obras y autores citados.*

5-(Pág. 100) en Vib-a-hor

ó Vib-ahoar, hoy puerta de la Çarne.

6-(Pág. 107) *Estando sobre Sevilla.*

He copiado este romance, por dar una prueba de respeto á lo venerando de nuestra literatura. ORTIZ DE ZÚÑIGA lo inserta en sus *Anales eclesiásticos y seglares de la Ciudad de Sevilla*, y DON AGUSTIN DURAN lo copió en su *Romancero general* de un *Códice del siglo XVI, que es un Repartimiento de la Conquista de Sevilla.*

7-(Pág. 108) D. Lorenzo Gallinaz,

el Gallinato, así llamaban á Don Lorenzo Suarez.

8-(Pág. 116) sentado en un almadraque

Colchón, tapete.

E mas vy por un forado
Encima de un *almadraque,*
Canc. de BAENA.

Almadraqueja, diminutivo de almadraque.
O sy *almadraqueja* ó algund escañil.
Canc. de BAENA.

9-(Pág. 116) ataifor

mesa redonda de que usaban los moros.—EGUILÁZ Y YANGUES.

10-(Pág. 116) Almocadenes.

El ejército de tierra se componía de infanzones ó gente de á pié y de caballería. La primera plana se llenaba con pocos nombres, gobernándose por capitanes, que se llamaban *almocadenes* en los de á pié, y *almogabares* en los de á caballo.

«*Almocadenes* llaman agora á los que antiguamente solian llamar cabdillos de los Peones.»—*Ley V. tít. 23, Partida 2.ª*

11-(Pág. 119) desatamos nuestras culpas

Desatar las culpas ó pecados: perdonarlos, absorverlos.

En esto pon tu esfuerço é todos tus cuydados
Ca tales obras como estas desatan los pecados.

Rimado de Palacio.

12-(Pág. 129) eran molesto bagaje.

Apenas se puso Abenhut á la vista de las tropas cristianas, cuando considerando su corto número dió por suya la victoria por el exceso que les hacía su gente: mas los cristianos, aunque pocos en comparación de los mahometanos, encomendándose á Dios, y fiados en el patrocinio de nuestro apóstol Santiago, determináron hacer rostro al enemigo, y á la vista del riesgo degollaron los prisioneros que habían hecho, puesto que no podían dejar gente para su guarda, siendo absolutamente toda necesaria para su batalla.—*Vida é Historia de San Fernando por* Don Antonio María de Cisneros.

13-(Pág. 130) primero mandó prenderles
y despues felicitarles.

Estos hechos tradicionales están escritos en la mayor parte de las *Historias de Sevilla.*—El que se refiere á esta

nota forma parte del *Libro de Patronio ó Conde Lucanor* del INFANTE DON JUAN MANUEL.—*Exemplo XV De lo que acontesció á Don Lorenzo Suarez sobre la cerca de Sevilla.*

14(Pág. 132) Como las cantó Itimad.

Véase la nota 3.ª de la 1.ª parte del segundo tomo de estas *Tradiciones sevillanas.*

15(Pág. 137) Y sintió miedo invencible
todo el campal del cruzado.

Los agarenos intentaron con astucia incendiar la armada cristiana, que se hallaba próxima á Sevilla.

Para ello botaron al agua una gran balsa á especie de brulote, con muchas materias combustibles, y aprovechando el momento en que empezaba á bajar la marea, cortaron las amarras y la dirigieron contra los bajeles de San Fernando despues de haberla puesto fuego; pero el bizarro Bonifáz, que tantos laureles conquistó para sus sienes durante el memorable sitio, tuvo la suerte de destruirla á costa de muchos trabajos, antes de que llegase á la armada, y á pesar de los esfuerzos con que trataron de impedir la operación los moros que se hallaban en las dos orillas.—*Vida é historia de San Fernando, por* DON ANTONIO MARÍA DE CISNEROS.—ORTIZ DE ZÚÑIGA atribuye la invención de este brulote al Alfaquí Orías.

16-(Pág. 143) no hubieran con sus ginetes
ahuyentado á los de Agar.

Salió mucha nobleza á recibir al Príncipe Don Alonso, lo que advertido por diez moros se atrevieron á llevarse unas vacas del Prior de San Juan: preparóse éste á recobrarlas con veinte caballeros de su órden y otros dos

que acaso estaban en su compañía: rescatadas se entregaron á un escudero para que las retirase, continuando ellos en persecución de aquellos, con lo que lograron su objeto los árabes, pues los atrajeron á una emboscada, en la que muchos con el Prior murieron como valientes, y acaso todos habrían fenecido á no socorrerles con sus jinetes los Obispos de Córdoba y de Coria que entendieron el aprieto en que se hallaban.—ESPINOSA DE LOS MONTEROS. *Hictoria da Sevilla.*

17-(Pág. 147) En el templo de la Vírgen de la Sede.

Dispuso todas las cosas—el Santo Rey—como para un largo sitio, de manera que tuviesen los soldados comodidad y abundancia de lo necesario. Sus Reales parecían una inmensa Corte, ú otra Sevilla cristiana opuesta á la que poseían los moros: porque formó diferentes plazas de madera y casas de campaña, y tres templos en que se celebrara el Santo Sacrificio de la Misa, donde colocó tres Imágenes de la Santísima Vírgen, que tenía siempre consigo, la de Nuestra Señora de los Reyes, la de la Sede, que se puso en el altar mayor de la Catedral, y la de la Merced que donó á San Pedro Nolasco que le acompañaba, y se colocó en el Convento de su Orden, fundado despues por el Santo Rey.—*Glorias históricas y religiosas de San Fernando por* DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

18-(Pág. 149) á Elías, á Enoch, á Isaac.

Pertenece esta plegaria á la tiernísima recomendación del alma que hace la Iglesia Católica, al lado de los moribundos.

19-(Pág. 150) ni el resplandor de la luna
de noche te dañará.

Dominus custodit te Dominus protectio tua *super ma-

num dexteram tuam. Per diem sol non uret te neque luna per noctem. *Salmo CXX.*

20-(Pág. 151) el valeroso Infante D. Enrique
y el noble Juarez.

La desgraciada muerte del Prior de San Juan no tardó mucho en ser vengada. El Infante Don Enrique con los maestres de Calatrava y Alcántara y Don Lorenzo Suarez se mancomunaron con otros caballeros y acercándose á Sevilla, talaron los arrabales de la Macarena y Benahoar, hoy San Bernardo, de los que sacaron mucho ganado, preseas y ropas.

21-(Pág. 152) Asaltadas, al par, la Macarena
y Benahoar.

Véase la Nota anterior.

QUINTA PARTE

LOS SUEÑOS DE ORÍAS.

1-(Pág. 177) la espantosa isla
con sus leprosos mil se revolcaba.

No es horrorosa y repugnante ficción la de esta isla. Ella existe.

La Isla de los leprosos está en la Melanesia, en el Grande Océano equinocial, entre la Tierra Austral del Espíritu Santo y Aurora. Fué visitada por Bougainville en 1768

el cual le dió el nombre que lleva por estar la mayor parte de sus habitantes cubiertos de lepra. Es alta, escarpada, y por doquiera poblada de árboles corpulentos. Sus habitantes, negros ó mulatos, de labios gruesos y cabellos lanosos, son pequeños, mal hechos é infestados de lepra. No tienen pelo de barba ó bien se lo arrancan, con cuidado; se oradan las narices para adornárselas con anillos; cubren sus brazos con brazaletes de hueso ó de marfil, y llevan pendientes del cuello unas planchas de concha de tortuga. Sus armas consisten en flechas ó sables. Las primeras no son más que cañas armadas en uno de sus extremos con un junco muy puntiagudo; los segundos son de palo de hierro. Las habitaciones de los isleños no son más que miserables chozas, en las que no se puede entrar sino agachándose, rodeadas de un cercado de estacas de tres pies de alto. Estos negros tienen un natural feroz y pérfido.—*Voyages de Bougainville. Nouvelle Geographie universelle par* ELISÉE RECLÚS.

SEXTA PARTE

LA VIRGEN DE LA ANTIGUA.

-(Pág. 182) Sin alahites.

Alahite ó alháyte; joyel, sartal de cuentas.

«Pero tenemos por bien, que torne la dicha Reina al Infante Don Enrique la guirnalda de las esmeraldas é el alháyte.»—*Crón de D. Enrique III.*

2-(Pág. 182) el jatib

ó jactib: predicador. El que predicaba sermones en los púlpitos ó *mimrabs* de las mezquitas.

3-(Pág. 182) dervisch

ó derviche: mendigo, pobre, religioso, monge.

4-(Pág. 185) algarradas

Algarrada: máquina de guerra para disparar piedras y saetas.
«é mandárales hacer engeños de muchas maneras, así como trabuquetes é algarradas é almagañas para tirar piedras al muro.»—*La gran conquista de Ultramar.—Lib. I. Cap. CCXXIII.*

5-(Pág. 18.) Ramadán

ó Ramdam, en Masdeu; Ramazan, en Conde y Ramadhan en Mellado. Equivale á nuestro mes de Septiembre.

6-(Pág. 185) Moharrán

ó Muharram, en Conde. Es nuestro mes de Enero.

7-(Pág. 185) Gemadi

ó Guimadhi—Mayo.

8-(Pág. 183) Dulajiat

Dulcagiat. Dluil Hajjah ó Dilhagia.—Diciembre.

9-(Pág. 183) no el de *Tuba*

Arbol del Paraiso. *Historia de los Sarracenos* por Gilhman.—*Exposición de la fé musulmana* de Mohammed

BEN PIR ALI, traducida al francés por M. GARCIN DE TASSY.

10-(Pág. 193) ante un pequeño altar portatil.

Se llama así á una piedra plana y cuadrada bendecida según el uso común de la Iglesia, para celebrar la misa á campo raso ó al que se lleva por las calles en las grandes solemnidades.

11-(Pág. 196) Alzó el destajo

El paño, tapíz ó cortina que servía para cortar un aposento, haciendo en él dos habitaciones ó salas.
«é despues entraron en una cámara ó estaba colgado un grand destajo de la una parte de la pared fasta la otra.» —*La gran conquista de Ultramar.—Lib. IV. Cap. V.*

12-(Pág. 197) y contrición en los pechos

Léese este hermoso ejemplo de castidad en la vida del Santo.—*Año Cristiano, por el* PADRE JUAN CROISSET traducido al castellano por el P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

13-(Pág. 201) aljeme

ó aljamí: la persona que hablaba la aljamía ó lengua castellana. Yo lo he usado como castellano, español.

14-(Pág. 205) almogote

Cuerpo de infantería puesto en órden de batalla.—EGUILÁZ Y YANGUAS.—*Glosario tantas veces citado.*

15-(Pág. 209) ¡Tén tu dia! ¡Tén tu dia!

Sucedió esto el dia de Nuestra Señora de Agosto, mañana en que con obstinación aspiraban unos y otros á la victoria. Imploran los cristianos el patrocinio de la Vírgen

y acometen á sus enemigos sin reparar en su gran número. Al caer el dia empezaron los mahometanos á cejar y viendo el Maestre de Santiago que con el beneficio de las sombras no podían lograr la victoria completa, empezó á vocear. ¡Santa María, detén tu día!—Dilatado es el dia en efecto, lográndose esta misericordia de Dios por los méritos de su Santa Madre, lo que proporcionó á Correa el arrollar con sumo quebranto al enemigo, que dejó el campo sembrado de cadáveres, siendo muy pocos los moros que escaparon.

Memorias de las virtudes del Santo Rey Don Fernando por el P. JUAN DE PINEDA.—*Anales de la Ciudad de Sevilla por* DON DIEGO ORTIZ DE ZÚÑIGA.

16-(Pág. 211) El mar devorador de los ardientes

Mal de los ardientes; enfermedad que apareció repetidas veces bajo forma epidémica en ciertas provincias de España, Francia y Sicilia, del décimo al duodécimo siglo.—Llamóla SANTO TOMÁS *ignis infernalis*, por lo terrible é incurable: conociósela igualmente bajo los nombres de *sideración* y de *fuego sacro*, creyéndose sin duda que este azote tenia algo de divino. Por fin se la llamó *fuego de San Antón*, por cuanto se creía que la intercesión de este Santo era el único remedio que detenía sus funestos efectos.

Refiriéndose un historiador á la exacerbación que de este mal se experimentó en el ducado de Lorena por los años de 1180, dice que los pobres enfermos andaban por las calles y plazas y acudían á las puertas de los templos dando lastimeros alaridos, porque el mal abrasador les devoraba los miembros y las entrañas, dejando muchas veces el esterior frío.—SAUVAL. *Antiquités de París.* MÉZERAY. *Histoire de France.*—Véase tambien una memoria del ABATE TESSIER inserta en el *Recueil de l'Academie Royale de medicine de París.*

Por las descripciones que hacen las Crónicas de la enfermedad ó peste que diezmaba el ejército de San Fernando puede deducirse que era el *mal de los ardientes* el que sufrían.

17-(Pág. 214) Un sayo de ceitunî

Zeituní ó aceituní.

Vestidura antigua, hecha de terciopelo de color de aceituna. *Diccionario de la* REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

«que las ropas de hombres ó mujeres, así briales como mongiles y tabardos é otros cualesquier ropas de brocados ó de sedas é damascos ó *aceytunies* ó chamelotes ó terciopelos, vayan las labores arriba cortadas.»—*Ordenanzas de Sevilla, fol. 164. v., Tit.—De los sastres, calceteros y iubeteros.*—EGUILÁZ Y YANGUAS inserta la anterior cita, entre otras, para demostrar que el vocablo *aceituni* no ha de tomarse como denominación de una vestidura, ni en significación de color de aceituna, sino en la de una estofa de terciopelo de seda ó de raso de diversos colores con la cual se hacían toda clase de vestidos.

Los datos para la descripción del traje de San Fernando se los debo á mi buen amigo el eximio arqueólogo sevillano DON JOSÉ GESTOSO Y PEREZ, autor de «*Sevilla Monumental y Artística.*»

18-(Pág. 215) almofallas.

Almofalla: alfombra.

«En medio del palacio tendieron una almofalla.»—*Poema del Cid.*

19-(Pág. 215) Nicolás de los Romances, como escribano.

Se pretende, por algunos escritores, ORTIZ DE ZÚÑIGA y

ARGOTE DE MOLINA, entre otros, que, Nicolás de los Romances, fué el trovador de la conquista de Sevilla.

Véase el *Repartimiento de Sevilla.*—En él figura Nicolás de los Romances como escribano.

20-(Pág. 216) Pedro Nolasco

Fué San Pedro Nolasco, francés, de una de las mejores casas del Languedoc.—Nació el año de 1189 en el país de Lauregais, en un lugar del Obispado de San Papoul, á una legua de Castel-nau-Darri. Siguió algun tiempo al Conde Simón de Monfort, general de la Cruzada contra los albigenses. Despues de la famosa batalla de Muret, en que quedó muerto Don Pedro, rey de Aragón, compadecido el Conde de la desgracia y de la poca edad del niño rey Don Jaime que había quedado prisionero, y no tenía más que seis ó siete años, creyó que no podía hacerle mayor servicio que darle por ayo y por gobernador á Pedro Nolasco.

La devoción á la Reina de los Angeles y la caridad con los cristianos cautivos que gemían en la esclavitud de los moros, fueron las dos virtudes características de Nolasco, que no paró hasta vender todos sus bienes para asistir y aliviar á aquellos pobres.

Fundó una religión con el título de Nuestra Señora de la Merced, para la redención de cautivos.

El Rey Don Jaime y San Raimundo de Peñafort presentaron á Nolasco, á Don Berenguer de la Palú, Obispo de Barcelona, quien le vistió el hábito blanco y el escapulario de la órden.

Entró en el reino de Valencia, libró de las mazmorras á todos los cautivos cristianos; y habiendo hecho un viaje á Granada redimió á más de cuatrocientos esclavos.

Es fama que Pedro Nolasco acompañó al Rey de Castilla, Fernando III, en la conquista de Sevilla.—*Glorias históricas y religiosas de San Fernando por* DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

21-(Pág. 217) si no el que ruega ferviente
á San Antonio.

Véase la Nota 17 de este mismo tomo. Parte VI.

22-(Pág. 218) quinconeros

Errata.
Debe ser quinnonero: el que toma parte en algún repartimiento.

23-(Pág. 223) González Girón, que á sueldo
trajo para la conquista
mil docientos mesnaderos.

GUDÍEL.—*Historia de los Girones y Vida de San Fernando el III; Rey de Castilla y León, por* DON ALONSO NUÑEZ DE CASTRO.

24-(Pág. 224) que lanza
la tierra llamas de infierno.

He aquí las conversaciones que públicamente se tenían, según las refiere el historiador DON ALONSO NUÑEZ.

Ya ha transcurrido más de un año, decían, despues que sentó el Rey sus reales sobre Sevilla: en este tiempo han sido todos los sucesos prósperos: despues de esto, ni se ve una almena desmoronada de la ciudad, ni desquiciada una piedra de sus muros. Si siguiéndonos favorarable la fortuna hemos adelantado tan poco en tantos meses, si se pasase á nuestros contrarios, que en su infidelidad no suele ser rara esta inconstancia ¿qué logro podrán tener nuestros intentos? Han hecho nuestras armas peregrinas suertes contra los moros con que ha crecido en opinión hasta el cielo; pero ellos están tan sobrados de gente, que no parece que les hemos hecho heridas, sino que se las hemos curado, pues padecen de

plétora. Muy pocos han sido los que de nuestro ejército han muerto los africanos: pero muchos los que ha consumido el asedio, las epidemias, los ardores de estas llanuras, por cuyas bocas abiertas por la sequedad, parece comunica el infierno pestilentes exalaciones.

25-(Pág. 226) Inúndese el campamento
de mencales y pepiones
y adinares.

Mencal: moneda de poco valor de que se usaba en Castilla por los años de 1175, como consta de una donación hecha por Nuño Sanchez al monasterio de Huerta. Traela Yepes, *Crón. de S. Ben., tomo VII, fólio 353.*

Pepion: moneda de Castilla de poco valor.

Si ellos muchos fueron di tu que pocos son,
Di si son XXX mill, que son tres mil o non:
Di que por todos ellos nondarás vn pepion.

El libro de Alexandre.

Adinares: Véase la Nota 5.ª de la *Narración Abdo-l'-Aziz,* publicada en el primer tomo de estas *Tradiciones sevillanas.*

26-(Pág. 227) Más que á la morisma toda
yo á las maldiciones temo
de una buena viejecita
que haya nacido en mis reinos.

Admirables palabras repetidas por todos los historiadores del Santo Rey.

27-(Pág. 229) moneda haré de las suelas
de los zapatos que llevo.

Vida de San Fernando el III. Rey de Castilla y Leon por Don Alonso Nuñez de Castro.

28-(Pág. 230) «¡Valme! ¡Valme!» le suplico.
Y ¡me valdrá! ¡Os lo prometo!

Es fama que el pabellón real de San Fernando se hallaba en la altura llamada de *Cuartos* en el mismo sitio donde al mirar á Sevilla en poder de los sarracenos imploró la intercesión de María diciendo: «¡Valme, Señora' Valme, que si os dignais hacerlo, en este lugar os labraré una Capilla en la que á vuestros piés depositaré como ofrenda el pendón que á los enemigos de España y de nuestra Santa Fé conquiste.»

Ganada Sevilla, el Santo Caudillo, fiel á su voto, labró en el sitio indicado la prometída Capilla á la Vírgen cuyo auxilio invocó clamando *¡Valme!* título que dió á la Imágen que colocó en ella, dejando allí tambien depositado el pendón cogido al moro.

Glorias históricas y religiosas de San Fernando por DON FRANCISCO RODRIGUEZ DE ZAPATA.

29-(Pág. 231) una imagen,
de la que solo hay recuerdos,
obra del bendito apóstol
San Jacobo.

Vida de San Fernando, por DON ALONSO NUÑEZ DE CASTRO. *Memorias de las virtudes del Santo Rey Don Fernando por el* P. JUAN DE PINEDA.

30-(Pág. 233) y en el arzón ferrado de su veloz corcel

Me refiero á la Virgen de las Batallas, pequeña efigie de marfil que llevaba el Santo Rey en el arzón delantero de la silla.

«Otra imágen pequeña de marfil traia tambien en el arzón del caballo conocida por la Vírgen de las Batallas, que se venera hoy en un altar situado en el antiguo

panteón del Santo, bajo el cual se ha colocado hoy la caja, en que estaba antes de ser despositado su cuerpo en la urna de plata.—*Glorias históricas y religiosas de San Fernando por* DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA. *Recuerdo de la Catedral de Sevilla por* DON JOSÉ IGNACIO MIRÓ.

31-(Pág. 234) por cetro, despiadas disciplinas.

Vida del Santo Rey Don Fernanda III de Castilla por el P. JUAN DE PINEDA.

32-(Pág. 236) *¡Ay, Santa María!*
¡Valedme, Señora!
¡Esperanza mía!

ANÓNIMO.—*Cancionero musical de los siglos XV y XVI transcrito y comentado por* DON FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

33-(Pág. 238) ¡Sálvame María!

Véase la nota anterior.

34-(Pág. 239) asió de la Lobera.

Una de las espadas de San Fernando.
Véase la *Crónica de los Condes de Castilla por* FRAY GONZÁLO DE ARREDONDO y los historiadores DON CRISTÓBAL DE SANDOVAL, FRAY FRANCISCO DE BERGANZA, ORTIZ DE ZÚÑIGA y DON ALONSO CARRILLO Y AGUILAR.

35-(Pág. 248) aprisco de mujeres, de múltiples colores

Las huríes son blancas, verdes y de color de rosa.
Historia de los sarracenos por GILHMAN.

36-(Pág. 244)

el Niño, que en sus manos sostiene una paloma,
la rosa que la Madre le ofrece en tierno don.

Así se venera á la Imágen de la Vírgen de la Antigua.

Muchas historias hay de esta Santa Imágen. Las más notables son las escritas por DON ALONSO CARRILLO Y AGUILAR, el PADRE ANTONIO DE SOLÍS y DON ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.

ÍNDICE

ERRATAS

DICE	LÉASE
Pág. 27.—Verso 3. por tenerme aquieta el alma.	por tu voz me aquieta el alma
Pág. 27.—Verso 8. y así, más no encontrarás	y así, más no enconarás
Pág. 60.—Verso 9. no el aliento suspira: cálido muge.	no el aliento suspira, cálido muge;
Pág. 71.—Verso 3. dirigiéndose al Rey, djoi:—Tu amparas	dirigiéndose al Rey, dijo:—Tu amparas
Pág. 78.—Verso 8. el ínclito Almanzor y los Omiadas,	el ínclito Almanzor y los Omniadas,
Pág. 82.—Verso 5. Al que en nombre de Alláh vino á salvarnos	Al que en nombre de Alláh vino á salvarme
Pág. 89.—Verso 16. las que sangre marchitaron	que en sangre se marchitaron.
Pág. 92.—Verso 12. aguerridas congregando.	aguerridas congregando
Pág. 129.—Verso 16. tu puerta: Axataf, abre	á tu puerta: Axataf, abre.

DICE	LÉASE
Pág. 153.—Verso 5.	
en Benahoar el Alfaquí destaca	á Benahoar el Alfaquí destaca
Pág. 153.—Verso 8.	
salir por Vib-ahor, para que acuda	salir por Vib-Alfar; para que acuda
Pág. 163.—Versos 3 y 4.	
si no le ve, suspira;	sino le vé, suspira
y languidece si le encuentra al lado	y languidece; si le encuentra al lado
Pág. 176.—Verso 7.	
con tumafactos lóbulos descansan,	con tumefactos lóbulos descansan,
Pág. 202.—Verso 11.	
no dió seguro, á la fosa	no dió seguro, en la fosa
Pág. 218.—Verso 4.	
afanes de quinconeros.	afanes de quinnoneros.
Pág. 240.—Verso 9.	
aquello que horroriza le sirve al Rey de faro.	aquello que horroriza de faro al Rey le sirve

TRADICIONES SEVILLANAS

Esta obra se publica bajo la protección del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

Sevilla 1895.—Tip. de EL UNIVERSAL, San Eloy, 32.

CANO Y CUETO

TRADICIONES SEVILLANAS

IV.

LA LEYENDA DE ORÍAS

(Conquista de Sevilla)

TOMO TERCERO

DIBUJOS DE JOSÉ ARPA

ADMINISTRACIÓN

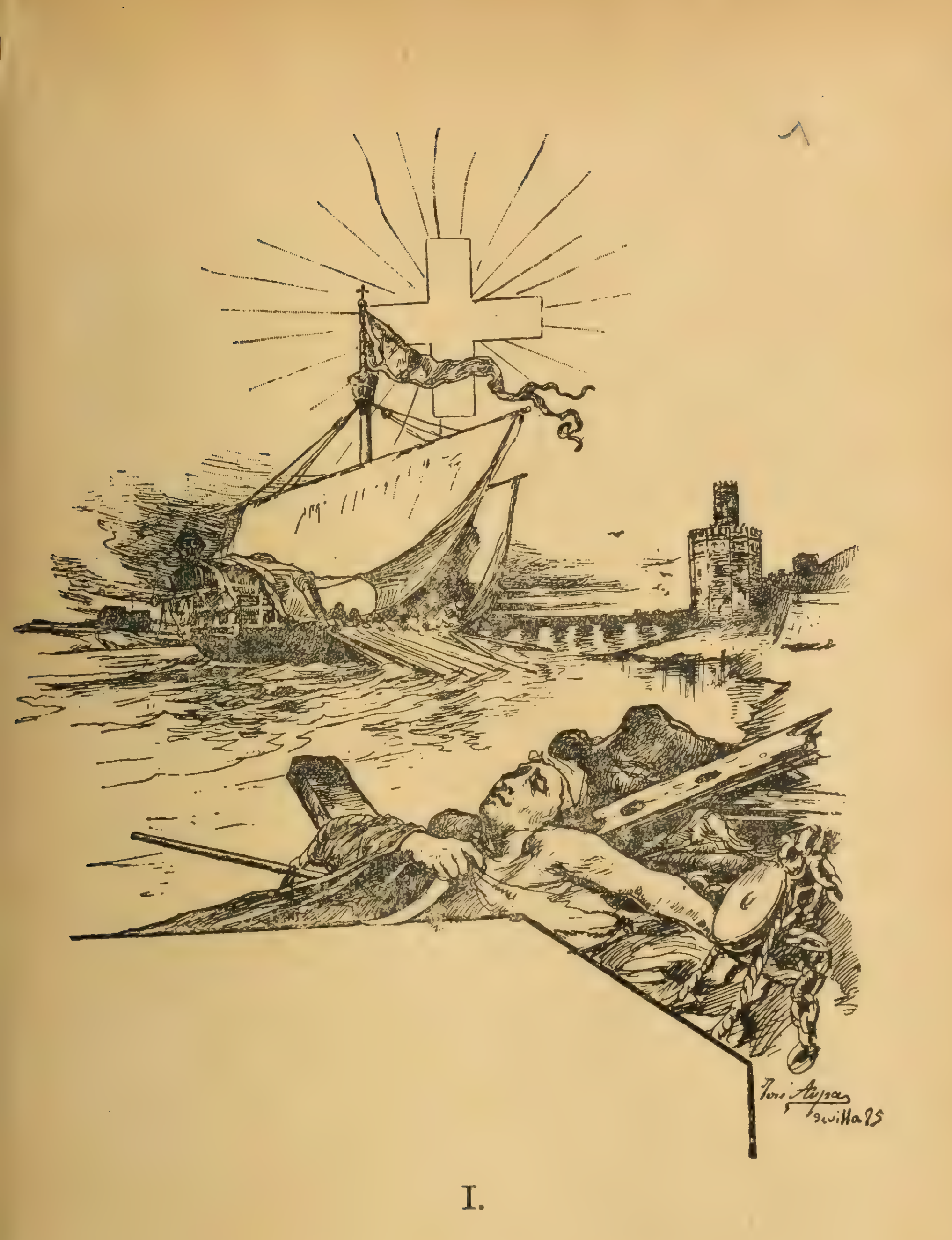
FERNANDO FÉ
Carrera de S. Jerónimo, 2

VICTORIANO SUAREZ
Preciados, 48

MADRID

SÉPTIMA PARTE

EL PRINCIPIO DEL FIN



I.

De duro hierro ha vestido

Bonifaz los tajamares

de dos enormes galeras
más triunfadoras que grandes.
Coraza ha dado á las proras
quien, como valiente, sabe
que, para vencer, ayuda
de Vulcano impetró Marte.
Empresa magna medita
el castellano Almirante,
y esperanzas orgullosas
su excelso espíritu invaden.
Arrugado tiene el ceño,
los ojos tintos en sangre,
y fervorosas plegarias
en los labios palpitantes.
Siempre está fijo en la puente
y siempre desesperándole
las cadenas que del rio
rompen los claros cristales. (1)
¡La puente! ¡Como Gorgona
se alza terrible del cauce!

¡Allí está! ¡Allí...! Las barcazas
desparecen entre herrajes
y en la selva de cuchillas
que al sol fulguran vibrantes.
¡La puente! Pródiga vena
que á Isvilia nutre, y deshace
la esperanza del Cruzado,
y alienta las de Axatafe.
Bonifaz contra su mole
pretende lanzar las naves:
las dos enormes galeras
más triunfadoras que grandes.
Por guerrero, dió corazas
á los corvos tajamares;
y, por cristiano, alzó cruces
en los topes de los mástiles.
Por la Cruz vencer espera. (2)
¡Vencerá! ¡Sublime instante
aquél en que Bonifacio,
con voz que asordó á los aires,

mandó picar las amarras
y largar todo el velamen!
—¡A orza!—gritó.—¡Contra el puente!
¡Por Cristo y Castilla! ¡Avante!—

. . . .

Salió primero el navío
que montan los capitanes
de Vizcaya (3), y á conserva,
la del burgalés triunfante.
No hubo en la cristiana hueste
hombre que no se pasmase,
viendo volar sobre el río
los dos monstruos implacables.
Aterrada la morisma
quedó al ver cómo al embate
de las proras, en mil trozos
saltan cadenas y cables.
Todo lo rompen y vencen
las dos poderosas naves,
las dos enormes galeras

más triunfadoras que grandes.
Cerca estaban de la Torre
del Oro. De sus adarves
salió un frenético grito
de pavor y de coraje.
¡Lo escuchó Isvilia! Y la alarbia
se precipitó al combate,
siendo una y otra ribera
de hidras y furias enjambre.
Tragacetes y cuadrillos
y bodoques y alquitranes
sobre el agua y en el viento
bordaron redes y encajes.
Mas las galeras cristianas
van ¡adelante! ¡adelante!
sin que la lona se arrugue,
sin que los remos descansen.
Traición el viento les hizo.
Fué traidor, por ser mudable.
El viento amainó, reinando

la calma desesperante.
Quedaron las dos galeras
como fatigadas aves
que, ya sin vuelo, las alas
sobre las ondas abaten.
Entonces la morería,
con júbilos infernales,
montó en zabras y xajtures,
yendo toda al abordaje.
Así ciñen las murenas
á los dormidos narwales.
Y entonces, la puente alzóse
tremenda, atroz, espantable.
Sus hierros parecen garras
y sus aberturas fauces.
¡Allí está! ¡Horror! ¡Cuán de cerca
la ve el Emir de los mares!
¡Fantasma atroz! ¿Cómo pudo
ni aun soñar que el pino fácil
las ferradas nervaduras

de aquel titán destrozase.
Hubo un momento de asombro.
Nadie se acordó de nadie;
todos de la muerte. El miedo
encarnóse en los semblantes.
Leaba grita, Arnal vocea,
ruge Cabroy... Y el desastre
se avecina, y todo el río
corre pintado de sangre.
No hay auxilio. No hay remedio.
De Fernán triunfa Axatafe.
¿Quién salvará á las galeras
del destino inexorable?
¡La Cruz, que ve Bonifacio
enhiesta sobre los mástiles;
la que va en su fuerte espada;
la que flota en su estandarte;
la que es lumbre de sus ojos
y de su alma amor constante,
fe de su vida, esperanza

que ni amengua ni decae...!
¡La Cruz salva! Y él la besa
en el arriaz del tajante
acero; que nunca lidia
por las glorias mundanales.
—¡Hijos!—gritó—¡Contra el puente!
¡Por Cristo y Castilla! ¡Avante!—

. . . .

Y el viento despertó. Y recio
y veloz infla el velamen.
Y destrozando xaitías,
tumbando zabras y caiques,
las dos enormes galeras
más triunfadoras que grandes,
sobre el caudaloso río
van ¡adelante! ¡adelante!
Resonó un ruido siniestro,
estridente, formidable,
de golpe, ó choque, ó topada
de hierro con maderamen.

La galera que tripulan
los euskaros capitanes,
repelida por la puente,
rezaga venciendo al aire.
La pechugada tremenda
que á la mole dió la nave
fué inútil... La férrea prora
no hizo mella en el gigante.

. . . .

Cual monstruo marino, echando
de nívea espuma raudales,
preñado el vientre de iras
que en sordos mugidos salen,
como Leviathán terrible,
y como él inexorable,
vuela la enorme galera
del burgalés Almirante.
Embistió el monstruo á la puente;
se oyeron gritos y ayes,
fragor de ruinas; abrióse

ingente abismo en el cauce,
y allá lejos, voladora,
con la Cruz sobre los mástiles,
se vió á la enorme galera
más triunfadora que grande.
Y—¡ay de mi Isvilia!—al mirarla,
con llanto clamó Axatafe.

II.

Con la puente se hundió la fortaleza
del corazón de Isvilia. Hondo gemido
lanzó la gran ciudad. Á las terrazas,
viejos, mujeres, niños,
subieron con enfermos y cobardes;
y, mudos y ateridos,
buscaron con atónitas miradas
la enorme puente que cruzara el río.
¡Allí estaba! Deshecha en mil pedazos.

En haces espantosos, retorcidos,
hierros, cables, maderas. Todo al tope
de la testuz de un monstruo, confundido
en áspera maraña, en atroz ruina
de selva derrumbada en el abismo.
Á una barcaza, en el profundo cauce
clavó el embestimiento del navío,
y sacaba del agua la cabeza,
grande y redonda, de narwal herido.
Otra, á lo lejos, con la quilla al aire,
iba flotando en perezosos giros,
como craso hipopótamo que busca
herbosa orilla en que pacer tranquilo.
Y todo aquello que la vista aflige
y amilana el espíritu,
con señales de lucha y de furores;
y todo en sangre de morisma tinto.
Entre los leños y cadenas rotas,
cadáveres prensados y constrictos;
y, rebullendo en el hervir del gorfe,

carne que es presa del voraz ofidio.
Y el hierro, y la madera, y los despojos
sangrientos, imbricados y tejidos
en urdimbre espantosa; y todo en vuelco
de furia y de exterminio.
Y sin diques ni trabas,
cantando ya, con libre regocijo,
con linfas resonantes,
bajaba raudo el caudaloso río.
Cortada está la vena que nutría
al pueblo de Axataf. Ya aquel florido
Aljarafe, de próvidas cosechas,
no sustento dará, sino martirio.
El Aljarafe su abundoso pecho
abrirá al enemigo...
¡Y el hambre para Isvilia! ¿Quién detiene
el vuelo tenebroso del vampiro?
Cundió el pavor. Armóse la avaricia
de la cautela sórdida. El judío
calculó en el desastre la ganancia,

y empezó á acaparar. Llegó el peligro
á las voces del miedo, y la mentira
se encarnó en la prudencia. El que de rico
presumiera hasta allí, dióse por pobre;
de la guerra maldijo,
y pidió á sus parientes y aliados
socorro, con quejumbres de mendigo.
Llamóse previsor el egoista;
se cerró á la piedad el albedrío,
y fué la ocultación daño y locura,
y fuerza torpe de invencible instinto.
El que más en el zoco aparecía
del espectro del hambre asustadizo,
mira en su hogar las rebosadas trojes,
y con los ojos se produce ahito.
Inicióse el desastre. Todo el pueblo
sintió en su vientre el punzador cuchillo
del hambre fría, en la mañana triste
en que vió con retenes los molinos,
y con guardia el mercado, en el que apenas

quedan restos de frutos carcomidos.
«¿Dónde está—con terror se preguntaban
unos á otros—el tributo opimo
que nos dió el Aljarafe? ¿Qué nos resta
del ganado infinito
que entró por la albacara, transformando
los jardines y plazas en ejidos?
¿Dónde se esconden los sabrosos frutos
que trajeron las naves? ¿Dó los silos
están, aprisionando las cosechas?
¡Todo se ha consumido!»
Entonces comprendieron con angustia
los alimes, los moftis, los caudillos,
que el prudente monarca de Castilla,
al sitiar la ciudad, hubo vencido,
cuando encerrara en sus enhiestos muros
inmensa población: hambre y conflicto.
El tiempo era su ariete. Su aliada,
¡la hambre! ¡Qué presto vino!
Y Zeyad, y Kaleb, y Abóo, decían

las quejas al oir y el vocerío:
—¡Es culpa del Faquí! Por sus consejos
el pueblo está maldito.
Son suyas las torpezas, y nosotros
llevamos el castigo.—
Y á Axatafe acudían y, con voces
de sarcasmo, y la risa en los suspiros,
—¡Ya ves cómo nos salva el gran Orías!—
exclamaban;—¡ya ves cómo el invicto
alfage te ha librado!
¿Qué desastre mayor que el que sufrimos
pudiste adivinar? Di, ¿qué remedio
opuso al mal, que, necio, no previno?
¿Para qué sus riquezas portentosas?
¿Dá á la amargura popular alivio
saber que el Alfaquí pan de acemita (4)
come, entre sorbos de aromados vinos?
¿El desnudo se viste con los ojos,
contemplando sus regios atavíos?—
Y Axataf escuchaba los reproches:

y muy luego, por sabio ó compasivo,
llamaba á su palacio al noble Orías,
y—Has hecho en mi favor cuanto has podido—
le decía—mas... ¡ay! ¿quién contrarresta
la inexorable fuerza del destino?
El Alfaquí miraba al buen anciano
y—Sí, dices verdad, ¡estaba escrito!—
murmuraba—mas hice un juramento
y, no lo dudes tú, ¡sabré cumplirlo!
Moriré en la defensa de tu trono.
¡Moriré por Isvilia! Entre los ritmos
de cánticos del alma, entre las nubes
de aromas de los cielos desprendidos.
Moriré cuando alegre renacía
en el umbral de ignoto paraíso.
¡La muerte entre los brazos de la Aurora!
¡Triste es morir entre amorosos himnos!
Voy á hundirme en la noche húmeda y fría,
llenos de sol los ojos y el espíritu.—
Mas aún confía el guerreador poeta.

¿En qué puede esperar? En el castillo
de Atrayana, en que Obeid, con su bravura,
ha puesto á raya al defensor de Cristo.
Allí siempre la lucha y la victoria.
Aquella fortaleza es el invicto
brazo de la ciudad, que, furibunda,
castiga con crudeza á su enemigo.
Allí, delante de los muros, rugen
impotentes soldados y caudillos.
Allí ni don Alonso, con sus huestes
de Cataluña y Aragón, ni el ínclito
Garci-Perez de Vargas, ni Correa,
ni Flores, ni Mariño,
logran ver quebrantado un solo adarve;
ni allí los belicosos ejercicios
prueban sino que al fuerte castellano
doma el furor del musulmán altivo.
¿En qué puede esperar? En la tremenda
tropa de Abul-el-Horr, que ya ha vencido
cien veces á Alhamar, y á las mesnadas

que del jecida fueron en auxilio.
¿Qué espera? ¿En qué confía? En que la peste
junte su ardor al del quemante estío.
¿En qué puede esperar? En la miseria,
en el hambre del pueblo enfurecido.
¿En qué puede esperar? En que no espera.
Con cóleras de arcángel y precito
aquel hombre animábase. En su alma
la gloria y el infierno se han unido.

. . . .

Y en Mari-Sol pensaba el desdichado,
viendo su amor hundirse en lo vacío.

III.

El castillo de Triana (5)
El buen Rey lo combatía,
Con muy nobles caballeros
Valientes á maravilla.

Alfonso, Enrique y Fadrique,
Sus hijos, que allí tenía,
Con el maestre de Uclés,
Pelay Correa se decía,
También don Rodrigo Flores,
De clara genealogía;
Pero Ponce de León,
De clara sangre y antigua;
Don Alfonso de Meneses
Que Téllez tambien había,
Y Garci Pérez de Vargas,
Fuerte de gran valentía,
Que por los sus hechos grandes
Gran fama cobrado había,
Mucho se ha señalado
En lo que el Rey conquería:
Es tenido por tan bueno,
Que su par no hay en Castilla,
Y combatiendo el castillo
Un infanzón ahí venía,

Para servir al buen Rey
En el cerco que tenía,
Cuando vió que Garci-Pérez
Sus propias armas traía;
Blancas y cárdenas ondas
Son las señas que vestía.
Á los que están en el cerco
Con soberbia les decía,
Que haría que las dejase
Porque no las merecía,
Y que solo él era aquel
Para quien pertenecían,
Y que ante el Rey Don Fernando
Sobre ello le reptaría.
Sabido lo há Garci-Pérez;
Disimulado lo había.
Y combatiendo el castillo
Muy más recio que otro día,
Vargas con el infanzón
Á las barreras venían.

Allí llegaron los moros
Que muy bien lo defendían;
Mataron ya cuantos hombres
Cristianos que allí había.
Garci-Pérez que lo vido
Su caballo arremetía;
Firió de su lanza un moro;
Muerto en tierra lo ponía;
Los otros dejan la plaza;
Él muy recio los seguía;
Por las puertas los metió
Con ánimo y valentía;
Los moros vieron ser pocos
Aquellos que los seguían;
Tornaron á la batalla;
Pelean con agonía.
De moros y de cristianos
Muchos mueren á porfía:
Delante está Garci-Pérez;
Unos mata, otros hería;

Á todos los moros juntos
Él solo los resistía:
Diéronle tantos de golpes
En su escudo y capellina,
Que las ondas y señales
Ninguna se parecía;
Venciera á todos los moros;
Embarrados los tenía
Dentro del fuerte castillo,
Que ninguno fuera había:
Cuando vido que no hay moro
Á quien él matar podría (6),
Volvióse allí do primero
Se comenzó la porfía.
Vido estar al infanzón
Donde dejado lo había.
Sanas tenía las ondas
que por señales traía;
Frescas están y doradas,
Nuevas, que bien relucían.

Cuando así lo vido estar
esta razón le decía:
—En tal lugar cual nos véis
Meto yo las ondas mías,
Dó las tratan tan á mal
Como vos véis por la vista.
Otra vez, si á Dios pluguiera,
Iremos en compañía,
Á hacer otra espolonada
Como esta que hecho había,
Pues están más relucientes
Más sanas y sin heridas
Que en vos tienen mejor guarda
Que en mí ellas las tenían.
Mucho pesó al infanzón
De lo que Vargas decía,
Creyendo que Garci-Pérez
Calumniárselo quería;
Y con turbado semblante
Tal respuesta respondía:

—Las ondas son venturosas
En traer tal compañía,
Y en tener tan buen señor
Como vos que las vestía;
Honradlas bien como siempre
Las honráis con valentía:
Por vos valdrán ellas más
Que hasta aquí valido habían.
Yo vos ruego, buen señor,
Que si errado os había,
Pues sois tan buen caballero,
Perdonéis mi livianía,
Que si vos conociera
Lo que dije non diría;
Díjelo por inocencia,
Porque non vos conocía.—
Humillóse Garci-Pérez
D'esto que dicho le había,
Porque es muy mesurado,
Y el perdón le concedía.

Sabido lo había el Rey,
Muy gran gozo recibía;
Loaba la prez y esfuerzo
Que Garci-Pérez tenía,
Juntamente la mesura
Y bondad que en él había. (7)

IV.

Aunque el heroe toledano
blande el hierro á manteniente (8),
y aunque son muy aguerridas
de don Alonso las huestes,
y aunque al mando del Infante
están los más excelentes
paladines que Fernando
en sus ejércitos tiene,
el castillo de Triana,
que él asedia y que defiende

el ínclito Obeid, es castro
que inexpugnable parece.
Sus ladrillos y sus piedras,
por lo duros y lo fuertes,
la clava de Alcides rompen,
la espada de Marte tuercen.
Se paran en sus barreras
los que bien sangrarse quieren,
y córren hasta los muros
los que la vida aborrecen.
Poco importa á los muslimes
la ruptura de la puente,
y que Bonifaz, sin tregua,
por el río les asedie.
Ellos están decididos
á morir, matando siempre,
y van su tumba adornando
con craneos de los infieles.
Mucho desprecian la vida
los que perdida la tienen,

vislumbrando el paraíso,
que en dicha el dolor convierte.
Al que mate más cristianos,
más huríes y deleites,
y, en más perfumadas sombras,
más tulipanes y fuentes.
Las gallardas bizarrías
de la castellana hueste
se estrellan cual vana espuma
contra el valor del creyente.
Don Alonso está irritado,
colérico Garci-Pérez,
Bonifacio siempre en vela,
y los de Uclés impacientes.
Allí si hay señal de asalto,
ó los peligros acrecen,
ó cuando víveres faltan,
ó un infortunio se teme,
por el río, en su tarida,
negra embarcación de Némesis,

y más féretro que nave,
acude el Faquí valiente.
Con Bonifacio pelea,
le derrota ó le divierte,
y presta al castillo amparo,
y á Vib-ab-Ragel se vuelve.
Torna á su alcázar Orías
y allí su braveza pierde;
y allí del aflicto pueblo
la angustia y zozobra siente.
Asómase á la alta torre
y torva mirada extiende
por la ciudad. ¡Qué callada,
qué triste se le aparece!
¡Ay! las casas ya son nichos,
y los árboles cipreses,
buitres las aves, y flores
los jaramagos silvestres.
Ya es la ciudad cementerio,
y su alcázar esplendente,

aquel alcázar que un día
fué mansión de los placeres,
ahora es cárcel de su alma
é infierno atroz de su mente.
Allá abajo está la alondra
en su nido dulce y breve;
allí está el rayo süave
del puro sol que amanece;
allí está la viola humilde
que tibio perfume extiende;
allí está la hermosa niña
que apenas á hablar se atreve...
La alondra trocóse en águila,
la alborada, en sol ardiente;
la viola, en nardo fragante:
la niña es Dios... vida y muerte.
¡Y en la alvara, ante sus ojos,
el gallardo Iván! Su hueste
es aquélla... ¡Iván de Roa!
¡Con qué furor le aborrece!

Aquel hombre maldecido,
que entre tinieblas le hiere,
fué el desflorador del alma
de María... Y ella, aleve,
aunque finja lo contrario,
tal vez en él sólo piense.
¡Allí está...! ¡Cómo los celos
le dementan y enfurecen!
¡Allí está Iván! Y en su ayuda,
con sus rencores crueles,
el rudo frontero, el tigre
viejo, sin garras ni dientes.
Allí está con sus feroces
golfines, sintiendo siempre
las espantosas angustias
de odio que ruge y no muerde.
Allí está, en mitad de un bosque
de leños, formando arietes,
tolenones, y briolas,
y cappas y almojaneques (9),

que antes de asustar los muros
serán del fuego juguetes...
¡Necio! ¿No ve que la vida
le guarda el que no le teme?
Pero... ¿Iván...? ¡Ay, desdichado
del moro, si Fernán vence!

. . . .

¡Ay, los floridos y espesos
bosques del lejano Oriente,
en los que el ébano altivo
con las magnolias se teje;
en los que el bambú se esconde
en las ramas del alerce,
y el alcanfor da fragancias,
y el sándalo aromas vierte.
¡Ay, las selvas en que anidan
las aves que resplandecen!
¡Ay, los tranquilos arroyos
en que los lotus se yerguen!
¡Ay, la soledad de aquellos

valles en los que, en un éxtasis
de amor, pudiera encontrarse
el edén de los edenes...!
¡Delirios de enamorado!
¡Sueños de rawí demente!

. . . .

Abul-el-Horr, aquel hombre,
como el hierro negro y fuerte,
que manda negros soldados
que rigen negros corceles,
es del Faquí grande amigo;
y tanto el Faquí le quiere,
que en su magnífico alcázar
le da cariñoso albergue.
Vive con sus africanos,
entre los tremendos seres
engendrados por demonios
y paridos por mujeres.
Á todos mima Arbalaya.
El zorro entre tigres duerme.

¿Dormir...? ¡No! ¡No duerme nunca!
Por la noche desparece,
y entre negruras trabaja
en obras de topo y sierpe.

OCTAVA PARTE

LA NOCHE DE SAN JUAN



I

¡Noche de San Juan, tú eres
mucho más clara que el día (1),

Noche de las esperanzas,
¡tú eres la noche bendita!
Tú, al sol quemante de Junio,
que hacia la tierra se inclina,
tú al solsticio de verano,
conmemoras y publicas
del astro rey, luz del mundo,
la resurrección continua.
La Iglesia no ha condenado
tus paganas alegrías,
porque al Precursor de Cristo
festeja la fe sencilla;
mas bajo las toscas pieles
de Juan, el Santo Bautista...
de Adonis, Baldur y Freya,
las vanas sombras palpitan. (2)
Prácticas supersticiosas,
consejas de brujería,
costumbres de razas muertas,
creencias que en mitos se inspiran,

constituyen las dulzuras
de la noche en que las dichas
del amor buscan, soñando
despiertas, las castas niñas (3).
Los cristianos y los moros,
dando treguas á sus iras,
celebraron esta noche,
en unión franca y amiga (4).
En las leilas bulliciosas (5),
en danzas se confundían
alarbes y castellanos (6);
y, con gritos y con risas,
buches, ó herradas de agua
de las moras recibían (7),
ó saltaban las hogueras
en que el romero se apila (8).
Cerradas para el cristiano
tiene sus puertas Isvilia.
No tiene el fiero almohade
leilas para el de Castilla.

No de la ciudad sitiada
se oye alegre algarabía,
ni arden más llamas que aquellas
que sobre el adarve oscilan.
No acercarán á sus brasas
alcachofas florecidas (9)
las moras que indagar quieran
si es su amor fuego ó ceniza.
No irán al campo, á la aurora,
á coger flores benditas (10),
para deshacer hechizos
de las hadas enemigas.
No recogerán las perlas
del rocío, que titilan
sobre las menudas hierbas
que sirven de medicina (11).
No irán la cara á lavarse,
para quedar más bonitas,
á una fuente en que la luna
fulgure con lumbre nívea (12).

No pasará por un mimbre
la tierna madre á su cría (13),
ni habrá ensalmos ni conjuros
contra amorosas perfidias.
Está la ciudad despierta,
en la noche de alegrías,
pero no piensa en amores
el popular que agoniza.

En los cristianos tendales
el duelo y temor se olvida
y de San Juan en la noche
se huelgan bien las milicias.
Los astures no se rinden,
bailando la danza prima,
y, si un instante desmayan,
el ¡auruxo! los anima.
No es hombre el gaitero: es fuelle;
los rojos carrillos hincha
y manda el roncón al cuero

un vendabal que le infla.
Al són de la tibia vasca
la mesnada vizcaina
la espata-dansa comienza:
huye, corre, acude, brinca...
y lanza azconas al viento,
y prorrumpe en chillería.
Por todas partes resuena
áspera y salvaje grita;
por todas partes ardiendo
se ven hogueras rojizas.
Sus llamas saltan los mozos
ó en redor del fuego giran,
mientras que los viejos charlan,
ó con modorra dormitan.
Se oyen cosas espantables
de encantos y brujerías;
estupendos maleficios;
demoniacas maravillas...
Á San Juan celebrar quieren

los que pasan en vigilia
su noche, pero es lo cierto
que del diablo no se olvidan.
De la Tarasca un picardo (14)
dice cuentos que horrorizan,
y un alemán causa asombros,
hablando de las ondinas (15).
Los toscos entendimientos
acogen con fe sencilla
lo que por inverosímil
los sorprende y los cautiva.
Y aquellos soldados rudos,
cuya ignorancia es bravía,
dudarán de Dios, de todo,
antes de que, á pie juntillas,
no creyeran que las hadas
causan pesares ó dichas (16);
que el ogro no come niños (17);
que no hay xanas en las limpias,
frescas aguas de las fuentes (18);

que no hay vestiglos, ni ninfas;
que no hay cazadores negros,
con infernales trahillas (19);
que no sorben los vampiros
la sangre al que se descuida (20);
que no son los fuegos fatuos
almas que rezos suplican (21);
que no hay gigantes que guardan
tesoros en hondas simas (22);
que no hay duendes bienhechores (23);
ni korriganas malignas... (24)
Todo era entonces milagro
y en el milagro vivían.
Aquellos soldados rudos,
en la noche del Bautista,
hablan de filtros, recetas,
talismanes, brujerías,
sortilegios... vueltas dando
á las cuentas bendecidas
de sus rosarios, y, á cientos,

mascullando Ave-Marías.
Y saltando las hogueras,
ó lavando las heridas
en agua en que da la luna,
ó buscando medicinas
portentosas, ó excitando
su grosera fantasía
con relatos pavorosos
que los pasma y maravilla,
pasan de san Juan la noche,
la noche alegre y bendita,
noche de las esperanzas,
noche más clara que el día.
Sólo en el rico alfaneque
del Infante de Castilla
don Alonso se prepara
fiesta más noble y lucida.
Aguarda el Príncipe sabio
al sabio guerrero Orías.

II.

Ansiaba conocer el noble Infante
al héroe musulmán. Su bizarría
admiraba en la lucha; en la defensa,
su indómita constancia; en la desdicha,
su helada impavidez; en la victoria,
su mano generosa y compasiva.
Ansiaba conocerle. En sus oídos,
con eco vibrador, repercutían
los hechos fazañosos de aquel hombre,
de Axataf alma, y corazón de Isvilia.
Á aquel sér misterioso,
cuya cuna el arcano protegía,
cuya patria era ignota, cuyo nombre
quizás era robado á la mentira;
á aquel muslim extraño, ya guerrero,
ya nauta, ya Alfaquí, con ansias vivas

tratar quería y conversar ansiaba
con aquel semidios, que conocía
toda la tierra y los profundos mares,
quizás poblados de hechizadas islas.
Ansiaba conocer el regio sabio
al maestro de ciencias, que leía
en cinco idiomas; singular portento
que encerraba en su sér luces purísimas.
Con obsesión de avaro codiciaba
hablar horas con él de astrología,
del arte de curar, de santas leyes,
de gay saber y de la obscura alquimia.
Sin conocerle, estimación profunda
y afecto compasivo le rendía.
Aquel hombre era un numen y era un mártir.
¿Por qué vino á Sevilla?
¿Por qué escuda á una raza condenada?
¿Por qué no deja que Axataf se rinda?
¿Por qué no acude á él? ¡Porque su amigo
le llamase, un imperio le daría!

Veces mil le escribió. Siempre el alfaje
dió respuesta cortés á sus misivas.
La noche de san Juan es consagrada
al bullicio, al holgorio, á la alegría;
la noche de san Juan noche es de fiesta:
muslimes y cristianos, por antiguas
y arraigadas costumbres, los rencores
en zambra alegre de la leila olvidan.
Noche de tregua en que descansa el odio,
que el curso de los siglos vigoriza.
Don Alonso, tenaz en sus deseos,
mandó un embajador al noble Orías,
rogándole que honrara su alfaneque,
la fiesta presidiendo del Bautista.
El guerrero Faquí descargó un punto
el alma de su atroz melancolía,
y el convite aceptó. Llamó á Arbalaya;
mandóle preparar una exquisita
cena, en el camarín en donde arde
la luz que iluminó su fantasía.

Y dispone que espere su presencia
el Sol que el alma transformó en ceniza.
¡Quiere un instante palpitar de gozo,
extático adorando á la cautiva!
Mas antes que al amor, rendir desea
tributo á lo que exige la hidalguía.
Del renombrado Infante don Alonso
acudirá á la cita.
Vistióse un traje espléndido, labrado
por manos de las hadas. Parecía
un tejido de plumas de las aves
que cantan en los bosques de la India,
y que al volar arrancan de las flores
ráfagas de color para las brisas.
Ciñóse una albengala, con garzota
de deslumbrante y varia pedrería,
y de un cinto de perlas colgó el hacha:
aquel acero que cual rayo vibra.
—Ésta, por si hay combate, —en un resoplo
de tigre, murmuró:—Por si en Castilla

hay malayas traiciones, esta ajorca
me salvará la vida.—
Y cogió un brazalete. Tocó á un punto
y una perla se abrió. Daba cabida
á un grano azul, pequeño, transparente.
Era aquel grano lo que dijo Orías:
¡la salvación! ¡Ah, sí! Ningún veneno
al poderoso antídoto vencía.
Cerró la perla y ajustóse al brazo
la ajorca. Echóse encima
un albornoz de púrpura, y de nuevo
llamó á Arbalaya.
—De mi gente cuida,
—le dijo,—quiero que mi hueste coma,
que beba y dance y se desborde en risas.
—Muy bien, señor...
—El *alhansara* (25) alegres
quiero que pasen...
—Sí... cual la cautiva.—
No vió el guerrero la espantosa mueca

que se heló de Arbalaya en la sonrisa.
Detrás de los cártilagos del hombre
la expresión del demonio aparecía.
Del Faquí, Abul-el-Horr salió al encuentro.
Xeque,—con dulce voz díjole Orías,—
encomienda á tus hombres los adarves.
¡Vela tú por el alma de mi vida!
Voy al tendal del hijo de Fernando,
breves horas no más.
—Si en la clepsidra
de mi afecto tardares, no lo dudes:
iré á nado por tí.
—¡Que te bendiga
el poderoso Alláh!
—¡Que Él á mis brazos
pronto te vuelva!
—Entre las tristes ruinas
nacen la hiedra y el rosal silvestre.
Tu eres la hiedra que al rosal cobija.
La amistad y el amor busqué anhelante,

y hallé los dos tesoros en Isvilia.
¡Ella y tú!... Pero... ¡ay, Dios! los he encontrado
para darles mi eterna despedida.
—¡Faquí!
—Sobre las tumbas
los pájaros no anidan.—

. . . .

De los ojos del negro dos ardientes
lágrimas empañaron las pupilas.

. . . .

Le vió partir Abul-el-Horr. Las aguas
sulca del río la veloz tarida,
féretro más que nave. En su castillo
de popa, erguido, cual fantasma altiva,
va el insigne guerrero. Así le viera
Abul llegar, en salvación de Isvilia.
Entonces todo un pueblo festejaba
su aparición: con ronca algarabía
se aclamaba su nombre; el sol ardiente
brillaba en la dorada jacerina

del héroe singular. Ahora la luna,
con su luz blanca y fría,
le viste, en el silencio, una mortaja.
¡Sombra es el héroe; su laurel, ceniza!
Allá, al frente, en el campo del cristiano,
adonde marcha Orías,
el xeque contemplaba las hogueras
que del Guadalquivir bordan la orilla.
El fuego reflejábase en las aguas
y en temblorosas llamas se extendía.
Allá, al frente, los bailes bulliciosos;
los himnos de la patria; las cantigas
del no olvidado amor: todos los ecos
hijos de las ruidosas alegrías...

. . . .

Y en el alcázar, el silencio frío...
Y la ciudad, entre la niebla hundida...

. . . .

Abul tornó al palacio. De sus ojos
se escaparon dos lágrimas furtivas.

III.

Bien cumplió el mayordomo los mandatos
de su señor y dueño.
En el nido que habita la cristiana,
con solícito afán tiene dispuestos,
en lindos ataifores, los manjares
que orgullo fueran de Epulón soberbio.
Nadie dijera al ver las dulces frutas,
los panes de acemita, los diversos
y sabrosos fiambres, los confites,
los vinos que allí están, que el pobre pueblo
de Isvilia siente el hambre. Aquella cena
diera envidia á Axataf, monarca siendo.
Ricos vasos de Irak (26), jarros de oro,
tajadores de plata, grandes cestos
de rosas perfumadas con aromas
de la indiana región, á los destellos

se ven de mil bujías de canela, (27)
que dan al aire embriagador incienso.
Y allí están las almées. Quiso Arbalaya
llevarlas de María al aposento,
porque ella, en noche de san Juan, oyese
dulces cantares y amorosos cuentos.
No escucha Mari Sol á las almeas.
Todo su sér está en su pensamiento.
Y en él, Ivan de Roa, el olvidado,
su amante padre, acusador severo,
y el gallardo Alfaquí luchan sin tregua,
y vence el que, al vencer, le causa miedo.
Garcés tampoco escucha los cantares.
Recuerda el pobre viejo
las noches de san Juan de su aldehuela;
las noches de san Juan de los guerreros;
las noches de san Juan de aquel castillo,
con el cual sueña en perdurable anhelo.
¡Ay, cuántas noches de san Juan, alegre,
relató á Mari Sol los estupendos

prodigios de las hadas, de las brujas
los mil encantamientos!
Ni atiende á las almeas Arbalaya.
Oye rugir el despiadado infierno
en su alma de precito. Están sus ojos
mordidos por la boca de un espectro,
de un vampiro tenaz, de una serpiente
que se rebulle en el profundo seno
del jarro de oro donde hierve el vino,
el vino de sagú con aal (28) compuesto.
¡Ah! mirando aquel jarro, atroz sonrisa
vaga en sus labios de cortante hielo...
¿Qué oculta el jarro aquel? ¿Qué hay en el vino?
Dos granos que hay de menos
en un pomo de tersa malaquita,
que guarda el cofre de ponzoñas lleno.
—Pronto vendrá el señor á prosternarse
á tus piés de deidad...—con dulces ecos
dijo, y el jarro entre aromosas flores,
escondió el vil con cuidadoso anhelo.

Salió del camarín.

—¿Adónde marchas?—

le gritó Abul-el-Horr.

—Quiere mi dueño,

celebrando esta noche, que su gente

coma, y también la tuya.

—Lo agradezco;

mas esta luna los adarves guardan

mis tropas, y el ahito causa sueño.

—¿Algo recelas, pues?

—Si recelara,

¿te lo dijera á tí?

—Yo nada temo.

Esta noche es de huelga.

—Y de traiciones.

—Siempre dices verdad.—

No advirtió el negro

que salió de los labios de Arbalaya

la frase ahogada y con temblantes ecos.

Alejóse del xeque, murmurando

con fatigoso y cálido jadeo:
—¡Imbécil! la traición que urde la envidia
es tiniebla y silencio.
Está allá, bajo tierra; allí, entre flores...
Causa rabia y dolor, y muerte luego.
¡Vigila los adarves:
no irá el raposo á impacientar al perro!
Y ahora, ¡á ganarse amigos!—
                                        Y á los monstruos
que aún restan del ejército
que trajo Orías, congregó la Furia.
Aquella Furia de enfermizo cuerpo.
—Los africanos,—dijo,—con vosotros
no quieren ni aun comer.
                                        —Á más cabremos,—
uno exclamó, con risotada horrible.
—¿Qué vamos á tragar?—preguntó un viejo.
—Lo que queráis.
                                —Pues danos el caballo
que está en la cuadra enfermo.

—Id por él.
—Y que vengan las mujeres.
—Y os daré vino con afión (29) compuesto.—
Un grito de alegría demoniaca
repercutió con pavorosos ecos.

IV.

Y tambien el alansahara
celebran aquellos diablos,
que tienen trazas de hombres,
para dar mayor espanto.
Unos, con grandes maderos
enorme hoguera formaron
y entre las nubes de humo
dan pertugadas y saltos.
Otros, por la cola arrastran
al moribundo caballo,
cuyo edematoso vientre

pellejo y pus va soltando.
Éstos traen dos tinajas
de vino con opio y clavo,
cuya aparición se aplaude
con alaridos selváticos.
Aquéllos, como en rehala,
conducen, á varapalos,
á unas mujeres que huesos
y piel son, y susto y llanto.
¡Ah, qué horror! Son las cristianas
que á su hueste dió en regalo
el Alfaquí. ¿Quién, al verlas
cual están, pudo soñarlo?
Se ven desnudas; sus ojos,
por las lágrimas quemados;
rotos sus dientes; heridas
sus carnes; mustios y lacios
sus pechos, y con horribles
llagas y despedazados,
por los mordiscos feroces

de los caníbales sátiros.
¡Ay, Mari-Sol! ¿Cómo el águila
á la alondra puso en salvo?
Al pobre caballo, aún vivo,
una pierna le cortaron,
que, sin pasar por las llamas,
fué presa de mil bocados.
Al resoplido estertoreo
del corcel martirizado
y al jadeo con que alienta
de las mujeres el pasmo,
se unían los crispadores
alaridos de los bárbaros,
á quienes más embriagaba
la sangre que el vino amargo.
Van del fuego á las mujeres,
de las hembras al caballo,
del corcel á las tinajas
y en este ruedo macabro,
aquellos monstruos parecen

ya cabríos, ya gusanos...
todo menos hombres; eran
horribles *raskasas* (30) machos.
Ya el potro estaba roído,
ya el mosto estaba acabado,
y molidas las mujeres
á coces y puñetazos...
Al cielo alzaba la hoguera
su enrojecido penacho,
y ya el opio en los cerebros
producía sus estragos.
Uno de aquellos demonios
sintió el vértigo malayo,
el terrible *amok* (31), y heríase
con una piedra en el craneo.
Otros, repentinamente,
sintieron tenaz marasmo,
y con estupor profundo
se rindieron al letargo.
Algunos, junto á la hoguera,

las rojas llamas mirando,
entonaban en són lúgubre
tristes, exóticos cantos.
Y las cristianas... ¡Dios mío!
todas en un haz, temblando,
pensaban en que el infierno,
aún vivas, las ha tragado.
¡Noche de san Juan...! ¡Qué horrible
noche la que están pasando
aquellas pobres mujeres,
víctimas de aquellos trasgos!

V.

Estaba el gran tendal de don Alonso
de alhame (32) revestido y de almocaza (33),
y su suelo cubierto de alcatifas,
y todo lleno de orientales galas.
Lucen almadraquejas (34), con tapices

de Ispahán y Chiraz; vistosas armas
de Damasco y de Argel; ricos perfumes;
velas con algalina (35) elaboradas,
ardiendo en pebeteros do el aljófar
en negras perlas y coral se engasta.
Cuando algun escudero alza el destajo,
que al fondo hay del tendal, se ve una estancia
con filtros, atacires (36), y atanores (37),
y objetos mil de contextura extraña.
Se hallaba en el tendal, junto al Infante,
el noble Orías, en sabrosa plática,
y cerca de los dos, viejos rabinos,
muy doctos en la ciencia judiciaria,
moros envejecidos en la alquimia,
árabes alhaquines; y en compaña,
músicos, coblakaris (38), trovadores,
y maestros cantores de Alemania,
y junto á Nicolás de los Romances,
el famoso juglar Juan de las Tablas.
Á un lado, don Alfonso de Molina,

con Bonifacio, y Pedro de Leaba,
el maestre de Uclés, Yáñez y Flores,
todos mohinos, y con mustias caras,
por estar en congreso en que de ciencias
háblase mucho y de combates nada.
Contempla embelesado don Alonso
al hombre singular que le acompaña.
¡Él era! ¡Orías! El guerrero, el sabio,
el gran poeta, el misterioso nauta,
el alfaje, cl Faquí. Sol y tiniebla;
realidad é ilusión; hombre y fantasma.
Allí con él está. Su aspecto grave
y su hermosura varonil le encanta.
¡Es Alcides, y Apolo, y Prometeo!
¡La fuerza, la hermosura y la desgracia!
El noble corazón de don Alonso,
del sabio que fué aurora de su patria,
tierna emoción sentía contemplando
al sér que envidia y compadece y ama.
¿Le hablará de Sevilla? Nó. Lo impide

del Alfaquí soberbio la mirada...
Y es Sevilla la túnica de Nesus
que devora del heroe las entrañas.
¡No podrá nunca apostatar el mártir!
Sereno el sol hacia su ocaso marcha.
Infante y Alfaquí por vez primera
se veían. Los dos ya se estimaban.
Era el uno la aurora que nacía,
era el otro la estrella que se apaga.
El Oriente decrépito y exhausto,
á fuerza de crear. La nueva raza,
fuerte, joven, audaz, conquistadora,
ebria de vida y con ardor de fama.
Era preciso al sabidor Infante
el tiempo aprovechar. En voz muy baja,
con el Faquí conversa. Se oyen nombres
estupendos y citas muy extrañas.
—En Bramagupta, y en Blaschara Areschia (39),
—dice el noble Alfaquí—toma enseñanzas;
de Djalabar (40), la química es valiosa.

Si después á Maimónides ensalza
Alonso, y á Averroes y á Abenzhóar (41),
Orías le estimula á que se haga
con «Las Pandectas Médicas» del sabio
Aarón de Alejandría (42); y si le habla
de Homero y de Virgilio, el noble alfaje
—En Valmiki—murmura—un dios encarna (43).—
Después de él, Job, cuya tremenda lira
tuvo por cuerdas nervadura humana.
Después Antar, poeta que al desierto
dió el soplo embriagador de sus mohallakas.
Después cita á Pilpay el fabulista (44).
—Pero ante todos,—con vehemencia exclama,—
se alza un cantor universal, sublime:
¡el pueblo! mar furioso en la batalla,
aroma en el hogar, flor en la tumba.
Lira es su corazón, y de ella arrancan
himnos los triunfos, el amor endechas,
salmodias el dolor, la fe plegarias.—

. . . .

Alzó un paje el destajo y en la tienda,
tras de escuderos y garridas damas,
apareció Yoland, la dulce esposa
de don Alonso. El Alfaquí, al mirarla,
aplaudió su hermosura y gentileza,
cogió su manto y le besó en las haldas.
Entraron zariqueros y escanciarios
con servillas y grandes abbarradas (45),
con letuarios, vinos y refrescos,
y comenzó la fiesta que se aguarda.
Cinco ó seis trovadores provenzales
cantaron serventesios, serenatas,
y la canción guerrera de Rolando
que Taillefer en Hanstings entonara.
Un juglar castellano, á los acordes
de su laud, celebra las hazañas
de Bernardo y del Cid; y un euskalduna,
al són melifluo de la tibia vasca,
que tañe un viejo, de chartés (43) vestido,
recuerda las victorias de su patria,

el valor indomable de sus heroes,
y con acentos que el orgullo inflaman,
de Lartaún, Gaun-illa y Lekovide,
hace surgir las sombras venerandas.
Y un rawí granadino, por contraste,
después murmura melodiosa cádiga.

. . . .

Entraron de repente unos soldados
en el tendal, postráronse á las plantas
del Princípe, y
—¡Señor!—dijo uno de ellos—
porque en la noche də san Juan gozaras
de todos los encantos, unos pocos
fuimos al arrabal, y con las garras
logramos encontrar lo que está haciendo
á las candelas de tus hombres falta.
Y el guerrero sacó de bajo el sayo
un gato enorme que furioso maya.
El príncipe y su corte no pudieron
detener en los labios las risadas.

—¿Queréis quemarle?—preguntó al soldado
el Faquí.
—Sí.
—¿Por qué?
—Pregunta vana.
Es añeja costumbre. ¡Este es el diablo!
Y al diablo, en noche de san Juan, se abrasa (47).
—¿Qué nombre das al diablo?
—El tuyo, moro,
pues tú, sin duda, Lucifer te llamas.—
Orías sonrió.
—Porque me has dicho
Luz bella, buen soldado, te doy gracias.
Al diablo entrega el diablo. Señor, oye
de este animal la tradición bizarra.—
Y al felino poniendo en sus rodillas,
con acento burlón, dijo—¡Marjara! (48)
¡qué bien Manou, en el Libro de las Leyes,
con el falso devoto te compara! (49)
Tú eres traidor é hipócrita. Las uñas

que atroces hieren, entre felpas guardas.
¡Mira, Señor, cuál fulgen sus pupilas!
Tener parecen relumbror de ascuas...
Símbolo del principio luminoso
era en el sabio Egipto esta animalia.
El gran gato de Heliópolis, al puro,
sublime Rá, dios Sol, representaba.
Al gran gato solar, que se veía
bajo un persea, con luciente espada,
partiendo la cabeza de una sierpe
que se enrosca á sus pies: como la estatua
del arcángel Miguel, el que venciera
al diablo, que *Luz bella* se llamara.—
Bonifaz murmuró:—¡Blasfemia torpe!—
Y el maestre de Uclés, con voz airada,
—¿Qué es lo que dices?—exclamó.
—¡Maestre!—
replicó Orías—el Infante calla,
y á él hablo. Cuando á tí mi voz dirija,
será para contarte mis batallas.—

Y prosiguió:—Á Beset, cual de Rá, hija,
el egipciano consagró una gata,
y sobre el sistro, místico instrumento,
con su graciosa forma figuraba.
Fué también este culto de la Siria,
y culto fué también de Escandinavia.
Y gatos tiran del brillante carro
de Freya, la que al godo iluminara.
Y ya Freya ó Beset, sol ó demonio,
símbolo es de la luz que el éter baña.—
El soldado avanzó:
—Vuélveme el diablo,
—(dijo)—y verás la luz cómo se apaga.
—¿En las hogueras de San Juan?
—Sin duda.
—Tan sólo en las del sol quiero que arda.—
Y Orías, prosternado y suplicante,
puso el gato en los brazos de Yolanda.
Los trovadores aplaudieron. Todos
los soldados miráronse con ansia,

y todos reprimieron en sus labios
la cólera que, indócil, barbotaba.
—Quiero que en paz durmáis,—exclamó Orías.—
No es el diablo, ni luz, ni deidad vana,
ese animal. De un culto condenado
es recuerdo infeliz. Pero si es tanta
vuestra fe en la doctrina que abrazasteis,
no al Precursor de Cristo con paganas
lustraciones honréis. No honréis á Freya
á través de los siglos. No en las llamas
de las hogueras de san Juan los ritos
de extinta religión tengan membranza.—
Don Alonso asintíó. Se alzó el destajo
y Garci-Pérez penetró en la estancia.
Al verle el Alfaquí, voló á su encuentro.
—Para adorar la luz,—con entusiastas
acentos exclamó,—no es necesario
los astros contemplar, sino las almas.
¡Ved, señores, el alma de Castilla!
Ante su luz mi espíritu desmaya.

¡Es suya mi existencia!—
Los guerreros
aplaudieron de Orías las palabras.
García le abrazó.
—Ya Altair (50), me dice
que debo regresar á mi alcazaba.
—Adios! ¡Orías!—murmuró el infante.
—¡Adios! ¡noble señor!—clamó Yolanda.
—¡Adios! ¡buen moro!—Garci-Pérez dijo.
Y gritáronle—¡adios!—hombres y damas.
Llamó al guerrero cazador del gato,
y al par que un bolso de oro le regala,
dícele afable:
—¡Por el diablo bebe!
—¡Porque te salve Dios!
—¡Dios sólo salva!

. . . .

Y zarpó la tarida. Y á lo lejos,
un féretro la nave semejaba.

VI.

Entró en su alcázar Orías,
ansioso de ver á aquella
que de esclava se ha trocado
en domeñadora reina.
Pasó por junto á su hueste,
y entonces, por vez primera,
sintió el asco que produce
la fetidez de las fieras.
Vió luego á Abul y á Arbalaya,
que en servirle se desvela;
y al camarín de María
alegre y turbado llega.
Le place ver los sabrosos
manjares que hay en las mesas,
y el espléndido servicio,
y las gallardas almeas;

y se le hechizan los ojos,
y el alma se le embelesa,
contemplando entre jazmines
la castellana azucena.
Cayó á sus plantas, besando
las flores que blandas huellan,
y así dijo el noble moro
á la hermosa nazarena:
—Siempre de tí vivo lejos,
porque quise que supieras
que no me mueve á adorarte
el ansia de tu belleza.
Aquí estás pura. Aquí vives
á solas con tu conciencia,
la que mil veces te ha dicho
mi amor, sin causarte afrentas.
Yo vivo con tus recuerdos:
no es preciso que te vea
para que tu casta imagen
en mis ojos resplandezca.

Si he traspasado esta noche
los umbrales de tu puerta,
ha sido para pedirte
que breves momentos pueda
soñar unas alegrías
que, aun soñadas, son quiméricas.
Déjame pensar soñando
que eres tú mi compañera,
que eres mi amparo y mi cielo,
mi amor y mi fortaleza.
Si este gozo me regalas,
yo me sentaré á tu mesa,
partiendo mi pan contigo,
bebiendo donde tú bebas.
Pero si al fin me negases
un bien que tan poco cuesta,
me marcharé y tus desprecios
juntaré con mis tristezas.
—No sé por qué hayas pensado,
—dijo Mari Sol,—que pueda

desairar á quien, afable,
mereció que se le quiera.
Por obligación y afecto
te debo humilde obediencia,
que se acrece cuando escucho
que, en vez de mandar, me ruegas.
Yo también con tus memorias
vivo, y estoy en tu ausencia
á tu lado, y en mi alma
palpitas, aunque me pesa.
Que no quisiera quererte
mis labios te lo confiesan,
mas ya supiste que tengo
la voluntad prisionera.
Partiré mi pan contigo,
beberé donde tú bebas,
y trataré, con sonrisas,
de disipar tus tristezas.
Tristes están nuestras almas;
un bien infinito anhelan

y tienen remordimientos
por el bien que aman y alejan.—
El noble Faquí, postrado,
cree que lo que escucha sueña,
y que una diosa le habla,
y que un arcángel le besa.
De su sér siente en el fondo
el relumbror de una estrella
que, con purísimos rayos,
todo su espíritu incendia.
Y en el éxtasis sublime
que le turba y le enajena,
cree que Mari Sol es todo:
patria, Dios y Gloria eterna.

. . . .

Poblado el ceño de iras,
que saltan de las tinieblas
de los extintos volcanes
de ojos que son vanas cuencas,
rebosando maldiciones

que sin palabras se expresan,
con mugidos de unas fauces
con dientes, pero sin lengua,
escucha Garcés los ecos
del moro y de la doncella,
y aquellos himnos del alma
rabia le dan y vergüenza.
¡Pobre Garcés! ¡Cuánto sufre!
Como derrengada fiera
en un rincón se revuelve
y convulsivo jadea.
Él á su patria no olvida;
él á su rey no desprecia,
ni á su religión ofende,
ni de odiar al moro deja.
Y la hija del frontero,
la cristiana rica-fembra,
la que de amar al de Roa
hizo solemne promesa,
á un agareno maldito

hechiza con frases tiernas,
y sus pasiones aviva,
y sus suspiros no enfrena.
¡Pobre Garcés! ¡Tú no amaste!
En la rugosa corteza
de tu cuerpo nunca pudo
clavar el Amor sus flechas.
Del pedernal del castillo,
del que fuiste centinela,
la coraza de tu pecho
tomó la estéril dureza.
El amor es flor del alma,
y no dan flores las piedras.
Amaste como ama el perro,
que lame á quien le apalea.
Amor de instinto. El instinto,
que hace amor de la obediencia.

. . . .

Junto al león mutilado
gruñe impaciente la hiena.

¡Arbalaya! ¡Cuán siniestros
sus ojos relampaguean!
¡Cómo á Mari Sol y á Orías
rabiosamente contempla!
y ¡con qué avidez inicua
mira, entre las flores bellas,
un jarro grande, de oro,
que el vino de sagú llena!
Sólo las almees lascivas
ven con muda complacencia
al Alfaquí enamorado
y á la cautiva hechicera.
Son mujeres, y el perfume
del amor las embelesa,
y los suspiros escuchan,
como divinas cadencias.
El Alfaquí despidiólas;
y cuando tristes se alejan,
como pájaros que sitio
en donde anidar no encuentran,

manda el Faquí al mayordomo
que empiece á servir la cena.
Ante un ataifor sentados,
el guerrero y la doncella
ven, entre vasos y flores
de oriental magnificencia,
los más sabrosos manjares,
las confituras más frescas,
los vinos más aromosos,
las frutas más opulentas.
Come muy poco la niña,
y el Alfaquí se alimenta
de mirarla, y son muy breves
las frases que balbucean.
Garcés, fosco, tiene el alma
de dudas y espantos llena.
Arbalaya, de entre flores,
saca un gran jarro que llena
el sagú, vino extraído
del jugo de las palmeras

de la India, y en la copa
más amplia y de más riqueza
vierte el licor, cuyo chorro
esparce fragante esencia.
—Vino de sagú, aromado
con áal (51), la bebida excelsa
con la que el indio embalsama
sus placeres y sus penas...
Toma esta copa, ¡María!
Bebe, ¡mi amor! bebe en ella
el licor dulce y süave
que sol del oriente encierra,
y espumas de sus cascadas
y perfumes de sus selvas.—
Dijo Orías. Y acercando
la copa á la nazarena,
añadió:—¡Bebe en silencio,
por las dichas que pretendas;
por tu Dios y por tu patria;
por cuanto estimes y quieras!—

Garcés se irguió, allá, en el fondo
del camarín, como negra
terrible sombra. Arbalaya,
fijo en Mari Sol, no alienta.
Toda su vida en los ojos
está, y el afán los ciega...
¡Sí!... Ya la copa está alzada
en sus manos... ¡Ya la acerca
á su boca...! ¡Oh, sí!... Ya á sorbos
va bebiéndola..., bebiéndola.
Y pasó todo el infierno
por los ojos de la hiena,
dejando sangre en lo blanco
y en las pupilas centellas.
¡Oh, qué júbilo! La copa
de nuevo de sagú llena.
Orías la alzó, exclamando:
—¡Yo bebo por tu belleza,
por el amor que no mancha,
por lo que fulge y no quema!—

Y de un solo trago apura
el vino al que el áal da esencias.
Arbalaya siente espasmos;
con ambas manos se aprieta
el corazón, que parece
que de júbilo revienta.
—¡Tú me azotaste en el cuerpo—
murmuró—por esa hembra.
Yo os azotaré en las almas,
en los bordes de la huesa!—
Mari Sol que otra vez llene
la copa á Arbalaya ruega,
y se levanta, y al ciego
ínstale á beber por ella.
Garcés agarra la copa,
convulso, y con rabia intensa,
la tira al suelo, lanzando
rugido atroz de pantera.
—¡Jesús!—exclama la niña;—
¿Qué hice para tal ofensa?

¿Por qué tan triste sollozas?
¿Por qué tan rabioso tiemblas?—
Grave, adusto, contemplaba
el noble Faquí la escena,
y reía el mayordomo,
y al viejo Garcés celebra.
—Mal hiciste,—dijo Orias,—
y no humana es tu fiereza,
pues con tus salvajes odios
castigas bondades necias.
Te quise llamar amigo,
á tí, mi esclavo, mi bestia;
quise dar luz á tu alma,
que el sol á tus ojos niega.
Arrojas mi vino y rompes
la copa en que yo bebiera,
olvidando que há un momento
de tu Príncipe en la tienda,
yo he bebido por sus glorias
y por que Aláh le proteja.

Medita, animal zahareño,
en tu rústica protervia,
que borraste la distancia
que hay del gusano á la estrella.—
Garcés muge, y con las manos
hace indescifrables señas
de repulsión, de coraje,
de sumisión, de humildeza.
—Te entiendo, dijo María.
Á tu señor te domeñas,
y agradeces sus favores,
y sólo de mí te quejas.
Tú, pobre ciego, en mi alma
profundamente sondeas...
y me hablas con mudas voces,
de mi padre y de mi tierra...
¡Tú eres la sombra que siempre
mi pasado me recuerda!
—¡Tu pasado!—gritó Orías...—
¡Tu pasado es la tiniebla

que mi pensamiento anubla
y mis entrañas congela!
—Y ¿por qué?—exclamó María.
—¡Lo preguntas?...
—¿Qué recelas?...
—¡Que Iván me trague!
—Mereces
oir mi confesión sincera.
Y tú, Garcés.
—Sí, María,—
clamó el Faquí...—¡ya las vendas
quita de mis ojos! ¡Quiero
ver dentro de tu existencia!
Yo también quiero ¡qué espanto!
que en mis lobregueces veas.
¡Marcha tú!—dijo á Arbalaya...
¿Qué órdenes me das?
—Que duermas.
—Ya he unido el sueño á la muerte,—
pensó la cobarde hiena.

VII.

Salió el marfuz mayordomo
del camarín, soslayando;
buscó una estrella en el cielo,
y con sigilosos pasos
fuese hacia la oculta entrada
del lóbrego subterraneo.
Levantó con gran cautela
una losa; se abrió el antro,
y sorbió la sombra fría
el cuerpo de aquel malvado.
Cerca de allí, entre las frondas
de un bosquecillo de lauros,
resplandecieron dos ascuas,
que raudas chispas soltaron.
Se abrió el espeso boscage,
negro fantasma brotando...

El fantasma lentamente
llegó de la sima al vano
y exclamó:—¡Raposo! el perro
al fin encontró tu rastro.—

. . . .

Y Abul-el-Horr emboscóse
con diez de sus africanos.

VIII.

Con melancólico acento
Mari-Sol el dulce cuento
de su vida relataba
al Alfaquí, que aspiraba
los perfumes de su aliento.

Historia sencilla y breve:
la historia de una azucena
nacida sobre la nieve,
que contara brisa leve

á un volcán que el fuego llena.
—¿Qué era amor? No lo sabía
(la hermosa niña decía).
—Mi pensamiento sencillo
de las puertas del castillo
á salir no se atrevía.

Viví del mundo alejada,
y nunca tuve ocasión
de saber que una mirada
flecha es que al Amor da entrada
en el virgen corazón.

Allí sobre la alta sierra,
desde el castillo roquero,
triste miraba la tierra,
sin ver en ella un sendero
que no me hablase de guerra.

El recio alnedo talado,
el verde jaral quemado,
turbio el río, roto el puente,
la mies seca, mustio el prado,

charcal de sangre la fuente;
cada monte una atalaya,
una señal cada hoguera,
un límite toda raya,
todo junco una azagaya,
toda voz lelilí fiera;
allí, soldado el pastor;
el mastín tigre; el caudillo
insomne por el temor;
en toda mano un cuchillo;
en todo pecho un rencor...
Por doquier ruido de acero,
sangre por doquier vertida,
hondo grito lastimero...
Tal viví: cual flor nacida
en mitad de un matadero.
¿Pude con Amor soñar?
En mi alma de mujer,
en medio de tanto odiar,
sentía un vago placer

al bendecir y al orar.

Mi alma como flor se abría,
al ver el sol que llegaba
dando besos de alegría
al nido que calentaba,
y á la fuente en que fulgía.

El dulce arpegiar del ave,
del bosque el susurro blando,
del torrente el eco grave
escuchaba, palpitando
de emoción dulce y süave.

Y el *Angelus* al rezar,
y al ver el sol trasmontar,
sin que acertara el por qué,
siempre tan triste me hallé,
que siempre rompí á llorar.

Si un soldado, con sencilla
voz de amistad cariñosa,
me dijo: «Tú, por lo hermosa,
del infanzón de Castilla

más noble, serás esposa,»
en su predicción pensaba,
sin dar al fantasma nombre,
y ¡aturdida! imaginaba
con encanto, que me amaba
lejos, muy lejos, un hombre.
Y quería entretener
esta ilusión tan mentida,
porque no hay ningún placer
para un alma de mujer
como el de verse querida.
Si Garcés de una encantada
mora relataba el cuento,
y decía que librada
fué de largo encantamiento
por la valerosa espada
de un príncipe de Ultramar
que le dió su fe y su amor,
Garcés me escuchó exclamar:
«¡Así será mi amador!»

¡Mira qué necio soñar!
Mi padre me dijo un día:
«Quiero dejarte amparada,
previniendo mi agonía.
Pretendo verte casada,
para tu dicha y la mía.»
Y á Iván conocí. ¿Le amé?...
Que era amor imaginé
lo que por Iván sentí...
Ya veo que me engañé.—
(Y el alma volvió al Faquí.)
Aquel amor que empezaba,
era la luz de la aurora
que, sin calor, alumbraba
mi alma, que ya el sol devora...—
(Y el ciego-mudo lloraba.)
Iván el infanzón es
que, de sueños al través,
ví cual fantasma de amor...
¡Tú eres el libertador

de los cuentos de Garcés!—

Lanzó un profundo suspiro
el Faquí. ¡Qué tarde llegan
las dichas por él soñadas
á embalsamar su existencia!
¡Ay, desventurado Orías!
¡Cómo al precito amedrenta
ver el cielo, desde el hondo
abismo que le sujeta!
—¡María! ¡Dios de mi alma!—
dijo con voz de tristeza,
—¡Gloria que juzgué imposible,
estando de mí tan cerca!
¡Bien haya el que aquí me trajo!
¡Bien haya la cruda guerra
por la cual logré la dicha
de victoria tan suprema!
¡Gracias por lo que dijiste!
Abre tu acento las puertas

del Edén... pero ¡ay! de hinojos
en su umbral mi alma se queda.
Mi amor es un imposible;
tu piedad una quimera...
nubes de incienso que el aire,
al ver unidas, dispersa.
No al precito el ángel puede
salvar, aunque lo pretenda,
ni la nieve amar al lodo,
ni el sol fundirse en la niebla.
Escucha la triste historia
de este á quien alivio prestas,
y tú, nieve, sol, arcángel,
con tu luz, con tu pureza,
con tus alas... sobre el antro
de cieno y de sombras vuela...!—
Y así dice el noble Orías
á la hermosa nazarena:

—Ganó mi padre con su espada un trono
en la indiana región, cuna del día.

Tendió el pueblo á sus pies; pero, en su abono,
vió del vencido el llanto y la agonía,
y en olvido y piedad trocó su encono.

Espejo de caudillos y de reyes,
lleno de amor y de prudencia, quiso
padre ser, no monarca, de sus greyes,
y de su imperio hacer un paraíso,
dándole el bien en sacrosantas leyes.

Favor dió al sabio y amistad al bueno;
del pobre sondeó la vida amarga;
la cumbre y el abismo vió sereno;
se hinchó su mente y se abrumó su seno
de la experiencia con la enorme carga.

De todo lo humanal escuchó el grito;
halló la oculta y tenebrosa fuente
del mal que se desborda en el delito
y leyó en ese código que siente
el pueblo, juez por la verdad bendito.

Y promulgó después leyes severas,
sin distinción de razas ni de nombres,

leyes justas, sencillas, cumplideras,
lazo de paz y amor para los hombres,
duro azote y dogal para las fieras.
  Y palpitó su reino de alegría.
La riqueza llegó tras la ventura,
y al popular contento respondía
el canto jubiloso de Natura,
que enlazaba su dicha con la mía.
  No puedes tú soñar, ¡alma del alma!
los bosques do los sándalos florecen,
y el bambú se confunde con la palma;
los hondos ríos que, corriendo en calma,
antes de ir á la mar, mares parecen.
  No puedes tú soñar, ¡oh niña hermosa!
el país de mis dichas encantado...
aquel suelo de flores tapizado,
aquel cielo de luz esplendorosa,
aquel ambiente tibio y perfumado;
  ni las aves que llevan en sus plumas
los colores del iris refulgente,

ni los montes que á Dios alzan su frente,
ni la nieve, que, en cándidas espumas,
salta los riscos en veloz torrente.

Pero ¿qué tienes?... ¡dí! ¿Tu vista inquieta
busca el edén que mi suspiro evoca?
¿Nostálgico me crees? ¡No soy poeta!
¿Crees que un recuerdo el corazón me aprieta?
¿Que lloro un bien perdido? ¡Ilusión loca!

¡No, mi Sol! En la tierra no está el cielo.
También en aquel reino se lloraba.
Si el aire de perfumes se embriagaba
y era alfombra de flores todo el suelo,
la lepra á los humanos gangrenaba.

—¡Ah, qué horror!

—Grande fué, pero atajado.
Dos ínsulas lejanas y desiertas,
ocultas en un mar poco surcado,
por nautas de mi padre descubiertas
fueron, y unidas á su inmenso estado.

Llevóse á los leprosos. Nunca puedo

la salida olvidar, horripilante,
de aquel gran muladar que daba miedo:
monstruosidad en úlcera ambulante,
carne podrida en asqueroso ruedo.

Niños, hombres, mujeres, en trahilla,
marchaban á la costa, dando aullidos,
y separados eran en la orilla.
Á unas naves las hembras, en gavilla;
los machos á otras naves impelidos.

Á una de las dos islas las mujeres;
á otra los hombres. Se cortó el linaje
de los polutos, espantables seres. (52)
No á la Natura causarán ultraje
lo macabro y salaz de sus placeres.

Pero... ¿en qué piensas?... ¡dí! ¿Tus ojos cierra
el espanto?
—¡Señor!... ¡Habla! ¡Prosigue!...
—¿Cómo he de hablarte, si mi voz te aterra?
Diré porque tu angustia se mitigue,
¡limpia de gafos se espanció la tierra!

Mi padre entonces atendió amoroso
del pueblo al bien, y á la fortuna mía.
«Fuí guerrero,—me dijo,—busca ansioso
la fuente de inmortal sabiduría,
que el rey que es sabidor es venturoso.»
Y bebió con ardor mi inteligencia
—del mundo y sus ruídos apartado—
el divinal perfume de la ciencia;
y fuí de la ignorancia libertado,
y «¡ya eres hombre!» dijo mi conciencia!
Crucé la tierra y esploré los mares.
Con la vista ensanché mi pensamiento,
y naciones, y pueblos, y aduares,
llenaron de fulgor mi entendimiento,
y el alma de piedad, ruinas y altares.
Y cuando yo, con alma enardecida,
el orgulloso cántico entonaba
de victoria esperada y obtenida,
ví, sin pesar, mi voluntad perdida.
¡Una hermosa mujer me esclavizaba!

El noble sabio, el guerreador bravío,
el austero dervich y el Soberano
se engañan al juzgar su poderío...
¡Sólo existe un poder ciego y tirano!
¡la hermosura! deidad del albedrío.

¡Ah, sí! Amé á una mujer... Pero... ¡María!
¿qué tienes?
—¡Ay! ¡no sé! Siento una angustia...
—¿Por mis palabras...?
—¡No! Tu voz oía...
—Y ¡lo quiere negar!... ¡Como flor mustia
tu corazón se embebe á la voz mía!

¡La amé! pero no... ¡miento! Yo no he amado
hasta que ví tus ojos celestiales,
y en ellos el pudor por mí soñado.
Yo no amé hasta aspirar los virginales
aromas del amor inmaculado.

¡Ni era bella cual tú! La luna fría
huye al ver el fulgor de la alborada.
Mas, sí... ¡era hermosa la sirena impía!

Y ella sombra, y tú luz, mi alma, espantada,
ve con horror que á tí se parecía.

Su esposo fuí. ¡No tiembles! Cuando digo
este nombre, mis ojos cubre un velo
de sangre, y con vergüenza me maldigo.
¡Y su sér vive en mí! Puñal de hielo
clavado en mis entrañas por castigo.

Murió mi padre y, á reinar llamado,
entré en mi imperio con mi esposa bella,
aplaudiendo mi pueblo alborozado,
al ver el sol unido con la estrella;
astro muerto que al sol dejó apagado.

Pasó rauda mi dicha. Un Rey vecino
la frontera forzó. Dejé el palacio
para abrir á la muerte ancho camino,
y de la lid al triunfo en el espacio,
se trocó por completo mi destino.

¡Ay de mí! Los laureles alfombraban
de mi alcázar de oro el atrio inmenso;
los hombres á mis pies se prosternaban;

me envolvían las nubes del incienso,
y mis invictas tropas me aclamaban.

Y yo sólo á mi esposa me ceñía;
yo sólo de su voz la melodía
escuchaba; y de gozo palpitando,
con ansiedad de hidrópico, bebía
el tibio aroma de su beso blando.

¡Ay de mí! Me brindó todo el tesoro
de su beldad, ¡tan dulce y recc[illegible]iada!
y el triunfador, con alma embelesada,
oía, como cántico sonoro,
el leve són embaucador del hada.

Y yo sobre los nardos de su seno,
dichoso, me adormí. Sentí en mi frente
el mordisco veloz de una serpiente;
después, el corazón de angustias lleno,
y olas de escarcha y de vapor hirviente.

¿Qué ví entre sueños? ¡Ay! La sombra odiosa
de un hombre hundirse entre la niebla obscura:
fantasma que corría temblorosa,

áspid cobarde con humana hechura,
la traición, asustada y monstruosa.
¿Qué era aquello? ¿Ficción? ¿Sueño? ¿Demencia?
¿Era el atroz vestiglo de la injuria?
¿Era el espectro mudo de la ausencia?
¿La culpa que no cabe en la conciencia?
¿El hirsuto Astaroth de la lujuria?
Disimulé. Con ira refrenada,
dulcemente le hablaba mi cautela.
Iba una red tendida en mi mirada.
Y fué ya toda frase una celada;
todo tiempo y lugar, un centinela.
Delatóse la adúltera. En la fosa
hundí al profanador del nombre mío,
vengándome con ira silenciosa.
Y al mirar su cadáver, burla odiosa
juzgué mi deshonor y juego impío.
¿Quién era mi rival? Un sér abyecto.
¡Un inmundo bufón! Y ¿él á la estrella
osó mirar? ¿Al lodazal infecto

pudo bajar el astro? ¿La hada bella
á un sátiro escogió por predilecto?

Pero... ¿por qué? Con insistencia vana
yo buscaba el motivo de su ultraje.
¿Cuál otro pudo ser? Ardor salvaje
de hembra excitada por la furia insana,
ardiendo en sed de atroz libertinaje.

Todo era sexo en su materia impura.
Un incansable orgasmo era su vida.
Hambre de bestia que, incapaz de hartura,
al macho no soltaba, ni aun rendida,
ansiando hacer del lecho sepultura.

Todo era sexo en ella. ¡Era inocente!
Hembra, sí, no mujer. ¡No mujer era!
¡No era culpable! En su ansiedad ardiente
se halló sin hombre. Y la feroz pantera
no aguarda, estando en celo, al macho ausente.

¿Yo matarla? ¿Por qué? ¿De su albedrío
era dueña quizás? ¿Quién si en su mano
ve, de arbol muerto, con horror y frío,

caer viscoso y pútrido gusano,
lo estruja, en vez de echarlo á lo vacío?

De asco no la maté. ¡No! Su mirada
compasión me pedía. «Nada tema
tu hambre de vida,—dije.—¡Estás juzgada!
La lascivia brutal que te resquema
en pus abrasador será apagada.»

Y entre las sombras de la noche obscura,
crucé con ella, delirante y ciego,
la montaña, la selva, la llanura...
¡La nieve helaba á la traidora impura
y al engañado devoraba el fuego!

Llegamos á la costa. Hablé á un piloto;
en un esquife me embarqué con ella,
y la barca zarpó con rumbo ignoto.
Allá del mar en el confín remoto,
inmenso islote entre vapor descuella.

¡La isla de los leprosos! La cloaca
en que arrojó mi padre el pudridero
carcoma de su Estado. Demoniaca

región de lo deforme. Sumidero
de purulencia y fetidez psoriaca.
Del Cocito á las playas arribamos.
Mi mujer fué arrancada del esquife;
sobre una árida peña la soltamos;
y salimos del pérfido arrecife,
y huyendo, ansiosos, en la mar entramos.
—¡Qué horror! ¡qué horror!
—Y á mi mujer oía
gritar con alaridos de agonía:
«¡Señor! ¡Misericordia! ¡Aguarda! ¡Espera...!»
Y la hirviente, leprosa gusanera,
se volcó sobre el cuerpo de la harpía.
—¡Oh, calla, por piedad!
—La hembra rijosa
sentía las caricias del gusano.
¡Ya era el cieno el esposo de mi esposa!
. . . .
No retorné á mi patria venturosa.
¡Tragó mi sér el insondable arcano!

—¡Jesús! ¡qué espanto! ¡La opresión me mata!
¡La vista se me anubla!
—¡Por la infame
sufrir puede la virgen?
—Se me ata
el corazón...! ¡Oh, Dios, tu auxilio dame!
—¿La leprosa la vida te arrebata...?
—¡Ay, qué fatiga! ¡Mi sudor es hielo!
Y ¡me abraso!—
El Faquí tambaleóse.
Quiso después como arrancarse un velo
de los ojos; las sienes oprimióse,
y con rugidos de furor y anhelo
á Mari-Sol, convulso, aproximóse.
Cogió sus manos; le tocó la frente;
en su rostro clavó tenaz mirada,
y—¡Arbalaya!—gritó, de horror demente.—
¡Envenenado yo! ¡Tú envenenada!
¡Al fín nos ha mordido la serpiente!
Mas no temas por tí. ¡No, vida mía!

La traidora serpiente se ha engañado.
¡No morirás! ¡El sol de la alegría,
de las tinieblas del sepulcro helado
va á alzarse para tí, dulce María!

Ya su sentencia pronunció la Muerte...
¡Atroz sentencia, rigurosa y fuerte!
La sombra fría de la luz separa.
Aleja el lodo de la fuente clara,
y el blanco lirio del espino inerte.

¡No morirás: mi amor te lo asegura!
Voy de tu cárcel á romper el hierro.
¡Vuela, paloma cándida, á la altura!
¡Labra nido de amor en la espesura
y olvida las tristezas de tu encierro!

¡Olvida al guerreador que se postraba
á tus pies, implorando tu cariño!
¡Olvida al Alfaquí que te adoraba!
¡Olvida al rawí loco, que soñaba!
¡Olvida al hombre que mudaste en niño!

¡Ay! ¡Olvídame! ¡Sí! Fué vano empeño

el que anhelara domeñar mi suerte.
¡En humo mi esperanza se convierte!
¡Ilusiones, huid! Ya de mi sueño
me ha despertado el frío de la muerte.=

Y aquella ajorca, que encerraba un grano
dentro de una gran perla que se abría,
grano azul, transparente, y que al veneno
más traidor y sutil vence y domina,
arrancó de su brazo. Y con angustia,
ve desmayada á la amorosa niña,
y tendido á Garcés ante sus plantas,
y escucha el sollozar con que suplica.
—No temas,—murmuró—viejo soldado;
jamás el Alfaquí dijo mentira.
Conozco la ponzoña que en el vino
de aromado sagú soltó la víbora.
¡Es un veneno atroz, terrible! Mata
secando el corazón fibra por fibra.
Meses dura su acción devastadora,

y el dolor hace eterna la agonía.
¡Ah, maldito, maldito el vil cobarde!
¡Qué crueldad esconde su perfidia!—
Abrió la perla; el azulino grano
que encerraba tomó. Luego á María
contempló con ternura indefinible.
Llenó un vaso de Irak de fresca linfa,
y en ella arrojó el grano transparente,
que, disuelto, formó mezcla opalina.
Y cuando el vaso el Alfaquí tomaba
para darlo á beber á la cautiva,
del camarín las puertas, con violencia,
se abrieron entre fuerte gritería.
Y entraron en tropel diez africanos,
y Abul-el-Horr, y entre las negras filas,
Alvar Sanchez é Iván, que, con jadeo,
odios beben y cóleras respiran.

IX.

—¿Qué es esto?—exclamó dudoso
el Alfaquí.
—Pues ¡traiciones!
—dijo Abul,—de estos leones,
que se unieron á un raposo.
—Los traidores,—rugió Alvar,—
sois los que habeis preparado
el ardid en que hemos dado...
¿Lo dices por que escapar
logró el zorro?
—¡Vil alarde!
—¿Te extraña á tí que mis gentes,
luchando con dos valientes,
no atendieran á un cobarde?
—¿Arbalaya...
—Les servía,

como pudo, en esta guerra:
de topo; y bajo de tierra:
brecha á los tigres abría.
¡Aquí están! ¡Júzgalos, pues!—
Mari-Sol, ya despertada,
vió á su padre y, loca, ahogada
de emoción, cayó á sus pies...
—Padre—gritó...
Rastreando,
Garcés buscaba á su dueño...
y al hallarle, con empeño,
y atroces mugidos dando,
sus manos pretende asir;
siente que atadas están,
y las besa con afán,
entre rabioso rugir.
—¡Viejo Garcés!—exclamó
el frontero—si obediente
á mi mandato inclemente
hubieras tú sido, yo

no estuviera en tal lugar,
ni á mis pies llegara á ver
á este idolatrado sér
de quien debo abominar.

Por ella vine hasta aquí...
Quise maldecidos lazos
romper. Quise hacer pedazos
tu corazón, Alfaquí.

—¿Presumes, con torpe afán,
que desfloré su hermosura
y para encontrarla impura
contigo trajiste á Iván?

—¡Para que la aborreciera!
—¡Luego Iván no la ha olvidado!
—¡Nó!—dijo el mozo esforzado.—
¡No la olvidé! ¡Ni pudiera

olvidarla, pues la adoro!—
Y, con martirio inhumano,
el caballero cristiano
desgarra el pecho del moro.

—Porque adivina que es pura
no la ha arrojado al olvido.
¡Siempre el bien para mí ha sido
fuente de la desventura!—

Tal piensa el muslim guerrero,
viendo á Mari-Sol llorar,
oyendo á Iván suspirar,
y maldecir al frontero.

—¡Ah!—exclamó—mi culpa fué
no querer exterminaros,
pero... ¡voy á castigaros
cual no soñásteis, á fe!

Vuestras máquinas de guerra
no han batido mi muralla;
no hubo asalto ni batalla;
y por debajo de tierra,

entre sombras, cual felones,
y entre lodo, cual gusanos,
vinísteis viles cristianos,
¡no guerreros, sí ladrones!

Á un traidor dísteis la palma.
—¡Tú el traidor!
—Viejo inclemente,
fué tu guía una serpiente
que antes me mordió en el alma.
Que aquí os trajo Azazel creo.
¿Qué más venganza pudiera
imaginar que la fiera
venganza por la que os veo?
¡Abul! suelta á esos villanos.
—Señor!...
—Dáles sus espadas,
que ya estarán destempladas
por el fuego de tus manos.
¡Sois libres! Viejo frontero,
tu hija es pura. ¡Iván, tu esposa
es tan virgen como hermosa!
¡Marchad! ¡Partid! Yo lo quiero.
¡Partid con ella! La amaba,
peio... ¿qué importa? ¡María,

se alzó el sol de tu alegría;
el sol que te presagiaba!
Se alzó entre niebla traidora,
del odio entre la contienda...
Mas no impide noche horrenda
que surja alegre la aurora.
—¡Vamos! murmuró el frontero,—
¡Y vió á Sol palidecer,
y vacilar y caer
en brazos del caballero.
Entonces gritó el Faquí:
—¡Insensatos! ¡Esperad!
¡que ella va á la Eternidad,
si no os deteneis aquí!..,
Si yo quisiera los lazos
de un amor que odio romper,
yo dejara á esa mujer,
maldito Iván, en tus brazos.
La serpiente que os guió,
aquí dejó horrible huella,

y en tu dulce esposa bella,
Iván, su dardo clavó.
¡Suéltala! Su cuerpo hermoso
sobre tu seno está helado.
¡Suéltala!... ¡desventurado!
si es que anhelas ser dichoso!—
Y entre el sombrío estupor
de aquel tropel de guerreros,
Garcés daba lastimeros
gritos de angustia y dolor.
Cogió Orías, palpitante,
el vaso en que echado había
el antídoto, y con fría
mano, sudosa y temblante,
á Mari Sol lo acercó;
con afán la hizo beber,
y dió un grito de placer
cuando el licor apuró.
Volvió la doncella en sí.
Hallóse en brazos del moro,

y temblar vió el vaso de oro,
que aun no soltara el Faquí.
Y todo lo comprendió.
—Y ¿tú? ¿Tú?—gritó—¿bebiste?
—¡No! ¡No hay más!
—¡Jesús! ¿Dijiste
que no hay más? ¿Luego tú...?
—Yo
moriré.
—¡Morir!
—Tén calma.
—¡Tú morir!
—Mujer querida,
¿para qué quiero la vida,
si ya he despedido al alma?
¡Vete! ¡Adiós! ¡Vete!
—¡Ay de mí!
—¡Cojedla ya en vuestros brazos!
—¿Quién podrá romper los lazos
con que me has unido á tí!

¡Iván, Garcés, padre, Dios!
¡Escuchadme! ¡Lo reclamo!
¡Amo al moro!
—¿Tú?
—Le amo.
¡Ya un alma somos los dos!

La esclava, la prisionera
está por él libertada...
Libre llega á su morada,
para ser su compañera.

—¡Mi cielo!—el Faquí exclamó.
—¡Hija infame!—aulló el frontero.
Y suspiró el caballero,
y el viejo Garcés bramó.

—Yo ansío ganar la palma
de mostrarme agradecida...
¡Él me ha salvado la vida;
yo quiero salvarle el alma!

—¡Maldita!—murmuró Alvar.—
¡De tu patria has renegado!

Y tú, Faquí, condenado,
un filtro, para turbar
su entendimiento, le diste;
no un antídoto. ¡Traidor!
¡Cual villano embaucador,
mentiste, perro, mentiste!
—¡Padre!
—¡De tu sér reniego!
¡Mátanos!
—¡Abul, las puertas
para estos dos ten abiertas...!
—¡Faquí, guerra á sangre y fuego!
—¡Bien, frontero, lucha fuerte,
como tu rencor lo exija;
mas ya lo sabes... tu hija
será pura hasta mi muerte.
Tu odiar en mí no hace mella.
—¡Pronto sabrás si mentí!
—¡Guerra á muerte al Alfaquí,
pero ten piedad de ella!—

NOVENA PARTE

ASTRO SIN LUZ



I.

Á muerto huele el asediado alcázar
del guerreador invicto.

Á sus torres y muros los soldados,
con ira que al cansancio presta alivio,
empujan los ingenios destructores
con que el frontero impío
quiere escombros hacer de aquel palacio,
dura picota de su honor marchito.
Arrastraba los hórridos ingenios,
enormes y macizos,
la soldadesca, cuyo ardor crecía,
soltando el odio en el salvaje grito.
Y los terribles leños semejaban,
de cueros crudos y metal vestidos
y trabados por grapas y cadenas,
quimeras y vestiglos.
El tosco maderamen se movía
lentamente, con áspero chirrío,
la tierra desgarrando en hondos surcos
y alzando polvorientos remolinos.
Y la testuz tremenda del ariete,
el brazo atroz del almonaje (1) erguido.

la férrea nervadura de la algarra (2),
todo es fuerza brutal, golpe, exterminio.
Todo aquello deforme y espantoso
va á cobrar invencible poderío,
vida inmensa, furor inexplicable,
cóleras de Titán, garras de grifo.
Con impasible calma el noble Orías
escucha de Alvar Sánchez los rugidos
con que anima á las huestes castellanas.
¡Ávido es el furor del vengativo,
pero ciego á la par! Aquel enjambre
que rebulle á sus pies, será sorbido
por el ancho garguero de la muerte.
Su adarve está erizado de cuchillos,
de segadoras hoces, de calderos
con alquitrán y plomo derretido.
Ansiosa está de sangre su mesnada.
Abul-el-Horr vengar quiere á su amigo.
¡Ay del viejo Alvar Sánchez! ¡Con qué furia
será azotada el alma del caudillo!

Cuando las toscas máquinas llegaron
á tocar los adarves maldecidos,
fué el suelo lago de alquitrán hirviente
y el aire turbonada de cuadrillos.
Y ya rota la lid, no hubo descanso.
El frontero, tenaz, con ronco aullido,
excitaba al combate. Los golfines
y las huestes de Iván, en los delirios
de furores satánicos, llegaban
hasta el foso, cegado, lleno, henchido
de cadáveres, hierros, pedrejones,
troncos, pieles; sin formas, sin vestigios
de pieles, ni de troncos, ni cadáveres,
y todo apelmazado y confundido,
de sangre y alquitrán en los humosos
charcos, que lanzan crepitantes ruídos.
Llegaban otra vez, y otras mil veces.
Ansiaban divertir al enemigo,
disparándole piedras y venablos,
al par que hacia aquel sitio,

las mujeres, ¡las lobas de los lobos!
con flacas fuerzas, mas con rudo ahinco,
arrastraban arietes y almonajes,
dando atroces, siniestros alaridos.
Y entonces de los muros chorreaba
el fuego griego; el plomo derretido
llovía sin cesar, y, sin descanso,
arrastraba la muerte haces de vivos.
Y así, con terquedad, noches y días.
El viejo Sánchez demandando auxilios
á su excelso Monarca, y siempre el moro
en su hueste afilando su cuchillo.
Á veces, por la fiebre devorado,
y el corazón por el dolor constricto,
un instante buscaba de reposo
de Mari Sol en el oculto asilo.
—¡Triste de mí!—decía—¿por qué quieres
quedarte al lado mío,
si el pensil que soñé para tu gozo
se ha transformado en nicho?

¡Huye, niña, de mí! ¡Vuela, paloma!
¡Busca un rosal en que tejer tu nido!
—¡Allí está el suave nido de las almas!
Allí el eterno hogar, el dulce asilo
de nuestro amor.—
Y Mari Sol al cielo
señala ansiosa con arrobos místicos.
Dulcemente sonríe el noble moro,
y ella le mira amante entre suspiros.
¡Le contempla espirar...! ¡Terrible angustia!
¡Quiere darle la vida en lo infinito!

. . . .

Ya cuando Orías, en su potro alfario,
recorre la ciudad, no oye los gritos
de entusiasmado pueblo. Por doquiera
ve semblantes esquivos,
y manos temblorosas que suplican,
y turbas de harapientos y enfermizos.
Todos llevan el hambre en sus entrañas;
todos le piden pan. Y él, sin desvío,

escucha á todos, y sus cofres vuelca,
y su oro corre en la ciudad á ríos.
Mas ¿de qué sirve el oro, cuando el oro
al hambre no da alivio?
—¡Quiero pan, Alfaquí, pan de anifala! (3)
gritó un viejo mendigo,
á quien diera por lástima el alfaje
un puñado de perlas y zafiros.
Llegó la crueldad con la miseria
é implacable mostróse el egoísmo.
Quedaron solitarias las mezquitas;
las casas, tabicadas, como nichos.
Comían los magnates y soldados,
pero el pueblo vagaba, enmudecido,
registrando los secos basureros,
en busca de corruptos desperdicios.
«¡Rendirse al rey Fernán!» Esta es la frase
que da á la angustia bochornoso alivio.
Orías, que relucha como náufrago
en un mar que por olas tiene abismos,

amordazar pretende al moslemita (4),
mas siempre en vano. Con furor bravío
sale en algara, y al cristiano herbero
roba el botín, al moro antes cogido;
ordena al almuedano que á las voces
una del rezo de la alghied los gritos;
fetvas publica de ardorosas frases
para avivar la fe de los espíritus;
y al par que más avanza hacia la muerte,
más su sér se agiganta en el martirio.
Echó un tributo el Rey. Los poderosos
pagar debían en cebada y trigo
cantidad suficiente á dar reparo
á la aflicción del pueblo. No atendido
se vió el mandato real. Como limosna.
algunos ofrecieron de sus silos
las semillas podridas, que en el zoco
á rabioso clamor dieron motivo.
Entonces el Faquí prendió á un magnate.
Fué su hogar registrado. Hallóse el sitio

donde avaro ocultaba su cosecha,
que fué entregada al pueblo, y un suplicio
dióse terrible al opulento prócer:
en una troj le sepultaron vivo.
Tal ejemplar amedrentó á las almas;
el tributo pagóse por los ricos,
y el pueblo respiró. Ya escucha Orías
aclamador, ferviente vocerío...
¡Con qué facilidad del lloro al canto
siempre el pueblo pasó, perpetuo niño.
¿Alentaba esperanzas? ¿Quién espera
más que el triste que todo lo ha perdido?

. . . .

Nada espera el Faquí. Todos los días
conversa con Abul, su noble amigo,
y siempre le repite:—Ya no tengo
más amparo que tú. Yo en tí confío.
Pronto voy á dormir en el sepulcro.
Júrame por tu honor que en el olvido
no echarás mis anhelos. Cuando caiga

para no alzarme, con afán benigno
acorre á Mari Sol; á la hechicera
cautiva que ha imperado en mi albedrío.
¡Sálvala, Abul! ¡Condúcela á su padre,
al viejo Alvar, mi indómito enemigo!
Llévasela al anciano, con el pobre
ciego Garcés... ¡Abul, te lo suplico!
¡Júramelo!—
Y el negro, entre sollozos,
dice:
—Tus votos se verán cumplidos.
¡La salvaré! ¡Los salvaré! ¡Lo juro
por tu gloria inmortal, noble caudillo!
Mas... ¿yo verte morir? ¿Ver en mis brazos
el sol en que adoré, yerto y extinto?
¿No hay remedio á tu mal? ¿No lo procuras?
¿Mata al león la sierpe?
—¡Dios lo quiso!
Y yo ansiaba vivir... ¡Sólo por ella!
¡Vine á salvar á un pueblo, y me he perdido!

. . . .

Y aunque á continuos sorbos va la sangre
del corazón chupándole un vampiro,
y aunque la lenta fiebre le devora,
y aunque agoniza en torcedor suplicio,
no se rinde el Faquí. Monta en su potro,
corre veloz en busca del peligro,
y sin tregua combate. El moribundo
es ángel de exterminio.
Quiere cumplir lo que á Axataf jurara.
Él es el gladiador; Isvilia el circo.
Cuando el gran luchador ruede en la arena
dará aplausos el pueblo á su heroismo.
El pueblo pasa de la risa al llanto.
El pueblo tiene corazón de niño.
De nuevo al Alfaquí ve silencioso.
De nuevo estalla en gemidores gritos.
¡Siente el hambre otra vez! Pero, ¡oh, desdicha!
hora la peste con el hambre vino.
El mal de los ardientes, que llagara

las bravas tropas de Fernando invicto,
asaltó la ciudad. Y aquella Isvilia
vergel de Almotamid, trono y hechizo
de la hermosa Romaikia, es cementerio,
poluto estercolar, infecto abismo.

. . . .

Y Zeyad, y Kaleb, y Abóo, repiten
al mísero Axataf.

—¡Te predijimos
las desdichas que lloras! Tú fiaste
de un extraño. Tu ley fué su capricho,
¡y mira el fin á que llegó el imperio!
Sólo riges á hambrientos y á podridos.
Muy presto reinarás sobre un osario.
¡Rey de muertos, salud!

—¡Estaba escrito!—
murmuraba Axataf—pero vosotros
que labrasteis mi mal, sois mi castigo.—

II.

Mandó Abul cegar la entrada
del lóbrego subterraneo,
nido de topos y sierpes
y de leones añasco.
Cegada quedó la sima
á las traiciones y engaños,
y ya ni sierpes ni topos
podrán alzarse del antro.
Diera su vida el buen negro
por saber dónde ha parado
el miserable Arbalaya,
causa del enorme estrago.
¿Dónde estará el mayordomo?
¡Quién pudiera adivinarlo!
Le vió un sólo instante. Iba
á espaldas de los cristianos,

y en el fragor de la lucha
el hombre trocóse en trasgo.
Sorbió la noche á la sombra;
la niebla hundióse en el caos.
¿En dónde estará? ¡Quién sabe!
En la sima, en el palacio,
en la ciudad, en la alvara,
en el tendal de un cristiano.
Quizás con los envidiosos
xeques, su odio acibarando;
tal vez con los moslemitas;
mas siempre de Iblis al lado.
Abul, con muy buen instinto,
de su ausencia teme daño;
y Orías, que ve la nube
muy lejos, augura el rayo.
¡Arbalaya!... ¡Qué terrible
espectro el de aquel malvado!
Su rostro, ¿fué una careta?
Su voz, ¿un sonido vacuo?

Su alma, ¿un abismo? Su vida,
¿un rencor en un halago?
Su sér fué el del envidioso,
que siente en el cuerpo flaco
y enfermizo los furores
de los Cíclopes airados.
Escuchó rugir sus cóleras
entre cobardes desmayos;
desgarrar cual tigre quiso
el que esputaba cual sapo.
Ruín é hipócrita siempre,
al morder halló en los labios
el corazón, que el cuchillo
de su alma hizo pedazos.
¿En dónde estará Arbalaya?
¡Quién pudiera adivinarlo!

III.

Nicolás de la Torre la del Oro
batía con tres naves y amparaba
el flanco de las huestes leonesas,
que ofendían los muros del Alcázar.
De la Torre del Oro á Vib-ab-Ragel,
la extendida ribera fatigaban
los triunfadores barcos de Castilla,
que el almirante Bonifacio manda.
El Arenal enjambre era de moros:
era el rico arsenal monte de llamas.
Desde el palacio del Faquí á la Torre,
que del Guadalquivir se retrataba
en el manso cristal, todo era estrago,
incendio y muerte, asolación y rabia.
Los bravos de Fernán, sucios, enfermos,
repoblados de heridas y de llagas,

haraposos y escuálidos, la muerte,
quizá por miedo de vivir, buscaban.
Y los soldados de Axataf, que avivan
el hambre que les roe las entrañas,
la desesperación que los dementa,
y la peste cruel que los abrasa,
quieren morir, pero morir matando,
como muere la fiera acorralada.
Las dos terribles huestes parecían
ejércitos de Furias y de Lamias.
¡Qué horrendo cuadro! De Fernan las naves,
negras, toscas, deformes, mutiladas,
y en la orilla sujetas, cual cetáceos
que el mar sobre el estero vomitara,
eran los cancerberos de aquel río
que sorbió del muslime la esperanza.
Allá, en el Arenal, los barquichuelos
de pescadores, las flexibles nasas,
todo en ingente cráter se encendía,
y en humo y en pavesas revolaba.

Y destellan las torres y los muros,
heridos por el sol, fúlgidas ráfagas
de todo el hierro y cobre que tachonan
los duros nervios de espantosas máquinas.
Y sobre el muro, enjambre de guerreros;
enjambre de furiosos en la alvara,
y todos con cuchillos en las manos,
que mueven los rencores de las almas.
En añublo, en turbión, sobre las naves
cuadrillos y venablos disparaban,
y en vértigos de cólera corrían,
y en macizo tropel íbanse al agua.
Trepaban por las naves, pero entonces
las gentes de Fernán, con muda saña,
de las bórdas hacían duros tajos,
y en las bordas, impávidos, cortaban
manos, brazos, cabezas... Y caían
al río, en sangre, palpitantes masas
y calientes despojos, y en tremendo
remolino de sangre, se miraba,

erizarse, flotar, bullir, hundirse
convulsivo montón de carne humana.
Nicolás de la Torre, desde el alto
mástil de su terrad, tiró una escala
de cuerda, que ensartóse en una almena
de la del Oro altísima alcazaba,
y por el débil cáñamo subieron
uno á uno, diez bravos de Vizcaya.
Á su socorro fueron Ruiz García,
Guillén Pérez y Pedro de Guiramas, (5)
con sus hombres de guerra; y el muslime
encontró con asombro en la muralla,
arcángeles de muerte, por sus iras,
hidras, porque al morir se duplicaban.
Las huestes leonesas que en la Torre
vieron luchar á gente castellana,
asaltaron el muro; y sobre el muro
se hirió con tanto afán y tanta insania,
que al morir, ¡tal fué el odio! los guerreros,
por ver cómo morían, se abrazaban.

. . . .

Por la morisma se esparcieron voces
de angustia y de terror: las voces falsas
que preceden al mal de la derrota.
Se oyó que la ciudad era expugnada
por tres puntos distintos, y que Orías
su palacio á Alvar Sánchez entregaba.
Al mismo tiempo, el conturbado moro
vió correr por los muros del Alcázar
de Axatafe las huestes leonesas,
y flotar los pendones de Vizcaya.
Y entonces flaqueó la morería
del Arenal. En fuga se apretaba,
para ganar las puertas; atropello
en que la carne se maciza y mata.
Saltaron de las naves mil valientes,
y aquella gran ribera, aquella alvara,
libre hasta entonces del cristiano yugo,
sintió el férreo dogal en su garganta.
Y entonces fué cuando quedó Sevilla

á los pies de Fernando encadenada.

. . . .

Y oyó Axataf, en su alhamí de oro,
el grito de Izrafil, que condenaba
su pueblo á destrucción, y escuchó el tumbo
de la invencible ola que su Alcázar
bate rugiente, y que en espumas rojas
por los adarves furibunda avanza.
De la infeliz Isvilia el Soberano,
valeroso empuñó su acemitana,
acorriendo á la lid. Morir quería,
pues ya mísero esclavo se juzgaba.
Fueron con él al muro sus libertos,
sus esclavos, sus tropas africanas,
mas no Zeyad, ni Abóo, ni los caudillos
que del ausente Orías blasfemaban.
Subieron al adarve y con bochorno
vieron y con horror en la muralla,
sobre confuso golpe de guerreros,
la Cruz de Cristo que en lumbror se baña.

¡Era cierto! ¡Era cierto! El Rey Fernando
quiere las llaves de Sevilla y manda
á sus hombres de guerra que las pidan
con la imperiosa voz de las espadas.
¡Ay, mísero Axataf! Ve todo el prado
cubierto de las huestes castellanas,
avanzando, orgullosas, contra el muro,
ya deshonrado por infieles plantas.
Y cuando el triste Rey su acero blande
y entrar ansía en la feroz batalla,
ve á Abul-el-Horr, con sus ginetes negros,
cruzar á escape la extendida alvara,
siendo aquel escuadrón rayo y cuchillo
que tumba al relucir, y brilla y mata.
Entonces, por la cólera inflamado,
y alentado quizás por la esperanza,
entró en la lucha el Rey, que ve su cetro
al filo de su corva cimitarra.
Y halló con estupor ante sus ojos,
sobre un montón de muertos, un fantasma

terrible, asolador, inexorable...
El genio destructor de la batalla.
¡Es él!... ¡El Alfaquí!... Solo, tremendo,
cual un arcángel ó demonio marcha,
buscando á quien herir... Y á nadie encuentra.
¡Libre está el muro de la grey cristiana!
Abraza al heroe el soberano y mira
que es casi un muerto aquel á quien abraza.
—¡Tú me has salvado!
                    —Sí, por vez postrera,
pues ya, Axataf, la vida se me acaba.
—Vén á mis brazos.
                    —No. Quiero vestirme
en mi alhamí la fúnebre mortaja.—
Y el Alfaquí llevóse con anhelo
la mano al corazón. De su mirada
extinguióse la luz; sudó su frente,
y en una almena se apoyó con ansias.
Axataf y sus hombres, con tristura,
al ya abatido gladiador miraban.

—¡Ay!—murmuró, tendiendo sobre el prado
la vista que entre sombras se le apaga.—
¡La guerra! el soplo del furor divino,
que disipa los pueblos y las razas,
¡allí está! ¡Con Abul y con Fernando!
¡Allí, en los hormigueros que se arrasan!
¡Sangre! ¡Sangre do quier! ¡Toda la tierra
ardiéndose en furores de venganzas,
y Caín, entre buitres, contemplando
el sepulcro de Abel cómo se ensancha!—

. . . .

Fijóse en Axataf; echóle al cuello
los brazos, y con voz entrecortada
le dijo:—Yo, á la tumba; tú, á la afrenta.
Vine en tu salvación, y perdí el alma.
—¡Tú morír! ¡Tú morir!
—Hace ya tiempo
que duermo de Azariel bajo las alas.—

IV.

Entre soldados de Axataf camina
con vacilantes pasos á su alcázar
el guerreador Faquí. Ya va á entregarse
por esclavo á la Muerte que le aguarda.
Le abruma la fatiga; hondos gemidos
de sus labios se escapan;
y ya á sus turbios, apagados ojos
se agolpan gruesas lágrimas,
que van por sus mejillas, lentamente,
hilos formando de cortante escarcha.
Camina el sabio á la tiniebla obscura,
al mar de lo infinito corre el nauta,
y busca la ceniza el poderoso,
y el guerrero la paz nunca turbada.
Va el hombre á reposar en el sepulcro,
y á dormir ese sueño, que no acaba.

. . . .

El pueblo, por la angustia enloquecido,
por toda la ciudad se desparrama,
y, embriagado de miedo, da á las lenguas
la ira valiente que en los pechos falta.
Ronco grita y maldice;
corre calles y plazas;
se agrupa en rededor del que más bulle;
y sigue al que más cóleras desata.
Va naciendo el motín, ese tremendo
inexorable monstruo, que devasta,
como incendio, los árboles altivos,
las bellas flores y la humilde grama.
Va naciendo el motín, ese espantoso
devorador, aborto de la insania;
tigre ciego, al que azuzan con sus palos
los que en las sombras del olvido claman;
los que sufren el peso de sus odios;
los que beben las hieles de sus lágrimas;
los sedientos de amor y de justicia;

los que nutren sus hambres con su rabia;
los malditos de mil generaciones;
los condenados, los eternos parias.
La plebe hambrienta y loca,
y de invencible miedo contagiada,
fácil oído á la calumnia presta,
la torpe injuria masca,
juzga los infortunios por traiciones,
y verdugo á la víctima declara.
Miraba el pueblo, enloquecido, al héroe
que fué su honor, su escudo y bienandanza,
agónico, rendido, exhausto, muerto,
ídolo sin altar, astro sin llama,
ola gigante, que el terral bravío
tumbó en la arena de sedientas playas.
Y el pueblo al gladiador que tantas veces
aplaudiera entusiasta,
al verle inútil, sus coronas rompe,
y al espoliarium, insensible, arrastra.
—¡Muera el Faquí!—gritaba el moslemita,

gangrena de la plebe musulmana.
—¡Muera el Faqui!—decían los hambrientos,
con voces funerarias.
Y—¡muera el Alfaquí!— les respondían
los que la peste abrasa.
En los labios, sentencias pavorosas;
en los pechos, afán de ejecutarlas.
—¡El Faquí nos vendió! ¡Muera el inicuo!
¡Muera el traidor!—con furia rebramaban
los partidarios de Zeyad.—¡La sangre
de Abdulménen cayó sobre su alma!—
rugían los de Abóo.—¡Muera el maldito!—
los del negro Kaleb vociferaban.
Y á los gritos del odio y de la envidia,
tenaz y acibarada,
uníase el confuso clamoreo
de los enjambres que el motín ensancha.
Hombres, niños, mujeres,
á Orías y á los hombres que le guardan
persiguen y rodean,

insultan y amenazan.
Los soldados defiéndenle la vida
con súplicas ó á golpes de sus lanzas,
y el Alfaquí, en su calle de Amargura,
tiembla y vacila, pero no desmaya.

. . . .

En aquellos instantes, por su mente
rápido se desdobla el panorama
de todo su pasado. Ante los ojos
abiertos de su alma,
surgen palacios de oriental riqueza.
ejércitos que aplauden sus hazañas,
ciudades que le rinden sus laureles,
mares que sus secretos le regalan...
Y, de repente, el refulgor de un astro
que todo brillo y claridad apaga...
¡La imagen de María! ¡El sacro, el puro
templo de lo ideal: luz y fragancia!
Y detrás de la imagen de la Aurora,
la harpía, por la lepra devorada.

Tras del pensil, el hondo estercolero.
Tras de la virgen, la asquerosa lamia.
El Faquí vaciló. Sudor helado
sus ateridos miembros empapaba.
¡No es al pueblo de Isvilia al que ahora escucha!
Voces de abismos son las que le pasman.
Temblando se detuvo. Abrió los ojos,
reconcentró su vida en la mirada,
é irguióse, cual leopardo que, espirante,
clavar pretende al cazador la zarpa.
Y oyó una voz siniestra que en su oído
resbaló estas palabras:
«Me azotaste en el cuerpo; yo, en los bordes
de la honda huesa, os azoté en las almas».
—¡Arbalaya!—clamó, con un rugido
que amedrentó á las turbas concitadas;—
¡Arbalaya!—gritó.—¿Dónde estás? dime.
¿Dónde estás? ¡No te ocultes! ¡Vén! ¡Fantasma,
hiena, serpiente, vén! Yo te he escuchado.
¡Múdate en hombre, soplo de palabras!

¿No te acercas á mi? pero... ¡tú existes!
¡Yo te adivino entre la turba ignara!—
Y el invicto guerrero sintió espanto.
Las turbas vió en rabiosa zalagarda
y tembló. ¡Mari-Sol en Vib-ab-rágel!
Y ¡en la ciudad la víbora saltaba!
—¡Llevadme presto á mi palacio!—dijo—
un palanquín formad con vuestras lanzas,
y ¡á Vib-ab-rágel! ¡Pronto! ¡Andar no puedo!
¡Vamos! ¡Á escape! ¡Vamos; á mi alcázar!—
Y ya, en sus puertas, demandó á los hombres:
—¡Id, por Abul-el-Horr! Al que lo traiga
le entregaré un tesoro... y dos tesoros,
si al compás acudiese de mis ansias.

. . . .

¡Mísero Abul-el-Horr! El buen caudillo
firme lucha en la alvara,
contra el Rey de Castilla, sin que amparo
le presten las muslímicas mesnadas.
Ni Zeyad, ni Kaleb, ni Abóo sus tropas

en su socorro mandan.
¿Cómo, insigne guerrero, han de ayudarte
los que, roídos por la envidia amarga,
para perderte unieron sus rencores?
¡Vivirás lo que dure la batalla!

. . . .

Los hombres de Axataf, ilusionados
por las promesas del Faquí, rogaban
en las puertas que pronto les dejasen
salir al alijar. ¡Súplicas vanas!
—¡Van por Abul-el-Horr! ¡No abráis las puertas!—
las turbas, imperantes, ordenaban.
Y Zeyad, y Kaleb, y Abóo, subieron
al alto muro y con feroces ansias
vieron, allá, á lo lejos, entre densas
nubes de polvo, el fulminar de espadas.
Hubo un momento de ansiedad terrible.
Si Abul-el-Horr triunfara,
el movedizo, impresionable pueblo,
alentado otra vez por la esperanza

hará del negro xeque su jalifa,
y obtendrá el Alfaquí crudas venganzas.
Y ellos quieren del pueblo ser los amos,
ser los reyes del Rey, mover las masas,
y rendir la ciudad, pero á tal precio,
que á la deshonra encubra la ganancia.
¡Que muera Abul-el-Horr con sus valientes!
¡Disuélvase en el caos la mesnada!

. . . .

¡Oh júbilo infernal! Los tres caudillos
sintieron que latían sus entrañas
con preñez de alborozo. Aquella nube
de polvareda y relumbrar de espadas,
del vendaval á impulsos se rompía,
y en múltiples girones se rasgaba.
¡Oh, qué horror! ¡oh, qué horror!—¡No abráis las puertas,
aun cuando Iblis viniese á golpearlas!—
gritaron los caudillos. Y corrían
por toda la muralla,
clamando sin cesar:—¡No abráis las puertas!

¡La fuga del traidor siempre es celada!—

. . . .

El deshecho escuadrón cual negra ola,
en partes mil rompida y empujada
por mil trombas de acero, con terrible
fragor, en tumbo formidable, avanza. .
Los potros desbocados; los jinetes
llevando el corazón en las espaldas;
los rostros hacia atrás; los labios yertos;
la agonía en los ojos y en las almas.
Á los tendidos cuellos de los potros
los convulsivos brazos se entrelazan;
y todo hijar, mil veces desgarrado,
cálida sangre en surtidores mana.
Un negro, sin cabeza, tambalea
sobre el corcel, cual lúgubre botarga;
y otros, sin brazos, mueven los muñones,
como el tosco avestruz bate las alas.
Y todo aquel horror viene buscando
amparo y salvaguardia.

¡Busca la vida! Libertarse quiere
de la feroz guadaña
que el ángel de la muerte puso en manos
de la tremenda hueste castellana.
Detrás del escuadrón corren los freires
de san Juan y de Alcántara,
y el osado y cruel calatraveño,
que ni tiene piedad, ni la demanda.
--¡No abráis las puertas!—con tremendas voces
se clamó en las murallas.
Y el escuadrón llegó. ¡Terrible instante!
Los desbocados potros se estrellaban
contra el duro metal de los portillos;
ó en los fosos caían, ó, en la rabia
de la fuga, con saltos verticosos,
en el muro sus craneos imbricaban.
El bravo Abul-el-Horr miró las puertas
por la traición cerradas;
vió á Kaleb, y á Zeyad, y á Abóo, en el alto
adarve, lleno de perjura alarbia,

y—¡Adios, sublime martir! ¡Noble Orías!,
adios!—dijo—¡que Alláh salve mi alma!—
Y un cruzado sególe la cabeza,
que cayó al polvo y lo tiñó de grana.

. . . .

Tarde acudió Axataf en su socorro.
Tarde y con poca gente. La muralla
de su ciudad maldita recorría,
amansando el motín que le acobarda.
—¡Viva Axataf!—gritaron delirantes
Abóo, Kaleb, Zeyad, con las ignaras
turbas que, en eco fiel, siempre repiten
las voces del astuto que las manda.
—¡Viva Axataf!—Y truécase el tumulto
en ovación triunfal para el Monarca,
que comprende, infeliz, que ya en sus manos
el cetro del poder es frágil caña.

. . . .

Declinaba la tarde. Como hiena,
un hombre, soslayando, registraba

el alijar do pereció la hueste
que Abul-el-Horr, insigne, comandara.
Pronto el hombre siniestro halló, gozoso,
lo que ávido buscaba.
La cabeza de Abul salió rodando,
á un puntapié del hombre. Risa amarga
bañó su boca. Contempló un instante
del héroe la cabeza ensangrentada,
y la cogió de los cabellos.—¡Todo
cuánto amaste, Faquí, murió á mi saña!
¡Me azotaste en el cuerpo! ¡Me he vengado!
¡Inexorable te azoté en el alma!—
Tal, en sordo gruñido, el hombre hiena
murmuró con delicia. ¡Era Arbalaya!

DÉCIMA PARTE

AMOR Y MUERTE



I.

Quiere el desdichado Orías
morir como buen guerrero,

vestido de todas armas,
al són de marcial estruendo,
junto á su corcel gallardo,
á la vista de su ejército,
sobre una torre almenada
y entre terribles ingenios.
Quiere morir cual caudillo:
con la diestra en el acero,
la imprecación en los labios
y en el triunfo el pensamiento.
Nada le importan las voces
que oyó del furioso pueblo,
pues por el bien que le hizo
no esperó agradecimiento.
Sabe que es la muchedumbre
tornadiza en los afectos
y que siempre los oídos
francos tiene al mal consejo.
Sabe que los que hoy le insultan
aplausos antes le dieron,

y que ahora traidor le llaman
los que se afanan por serlo.
Ve estéril su sacrificio,
y derrocado el imperio
del musulmán, en la tierra
tumba de los agarenos.
El héroe se trocó en mártir;
en pavesas el lucero;
el guerreador invencible
en desmazalado enfermo.
No le aflige su desdicha,
ni le apoca el sufrimiento.
¡Sabe que los redentores
siempre al Gólgota subieron!
Sólo una voz que ha escuchado
le causa invencible miedo.
Voz débil, pero terrible;
voz de fatídicos ecos,
silbo agudo de serpiente,
de hiena gruñido seco.

La voz del vil Arbalaya
fué soplo y zumba cual trueno.
Teme que ronde la hiena
su alcázar, que huele á muerto...
y ¡ay de Mari-Sol, si pisa
su nido el animal fétido!
Por ella teme el caudillo;
por ella gime el enfermo.

. . . .

No en su camarín ha entrado
cuando á su mansión ha vuelto,
con casi toda la vida
lanzada fuera del cuerpo.
Evita el ver de su amante
el inútil llanto acerbo,
y huye de entrarse en la niebla,
de su sol á los destellos.
Quiere morir cual caudillo:
con su diestra en el acero,
junto al corcel de batalla,

mandando á sus mesnaderos,
sobre una torre almenada
y al son de clangores bélicos.
Ya va la extendida rampa
de la gran torre subiendo,
al frente de sus soldados,
junto á su corcel soberbio,
bajo la blanca bandera
de insignes glorias recuerdo.
Llegó á lo alto de la torre
acabado y sin aliento...
Apoyóse en una almena
y murmuró, en un jadeo...
—¡Abul-el-Horr! ¡Cuánto tarda!
¡Ay, si no llegara á tiempo!
Si el noble Abul no viniese...
¿Seré lo que dice el pueblo?...
¿Seré traidor?...—Y con ansia
miró al campo del frontero.

. . . .

¡Qué cuadro! Los alijares
están de máquinas llenos,
de cadáveres sembrados
y en llamas y en humo envueltos.
Hacia la ferrada puerta
de su alcázar, niños, viejos,
mujeres, con gran fatiga,
arrastran un tosco leño.
Es un ariete. Semeja
miriápodo gigantesco.
El Alfaquí lo miraba,
dulcemente sonriendo.

. . . .

Iba el sol hacia el ocaso.
Tras del aljarafe, el cielo,
cárdeno y rojo, lanzaba
fulguraciones de incendio.
Nubes compactas y negras,
bordeando lo bermejo,
la humareda parecían

de mil volcanes de fuego.
Todo de color de sangre,
monte, río, campamento,
muros, torres... todo en rojos
y tremulantes reflejos.
Allá, al frente, en la otra banda
del río, gran hormiguero
de hombres, cercando á un gigante,
erguido, enorme, tremendo.
¡El castillo de Atrayana!
¡Allí está Obeid!... ¡Ay, qué lejos!
En mitad de la corriente
del Guadalquivir, siniestros
despojos... ¡Sus fuertes naves!
¡Las que en tanto mar vencieron!
En rededor del alcázar,
mónstruos horribles, quiméricos,
con vientres llenos de piedras,
con pies y garras de acero.
Aquellos mónstruos espantan,

por lo toscos y lo inmensos;
son de madera, y devoran,
y gimen, siendo de hierro.
Sobre el espacioso muro,
hombres ó mónstruos, corriendo
entre llamas y calderas
pendientes de garfios férreos,
y todo el furioso enjambre
de hombres, llamas, piedras, hierros,
despedazando cual tigres,
como escorpiones mordiendo,
aplastando como aludes
y devorando cual fuego.
—¡Abul! ¡Abul!—gimió Orías,—
¡No llega... y me estoy muriendo!

. . . .

Volvióse hacia sus soldados,
é—Id,—exclamó con acento
lúgubre—por la cristiana,
deidad á quien yo venero.

Id por ella y por el hombre
que está á sus pies como un perro;
id, sacadlos del alcázar;
conducidlos al frontero
Alvar Sánchez, y que vea
que sé cumplir como bueno.
—¿No ves que traen un ariete
contra la puerta?
—Lo veo.
Abrid la puerta y al campo
vayan la mujer y el ciego...
¿No escucháis?... Sacadlos fuera.
Desde aquí os miro.
—¿Y si al tiempo
de abrir entran los cristianos?
—Quien no mate, será muerto.
¡Id, corred! ¡Abul... no viene!
Aláh proteja al guerrero!

. . . .

¡El sol va á ocultarse! ¡Oh noche,

amortájame en tus velos;
llegue tu frío á mi alma,
tu niebla á mi pensamiento!
¡Adios, astro de la vida,
que te vas al mismo tiempo
que el Sol que prestó á mi alma
luz y calor de los cielos!...
¡Adios, mi corcel de guerra,
noble amigo y compañero,
que olfateabas el triunfo,
dando relinchos al viento!
¡Adios, Isvilia, que ensalzas
á los que merecen menos;
paraíso de hermosura,
y, al par, hondo pudridero!
¡Adios, Sol del alma mía!
dolor que fuiste consuelo,
placer que das amarguras,
bien que produces tormentos...
Adios, flor, estrella, aroma,

dicha, y encanto, y ensueño,
puro edén que hallé en el mundo
para admirarlo y perderlo.
¡Adios, riquezas y lauros,
esperanzas y deseos...!
¡Adios todo: sol y luna,
gozo y pena, nieve y fuego!
¡Vén, Azariel, y en mi frente
posa tus labios de hielo,
y llévame ya en tus alas
hasta el azirat estrecho!
¡Toma, toma mi suspiro!
¡Adios... Mari-Sol!... ¡Ya siento
los cerrojos de la tierra
correrse sobre mi cuerpo! —

. . . .

Le faltó el punto de apoyo
de la almena, y vino al suelo.
En él, con tremenda angustia,
se inclinó. Lanzó un lamento.

¡Nadie á su lado...! Sí, el potro
le tendía el largo cuello,
mirándole de hito en hito
con sus grandes ojos negros.

. . . .

Escucha un rumor de voces,
y, ante un tropel de guerreros,
ve que se acerca María,
y junto á la niña el ciego.
De horror transido y de pena
el Alfaquí,—¿Qué habéis hecho?
¡malditos!—grita, á sus hombres,—
¿me habéis vendido al infierno?
—No quiso huir la cristiana,—
uno exclamó.
—Y yo me alegro,
pues ya el ariete está cerca,—
otro barbotó.
—¡Al frontero
abrid las puertas! ¡Lo mando!

—¿Nos vas á entregar?...
—¿Qué acento
se opone á mi voz?... ¿Quién osa
contrarrestar mis decretos?
¡Abrid las puertas...! ¡Lo mando!
¡Abrid las puertas! ¡Lo quiero!
¿No me escucháis...?—Y el valiente
Faquí temblaba de miedo.
—¡Ay, mi fiel Abul!—gemía.—
¿Á quién en mi amparo tengo...?—
. . . .
Marcháronse los terribles
hombres de ignorados pueblos,
dando horror por sus miradas
y espanto por su silencio.
Ya en los adarves, se hablaron,
cuenta á sus amigos dieron
de lo que en contra de Orías
urdió su instinto protervo.
El amo está moribundo;

el jefe, sin luz ni acuerdo;
el león, desjarretado;
el numen, cenizas hecho.
¡Quiere entregar la alcazaba!
¡Todos caerán prisioneros!
¿Qué han de hacer?... Dejar el muro,
robar el palacio, y luego
esparcirse por Isvilia
y hacer causa con el pueblo.

. . . .

Y, como nubes de humo,
por doquier se disolvieron.

. . . .

El Alfaquí, jadeante,
miró... Vió el muro desierto
y, con un grito de júbilo,
atroz, convulso, frenético...

II.

--Estás salvada, María!—
exclamó.—¡Dichoso muero!
—¡Tú morir...?
—¡Con alegría!
—¿Qué dices?
Vendrá el frontero...
Verle ansío en mi agonía.

Mitigará su crudeza
al contemplarme caído
á los piés de tu belleza...
Dile que mi amor ha sido
escudo de tu pureza.

Dile que mi casto amor
fué tan grande y tan leal,
que por él tuve el temor,
al verte en medio del mal,

de no poder ser traidor.
—¡No te entiendo!
—Deshojé
mis lauros; mi honra perdí.
De la traición me amparé;
y, aunque maldigo de mí,
¿qué importa, si te salvé!
Sepárate de mi lado...
Corre, corre al almenaje
y ve el campal del cruzado...
En él irritan su ultraje
tu padre y tu desposado.
Un ariete romperá
las puertas del torreón,
y aqui el golfín caerá
como langosta que da
sobre un prado de alforfón.
Anticipa ese momento.
—¡Oh, calla!
—Corre al adarve

y grita con fuerte acento:
«¡No hay en el muro un alarbe
y está el Faquí sin aliento!»
—¡Orías!
—¡Que no te vea!
¡Huye, Sol, porque no sea
tan desdichada mi suerte,
que mire que me rodea
tu luz cuando entro en la muerte!
¡Déjame! Yo te lo ruego.
Corre al muro con el ciego
Garcés... y allí, con afán,
gritad los dos sin sosiego,
hasta que os escuche Iván.
—Haces muy mal en rogarme
lo que no imaginé oirte.
¿Por qué tratas de alejarme,
si acudo para pedirte
el alma que has de entregarme?
—¿No es tuya?

—No. Y creer no puedo
que pretendas de esta suerte
dejarme sin tí. He de verte
todo mío. ¡Tengo miedo
de perderte sin perderte!

—¡María...!
—Tengo ansiedad
de darte el amor que encierra
en sí la fe y la verdad...
Vas á partir de la tierra...
¡Ámame en la Eternidad!

Ámame con la bendita
pasión que no se marchita;
en esa gloria de luz
y caridad infinita
que abrió Dios desde la Cruz.

Quiero que á mi cielo vueles,
y que en él puedas oírme,
y que mi llanto consueles,
y que sobre mi alma veles

hasta que á tí vaya á unirme.
—¡Ay de mí!
—Da á mi aflicción
un instante de bonanza.
—¿Qué quieres?...
—¡Tu salvación!
—¿Te he de dar mi religión?...
—¿Me has de quitar la esperanza?
—Por tí mi carne domé.
—Por caballero, yo en tí
mis odios de raza ahogué.
—Á Iván por tí perdoné.
—Y tu perdón venció en mí.
—Por tí en traidor he acabado.
—Yo por tí mi patria olvido,
pues más que á mis pies postrado,
quisiera verte aclamado
sobre el muro enrojecido.
Ya el uno del otro en pos
hemos de marchar los dos.

El alma tuya es la mía.
Ó á mí Dios te das...
—¡María!
—Ó yo me entrego á tu Dios.
¡Aláh ó Jesús! Tras ausencia
muy corta, igual existencia
para los dos en lo eterno.
Ó la gloria, ó el infierno.
Pronuncia tú mi sentencia.
—¡Ángel mío!...
—Si en el cielo
de mi Dios no te encontrase,
lloraría.
—¡Oh dulce anhelo!
—La gloria fuera mi duelo
si mi amor no te salvase.
—¡Bien mío!
—¡Y si yo cayese
en la mansión tenebrosa!...
—¡No! ¡Nunca!

—¡Si allí me viese,
y tu mano no pudiese
librarme de la leprosa...!
—¡Tú con ella...! ¡No! ¡Qué horror!
—Ó el cielo me abre tu amor,
ó tu terquedad impía
me da el eterno dolor
en las garras de la harpía.
—¡Me muero...!
—¡Jesús, te llamo
en mi tristura! Reclamo
tu piedad. ¡Vé mi deseo!...
Que cual yo le grito «¡te amo!»
él á Tí te diga: «¡creo!»
¡Orías!...
—¡Calla!
—De hinojos
y abrazada á tus despojos
te suplico. ¡Á Dios invoca!
que huye la luz de tus ojos

y tiembla el alma en tu boca.
—Fuí traidor... También seré
apóstata. Te ofrecí
alma, y vida, y honra, y fe...
¡Mi salvación te daré!
¡Haz lo que quieras de mí!
—Ungir con agua tu frente
y dejar tu sér tan puro
como el de niño inocente.
Mi Dios te aguarda impaciente.
¡Vuela á su inmortal seguro!
—¡Agua del cielo caída,
por tus manos virginales
sobre mi frente vertida,
es Jordán que da la vida
de la muerte en los umbrales!
—¡Sí, Orías!
—Ya, en mi dolor,
quiero endulzar tu tristeza...
Ya digo, en hondo estertor:

¡yo creo, por tu pureza,
en el Mártir del amor!

. . . .

—¡Garcés, aquí! ¡De rodillas!
Sostenle con dulces lazos.
Con tus lágrimas sencillas
da bálsamo á sus mejillas
y firme apoyo en tus brazos.

III.

El ciego y mudo, obediente,
y aun más conmovido, abraza
el cuerpo aquel, que de un astro
parece ser sombra vana.
Coge Mari-Sol el yelmo
de Orías, y por la rampa
desciende y, ávida, busca
arroyuelo ó fuente ó charca.

Quiere bautizar al moro.
Ya Garcés le bautizaba
con el raudal que de llanto
de sus ojos hueros mana.
Prontamente halló la niña
una acequia. Hundió en el agua
el yelmo, y subió á la torre
en que su amante expiraba.
Subió con tantas angustias
y zozobras en el alma,
tan pensando en lo divino,
tan de lo humano apartada,
que no escuchó los hachazos
que las puertas destrozaban,
ni oyó roncos alaridos
dentro de su mismo alcázar.
Á la torre sube aprisa
y, con voz entrecortada
por la emoción que la oprime,
por el dolor que la mata,

así dijo al noble Orías,
que está en las postreras ansias:
—Yo te bautizo, en el nombre
de mi Dios, fuente de luz;
de mi Dios, que dió en la Cruz
vida y redención al hombre.
¡Mueres y naces!
—Te pido
un beso.
—Ya eres mi esposo.
¡Ay! toma, señor querido,
mi corazón amoroso
en mi beso enardecido.
¡Bésame tú en la agonía!
¡Que en mí se infunda tu alma!
. . . . , . .
—¡Adiós por siempre, María!
—¿Por siempre...? ¡No! ¡Parte en calma!
¡Para el cielo eres mi guía!

IV.

¿Fué agónico temblor? ¿Miedo á la tierra,
gorfe de sepultura que le traga?
¿Por qué se yergue y á sus ojos sale
el poco sér que de su sér se escapa?
¿Por qué, brusco, se aparta de María?
¿Por qué jadea con terribles ansias?
¿Le estremece el abierto Paraíso?
¿La gloria de Jesús, gloria sin mancha,
fuente de lo ideal, mansión divina,
de vírgenes y mártires poblada,
para el muslime apóstata presenta
al tremebundo Dios de las venganzas?
¿Ve legiones de arcángeles que esgrimen
fulgurantes centellas por espadas?
¿Ve cerrarle las puertas de los cielos
al Apóstol que lucha por España?

¿Ve á la horrible leprosa que le acecha
y de lo eterno en el umbral le aguarda?
No es crispatura de dolor, ni espanto
el puro cielo de Marién le causa.
Tiembla, y se agita, y pugna con la Muerte,
cada vez más asida á sus entrañas,
y quiere disipar las negras sombras
y ver y oir... para expirar en calma.
Y oye clamor lejano... y los aullidos
del lelilí su corazón embriagan.
¿Es Abul con sus negros valerosos
el que llega ¡por fin! á la alcazaba?
¿Ó es Iván con su enjambre de leones?
¿Ó es el frontero audaz con su lobada?

. . . .

Es Abul el que llega. ¡Oh noble amigo!
¡No le desamparó! Las grandes llamas
de mil antorchas que sus ojos miran
lucen sobre turbantes y almalafas.
¡Ya Orías no es traidor! Los campeones

defenderán los muros del alcázar;
quemarán el ariete... ¡Oh dulce instante!
¡Morir sin ser traidor, junto á su amada!
¡Y ella en salvo después...! Abul es noble,
es caballero, y prometió salvarla.
¡Es Abul! ¡Es Abul! ¡Podrá abrazarle!
¡Es Abul! ¡Sí, es Abul! Ya por la rampa
corre, llega veloz... Pero las nubes
de caos de infierno la visión le empañan.
La cabeza de Abul bien la distingue,
pero... el tronco de Abul... ¿dónde se halla?
¿Por qué aquella cabeza va en el viento,
de resplandor rojizo iluminada?
¿Por qué vuela hacia él, fiera, terrible,
sin casco, sin turbante y tinta en grana,
y horrenda mucho más que la Gorgona,
como cuervo infernal que el aire rasga?
¡Sangre! ¡Sangre destila...! y bajo el chorro
de su sangre, ¿qué ve? ¡No! Á aquellas masas
de rabiosos vestiglos no conduce

una hiena feroz con forma humana.
—Mira—exclamó temblando—mira aquello
que hacia nosotros como nublo avanza.
¿Qué es aquello, María?—
Ella dió un grito.
—Ya lo sé, por tu horror. ¡Es Arbalaya!—

V.

—Soy Arbalaya, sí—rugió el malvado.—
Todo el pueblo de Isvilia me acompaña
para verte morir. ¡Vengo á azotarte,
por vez postrera en la mitad del alma!
¡Ya te he visto temblar! El hondo miedo,
al fin, te ha congelado las entrañas.
Tienes miedo de mí. Mi odio profundo
corta más que los filos de tu hacha.
Y ¡cómo te odié yo! Como la noche
aborrece á la luz de la alborada;

como á la flor purísima el gusano;
como á la nieve el cieno de la charca.
¿Que por qué mi rencor?... Porque eras bueno;
porque por rico y sabio te ensalzaban;
porque, al par que mis odios acrecían,
más digno de adorarte te juzgaba.
¿Que por qué mi rencor?... Porque á tu lado,
en tí contemplé al sol, y en mí á la larva!
Y ¡me afrentaste tú! ¿Por quién?... ¡Por ésa!
Ella abrió los infiernos de mi alma.
¡Insensato Faquí! ¿De qué sabías,
si lo que son los odios ignorabas?
Y ¿en quién pusiste, imbécil, tu cariño?
¿En quién depositaste tu esperanza?
¿En Abul?... Ya lo ves. Junto á la tuya
yo pondré su cabeza ensangrentada,
y los viles gusanos de una y otra
renovarán vuestra amistad hermana.
En Isvilia tuviste un tierno amigo.
¡Aquí está! En la cuchilla de mi lanza.

Ah, ya ves cuál mi mano, al fin, esgrime
para tu angustia y tu terror un arma.
En Isvilia tuviste una cautiva
que fué tu adoración.... ¿De la cristiana,
sabes lo que será?.... Que lo pronuncien
Kaleb, Abóo, Zeyad, que ven tus ansias.—
Garcés rugió terrible.

—¡Bestia harona!
Si tú no puedes verlo, ¿á qué esa rabia?
¿Sabes lo que va á ser, Faquí orgulloso,
de la hurí de tus sueños? No la esclava
de Axataf, ni la esposa de un magnate.
Va á ser para mis gentes la cloaca
de sus lujurias. Lo que fué tu esposa
para el enjambre á quien la lepra abrasa.—
Orías, en la angustia de la muerte,
alzarse quiere, y ¡mísero! desmaya;
su hacha de guerra oprime y de las manos
el ponderoso acero se le escapa.
—¿Os gusta esa mujer?—gritó el maldito.—

¡Es vuestra! ¡Yo os la doy! Podéis tomarla!—
Cual cabrío rijoso aulló la plebe.
Y entonces el Faquí, con voz opaca,
gritó:
—¡Ciego Garcés, te dí un cuchillo!
Por honra ó por amor, ¡sálvala! ¡mátala!
¡Á ella!—
Corrió María al ciego-mudo.
El anciano la asió con mano helada,
le dió un beso en la frente, y en el pecho
le hundió hasta el mango la cortante daga.
—¡Gracias!—dijo el Faquí.
—¡Gracias!—la niña
balbuceó, cayendo inanimada
sobre el tronco de Orías, del que vuela
el alma, para ir tras de su alma.

VI.

Y entonces resonó, cual ronco trueno,
formidable clamor en la alcazaba,
en el jardín, debajo de la torre,
de la torre también sobre la rampa.
«¡Por Fernando y Castilla!» Tal fué el grito
que amedrentó á las hordas musulmanas.
Todos quieren huir. Todos olvidan,
ante el peligro, el odio y la venganza.
Y encuentran por doquier á los golfines,
y á sus hembras, más que ellos despiadadas.
Los moros, al huir, van incendiando.
Quieren adarves fabricar de llamas.
Y Alvar Sánchez é Iván buscan ansiosos
lo que en la torre, al fin, míseros, hallan.
Allí Gaicés, como implacable Furia,
blande, sin tino, la fulmínea daga,

y defiende entre sombras los despojos
del guerreador y de la virgen casta.
Allí temblante, horrorizado y mudo,
con el craneo de Abul bajo las plantas,
el mayordomo vil, la ávida hiena,
tras del corcel de Orías se agazapa.
Y el fulgor del incendio sobre el ancho
torreón de la muerte se derrama,
y el cuadro que presenta horror infunde,
doma las iras y las lenguas traba.

. . . .

—¡Hija!
—¡Sol!
—¡Hija mía!—
Con la aglosia,
Garcés, el desdichado, ruge y brama,
ansiando relatar, con vanos signos,
el horror para el cual no hubo palabras.
—¿Dices—clamó el frontero—que tu mano
fué la que la mató...?

. . . .

¿Para librarla...?

. . . .

¿De quién...?

. . . .

—¿Del Alfaquí...?

. . . .

—¿No...?

. . . .

—Pues ¿entonces...?

. . . .

El caballo de Orías resoplaba,
la sangre oliendo, y las espesas crines
removía, en mechones erizadas.
Notó en él un golfín. Vió, acurrucado
tras del corcel, un pálido fantasma,
una sombra convulsa, que quería
infiltrarse en la piedra, hacerse nada.
Y fué por el espectro. Asióle. Un grito
Sánchez dió de furor. Ve que se alza

ante sus ojos la visión terrible
de la hosca hiena con figura humana.
—¡Doble felón!... La muerte de mi hija
obra tuya ha de ser.—
Gimió Arbalaya.

. . . .

Garcés oye su voz en el gemido,
y hacia el traidor, indómito, se lanza.
Separóle la zarpa de una tigre.
Una golfina atroz, desmelenada,
en los ojos con fuego, y de los labios
chorros soltando de rabiosa baba,
rugió:
—¡Nadie le toque! ¡Ése hombre es mío!
¡Es mi presa! ¡El botín de mi venganza!
¡Á mi hijo destrozó en la catapulta!
No lo olvidó su madre, y ¡lo reclama!—
Aulló todo el enjambre de las lobas.
Iván, Garcés y Sánchez no alentaban.

. . . .

La golfina los pies del mayordomo
ligó con fuertes cuerdas, que amarradas
dejó á la cola del caballo, y luego
el ijar le abrasó con una faya. (1)
Y entonces el corcel, embravecido
y de dolor rabioso, de la rampa
como un alud se despeñó. Botando
ganó las puertas, y se entró en la alvara,
y se perdió en lo negro de la noche,
con el infando monstruo á quien arrastra.
—Separad á ese hombre de mi hija.—
dijo el frontero con angustia y saña.
—¡No!—gimió Iván.—¡La muerte los ha unido!
¡Vosotros, á llorar! ¡Yo, á perdonarla!—

VII.

Al tiempo que el Faquí se hundió en la tumba,
el frío del terror en las entrañas

sintió la gran ciudad. Perdió al guerrero
y huérfana se halló, desamparada.
¡Cómo, entonces, las turbas recordaron
al heroe de quien, torpes, blasfemaran!
¿Á dó volver los ojos? Su desdicha,
¿quién puede mitigar con la esperanza?
¿Zeyad? ¿Abóo? ¿Kaleb?... ¡No! Los caudillos
que son zarzos y hiel para el Monarca,
sólo se concertaron por la envidia;
sólo se unieron para inicuas tramas.
Pero después... repugnan los adarves,
huyen del alijar, las alcazabas
evitan cuidadosos y ensordecen
y ciegan á las súplicas y lágrimas.
Entregar la ciudad es su consejo.
Y van al rey Fernando en embajadas,
y le piden tesoros por traiciones,
y á deshonra mayor, mayor ganancia.
El gran rey de Castilla y don Alonso
pacto ninguno admiten y rechazan

todas las condiciones que no sean
el quedarse á merced de las espadas.
Y el pueblo, por la peste ya diezmado,
y seca por el hambre su garganta,
pavoroso se alzó: como se yergue
el moribundo en las postreras ansias.
Toda Isvilia, en motín embravecido,
corrió al palacio de Axataf. Sus guardias,
tras las puertas de hierro, palpitantes,
oyen rugir el báratro que avanza.
Lo vió llegar el viejo soberano,
y—¡Ay de Isvilia!—exclamó:—¡Dios no te salva!
Y entonces, cuando solo y sin remedio,
triste gemía el postrimer monarca
de la ciudad orgullo de Abdolaziz,
trono de Al-Motadhí, de Ytimad gala,
ante sus turbios ojos vió una sombra,
y oyó una voz clamando:
—¡Abre tu casa
al rey Fernán, é imita los ejemplos

que te diera David en la desgracia.
Una llave fatal y misteriosa
que há muchos siglos los rabinos guardan,
espera que la oprima el castellano.
No quieras que en tu hogar entre á tomarla.
—¡Eleazar...!
—Quien devuelve tu visita,
y en tu aflicción suprema te acompaña.

VIII.

Salió Axataf al muro que rodea
su lúgubre mansión. En zalagarda
rugió toda la plebe. El triste anciano
silencio impuso, y con potente y clara
voz, gritó:
—¿Qué queréis?
—Abrir las puertas,
y que éntre el pan por ellas.

—¿Á la zaga

del rey Fernando...?

—¡Sí!

—¿Queréis rendiros...?

—¡Queremos no morir!—

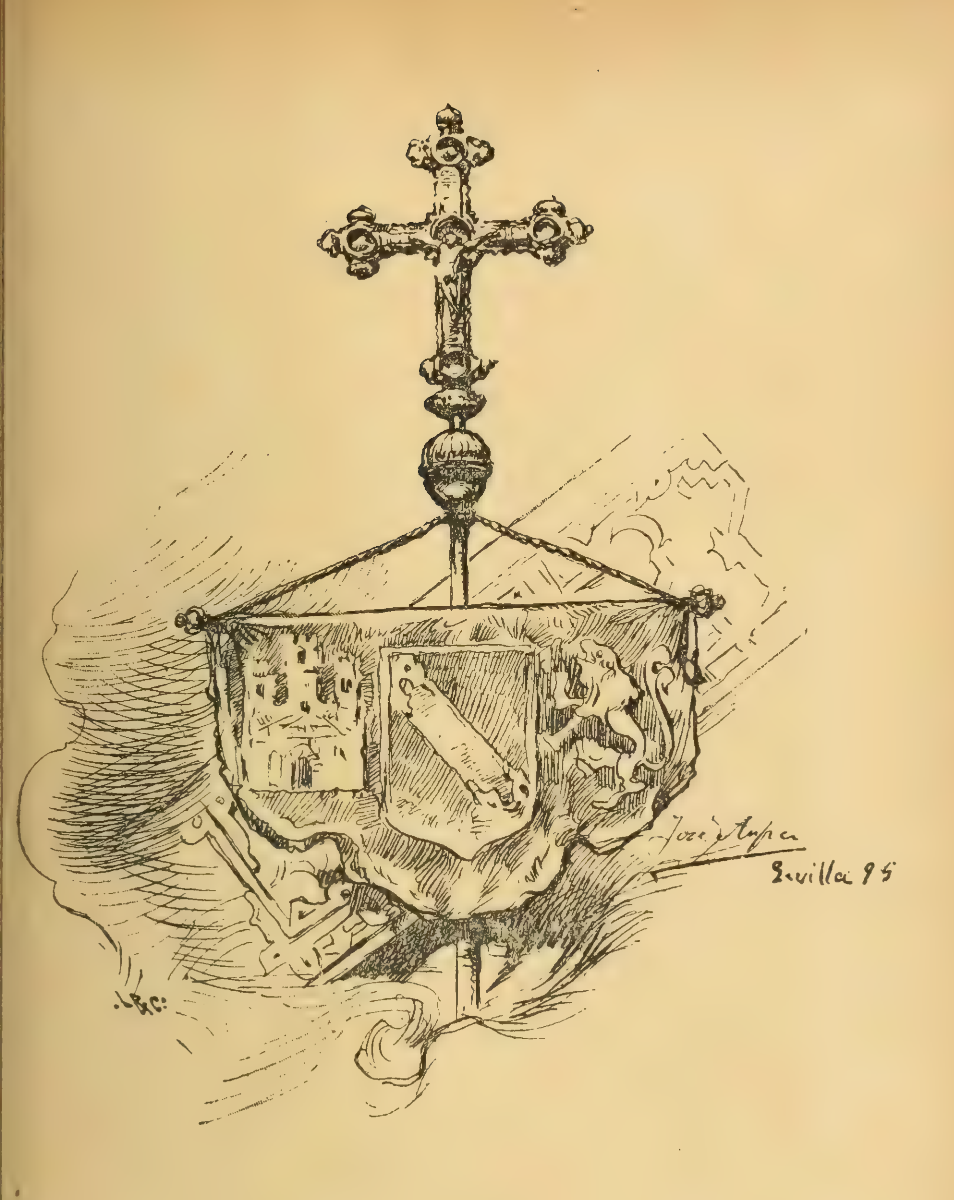
Mesó sus barbas

el mísero Axataf y, entre sollozos,

murmuró:—Viviréis, pero... ¡en la infamia!

UNDÉCIMA PARTE

EL TRIUNFO



I.

Nunca logró tan pomposo
triunfo emperador romano

como el que ofreció á la Virgen,
Reina de Reyes, Fernando.
Por devoto y caballero,
por español y cristiano,
de cuantas glorias consigue
á Ella dedica los lauros.
Ganó Fernán á Sevilla,
pero el triunfo ha consagrado
á Aquella por quien él vence,
por ser su amor y su amparo.
Una carroza ha dispuesto,
de flores la ha guirnaldado;
y entre mirtos y entre palmas,
que forman vistosos arcos,
colocó un altar que ostenta
la efigie que fabricaron,
en Torre de los Herberos,
puras, seráficas manos. (1)
Es la imagen de María:
y es muy hermoso el retrato.

¡Qué dichosos los artífices
que el original miraron!
Es Ella: ¡la victoriosa!
Ella: ¡la Reina del campo!
Y Ella sentada en un trono
y al frente de su fonsado
ha de entrar, bajo estandartes,
y al són de marciales cánticos,
en la ciudad que, á sus plantas,
rindiera el noble Fernando.

. . . .

Desiertas están las torres;
los adarves, no guardados;
de las máquinas pendientes
los nervios rotos y lacios.
Sin barrotes los portillos
y ninguno acafelado,
y fríos, en los calderos,
los devoradores caldos.
No hay guerreros en la alvara,

ni flotan pendones blancos,
ni relumbran jacerinas,
ni el lelilí causa espanto.
En la Torre de la Plata
flota el pendón soberano,
con castillos y leones (2),
sobre los aires rampando.
Se escuchan ardientes gritos,
que, enmudeciendo el espacio,
allá en Covadonga zumban:
«¡Sevilla por don Fernando!»
Salen por todas las puertas
mujeres, niños escuálidos,
pidiendo, con voz exhausta,
de pan cenceño (3) pedazos.
Salen por todas las puertas
desfallecidos ancianos,
vacilantes con el peso
de las penas y los años.
Salen, cubriendo sus rostros,

hombres que siempre lucharon,
y á quienes hiere la afrenta
más que el cuchillo y el dardo.
Todo el silencioso enjambre
de hambrientos y desdichados,
de vencidos y de tristes,
con ojos que agranda el pasmo,
ven pasar, cabe los muros
¡tan inútilmente alzados!
la procesión más lujosa;
el alarde más bizarro.
Allí, por delante de ellos,
va el maestre de Santiago,
el de Alcántara, el del Temple,
y el calatraveño osado.
Van de sus freires seguidos,
con los pendones en alto,
y sobre potros que al aire
mojan de espuma, bufando.
Por delante de los míseros,

pasan con gran aparato
de Jaen, Cuenca y Segovia,
los venerables Prelados;
los de Córdoba y Palencia
con sus mesnadas de bravos
y con sus cruces de hierro...
¡La Cruz, vida! ¡El hierro, estrago!
Por delante de los tristes
van, lentamente, cursando
pajes, damas, escuderos,
trovadores, escanciarios,
todos con trajes de fiesta,
de oro y joyeles cargados.
La criación numerosa
del monarca castellano
sigue después. Allí Paja,
el loco, que es cuerdo y sabio (4);
Nicolás de los Romances,
que cobra como escribano;
allí el capellan don Polo,

maestros, dueñas, pajes, ayos...
Y entre mucha clerecía,
resplandecientes cual astros,
los Infantes, don Alonso
de doña Yoland al lado,
don Manuel y don Enrique,
y don Felipe y don Sancho,
don Alfonso de Molina,
el barragán lusitano
don Pedro, y los nobles hijos
de dos reyes que reinaron (5).
Y despues Micer Uberto,
del Pontífice emisario,
ginete en gallarda mula
engualdrapada de blanco.
Y á pie, y desnudo el acero,
terror de los mahometanos,
va el monarca, prez y gloria
de Castilla: el gran Fernando.
Á su diestra, doña Juana,

cuyo porte encanta el ánimo,
y junto á tan gran realeza,
los frailes Telmo y Nolasco.
En la carroza, que arrastran
seis magníficos caballos
con paramentos de oro
y cimbradores penachos,
envuelta en nubes de incienso
que perfuman el espacio,
la gran Reina de los Reyes,
la Virgen que fabricaron
en Torre de los Herberos,
puras, seráficas manos.
Y detrás de la carroza,
las mesnadas de navarros,
catalanes y leoneses,
gallegos y castellanos.
Todo el triunfador ejército
va á la Virgen escoltando...
¡porque Ella es la vencedora

y Ella la Reina del campo!

. . . .

Salió Axatafe al portillo
del Arenal y, postrado
ante el glorioso monarca,
con voz que sofoca el llanto,
—Toma—murmuró—la llave
de la ciudad que has ganado,
y Aláh en su favor te tenga.
¡Á mí negóme su amparo! (6)

. . . .

Siguió Fernán su camino.
Quedóse Axataf mirando
la espléndida comitiva
de su dichoso contrario.
Allá van Pérez de Vargas,
don Diego López de Haro,
Mariño, Suárez, Meléndez,
Flores, Girón, Núñez, Castro...
todos alegres, y todos

en su hermosa Isvilia entrando,
de Goles por la ancha puerta,
que abrió el Alcides cristiano (7)

. . . .

Y, allá, en la margen del río,
contempla el muslim los barcos
que le aguardan, para darle
patria nueva, hogar prestado.
¡Van á zarpar! Desde ellos
con trescientos mil vasallos (8)
dará un «¡adiós!» á la Aljama
ya de Cristo tabernáculo;
dará un «¡adiós!» á sus grandes
y esplendorosos palacios;
dará un «¡adiós!» á la tierra
en que quedan profanados
los huesos de los que en hora
desdichada le engendraron.

. . . .

Llegó á la puerta de Goles

el Rey Fernán, y á su paso
salieron, como fantasmas,
dos miserables ancianos.
Ciego está el uno, y el otro
por las lágrimas cegado.
El lloroso, de rodillas
cayendo ante el Soberano,
—Señor—dijo—con golfines
un día llegué á tu campo,
de tu persona en servicio,
y en venganza de mi agravio.
Ahora á tus plantas acudo
con el corazón llagado,
sin rencores en el alma
y sin acero en las manos.
Á mi Sol robóme el moro.
¡Mi hija, mi Sol, es ya Ocaso!
Aquí se queda; que Orías
sepulcro le dió en sus brazos.
Aquí mi diezmada hueste

pongo bajo tu resguardo,
y aquí te dejo al que un día
de hijo le dí el nombre grato.
Yo con este ciego y mudo,
como yo triste y anciano,
partimos al Pinar Negro.
Allí, en un castillo helado,
él y yo, la perezosa
muerte con ansia esperando,
tendremos siempre oraciones
para tí, buen Soberano.
¡Y el rezo de los que lloran
lo escucha el Crucificado!—

. . . .

Respondiendo á aquella cuita,
en la cubierta de un barco,
Axataf oye al poeta
Abu-Bek-Salém, clamando
estas frases dolorosas,
que acíbar son de sus labios:

«Cuanto sube hasta la cima (9),
desciende pronto abatido
al profundo.
¡Ay de aquel que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!
En todo terreno sér
sólo permanece y dura
el mudar.
Lo que hoy es dicha ó placer
será mañana amargura
y pesar.
Es la vida transitoria
un caminar sin reposo
al olvido;
plazo breve á toda gloria
tiene el tiempo presuroso
concedido.
Hasta la fuerte coraza
que á los aceros se opone

poderosa,
al cabo se despedaza,
ó con la herrumbre se pone
ruginosa.
Con sus cortes tan lucidas,
del Yemen los claros reyes,
¿dónde están?
¿En dónde los Sasanidas,
que dieron tan sabias leyes
al Irán?
Los tesoros hacinados
por Karún el orgulloso,
¿dónde han ido?
De Ac y Termud afamados
el imperio poderoso,
¿dó se ha hundido?
El hado, que no se inclina
ni ceja, cual polvo vano
los barrió,
y en espantosa ruína

al pueblo y al soberano
sepultó.
Y los imperios pasaron,
cual una imagen ligera
en el sueño;
de Cosróes se allanaron
los alcázares, do era
de Asia dueño.
Desdeñado y sin corona
cayó el soberbio Darío
muerto en tierra.
¿A quién la muerte perdona?
Del tiempo el andar impío,
¿qué no aterra?
¿De Salomón encumbrado
al fin no acabó el poder
estupendo?
Siempre del seno del hado,
bien y mal, pena y placer,
van naciendo.

Mucho infortunio y afán
hay en que caben consuelo
y esperanza;
mas no el golpe que el Islam
hoy recibe en este suelo
los alcanza.

España tan conmovida
al golpe rudo se siente
y al fragor,
que estremece su caída
al Arabia y al Oriente
con temblor.

El decoro y la grandeza
de mi patria, y su fe pura
se eclipsaron;
sus verjeles son maleza,
y su pompa y hermosura
desnudaron.

Montes de escombro y desiertos,
no ciudades populosas,

ya se ven;
¿Qué es de Valencia y sus huertos?
¿Y Murcia y Játiva hermosas?
¿Y Jaén?
¿Qué es de Córdoba en el día,
donde las ciencias hallaban
noble asiento?
¿do las artes á porfía
por su gloria se afanaban
y ornamento?
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
que el Betis fecundo baña
tan florida?
Cada ciudad de estas era
columna en que estaba España
sostenida.
Sus columnas por el suelo,
¿cómo España podrá ahora
firme estar?
Con amante desconsuelo

el Islam por ella llora
sin cesar.
Y llora al ver sus vergeles,
y al ver sus vegas lozanas
ya marchitas,
y que afean los infieles
con cruces y con campanas
las mezquitas.
En los mismos almimbares
suele del leño brotar
tierno llanto.
Los domésticos altares
suspiran para mostrar
su quebranto.
Nadie viva con descuido,
su infelicidad creyendo
muy distante,
pues mientras yace dormido,
está el destino tremendo
vigilante.

Es dulce patria querida
la región apellidar
do nacemos;
pero, Sevilla perdida,
¿cuál es la patria, el hogar
que tenemos?

Este infortunio á ser viene
cifra de tanta aflicción
y horror tanto;
ni fin ni término tiene
el duelo del corazón,
el quebranto.

Y vosotros, caballeros,
que en los bridones voláis
tan valientes,
y cual águilas ligeros,
y entre las armas brilláis
refulgentes;

Que ya lanza ponderosa
agitáis en vuestra mano,

ya, en la obscura
densa nube polvorosa,
cual rayo, el alfange indiano
que fulgura;
Vosotros que allende el mar
vivís en dulce reposo,
con riquezas
que podéis disipar,
y señorío glorioso
y grandezas;
Decidme: los males fieros
que sobre España han caído,
¿no os conmueven?
¿Será que los mensajeros
la noticia á vuestro oído
nunca lleven?
Nos abruman de cadenas;
hartan con sangre su sed
los cristianos.
¡Doleos de nuestras penas!

¡Nuestra cuita socorred
como hermanos!
El mismo Dios adoráis,
de la misma estirpe y planta
procedéis;
¿por qué, pues, no despertáis?
¿Por qué á vengar la ley santa
no os movéis?
Los que el imperio feliz
de España con alta honra
sustentaron,
al fin la enhiesta cerviz
al peso de la deshonra
doblegaron.
Eran cual reyes ayer,
que de pompa se rodean;
y son luego
los que, en bajo menester,
viles esclavos, se emplean
sin sosiego.

Llorado hubierais, sin duda,
al verlos, entre gemidos,
arrastrar
la férrea cadena ruda,
yendo, para ser vendidos,
al bazar.

Á la madre cariñosa
allí del hijo apartaban
de su amor;
¡separación horrorosa,
con que el alma traspasaban
de dolor!

Allí doncellas gentiles,
que al andar perlas y flores
esparcían,
para faenas serviles
los fieros conquistadores
ofrecían.

Hoy en lejana región
prueban ellas del esclavo

la amargura,
que destroza el corazón
y hiere la mente, al cabo,
con locura.
Tristes lágrimas ahora
vierta todo fiel creyente
del Islam.
¿Quién su infortunio no llora,
y roto el pecho no siente,
del afán?



NOTAS

SÉPTIMA PARTE

EL PRINCIPIO DEL FIN

1-(Pág. 8) Las cadenas que del rio
rompen los claros cristales

«Desde la Torre del Oro hasta la parte opuesta del rio atravesaba una gruesa cadena de maderos eslabonados con argollas de hierro, que á la parte de Triana se afianzaba en un murallón de que aún se ven los cimientos...» —*Anales eclesiásticos y seculares de la Ciudad de Sevilla. Lib. 1.*—Ortiz de Zúñiga.

2-(Pág. 9) Por la Cruz vencer espera

Prevenidos los baxeles, que como todos los demás de aquel tiempo, eran de vela y remo, entró en uno el mismo Ramón Bonifaz; y poniendo en ambos gente de su satisfacción, esperaron viento favorable, que no sin particular misterio les sobrevino dia de la Invención de la Cruz, cuya sagrada imágen mandó el Santo Rey que se arbolase en sus gavias.—*Anales eclesiásticos y seculares de la Ciudad de Sevilla*, ya citados.

3-(Pág. 10) Salió primero el navío
que montan los capitanes
de Vizcaya

Historia de la Real Marina Española. Arte Militar, Enciclopedia de Mellado.

«Volaban los navíos llevados del poderoso impulso del viento, que para dar más visos al prodigio calmóse repentino, y repentino en breve volvió á soplar más fuerte, rehaciendo su repetición los desmayos que causó su pausa, y sin que á resistirlo bastase la robustísima trabazón que constituían tantos unidos maderos y tan repetidos lazos de las cadenas al duplicado choque de uno y otro baxel, cedió roto en el puente todo el mayor estribo de la esperanza de los moros, pasando de la otra parte las dos vencedoras naves, contra que en vano desde el puente mismo, desde el Arenal todo, y desde el castillo de Triana se fulminaron innumerables rayos de arrojadas armas; baxel uno y otro dignos de eterna memoria, más que la decantada nave Argos de los griegos, y que de la Capitana de Ramon Bonifaz, refiere el cronista Gila Gonzalez Dávila, que preciándose justamente de haberse fabricado en su puerto, la pone por blason de sus armas la villa de Santander, y que la puso la Santa Iglesia en el primer sello de su Cabildo.—*Anales citados.*

4-(Pág. 21) Da á la amargura popular alivio
saber que el Alfaquí pan de acemita
come

Pan de acemita: el pan hecho de acemite. Torta muy blanca amasada sin levadura. Flor de la harina.

5-(Pág. 24) El castillo de Triana

Repito aquí lo que dije en la nota 6 de la *Cuarta parte* de

esta Narración, en cuanto á mi deseo de rendir homenaje á lo más venerando de nuestra literatura, el Romancero.

El romance copiado está inserto en el *Tomo segundo de Romancero general de* D. AGUSTIN DURÁN.—*Biblioteca del Autores Españoles de Rivadeneyra.—Tomo XVI.*

6-(Pág. 28) á quien él matar podría.

¡Hermosísimo rasgo! Cuando Garci-Perez no ve moros á quienes matar acude al infanzón que disputara sus armas. Y ¡qué manera de afrentarle! Y tambien ¡qué hermosa respuesta la del corrido caballero!

Véase ARGOTE DE MOLINA, PIFERRER, y OCARIZ.

7-(Pág. 31) Y bondad que en él había

Hé aquí la Nota con que el SR. D. AGUSTIN DURÁN ilustra este romance:

«Garci-Perez es uno de los caballeros más célebres y populares de España que concurrieron con Fernando III á la conquista de Córdoba y Sevilla. En la Puerta de Jerez de esta Ciudad he visto esculpidos los siguientes versos, que no sé si existen aún:

Hércules me edificó,
Julio César me cercó
de muros y torres altas,
y el Rey Santo me ganó
con Garci Perez de Vargas.»

No existen ya esos versos más que en la memoria de los sevillanos, porque hace mucho tiempo que puertas y torres y murallas fueron derribadas: pero en la Biblioteca Colombina hay una espada con un tarjetón que dice:

De Fernan Gonzalez fuí
de quien recibí el valor
y no lo adquirí menor
de un Vargas á quien serví.

Soy la octava maravilla
en cortar moras gargantas
no sabré io decir cuantas
mas sé que gané á Sevilla.

8-(Pág. 31) blande el hierro á manteniente

Herir fuertemente, sin cesar ni levantar mano, *ferir á main tenante.*

«E un dia que comenzaron todos á allegar los castillos á la villa, estos dos hombres buenos de que ya oísteis allegaron el suyo tanto á una torre, que los que en el estaban, ferian á lanzadas á manteniente á los de adentro.»—*La Gran Conquista de Ultramar. Cap. CCXXIII.*

9-(Pág. 36) cappas y almojaneques.

Cappa: especie de casa portátil hecha de madera, que servía para resguardo de la gente de guerra.

Fizo facer una cappa de muy fuertes maderos
Que bien cabien en ella quinientos caualleros.

El Libro de Alexandre.

Almojaneg, almojanege, almojanequi: máquina de guerra que servía para arrojar piedras.

OCTAVA PARTE

LA NOCHE DE SAN JUAN

1-(Pág. 43) ¡Noche de San Juan, tú eres
mucho más clara que el dia,

Por la multitud de hogueras con que se celebraba esta fiesta.

Hé aquí lo que dice de ellas el sabio folk-lorista Z. Consiglieri Pedroso, Profesor de Historia en el curso superior de Letras de Lisboa, en *Elementos para una Mitología popular portuguesa,* insertos en *El Folk-lore Frexnense y Bético-extremeño 1883-1884.*

En la noche que precede al día del solsticio (24 de Junio), esto es, en el dia 23, es costumbre entre nosotros del mismo modo que entre los demás pueblos latinos y germánicos y eslavos, encender hogueras que fuera de las ciudades se disponen con preferencia en las colinas.

Estas hogueras principalmente en los campos, son hechas con las ramas de diversos árboles ó arbustos: en el Algarbe, en algunos sitios, son de romero, planta que, cocomo se sabe, tiene grandes virtudes contra toda clase de maleficios en nuestra medicina popular. En algunas aldeas del Miño hacen esta hoguera alrededor de un pino que en su día se planta entre las casas: es á lo que llaman galheiro.

En Coimbra son también hechas las hogueras alrededor de un pino adornado de laurel.

En el Algarbe es costumbre en la noche de San Juan danzar alrededor de una rama de mirto florido, aderezada de madre-selva y *capellas de San João,* junto á la hoguera de romero; y en torno de estas hogueras, centro simbólico de toda fiesta, es donde se reunen los mozos de ambos sexos á cantar y bailar. Entre los niños es de precepto el *saltar* por cima de las llamas, siendo por esto conocida generalmente esta fiesta popular entre nosotros por la denominación de *saltar las fogueiras.*

Este detalle, en efecto, es esencial de la ceremonia y de un carácter bastante primitivo, porque se encuentra con la misma persistencia entre los germanos y los eslavos. Tienen las hogueras, según dicen, influencia benéfica sobre la salud, el poder de ahuyentar los maleficios, y otras virtudes. Así en algunos sitios las madres pasan

por ellas á sus pequeñuelos enfermos, para sanarles, y aun para que no lleguen á padecer enfermedad alguna. También á las hogueras de San Juan se une, en la fantasía popular, la idea de un poder de penetración en lo futuro, principalmente en lo que concierne á los misterios del amor, que en esta noche de excepcional pureza se presentan sin velo á las miradas de la juventud llena de vida y de esperanzas.»

Véase también á RODRIGO CARO, *Días geniales y ludricos;* J. GRIM, *Deutsche Mythologíe*, AFANASIEV, *Poetitcheskiya;* ESTASIO DA VEIGA, *Romanceiro do Algarve;* GARRET, *Romanceiro, Noite de San Joáo*; F. ADOLPHO COELHO, *Revista d'ethnologia é de glothologia. Estudos é notas*; JOSEPH CORTILS Y VIETA, *Ethologia de Blánes.*

2-(Pág. 44)

mas bajo las toscas pieles
de Juan, el Santo Bautista...
de Adonis, Baldur y Freya
las vanas sombras palpitan

«El heroe es siempre el mismo: llámese Adonis ó Lino, ó Baldur: es el sol, el joven Dios que, en la fuerza de la vida y enmedio de su carrera, es herido por la muerte para volver á resucitar.

Afanasiev, refiriéndose á la representación de este fenómeno natural, en la imaginación infantil del pueblo, dice lo siguiente: El sol, extinguiendo la plena manifestación de su fuerza creadora, se inclina hacia la tierra, y cada día va perdiendo más y más su fuego vivificador; los días empiezan á decrecer y las noches á aumentar. Esta vuelta del sol, es decir, su ída para la larga carrera invernal, es acompañada de celebraciones populares, coincidiendo con el día de San Juan Bautista (24 de Junio). Las llamas de las hogueras, hechas en la víspera de este día, son una representación simbólica del

sol abrasador de Junio, etc. Esta es la verdadera significación de la costumbre. No nos parece, por tal motivo, fundada la explicación que de ella da nuestro ilustrado colega y amigo Teófilo Braga, cuando dice: Igual fenómeno etnográfico se da con las fiestas y cantos de la noche de San Juan, que existían en las costumbres godas y se reforzaron en presencia de los árabes.

El *San Juan* era una fiesta de los germanos y escandinavos, que variaba del equinoccio de primavera al solsticio de otoño; la iglesia católica no pudiendo desterrar completamente la costumbre de las razas del Norte, lo santificó con el nombre del precursor de Cristo. En Alemania y también en Bélgica, se llama á las hogueras que el pueblo enciende en esta fiesta *oster feuer*, porque antes de la condenación del catolicismo la fiesta del solsticio se llamaba *Oster* por lo que se encendían hogueras de alegría en honor de *Freya*. En el concilio de Agda del siglo VI, ya las hogueras de Freya se decían hechas en honor de San Juan. Los vándalos que llegaron al Africa levantaron allí la misma fiesta, y el catolicismo romano se la apropió. En todas las provincias del reino han estado en su vigor las hogueras de San Juan, y en bastantes romances populares se alude á esta fiesta de Freya, por la fatalidad de una reminiscencia de la extinguida poesía goda.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA, *en el artículo «Algunas supersticiones y creencias populares relativas á la noche y al día de San Juan, por* Z. CONSIGLIERI PEDROSO», *publicado en «El Folk-lore Andaluz»—1882 á 1883.*

3-(Pág. 45) noche en que las dichas
del amor buscan, soñando
despiertas, las castas niñas.

Noche de ilusiones y esperanzas amorosas.

«Si una joven quiere averiguar quién será su novio, á las

doce de la noche de la víspera de San Juan pondrá un lebrillo de agua clara (mientras más clara mejor), mirará dentro del lebrillo y verá el rostro de su futuro novio.»

«Para averiguar una doncella si se casará ó no con su novio, á las doce del día de la víspera de San Juan arrojará hacia arriba una babucha por tres veces: si en la última cae boca arriba se casará, y si no, nó.»—Alejandro Guichot y Sierra. *Supersticiones populares.*

«A rapariga, que deseja saber se é amada por un certo mancebo cresta á meia noite una alcachofra, que deixa ao relento; se no dia seguinte á alcachofra está fiorida, tem a certeza de ser amada. Quando se cresta alcachofra diz-se:

Em louoor de S. Joáo
Para ver se fulano (o nome do namorado)
Me quer bem ou náo.

«As raparigas deitam num copo d'agua á meia noite, na vespera de S. Joáo, clara de ovo u cera derretida ó deixam ó copo ao relento; no dia seguinte da forma que á clara de ovo ou a cera tomaram tiram prognostico do officio ou occupaçao que terá o seu futuro esposo; assim se julgam ver um navio, elle será marinheiro, etc.»

«A meia noite as raparigas vao á janella con um bochecho d'agua na bocca que conservam até ouvir pronunciar na rua ó primeiro nome d'homem, que será o do seu futuro esposo.»

Fr. Joáo Pacheco, *Divertimento erudito.*

4-(Pág. 45)

Los cristianos y los moros
dando treguas á sus iras
celebraron esta noche
en unión franca y amiga.

En Madrid se solemnizaba ya en el siglo XI la Verbena

de San Juan, aunque todavía se hallaba en poder de los moros; y los cristianos viejos que habían continuado morando en la villa *castillo famoso*, como dijo el insigna Moratín, bajaban esa noche á solazarse en las praderas del Manzanares, donde se les reunían no pocos moros madrileños que con aquéllos compartían amigablemente las expansiones del día.

Bien es verdad que entre los moros españoles era muy popular también la fiesta de San Juan, desde antiguo, y una de las más veneradas de ellos. Nuestros árabes festejaban ese día con grandes regocijos, y corriendo toros y cañas, como se desprende del siguiente fragmento de un viejo romance morisco:

La mañana de San Juan
á punto que alboreaba,
grande fiesta hacen los moros
por la vega de Granada,
revolviendo los caballos
y jugando con las lanzas.

J. Cervera Bachiller. *Creencias y supersticiones.*

5-(Pág. 45) En las leilas bulliciosas

Ya se ha dicho en otra nota de esta narración que las leilas eran las fiestas ó bailes nocturnos de los moros.

6-(Pág. 45) en danzas se confundían
alarbes y castellanos.

Célebre, alegre, libre y placentera fué siempre entre los moros y cristianos españoles la velada de San Juan Bautista. Inoculadas las costumbres de ambos pueblos, los moros fueron más galantes, y los españoles más celosos que lo eran antes de mezclarse y de tratarse.

En las noches de velada de alguno de aquellos santos que disfrutaban esta preeminencia, pero en particular en la

de que tratamos, por ser común á amigos y enemigos, rompíanse los cerrojos, abríanse los candados, descorríanse las celosías, abríanse las puertas y ventanas, descuidábanse los celosos, y todos confundidos en las praderas y en sitios campestres, gozaban de libertad. La doncella. la casada, la viuda, podían al aire libre, si las tenían, gozar de sus intrigas amorosas con menos recato al menos que en otras circunstancias, etc.

Nota puesta por el SR. D. AGUSTÍN DURÁN, al romance que comienza:

La mañana de San Juan
Salen á coger guirnaldas

Romancero general. Tomo 1.º y X de la Biblioteca de Autores Españoles, de RIVADENEYRA.

7-(Pág. 45) buches ó herradas de agua
de las moras recibían.

Aun existe esta costumbre en algunos pueblos de España.

«La víspera del dia de San Juan, á las doce de la noche, tendrán cuidado las muchachas de arrojar, del balcón á la calle, cubos llenos de agua; y si preguntan cada una respectivamente el nombre al primer varón que pise el agua, á aquella hora, sabrá que su futuro esposo se llamará como el preguntado.

ALEJANDRO GUICHOT Y SIERRA. *Supersticiones populares.*

El erudito y concienzudo mitólogo citado pone á las anteriores líneas esta graciosísima Nota:

Refiérenme, sin asegurarlo, que en muchos pueblos de esta provincia, como el de Viso del Alcor, es costumbre llevar á cabo, á las doce del día de la víspera de San Juan, la siguiente broma: Prepáranse las muchachas en las puertas y ventanas, con cubos llenos de agua; al dar las doce, tiran el agua á la calle, agua que puede caer sobre una persona ó animal que transite en aquel momento; cada muchacha fíjase respectivamente sobre

quien ha caído el agua, pues será el esposo que le está destinado. Escusado es hacer constar la diversión y algazara que sucede, si ha recibido algún burro el baño inesperado.

8-(Pág. 45) ó saltaban las hogueras
en que el romero se apila

Véase la Nota 1.ª de esta parte.

9-(Pág. 46) No acercarán á sus brasas
alcachofas florecidas

Los mozos y mozas frexnenses, cogen las alcachofas que por San Juan se hallan en flor, y apenas oyen la primera campanada que marca la media noche en el reloj de la parroquia, corren á quemar sus estambres á la luz del candil, de modo que al sonar el último golpe de la hora que separa el día 23 del 24 de Junio, puedan colocar los amantes sus respectivas alcachofas, previamente señaladas para no confundirlas, debajo de la cama. La del más enamorado debe aparecer florida de nuevo al día siguiente, etc.

Servando A. de Dios. *Las Sanjuanadas. Artículo* publicado en el *Folk-lore frexnense y bético extremeño.*

Todas las muchachas solteras queman en la hoguera una alcachofa florida, diciendo estas palabras: *En honor de San Juan, á ver si mi amor me quiere bien ó no*; y dedicándola secretamente á su enamorado, que á su vez hace lo mismo. Esta alcachofa con la flor así quemada, es cuidadosamente llevada á casa y puesta al sereno. Debe recogerse por la madrugada antes de nacer el sol, y si ha florecido de nuevo durante la noche, es un signo de felicidad y de que el enamorado ó enamorada es correspondido; en caso contrario, esto es, si se conserva quemada, presagia un amor infeliz. La fuerza con que florece representa, según dicen, la intensidad de la pasión.

Elementos para una mitología popular portuguesa, por Z CONSIGLIERI PEDROSO.

En la *Noite de S. João (Romanceiro de* GARRET) viene esta creencia popular, descrita en la siguiente forma:

«Como yo quemo esta alcachofa en vuestra hoguera bendita, así me consuma el afán que martiriza mi pecho de ver á quien amo.

»Como arde esta alcachofa en vuestra hoguera bendita, así arda la negra barba del mozo que me atormenta.

»Como abrasa esta hoguera á mi alcachofa bendita, así abrase á mi caballero la violenta llama de amor.

»Sacudid desde lo alto del cielo vuestra corona de flores, para que renazcan por mis amores, en este ramo quemado.»

10-(Pág. 46) No irán al campo, á la aurora,
á coger flores benditas

En esa noche (la de San Juan) la más poética del año cristiano, todas las malas yerbas, hasta las más venenosas, pierden sus maléficas cualidades, purificadas por este rocío bendito, y hay algunas que adquieren entonces extraordinarias virtudes.

Los rusos buscan aquella noche una planta que, según la tradición popular, sólo entonces florece, sabedores de que el dichoso mortal que pueda presenciarlo verá cumplidos todos sus deseos. Esa es otra de las plantas que revelan los tesoros ocultos y el paradero de los animales extraviados ó robados. Después de la salida del sol, es sumamente peligroso coger yerbas el día de San Juan.

En Inglaterra existe una leyenda, según la cual, en la noche de San Juan brota la famosa flor que tiene la virtud de hacer invisible al que la lleva, y las hadas acaudillados por su reina Titania, y los diablos mandados por el mismo Satanás, riñen descomunales batallas por conseguirla.

En Suecia las muchachas hacen aquella noche un ramo, en el cual entran nueve flores, y entre ellas la de San Juan, cogidas en nueve diferentes terrenos, y lo ponen debajo de la almohada. Lo que sueñan al acostarse es un presagio infalible de lo que ha de pasar más tarde.

Supersticicnes de la Humanidad. J. COROLEU.

Véase á MANNAHARDT, el sabio comentador de los *Ritos germánicos,* y á GUBERNATIS, *Mitología de las plantas.*

11-(Pág. 46)

sobre las menudas hierbas
que sirven de medicina.

Véase la nota anterior.

12-(Pág. 46)

No irán la cara á lavarse
para quedar más bonitas
á una fuente en que la luna
fulgure con lumbre nívea.

Em Lisboa e nos arredores é costume as raparigas na noite de San Joáo irem á uma fonte a meia noite, lavar a cara. Se veem a lua á reflectirse na fonte ficam mais bonitas.

CONSIGLIERI PEDROSO.

Las mujeres eslavas echan una tohalla al campo la madrugada del día de San Juan, para que se empape de rocío, y luego se lavan con ella la cara, pensando que así ha de cobrar nuevos quilates su hermosora, y en Suecia y en Islandia piensan que el rocío cura milagrosamente todas las enfermedades. En Venecia lo recogen los calvos, figurándose que les bastará verterlo sobre su desnudo testuz, para recobrar la perdida cabellera. En cambio, en Rusia, se cogen aquella noche las yerbas de los tejados para alejar los espíritus malignos.

Supersticiones de la Humanidad. COROLEU.

13-(Pág. 47) No pasará por un mimbre
la tierna madre á su cría.

Para curar á un niño de la quebradura se pasa por una mimbre abierta la noche de San Juan, al punto de las doce. Para llevar á cabo este acto se elije una mimbre que esté cerca de un charco de agua; por la mañana se abre el centro de la mimbre y por la noche á cada lado del charco se ponen un hombre y una mujer, que se llamen Juan y María, y que hayan nacido los dos en un día de San Juan.

Coge la mujer el niño encueros y dormido, y al dar las doce, dice al hombre:

—Toma allá, Juan.
—¿Qué me das, María?
—Un niño quebrado.
—San Juan y la Virgen
Lo pongan sano.

Esto lo repiten tres veces, y á la tercera dejan caer en el charco al niño, que á la impresión brusca que le produce el agua y la caída, rompe á llorar. Después atan la mimbre y si se une la parte abierta, es señal de que el niño sanará. Es creencia del pueblo que lo que hace curar al niño es el susto que la criatura experimenta con el bautizo improvisado.

El Folk-lore bético-extremeño. Abril-Junio-1883.

14-(Pág. 49) De la Tarasca un picardo
dice cuentos que horrorizan,

No un picardo sino un provenzal es el que debía hablar de la Tarasca, pues de ella se dice que toma el nombre de Tarascón, ciudad de la Provenza.

La Tarasca era un horrible monstruo que devastaba la comarca de Tarascón.

«Santa Marta llegó, desde lejanas tierras, á Tarascón en un barquichuelo, con objeto de predicar el Evangelio en dicha población.

A la sazón devastaba la comarca un dragón que pereció á manos de la Santa, cuyas reliquias se enseñan en la Catedral de Tarascón, como también un vestiglo de madera muy mal tallada, del cual se dice que es exactamente idéntico á la Tarasca.»

MEYER. *Viajes.*

15-(Pág. 49) y un alemán causa asombro
hablando de las ondinas.

Basta recordar á la *Loreley* de H. HEINE.

«Entonces, mientras que se construyeron con bellos basaltos nuevos, al lado de los escombros romanos hoy borrados, los castillos sajones y góticos, hoy desmantelados, toda una población de seres imaginarios, en comunicación directa con las hermosas jóvenes y agraciados caballeros, se esparcía por el Rheingau; las neades, que se apoderaron de los bosques; las ondinas, que ocupaban las aguas, etc.

Y el Rhin tuvo sus *señoritas*, como el Mosa sus *damas*.»

El Rhin por VICTOR HUGO.

WAGNER en su *Anillo de los Nibelungos* las llama «hijas.»

16-(Pág. 49) las hadas
causan pesares ó dichas;

Mujeres sobrenaturales, á que en los cuentos se atribuye un gran poder mágico. Unas veces se las representa jóvenes y hermosas, ricamente vestidas; y otras veces, viejas y feas, cubiertas de harapos, casi siempre ocupadas en hilar, de donde se origina el nombre de *hilanderas*. El sábado era el día en que tomaban diversas formas y procuraban sustraerse á la vista de todos. Habitaban

junto á las fuentes y en los bosques; asistían al nacimiento de los niños y les concedían sus dones que debían influir en toda su vida.

La creencia de las hadas tuvo su origen en las ideas druídicas, pues los antiguos galos veneraban á las druidesas como á mujeres de naturaleza superior, y les atribuían el privilegío de provocar y calmar las tempestades.

La invasión de los germanos, que también reconocían algo superior en la mujer, y que tenian sus magas, hechiceras y adivinas, viene á robustecerla más y más.

La raza germánica, sin embargo, no la tuvo tan arraigada como la céltica, que la conservó más pura en cuantas naciones habitó: en Inglaterra, en al país de Gales, en Francia y en Bretaña.

Las hadas más célebres son: *Melusina,* patrona de la casa de Lusignan; *Esterella,* venerada en Provenza; *Viviana,* discípula del encantador Merlín; la *Voniora,* del Franco-Condado; la *Dama verde,* hada de los prados; *Aria,* la buena diosa de las cabañas; *Morgana*, *Manto Abonda.* etcétera.

En muchos puntos de Francia y también de otras naciones se hallan aún árboles, cavernas, piedras y fuentes de las hadas. En la Edad Media los libros de caballerías las tuvieron casi siempre entre sus personajes.

Los *Cuentos de hadas,* de PERRAULT, de MADAME D'AULNOY, destinados á servir de recreo á los niños, están escritos sobre estas antiguas leyendas.

Pueden consultarse sobre este asunto: WALCKEMAER, *Lettres sur les contes des feés: Mythologie des Feés et des Elfes*; A. MAURY, *Les Feés du moyen age*; KEIGHTLEY, *The Fair mytho-gy*, *etc.*

17-(Pág. 49) que el ogro no come niños;

Ogro: monstruo imaginario de muchos cuentos fantásticos, que se representa como aficionado á comer carne

humana. Monstruo fabuloso que, según la superstición popular, se comía á las criaturas.

18-(Pág. 49) que no hay xanas en las limpias
frescas aguas de las fuentes

Mouras encantadas, en Portugal.

«as mouras encantadas eram divindades ou genios femininos das aguas, analogas ás *nixen* germanicas, ás *lacladies* inglesas, ás *rusalki* russas, ás *vilas* servias, ás *elfen* escandinavas, ás *naiadas* grecas, etc.

Tradiçoes populares portuguezas, por Z CONSIGLIERI PEDROSO.

É prinsipalmente como genios femininos das aguas, que as «mouras encantadas» sáo conhecidas no noso paiz, e a esta feiçao do seu caracter se ligam grande numero de superstiçoes que á ellas se referem.

Na noite de San Joáo as «encantadas» deixam á forma de cobras, sob qui viven todo ó anno no fundo dos poços ou regatos, e em figura humana veem pentear para fóra da agua os seus cabellos de ouro.

En Penella (Coimbra) é crença que na fonte chamada da «Docça» na noite dd San Joáo apparecem mouras encantadas.

Nas Caldas de Rainha, quando as raparigas váo na madrugada de San Joáo buscar ás fontes a «agua de virtude» apparecem-lhes ahi uns frades vestidos de branco (mouras encantadas) que lhes ensinam o que ellas háo-de fazer com a agua para ter realmente á virtude que a torna recommendavel para um grande numero de enfermidades.

Idem. Idem.

19-(Pág. 50) que no hay cazadores negros
con infernales trahillas;

¿Quién no recuerda el célebre FREYSCHUTZ? ¿Quién no ha leído las pavorosas leyendas de la *Selva Negra?*

Pero no es solamente en los bosques germánicos donde aparece el cazador negro.

También se encuentran en otras partes, y también para mayor abundancia hay cazadoras.

«La madre Harpina, (cuyo nombre, según algunos mitógrafos, deriva de *Proserpina*, pero que creemos más bien lo sea de la palabra normanda *Harpin*) es una de las hadas maléficas más conocidas en Normandía. Oyenla por la noche, en medio de los aires, conduciendo una cacería horrible, con gran gritería y espantosos ladridos de su trahilla.

Si se la dice: *Parte en la caza,* os arroja un trozo de cadáver, del que no podeis desembarazaros en nueve días. Inútil es que se entierre en el campo ó que se sepulte en las aguas: la espantosa presa vuelve por sí misma á engancharse en vuestra puerta.

Existen en Normandía varios demonios cazadores, además de la madre *Harpina.* Puede citarse por ejemplo la caza de la *Mesgnie Hannequin*, superstición muy antigua, puesto que se halla indicada en las obras de JUAN CHARTIER. Háse escrito mucho sobre esta última. Unos han hecho proceder el nombre de *Hennequin* de Carlos Quinto, y otros de las dos palabras germánicas *Helle Koening* (rey de los infiernos.)

M. PANTIN PARIS ha sostenido en una larga disertación que la *Mesgnie Hennequin* ó *Herlequin*, confundida con el fantasma de la muerte, se había convertido insensiblemente en el personaje de *Arlequín.* Si la transformación es real y verdadera, preciso será convenir en que es sumamente grotesca.

Estas cacerías que pasan en el aire con gran gritería son generalmente llamadas *nonailles* en Normandía.

Semanario pintoresco español.—1850.

20-(Pág. 50) que no sorben los vampiros

la sangre al que se descuida.

Vampiros: nombre que se da en ciertos paises septentrionales á los cadáveres que suponen salir del sepulcro á chupar la sangre de los vivos.

Hay un drama espeluznante de A. DUMAS sobre este asunto.

En tiempos de Voltaire DOM AGUSTIN CALMET. abad de Senone, reimprimió la *Historia de los Vampiros* con aprobación de la Sorbona.

El autor refiere, hablando de Hungría, que dos oficiales, delegados del emperador Carlos VI, acompañados del Bailío del lugar y del verdugo, anduvieron haciendo pesquisas para hallar el cadáver de un vampiro que había muerto hacía seis semanas, el cual chupaba la sangre á las gentes de aquellos contornos.

BOSSUET dice con mucha razón, que si hay un hecho perfectamente averiguado, una prueba jurídica plena y cabal, es la historia de los *vampiros*, puesto que la supertición ha hecho que nada falte en ella; ni procesos famosos, ni certificaciones de personas notables, ni declaraciones de cirujanos, de curas, de jueces.

21-(Fág. 50) que no son los fuegos fatuos
almas que rezos suplican;

Extendidísima superstición. Por ella hay muchos que, alardeando de valientes, no irían por nada del mundo á los cementerios, de noche,

22-(Pág. 50) que no hay gigantes que guardan
tesoros en hondas simas;

No hay castillo destruído del que no se cuenten mil consejas de encantamiento, etc. En todos los cuentos los gigantes abundan; ellos guardan los tesoros.

Generalmente los que los buscan no encuentran los gigantes sino la pérdida de todos sus bienes en inútiles investigaciones.

23-(Pág. 50) que no hay duendes bienhechores

Léase el precioso cuento de los hermanos Grim titulado *Los enanos mágicos.* El demuestra mejor que todo lo que son los duendes en la creencia popular.

«Una mañana se despierta la mujer, y sin poner mano en nada, se lo encuentra todo hecho. Sorpréndese y se santigua, pero no dice nada. Luego que el marido parte á su trabajo, interrógase aunque en vano. Preciso es que sea un espíritu. Pero ¿cuál de ellos? ¿Cómo es? ¡Oh! ¡cuánto me alegraría de verlo! Pero me da miedo. ¿No dicen que se muere uno luego que ve un espíritu?

Entretanto se mueve la cuna por sí sola. Asústase la mujer, y oye une voz muy suave, y tácita como si saliese de ella misma.

—Mi querida ama, si gusto de mecer tu niño, es porque yo tambien soy niño.—Su corazón palpita, y sin embargo, se tranquiliza un poco. La inocencia de la cuna habla en favor del espíritu y hace creer que debe de ser bueno, inofensivo, á lo menos tolerado por Dios.

Desde ese dia ya no está sola, siente muy bien la presencia del espíritu, que no está muy lejos de ella... Acaba de rozar su ropa. A cada momento lo siente alrededor y visiblemente no puede separarse de ella. Si va al establo, allí está, y hasta llega á creer que el otro dia estaba en la olla de la manteca.

¡Lástima que no pueda cogerlo y mirarlo bien! Una vez, sin embargo, habiendo tocado los tizones del hogar, creyó ver que el travieso huía entre las chispas. Otra vez por poco no lo coge en una rosa. Pero con ser tan pequeño, trabaja como grande, barre, limpia y le ahorra mil quehaceres.—*La Bruja* por J. Michelet.

Los suizos hacen todavía á los duendes obsequios de leche. Su nombre entre ellos es *troll;* entre los alemenes *kobold*, entre los franceses *follet, goblin, lutin*, entre los ingleses *puch, robin hood.* Shakespeare dice que prestan á las criadas dormilonas el servicio de pellizcarlas hasta que despiertan.

24-(Pág. 50) ni Korriganas malignas...

En Bretaña existe la creencia de que existen korriganas, raza de enanas distribuída, como dice Balzac, en cuatro colonias que habitan los bosques, los páramos, los valles y las alquerías.

¿Qué fueron las hadas? Lo que de ellas se dice es que, reinas de las Galias en otro tiempo, se mostraron intransigentes y volvieron la espalda altivas y fantásticas á la venida de Cristo y sus apóstoles. En Bretaña bailaban en aquel momento y no dejaron de bailar. De aquí su cruel sentencia, pues fueron condenadas á vivir hasta el dia del juicio. Muchas fueron reducidas al tamaño de un conejo, como, por ejemplo, las *Kowrig-gwans*, ó hadas enanas, que bailando alrededor de las antiguas piedras druídicas envuelven al pasajero en sus blandas cadenas. En prueba de su pequeñez basta decir que la linda reina Mab se hizo un carro de una cáscara de nuez. Son un tanto caprichosas y á veces tienen mal humor. Pero no hay que extrañarlo en su triste destino. Por pequeñas y raras que sean, tienen tambien corazón y quieren ser amadas; así es que son buenas y malas y tienen mil antojos y fantasías. Al nacimienlo de un niño, bajan por la chimenea, le dotan como quieren y crean su destino. Tienen en mucho á las buenas hilanderas y aun ellas mismas hilan admirablemente. Proverbial es decir: *hila como una hada.*

Los *Cuentos de hadas*, descartados de los ridículos adornos con que los han engalanado los últimos redactores, constituyen el corazón del mismo pueblo, marcando una épo-

ca poética entre el grosero comunismo de la *villa* primitiva y la licencia del tiempo en que una burguesía naciente hizo nuestros cínicos romances. Estos cuentos tienen su parte histórica, recuerdan las grandes hambres (en los ogros, etc.); pero generalmente se ciernen á mayor altura que toda la historia, sobre las alas del *pájaro azul*, en una eterna poesía, en la inimitable historia del corazón.

El deseo del pobre siervo de respirar, de reposar, de encontrar un tesoro que acabe sus miserias, se renueva aquí sin cesar.

Con mucha frecuencia, por una noble aspiración, este tesoro, que es tambien un alma, un tesoro de amor que dormita, como en la *Bella del bosque dormida;* pero muy á menudo tambien la encantadora beldad está oculta bajo una máscara por un fatal encantamiento. De aquí la tierna trilogia, el admirable crescendo de *Riquet, el del Copete,* de la *Piel de Asno* y de *La Bella y el Monstruo.* El Amor no se desalienta nunca. Bajo estas fealdades persigue y alcanza á la belleza oculta. En el último de estos cuentos llega esto á lo sublime, y creo que nunca ha podido leerlo nadie con ojos enjutos.—*La Bruja* por J. MICHELET.

25-(Pág. 56) El *alhansara*

Léese en el *Santoral Hispano Mozárabe* de RABI BEN ZAID, Obispo de Iliberis, opúsculo publicado por SIMONET: »Est dies *alhansara*. Et in ipso es festum nativitatis Johannis filii Zacharie». Esta fiesta según SIMONET, se halla en el *Calend. Astr. Escur.* Celebrábanla también los musulmanes españoles y de ella hacen mención ABEN ALCUTIA, ABEN ALBEITAR, ALMAKARI, ABEN ALAIWAM, ABEN SOYON en su *Poema de Agricultura* y el autor anónimo de la obra intitulada *Geografía.*

Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental. DON LEOPOLDO DE EGUILAZ Y YANGUAS.

26-(Pág. 60) Ricos vasos de Irak

En Yrak, hubo en la edad media famosísimas fábricas de cristal, en las cuales se hacían unos vasos semejantes al vidrio.
Glosario citado.

27-(Pág. 61) se ven de mil bujías de canela,

Bujías de sándalo, de canela, de algalia, etc. Mezcla de cera con perfumes, que exhalaban al arder sus aromas.
Cuentos de las mil y una noches. GALLAND.

28-(Pág. 62) el vino de sagú con aal

Aal.—Llámanse así dos árboles de la India que corresponden, al parecer, á la familia de las terebintáceas, y cuya corteza se emplea para aromatizar el vino de sagú.

29-(Pág. 65) —Y os daré vino con afión

Afion.—Sinónimo de opio. Nombre con que los habitantes de Bantam designan un electuario cuya base está formada por el opio.
Diccionario etimológico de ROQUE BARCIA.

30-(Pág. 68) *raskasas*

ó *raksasas.* En la India se atribuye un formidable poder á los espíritus infernales—raksasas—especie de vampiros que gustan de frecuentar los cementerios, animan los cuerpos sin vida, devoran los hombres y turban los sacrificios, haciendo como los titanes la guerra al cielo, pero sin tregua ni reposo. Los hay de uno y otro sexo, y á sus mujeres las llaman *raksasi* potestades que á ma-

nera de brujas se complacen en las malas obras, y cambian á su sabor de rostro y figura, para seducir y perder á los mortales:

Las supersticiones de la humanidad, por José Coroleu. *Barcelona. Jaime Seix. 1880.*

31-(Pág. 68) el terrible *amok*

«Un día al sentarnos á la mesa, en la fonda Schmidt, oimos fuera espantosos gritos de terror que nos extremecieron. Salimos corriendo del comedor, y vemos pasar con la rapidez de una flecha, un hombre indígena, con un kris en la mano, y cuyo aspecto espresaba el paroxismo del furor.

¡Amok! ¡amok! gritaban por todas partes: Él había desaparecido. No tuve tiempo de ver más porque Schmidt me hizo subir á un coche con él y lanzó los caballos en persecución de aquel desgraciado. Por todas partes encontrábamos personas asustadas huyendo en todas direcciones, ó que entraban precipitadamente en sus casas. En menos tiempo del que se ocupa en decirlo, la calle había quedado desierta; sólo vimos algunos hombres armados de horquillas, de lanzas, agazapados en los cobertizos que existen en todas las encrucijadas de Surabaya.

Al volver la calle, ví á lo lejos al furioso, medio desnudo, con los cabellos desordenados, corriendo con todas sus fuerzas, y á quien perseguían un grupo de hombres que tambien llevaban lanzas y horquillas, pero desaparecieron como un torbellino.

Poco despues me dijeron que ya lo habian preso, y nos volvimos á la fonda.

La explicación de aquellas escenas, á una de las cuales asistí tambien en Batavia, es la siguiente:

Los javaneses cuando conciben la idea de un crímen necesitan para excitarse á cometerlo, recurrir á la embriaguez, y eligen la más terrible, la del opio.

Cuando se encuentran dominados por aquel funesto veneno, se precipitan con el kris en la mano sobre la víctima que ha excitado su odio y la degüellan sin piedad, pero no quedando satisfechos con el primer asesinato, echan á correr al acaso matando é hiriendo á todos los que se encuentran.

Esto es lo que se llama *amok.*

Viaje á Java por M. DE MOLINS. *1858-1861.—La vuelta al mundo. Viajes interesantes y novísimos por todos los paises. Tomo II. Edición Gaspar y Roig.*

32-(Pág. 69) alhame

Especie de tela de lino ó de seda. Tela cruda, seda cruda.

Glosario de EGUILAZ ya citado.

33-(Pág. 69) almocaza

Especie de tela. Estofa bordada con incrustaciones de laminitas de oro ó plata.

Idem, idem.

34-(Pág. 69) almadraquejas

Véese la Nota 8.ª de la Cuarta parte de esta Narración.

35-(Pág. 70) algalina

Algalia: licor oloroso que lleva en el vientre el gato de la India.

Véase la Nota 2.ª de la Primera parte de esta Narración, sacada del *Enxemplo XXX del Libro de Patronio.*

36-(Pág. 70) atacires

Atacir: instrumento en que se halla representada la división de la bóveda celeste en doce partes.

Libros de Astronomía de ALFONSO X.

37-(Pág. 70) atanores

Horno, *fornax, furnus.* V. GESENIUS.

Hornillo dispuesto de modo que con el mismo fuego se puedan hacer dos operaciones químicas, que exijan un grado diferente de calor.

Diccionario de la Lengua Española de DOMINGUEZ.

38-(Pág. 70) coblakaris

Bardos ó improvisadores que cantaban las hazañas de los guerreros,

Tradiciones Vasco-Cántabras de DON JUAN V. ARAQUISTAIN.

39-(Pág. 72) En Bramagupta y en Blaschara Areschia

La aritmética decimal fué siempre llamada por los griegos y los árabes cálculo de los indios; y recientemente COLEBROOKE, TAYLOR y STRACHEY han publicado dos obras de álgebra india de Bramagupta del siglo VII y de Blaschara Acherya (y no Areschia como dice el verso) del siglo XII, que si se hubiesen conocido hace ochenta años hubieran acelerado los progresos del análisis algebráico en Europa.

Historia Universal de CÉSAR CANTÚ.

40-(Pág. 72) de Djalabar

Químico famoso citado por CÉSAR CANTÚ.

41-(Pág. 73) y á Averroes y á Avenzhóar

Averrhoes: médico y filósofo árabe, que nació en Córdoba en 1120 y murió en 1198.

Entre sus obras, que son infinitas y que abrazan casi todos los conocimientos humanos, se citan con preferencia los *Comentarios* de ARISTÓTELES y los *Comentarios sobre cánones*, de AVICENA.

Avenzohar: judío de Sevilla. No se dedicó solamente á la práctica de la medicina, sinó también á las preparaciones farmacéuticas y á las operaciones quirúrgicas, de lo cual se escusa ante las preocupaciones de su época. Ejercía su arte en la corte de los almoravides.

42-(Pág. 73) Aarón de Alejandría

Debe decir Harun. El primer tratado de medicina árabe fueron las *Pandectas* de HARUN de Alejandría, el cual describió antes que nadie las viruelas, atribuyéndolas á la inflamación de la sangre y á la efervescencia de la bilis.

Historia Universal. CÉSAR CANTÚ.

43-(Pág. 73) Valmiki.

El más antiguo y célebre de los poetas épicos de la India, autor del *Ramayana.*

Valmiki vió dos pajarillos que en la soledad habían preparado el nido para sus amores, cuando una mano villana se apodera del macho y lo mata. Valmiki en la ira que le causaron este espectáculo y el gemido lastimero que en la rama del árbol repetía la hembra ya viuda, prorrumpió en palabras que resultaron rítmicas, y así fueron inventadas la elegía y la *esloca*, dístico particular de la poesía india.

44-(Pág. 73) Pilpay, el fabulista.

«Es un hecho hoy día averiguada que el *Libro de Calila é Dymna,* más conocido con el título de *Fábulas de* BILPAY ó BIDPAY, tiene su origen en la India. De allí parece haberle llevado á Persia, en el siglo VI, un médico llamado Barzuyeh, el cual le tradujo en lengua pehleví y le dedicó á Anuxirvam el Justo, segundo Monarca de la raza de los sasanidas. No andan, sin embargo, acor-

des los orientalistas acerca del original sanskrito de dicha obra, asegurando unos haber sido tomada de la colección de apólogos indios, titulada *Hitopadesa* ó «Saludable Instrucción», mientras otros dicen que lo fué de otro libro más antiguo atribuído equivocadamente á Vixnu-Sarma, y conocido en la literatura de aquellas regiones con el título de *Pantcha-tantra*, ó el de «los cinco capítulos.»

La verdad es, que unos y otros tienen razón, puesto que aquel, es decir, el *Hitopadesa* no es más que un compendio de este último, y que por otra parte Barzúyeh no parece haber trasladado íntegro el texto de un determinado libro sanskríto, sinó tomando y escogiendo de las varias colecciones de apólogos indios, que eran vulgares en su tiempo, haber formado con ellas la que él denominó *Libro de Calila é Dimna.*

Sobre esta versión pehleví se hizo en el siglo VIII otra arábiga. Fué autor de ella un persa llamado Ruzbeh, sectario de Zoroastres, y que, convertido al islamismo durante el califato de Al-mansór, el abbasí, cambió su nombre pagano en el de Abdallah-ben-Al-mocaffá, etc., etc.

. . . . , ...

Los dos códices ambos escurialenses de que nos servimos para esta edición, y que no son copia uno de otro, como pudiera creerse á primera vista, tienen una nota final, en la que se dice haber sido la obra *romanzada por mandado del infante D. Alonso.*

Del libro de *Calila é Dymna y sus diferentes versiones.* P. G. *Escritores en prosa anteriores al siglo XV, recogidos é ilustrados por* Don Pascual de Gayangos.

Tomo LI de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.

45-(Pág. 74) abbarradas

Abbarrada: Vaso de barro, para beber, ó de loza de la In-

dia, en que se ponen flores. Vaso para beber, jarro con dos asas.

Glosario etimológico de EGUILAZ.

46-(Pág. 74) chartés

Especie de dalmática con capucha, que usaban para abrigo los hombres. Aun son hoy muy comunes entre los pastores y caseros de las montañas.

Tradiciones Vasco-Cántabras de DON JUAN V. ARAQUISTAIN.

¡Con qué emoción cito este nombre!

¡Cómo recuerdo al gran poeta eúskaro!

Desde Sevilla, y después de veinte años de ausencia de aquel pueblo de Deva, en donde lo conocí, le envío mi más cariñosa salutación.

47-(Pág. 76) Y al diablo, en noche de San Juan, se abrasa

En París se celebraba esta fiesta (la de San Juan) ya en 1423, y tenía lugar en la plaza de Greve, adonde acudían procesionalmente el Clero, el Preboste, el Gobernador de la ciudad y otras autoridades, escoltados por los arqueros de la villa y por la muchedumbre del pueblo.

Allí encendían con las antorchas que llevaban una gran hoguera preparada de antemano, y el Clero entonaba cánticos religiosos. Más de una vez los mismos Reyes tomaron parte en esta fiesta, que revestía caracteres originalísimos, como el de colocar en el centro de la hoguera un gran número de gatos, destinados á ser quemados vivos, ya para diversión del pueblo, ya para dar satisfacción á la vulgar superstición, que aseguraba que cuando los pobres animalitos llegaban á viejos, asistían los sábados al aquelarre de las brujas.

Y no sólo en Paris, sinó en toda la Francia se sometía á los gatos á esa bárbara tortura, que desapareció bien entrado el siglo XVIII.

Creencias y supersticiones. JUAN CERVERA BACHILLER.

48-(Pág. 76) *¡Marjara!*

Palabra india equivalente á gato.—*La chaine traditionnelle. Contes et leyendes au point de vue mythique par* HYACINTHE HUSSON.

Al escribir este capítulo he tenido á la vista dicha obra, que debí á la bondad de mi sabio y excelente amigo don Manuel Sales y Ferré, quien tambien me dió á conocer los «*Etudes sur le Rituel funeraire des anciens Egiptiens. Revue Arquehologique—1860—«Les habitans primitifs de la Escandinavie y la Histoire de la Civilisation française par* ALFRED RAMBAUD, obras de las cuales he tomado muchos datos para escribir esta *Octava parte* de mi *Narración* y singular y principalmente el capítulo á que la presente Nota se refiere.

49-(Pág. 76) ¡que bien Manon, en el Libro de las Leyes,
con el falso devoto te compara!

No pensaba así de los gatos el ilustre Taine. Les dedicó nueve preciosísimos sonetos. He aquí uno de ellos.

Ni l' Hellene bavard, ni le brutal Romain,
N'ont su gagner du chat la confiance intime.
Son cœur qui vaut beaucoup et qui beaucoup s'estime
Fuit la societé du rustre et du gamin.
Seule, la vielle Egypte a trouvé le chemin
Qui nous ouvre l'accés de ce cœur magnanime.
Son culte solennel fut un part sur l'abime
Entre la béte anguste et l'animal humain.
Trente siecles durant, du haut de ser pylones
Le chat vit á ser pieds la majesté des trones
Et le front prosterné du Pharaon vainqueur.
Un pleuple en pleurs suivait su pompes mortuaires.
Pour sa tombe on sculptait l'onix des sanctuaires.
Il sut par nos respets que l'homme avait un cœur.

50-(Pág. 80) altair

Nombre arábigo de una estrella de primera magnitud que ocupa el centro de la constelación del Águila.

51-(Pág. 90) Vino de sagú, aromado
con aal

Sagú: fécula amilácea que se extrae de la médula de varias palmeras, y especialmente del sagotal ó saguyero.

52-(Pág. 108) Se cortó el linaje
de los polutos, espantables seres.

Casi lo mismo sucede hoy en algunos países. Mi querido é ilustradísimo amigo don Adolfo Sundheim me asegura que en Colombia existe una población llamada Caño del Oro, adonde se conduce á los que enferman de lepra.

En cuanto á las islas habitadas por seres deformes ó por monstruos, no es ficción mía. Los libros antiguos están llenos de ellas. Recuérdese los *Viajes* de Juan de Hesse y las *Narraciones* de Marco Polo.

El inmortal Cervantes dice en su *Quijote:*

«á los tales trovadores con justo título los debían desterrar á la isla de los lagartos.» (Cap. 38; parte 2.ª)

Y Antonio Torquemada en el *Jardín de flores*, dice:

«Una mujer cometió un delito muy grave; por lo cual fué condenada á destierro para una isla deshabitada de las que comunmente llaman islas de los lagartos.»

NOVENA PARTE

ASTRO SIN LUZ

1-(Pág. 134) el brazo atroz del almonage

por almoinaege: cierta arma ó ingenio de guerra para batir.

Con los almoinaeges dauan grandes golpadas
Que auien de las torres más de las medias aplanadas.
El Libro de Alexandre.

2-(Pág. 135) la ferrea nervadura de la algarra

Es una equivocación. Debe decir algarrada: ingenio de guerra, máquina militar de madera para arrojar piedras.

Partieron los logares á medidas contadas.
Bastiron las torres de firmes algarradas.
El Libro de Alexandre.

3-(Pág. 139) pan de anifala

Pan de salvado.
Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental, por EGUILAZ Y YANGUAS.

4-(Pág. 140) moslemita

Nombre que se daba á los hebreos y cristianos que hacían profesión del mahometismo.

5-(Pág. 151) Ruiz García,
Guillén Pérez y Pedro de Guiramas,

Nombres tomados del *Repartimiento.*

DÈCIMA PARTE

AMOR Y MUERTE

1-(Pág. 209) y el ijar le abrasó con una faya.

Faya: tea ó hacha de haya para alumbrarse.

UNDÉCIMA PARTE

EL TRIUNFO

1-(Pág. 218) la efigie que fabricaron
en Torre de los Herberos
puras, seráficas manos.

«altar en que se colocó la santísima imagen de los Reyes en el tabernáculo portátil de plata, que antes la condu-

cía, y en que aun la veneramos, tan celestialmente hermosa y grave, que excediendo toda la posibilidad de humano arte, acredita las tradiciones de milagrosa obra; enseñan éstas, venerablemente firmes, aunque sin expresión de tiempo ó lugar, que, elevado y absorto el Rey San Fernando en oración profunda, se le representó que veía á la Reina de los Angeles, cercada de magestad y resplandor, que le hablaba benignamente, prometiéndole su favor, premio de la devoción con que la reverenciaba, y que, vuelto en sí del éxtasis, quedó tan presente y tan viva en su idea aquella divina beldad, que le parecía estarla mirando siempre, encendiéndose en su fervoroso deseo de tener una imagen que al vivo la representase; para lo cual hizo llamar los más eminentes artífices, y les dió las señas, procurando explicar aquella hermosura, aquella magestad, las facciones perfectísimas, el semblante soberano, el talle y quantas circunstancias podían conducir á que mejor instruídos imitasen por su relación el sagrado original; mas aunque se hicieron tres Imágenes, oia repetición de unos mismos maestros, oia competencia de diversos, ninguna satisfizo aquella vivísima idea, que en la dificultad fraguaba más intensos deseos, á que correspondió piadosa la divina clemencia, enviando dos ángeles en forma humana, y muestra de escultor y pintor que suplieron el defecto de artífices mortales, los cuales hicieron esta imagen en brevísimo espacio... etc.

«...les ángeles en disfraz de artífices ocurrieron al Santo Rey en tiempo que tenía cercada á Sevilla cerca de Alcalá de Guadaira, donde el año de 1249 fundó un Convento de San Francisco, conjetura piadosamente imaginaria, mas que no se halló otro apoyo; el mayor del venerable origen de esta imagen es la tradición.

Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla. ORTIZ DE ZÚÑIGA.

2-(Pág. 220) en la Torre de la Plata
flota el pendón soberano
con castillos y leones
sobre los aires rampando.

La capitulación quedó definitivamente firmada con general júbilo el 19 de Noviembre de 1248 y el 23 del mismo, día de San Clemente, entró el Santo Rey en Sevilla, después de quince meses y tres días de comenzado el sitio. El infante don Alonso de Molina con don Rodrigo González Girón y otros ricos hombres, tomaron posesión de la ciudad, alojándose el infante en la torre del Oro, y en la que llamamos de la Plata el príncipe don Alonso; Girón ocupó con los ricos-hombres varios palacios que esparcidos por la ciudad tenía el rey moro, siendo uno de ellos el que después se convirtió en monasterio de San Clemente. *Vida é historia de San Fernando, tercero de este nombre rey de Castilla y de León*, por DON ANTONIO MARÍA DE CISNEROS Y LANUZA.

En la torre de la Plata fué donde primero ondeó la enseña del ejército castellano, según cuenta la tradición y afirman muchos historiadores de Sevilla.

3-(Pág. 220) pan cenceño

Pan ácimo ó sin levadura.

4-(Pág. 222) Allí Paja
el loco, que es cuerdo y sabio;

Véase el discurso que dirigió al Monarca, cuando éste pensaba abandonar la ciudad de Sevilla, después de conquistada. MORGADO. *Historia de Sevilla.*

5-(Pág. 223) y los nobles hijos
de dos reyes que reinaron

Ebn-Mahomed, hijo del Rey de Baeza, que después se

volvió cristiano bautizándose con el nombre de Don Fernando Abdelmon, cuyas cenizas reposan en la Catedral de Sevilla, y Seit Abucit, conocido por el nombre de Don Vicente Velbis.

6-(Pág. 225) —Toma—murmuró—la llave
de la ciudad que has ganado
y Aláh en su favor te tenga.
¡A mi negóme su amparo!

Véase la Nota 8.ª de la Tercera Parte de esta Narración.

7-(Pág. 226) en su hermosa Isvilia entrando
de Goles por la ancha puerta,
que abrió el Alcides cristiano.

Es fama que San Fernando hizo su entrada triunfal por la pnerta de Goles, llamada después Puerta Real.

«...sea la primera la por donde se cree haber entrado triunfalmente San Fernando, que hoy se llama la Real, y se llamó antes de Goles, corrupto de Hércules, en cuya memoria se vió después en su frontispicio pintada su imagen á caballo con inscripción:

Ferrea Ferrandus perfregit claustra sibille
Ferrandi, et nomen splendit, ut astra Polli.

ORTIZ DE ZÚÑIGA. *Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla.*

8-(Pág. 226) Desde ellos
con trescientos mil vasallos

Véase ORTIZ DE ZÚÑIGA. *Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla.*

Los que deseen conocer la historia de la conquista de Sevilla deben leer, entre otras obras, la *Crónica del Rey Don Fernando III, Crónica de Don Alonso el Sabio, Memorias de la excelente santidad y heróicas virtudes del se-*

ñor Rey Don Fernando III, por JUAN DE PINEDA. *Historia de Sevilla, por* ALONSO DE MORGADO. *Historia de Sevilla, por* ESPINOSA DE LOS MONTEROS. *Repartimiento de Sevilla con introducción y elogios, de* DON GONZALO ARGOTE DE MOLINA. *Descendencia del Santo Rey y de los Conquistadores de Sevilla, Libro de la Capilla Real de Sevilla. Diferentes papeles manuscritos de cosas de Sevilla, recogidos por* DON FELIX ESCUDERO... *Idem, idem de la Santa Iglesia de Sevilla por el Racionero de la misma* DON JUAN DE LOAYSA. *Libro de tratados de varios privilegios, formado por* DON JUAN LUCAS CORTÉS. *Arzobispos de Sevilla por* LUIS DE PERAZA, *Crónica de las tres Órdenes por* RADES DE ANDRADA. *Nobleza de Andalucía, por* ARGOTE DE MOLINA. *Crónica de San Benito, por* F. D. DE YEPES. *Historia de los Girones, por* D. G. DE GUDIEL. *Elogio de Sevilla, por* J. LÓPEZ DEL VALLE. *Vida de San Fernando III, Rey de Castilla y León, por* DON ALONSO NUÑEZ DE CASTRO. *Glorias históricas y religiosas de San Fernando, por* DON FRANCISCO RODRÍGUEZ DE ZAPATA. *Sevilla monumental y artística, por* DON JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ. *Historia de Sevilla, por* DON JOAQUIN GUICHOT, etc., etc.

9-(Pág. 229) «Cuanto sube hasta la cima

Algo de bueno había de tener esta mi larguísima *Leyenda de Orías.* Y no lo bueno, sino lo excelente que puede ostentar son los versos del poeta rondeño ABÚ-BEK-SALÉ, traducidos por el eximio literato, gloria de las letras españolas, EXCMO. SR. D. JUAN VALERA.

He publicado íntegra la sentida elegía del RONDHY, y he querido terminar con ella mi obra para que por la excelsitud agena se olvidara la vulgaridad propia.

Con los nombres de Abú-Bek y del Sr. Valera cubro la humildad del mío, y el lector podrá quedarme agradecido pues al fin de una larga y penosísima marcha por el desierto de mis versos, lo llevo al oasis de la noble poesía.

ÍNDICE

ERRATAS

Página	DICE	LÉASE
Pág. 46.—Verso 15.	sobre las menudas hierbas	sobre las hierbas menudas
Pág. 89.—Verso 16.	de dudas y espantos llena	de dudas y espantos presa
Pág. 95.—Verso 14.	¿Qué órdenes me das?	—¿Qué órdenes me das?
Pág. 98.—Verso 4.	—Mi pensamiento sencillo.	Mi pensamiento sencillo.
Pág. 103.—Verso 12.	—Gloria que juzgué imposible	Gloria que juzgué imposible
Pág. 114.—Verso 7.	ardiendo en sed de atroz libertinaje	monomana de atroz libertinaje
Pág. 121.—Verso 8.	¿Lo dices porque escapar	—¿Lo dices porque escapar
Pág. 177.—Verso 2.	sobre una torre almenada	sobre una almenada torre
Pág. 204.—Verso 6.	¡Á ella!—	—¡Á ella!—

